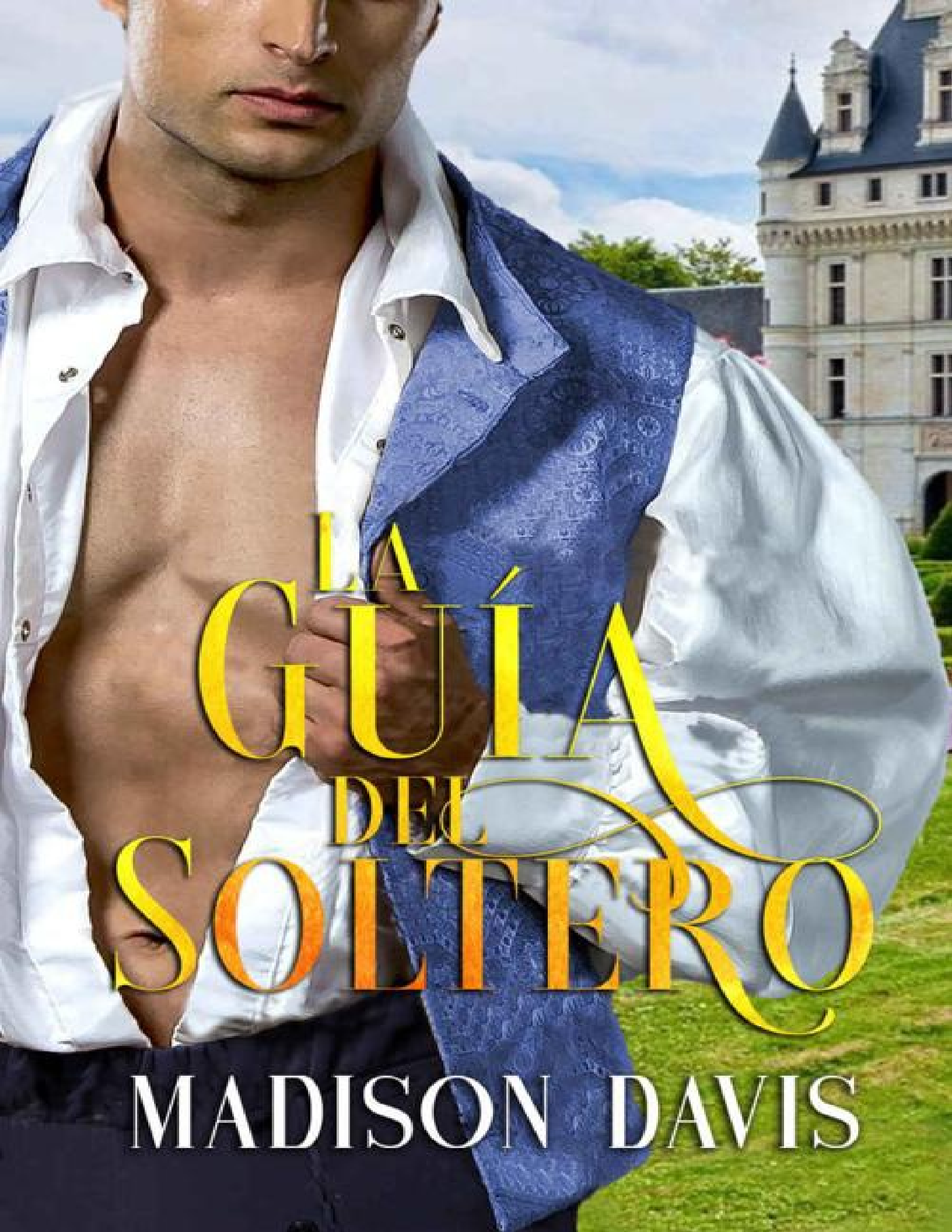
LA GUÍA DEL SOLTERO
MADISON DAVIS

LA GUÍA DEL SOLTERO

MADISON DAVIS



©MADISON DAVIS

Título original – La guía del soltero

Primera edición, 2024

Todos los derechos reservados.



Su plan era utilizar La guía del soltero para encontrar una esposa rica, pero acabó frente a su antiguo amor.

Como nuevo conde de Chambers, William Hadington tenía la responsabilidad de buscar una esposa rica. Afortunadamente, gracias a La guía del soltero, sabe exactamente qué debutante le conviene. Por desgracia su patrocinadora es la única mujer que él ha amado y que años atrás le abandonó al casarse con otro hombre.

Tras enviudar, Lady Milford solo desea una vida alejada de los hombres y poder hacer realidad sus sueños. Pero antes, tiene que encontrarle un marido adecuado a la señorita Clara Amburt. Una rica heredera más interesada en tocar el piano que en el matrimonio.

Ninguno de los dos esperaba volver a encontrarse, ni sentir como el amor que creían apagado vuelve a encenderse.

En La guía del soltero encontrarás además un enemigo que desea destruirlos, un complot para asesinar al rey y un amor que renacerá a cada peligro al que se enfrenta.

Índice

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Prólogo

Una lluviosa tarde en Londres, 1819.

Lady Clemens evitó cuidadosamente mirar el ataúd situado en el extremo opuesto del salón y se concentró, en cambio, en las plañideras que se arremolinaban alrededor del muerto. Se inclinó hacia la mujer que estaba a su lado y le susurró:

—¿De qué murió?

Su amiga no se molestó en susurrar.

—No fue de soledad, de eso puede estar segura.

Nadie dejaría de reconocer la sarcástica voz de la segunda oradora. Pertenecía a lady Costwords, la autoproclamada árbitro del buen comportamiento y el terror general de la tonelada. Llevaba una lista de todos los libertinos y caza fortunas que hacían la ronda por las grandes casas y se deleitaba en nombrar y avergonzar a sus desventuradas conquistas. Sabía quién debía a quién deudas de juego exorbitantes y cuyo crédito ya no era bienvenido en los establecimientos de moda. En general, se aceptaba que si lady Costwords no sabía nada de algo, no podía tener mucha importancia y, de hecho, probablemente nunca había sucedido.

—Sir Horace Milford rara vez sufría la falta de compañía femenina —continuó lady Costwords más suavemente—, especialmente cuando lady Milford no estaba en la ciudad.

Era sólo un susurro, pero la poco amable acusación parecía arremolinarse en las corrientes de aire sobre sus cabezas. Sin embargo, si la multitud de dolientes reunida en la casa de la ciudad londinense de sir Horace oyó el parloteo poco amable de la chismosa, eran demasiado educados para demostrarlo. En breve, toda la asamblea formaría una procesión desde la residencia de los Milford hasta St. Thomas, una pequeña iglesia situada en la manzana contigua. St. Paul estaba sólo unas calles más allá, pero en St. Thomas se celebraría un breve servicio, seguido del entierro inmediato en el cementerio de la iglesia.

No era habitual que las damas de buena cuna completaran todo el ritual, ya que la sepultura se consideraba una realidad demasiado cruda para sus delicadas constituciones, pero lady Clemens y su amiga no eran de las que hacían nada a medias. Verían a sir Horace firmemente enterrado, por muy empapado que estuviera el camino hasta su tumba.

¿De qué otra forma podrían hablar con autoridad sobre el acontecimiento en los días venideros?

—Lamentablemente, la infidelidad no es un defecto excepcional entre los caballeros de hoy en día —lady Clemens miró a algunos pares de los que sospechaba que cometían esa falta.

—Siempre ha sido así y, francamente, no puedo imaginar a qué caballero le gustaría que fuera de otro modo. Una vez que una ha tenido hijos, no necesita preocuparse por ese deber marital, y que le vaya bien, digo yo —lady Costwords hizo un pequeño mohín de desagrado—. Sin embargo, sir Horace habría hecho bien en ser más discreto.

Aparte de ese defecto demasiado común, las cotillas estaban de acuerdo en que lady Milford tenía poco de qué quejarse en su matrimonio. Sir Horace la había mantenido pródigamente durante su corta unión. A su joven esposa nunca le faltaron joyas ni un guardarropa cortado a la primera moda. Si lady Milford deseaba mejorar la casa de su marido, éste aparentemente confiaba en su criterio al respecto, pues abría su bolsa de par en par para dejarla gastar lo que fuera necesario.

—En muchos aspectos, —dijo lady Clemens —sir Horace Milford fue un buen marido.

—En efecto. ¿Pero fue lady Milford una buena esposa?

—Gestionó su funeral bastante bien. —Lady Clemens acarició con los dedos los delicados guantes negros atados con una ramita de romero y un largo trozo de cinta de ébano. Muy acertadamente, le habían entregado la prenda de luto cuando llegó, al igual que a lady Costwords. Todos los caballeros reunidos habían sido obsequiados con bandas y pañuelos negros para el sombrero. La casa estaba tapizada con colorines de ébano, y los sirvientes presentaban expresiones apropiadamente sombrías mientras ofrecían refrescos que eran rutinariamente ignorados. Nadie podía culpar a lady Milford por no seguir los rituales de luto prescritos.

En ese momento, la viuda apareció en la cabecera de la larga escalera y descendió con paso sedente. Parecía estar flotando, pues su cabeza cubierta de pelo negro no se meneaba ni un poco y había un brillo cada vez mayor en el blanco de sus ojos oscuros, prueba, sin duda, de una pena privada.

Lady Clemens asintió en señal de aprobación tácita. Era más que desagradable expresar una emoción fuerte en público, pero una pizca de tristeza contenida era totalmente apropiada. La viuda no sonrió para reconocer la presencia de los otros dolientes. Al menos, no por voluntad consciente. Todos los que conocían a milady eran conscientes de que, por un truco de musculatura, las comisuras de su boca se torcían hacia arriba de forma natural.

El efecto recordaba al de La Gioconda, de cuya enigmática sonrisa lady Clemens sólo había oído rumores. A ella le parecía encantadora. lady Costwords, por el contrario, siempre sostuvo que la diminuta expresión revelaba un poco de petulancia, como si lady Milford guardara un delicioso secreto y la leve sonrisa la traicionara.

—Está terriblemente pálida, ¿verdad? —Dijo lady Clemens.

—El negro le hace eso a un cuerpo —lady Costwords alisó la falda del vestido que tenía preparado precisamente para estas ocasiones—. Hace que todo el mundo parezca pálido, lo que

equivale a aburrido. Míreme a mí. Estoy pletórica.

Sin embargo, lady Clemens no creía que lady Milford pareciera pálida o aburrida. Tenía un aspecto mucho más encantador del que debería tener una viuda. Había una gran diferencia entre pálida y apática, y pálida y... misteriosa.

—He oído que su nueva situación significa que tendrá que bajar bastante en la sociedad— se inclinó lady Clemens para susurrar.

—Yo diría que sí. No sólo vive aún la madre de sir Horace, lo que significa que habrá dos viudas repartiéndose esa parte, sino que su hijastro, sir Brandon, tiene deudas considerables. Ahora que ha heredado la baronía, sus acreedores harán un corto trabajo con los activos de la finca, por lo que la deuda de las viudas será aún menor.

Lady Costwords emitió un sonido de "chasqueo".

—Es muy posible que ésta sea la última vez que la sociedad londinense vea a lady Milford.

Una gentilidad raída se vislumbraba en el futuro de la viuda. Por primera vez desde que lady Clemens llegó para unirse a los dolientes, lágrimas reales de simpatía presionaron el fondo de sus ojos. Demasiadas damas se veían reducidas a la penuria por el prematuro fallecimiento de sus hombres. Afortunadamente, su propio marido -un hombre muy inteligente- se las había arreglado para morir antes de que pudiera acumular demasiadas deudas. Lord Clemens había dejado a su hijo con una sólida finca en Surrey y a ella con una fastuosa renta vitalicia que era la envidia de la tonelada.

—Es una pena en general. Sir Horace era bastante mayor que lady Milford, pero desde luego no era ningún anciano —dijo ella —¿Llevaba mucho tiempo enfermo?

—No. La muerte le llegó de repente —lady Costwords entrecerró los ojos mirando a lady Milford, que aceptaba las condolencias con un aire de graciosa resignación—. Parece extraño, ¿verdad?

—¿Fue una apoplejía lo que se lo llevó?

—No que yo haya oído.

—¿Una debilidad del pecho quizás? —se preguntó lady Clemens en voz alta —Los Milford siempre han tenido la constitución de un caballo.

Un pensamiento espantoso cruzó la mente de lady Clemens —¿No sospechará... juego sucio, verdad?

—¿Eso he dicho? Qué idea tan desagradable —lady Costwords sacó el adornado abanico negro que guardaba específicamente para los funerales y golpeó el aire con él—. Me sorprende que aborde un tema tan inquietante cuando estamos prácticamente junto a la tumba del caballero.

Severamente escarmentada, lady Clemens se mordió el labio inferior.

—Aun así... —Lady Costwords ladeó la cabeza, como hacía siempre que decidía apropiarse de una idea ajena y hacerla suya. —Para un caballero tan sano y saludable como sir Horace ser golpeado tan inesperadamente... hace que uno se pregunte si fue apresurado a su muerte de alguna manera.

Lady Clemens miró a través de la habitación a la viuda, que estaba sentada cerca de la amplia ventana delantera, mirando hacia el crepúsculo cada vez más profundo. Un pequeño ceño frunció las delicadas cejas de lady Milford y, combinado con aquella misteriosa sonrisa. Las almas menos caritativas podrían malinterpretar la expresión por completo.

—Me pregunto qué estará pensando lady Milford.

Si hubiera podido asomarse a la mente de la dama en ese momento, se habría sentido más que turbada. Sólo un pensamiento recorría todo el ser de lady Milford.

Por fin soy libre.

Capítulo 1

Dicen que el dinero no puede comprar la felicidad. Yo digo que mientras el dinero sea lo que acepten a cambio de una litera en un barco con destino a una costa exótica, compra toda la felicidad que necesito.

Del diario de viaje de la señora Beatrice Willwood

Mayo de 1822

Si el desafortunado pianoforte tuviera alma, seguramente habría hecho un trato con el diablo. Cualquier cosa con tal de escapar a ser martilleado hasta la muerte por la señorita Theodora Dandridge. No es que la joven, conocida cariñosamente como "Theo" por sus amigos, estuviera tocando las notas equivocadas. Todas las correctas estaban ahí. El problema era que todas ellas estaban siendo pronunciadas con la misma despiadada convicción de quien mata serpientes.

William Hadington, lord Chambers, se removió incómodo en su asiento, junto con la veintena de cautivos que habían cometido el error de asistir al recital. El evento anual estaba patrocinado por un grupo de mamás con mentalidad matrimonial, cada una de ellas con la esperanza de que la actuación de su hija captara la atención de un soltero codiciado. Año tras

año, las jóvenes impresionadas por el escenario desplegaban sus talentos. El programa incluía cantar, tocar diversos instrumentos musicales, recitar poesía y, en un caso de una noción singularmente equivocada de lo que constituía un talento, imitar el canto de los pájaros.

William decidió que el canto del faisán de la señorita Crabb podría resultarle útil durante la temporada de caza, pero por lo demás, una esposa que silbara o gorjeara con cierta regularidad le pondría de los nervios.

Apretó los dientes mientras continuaba el asalto de la señorita Dandridge al teclado. Era doblemente difícil de soportar porque la joven era la amiga particular de su hermana Violet, y ésta esperaría un informe sobre su actuación. William decidió que podía decir sinceramente que Theo no había fallado ni una nota. Las aporreó todas con igual entusiasmo.

Y falta de sentimiento.

William no sufría de ese defecto en particular. Sentía más que la mayoría, y aún llevaba un brazalete negro por su padre. Durante el último medio año, más tiempo del que la mayoría de los caballeros llevaban tales recuerdos, el brazalete había sido un elemento cotidiano en el conjunto de William. Ese pequeño trozo de luto se había convertido en parte de él, tanto como su pelo arenoso y sus penetrantes ojos azules. Formaba parte integrante de su recién adquirido condado.

Desde la muerte de su padre, William había gestionado los negocios de la finca Chambers con metódica frialdad. De hecho, durante los últimos años, el viejo conde había aceptado su ayuda en el funcionamiento de la finca, aunque no toleraría cambios importantes mientras viviera. Lamentablemente, las economías que William había querido aplicar habían llegado demasiado tarde para evitar que el libro de cuentas de Chambers se inclinara peligrosamente hacia el territorio de los pardos.

Pero William había concebido un plan para gestionarlo, por muy desagradable que personalmente le pareciera la idea. Se tomaba muy en serio las responsabilidades que conllevaba su puesto. Era una cuestión de honor que pudiera mantener a su numerosa familia y a sus

numerosos criados.

Atender las necesidades de aquellos que dependían de él formaba parte de lo que la nobleza significaba para él. Atrás habían quedado los días en los que se complacía a sí mismo, sin pensar en cómo repercutirían sus acciones en los demás. Él era un árbol bajo cuya sombra muchos podían cobijarse con seguridad.

Incluso para su propia mente, eso sonaba un poco pomposo, pero William se recordó a sí mismo lo que estaba dispuesto a hacer para cumplir con sus responsabilidades. Sopesado así, la pomposidad era el menor de sus pecados. En cualquier caso, se estaba acostumbrando a las exigencias de su nueva vida como conde.

Responder cuando alguien se dirigía a él como lord Chambers era otro asunto completamente distinto. Aún medio esperaba oír la voz de su padre respondiendo desde detrás de él.

Cuando Theodora Dandridge dejó de atormentar al piano, se produjo una bendita pausa en el programa del recital. Sinclair, el amigo de William, se inclinó hacia él y le susurró:

—Recuérdame otra vez por qué estamos aquí.

Sinclair también había sido elevado a un título, pero William rara vez pensaba en él como lord Lawson. Sinclair estaba casado con Violet, la hermana de William, lo que le convertía en su cuñado además de conde de una sólida finca en el Distrito de los Lagos.

"Tu cuñado favorito", se había burlado a menudo Sinclair de él.

Como era el único cuñado de William, y estaba destinado a seguir siéndolo, la distinción era mucho menos grandiosa de lo que Sinclair hacía parecer. Además, William siempre prefirió contar con Sinclair como su amigo.

Había descubierto rápidamente que un par del reino tenía aduladores por centenares, conocidos por docenas, complementados por aliados ocasionales en la Cámara de los Lores. Sin

embargo, un caballero de título y propiedad tenía tan pocos amigos verdaderos que estaba obligado por honor a atesorarlos.

Además, Sinclair era el único que aún le llamaba Blackburn. Era el título de cortesía con el que William había crecido, el vizcondado asociado a él era una posesión menor de su padre. William había llevado el apellido consigo a Eton y aún se consideraba a sí mismo como lord Blackburn.

—Estamos aquí con un propósito —le susurró a Sinclair—. Para encontrar a la joven a la que convertiré en mi condesa.

—Oh, bien. Odiaría pensar que buscaba a un músico de verdad en este lote.

En realidad, William buscaba algo más que una condesa. Necesitaba una heredera.

Por suerte, no tuvo que adivinar qué debutante era una fortuna con pies. Hacía unas semanas, en White's, había tropezado con un folleto titulado ‘Un registro de damas adineradas o la Guía del soltero’. La cosecha actual de damas casaderas figuraba en sus páginas con orejas de perro, completa con sus edades, direcciones y dotes esperadas.

William no se sumergía en este empeño a ciegas. No tenía que ingeniárselas para encontrar una alianza que satisficiera las necesidades de la hacienda. Gracias a La Guía del Soltero, sabía exactamente a qué debutante debía perseguir.

—¿Hoy sólo estás mirando escaparates? —preguntó Sinclair —¿O te has decidido por alguna joven en particular?

William asintió con gesto adusto.

—La señorita Clara Amburt.

Era la hija de un barón extremadamente adinerado. Según La Guía del Soltero, su mano venía con la principesca suma de ochenta mil libras. Incluso esa asombrosa suma no era suficiente para enderezar definitivamente Chambers, pero taponaría la fuga el tiempo suficiente

para que William pudiera promulgar sus reformas y reconstruir la riqueza familiar.

Le repugnaba la idea de un matrimonio basado principalmente en una decisión comercial, pero era necesario. Y tranquilizó su conciencia recordándose a sí mismo que si realmente fuera del tipo mercenario, habría puesto su gorra por la marquesa viuda de Kent. La riqueza de la octogenaria cascarrabias era tan inmensa que La Guía del Soltero sólo podía aventurar una cifra de millones.

Sin embargo, la viuda era una conquista que requería más abnegación de la que William poseía. En cualquier caso, además de un libro de cuentas equilibrado, le debía a la hacienda Chambers otro deber que ninguna cantidad de dinero cumpliría.

Un heredero.

Cuanto antes él y su nueva condesa produjeran uno, mejor para todos los implicados.

—Has elegido bien, hermano —dijo Sinclair—. Por lo que he oído, la señorita Amburt es la novilla más premiada del rebaño de esta temporada.

William se encogió de hombros.

—¿Cómo la conociste?

—No nos conocemos.

Las cejas de Sinclair se alzaron sorprendidas.

—La has visto en alguna parte, al menos.

William sacudió la cabeza.

—Un defecto que se remediará de inmediato. Creo que ella es la siguiente en el programa.

—¿Y ya has decidido ponerle una tiara de condesa en la cabeza? —Sinclair suspiró —Blackburn, sé que eres un hombre de convicciones y sentimientos profundos. Esta repentina decisión de casarte con alguien de quien no sabes nada no es propia de ti en absoluto.

—Tal vez no sea propio de Blackburn, pero sí lo es de lord Chambers. Como dices, ella es considerada el partido de la temporada. La mano de la señorita Amburt viene con ciertos... alicientes que no puedo permitirme ignorar.

—No tenía ni idea —dijo Sinclair—. Si necesitas fondos, yo…

William le cortó.

—No. No lo aceptaré. Un caballero que salda una deuda adquiriendo otra no es un caballero en absoluto. En cualquier caso, las dificultades financieras de la finca son temporales.

—Nada que ochenta mil libras no puedan curar, supongo —dijo irónicamente Sinclair.

—Evidentemente, tú también has visto La Guía del Soltero.

—Es de lo único que se habla en White's —dijo Sinclair—. Por desgracia, cometí el error de hablarle a Violet del panfleto. Es una maravilla que no oyeras su indignación al respecto desde tu estudio.

Sinclair y su hermana vivían en la misma calle, en la misma hilera de casas adosadas que William. Violet era dada a las opiniones fuertes, pero ninguna de ellas había llegado nunca a su estudio a no ser que las llevara consigo cuando pasaba por allí de visita.

—Supongo que mi hermana no aprueba que los hombres tengan tanta información sobre sus futuros cónyuges como parecen tener las mujeres.

—No, está preocupada por Theo —admitió Sinclair—, Violet teme que si el tamaño de la dote de la señorita Dandridge se hace de dominio público, atraerá pretendientes con motivos dudosos. Salvo la compañía actual, por supuesto. No pretendía insinuar que tuvieras malas intenciones simplemente porque planeas casarte con una mujer a la que ni siquiera has visto, basándote únicamente en las generosas curvas de su dote.

William resopló y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Las mujeres se casan por títulos y riquezas todo el tiempo. Considero que la vuelta de tuerca de la Guía del Soltero es juego limpio.

En cuanto se casara con la señorita Amburt, las dificultades del condado estarían a punto de desaparecer para siempre. Su madre seguiría viviendo en la opulencia a la que estaba acostumbrada y, a su juicio, que se merecía. Los caminos de sus hermanos menores se allanarían tanto por su asociación con el conde de Chambers como por las monedas que fluirían.

Con un poco de suerte, engendraría un heredero en el primer año de su matrimonio. El "repuesto" sin duda le seguiría rápidamente.

Entonces William habría cumplido con su deber: recibir la confianza de las generaciones anteriores y preservarla para las futuras. Eso era lo que su padre le había dicho que era realmente un título. Era lo único que importaba.

—Aun así, —dijo Sinclair —no puedo imaginarme contemplando el matrimonio con una mujer por la que no sintiera al menos un poco de afecto.

—Eso es porque fuiste bendecido con una pareja enamorada. No todos somos besados por Cupido. —Además, William ya había perdido su corazón una vez. Nunca lo había recuperado. Incluso ahora, años después, no le quedaba ningún resto de cariño en él para dárselo a otra. Un matrimonio de conveniencia tendría que ser sólo eso. Conveniente. Pero para apaciguar a su amigo, añadió:

—Me han dicho que muchos matrimonios exitosos empiezan sin afecto y, más tarde, crece el cariño.

—También el moho.

—Siempre optimista, Sinclair.

—Cálido aprecio, milord —su amigo escupió las palabras —¿Te estás escuchando? ¿Cómo puedes estar satisfecho con un objetivo tan insignificante?

William le hizo callar tanto porque no quería oír las palabras como porque acababan de presentar a la siguiente debutante en actuar.

La señorita Amburt cruzó el estrado y tomó asiento ante el pianoforte.

Decir que era sencilla era demasiado duro. Más bien era poco llamativa. De estatura y figura medias, con el pelo ni rubio ni del todo castaño, la señorita Amburt era una cifra inobjetable.

—Si se colocara en conjunto ante una pared beige y cerrara los ojos, desaparecería por completo —se inclinó Sinclair para susurrar.

William resopló y lanzó una mirada fulminante a su amigo. Sin embargo, la imagen que Sinclair conjuró perduró. La señorita Amburt era fácilmente la dama más olvidable de la sala.

Entonces empezó a tocar.

La señorita Dandridge había destrozado el piano. Los dedos de la señorita Amburt lo acariciaban. Sus líneas eran líricas, aunque no especialmente poderosas, y la ligereza de sus ejecuciones y trinos era la gracia misma. La forma en que se volcaba en su música hablaba bien de su carácter. Sin duda, era una persona de grandes sentimientos y poseedora de un alma noble.

William pensó que podría hacer algo mucho peor que disfrutar de veladas llenas de su delicada música después de una comida tranquila. No importaba que no fuera una gran belleza. Ese talento duraría mucho más que la hermosura. Por primera vez desde que había decidido que era a ella a quien cortejaría, a William se le desencajaron las tripas. Su música le tranquilizó y el desasosiego que sentía se desvaneció un poco.

Quizá casarse con la señorita Amburt no fuera tan malo, después de todo.

Una vez que se desvaneció la nota final de su sonata, el público permaneció inmóvil durante unos latidos, sin querer perturbar el resplandor de la belleza. Entonces empezaron los aplausos efusivos y continuaron durante mucho más tiempo que los educados aplausos que

habían seguido a las actuaciones de las otras chicas.

—¡Bravo! —gritó alguien.

La aclamación pareció sorprender a la señorita Amburt. Sus mejillas se colorearon convenientemente.

Virtuosa y modesta. No era una mala combinación.

Después de que la señorita Amburt abandonara el escenario, William sólo tuvo que retorcerse durante una lectura de poesía de una joven con un ligero ceceo y entonces el recital terminó misericordiosamente.

—Te dejo a tu suerte —dijo Sinclair cuando ambos se pusieron en pie—. Violet esperará un informe completo, y hacer esperar a una mujer que va en aumento nunca es una buena idea.

—Dale mi amor.

—Dáselo tú mismo. Está más que cansada de este confinamiento y se queja de que nunca tiene compañía, aparte de Theo. Ven a cenar el sábado.

—Lo haré —una vez que su cortejo de la señorita Amburt comenzara en serio, William se enfrentaría a un sin fin de banquetes y bailes. Le sentaría bien a su corazón cenar tranquilamente con su hermana y su marido.

Sinclair apenas se había marchado cuando William se dio la vuelta, entró en el pasillo y casi fue arrollado por una dama con un bonete monstruosamente grande. El tocado estaba engalanado con plumas suficientes para cubrir un pájaro entero. La cogió en brazos antes de que pudiera derrumbarse por la fuerza de su colisión.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Lo estaría si cierto caballero se molestara en mirar a su alrededor antes de bloquear el pasillo. —Ella inclinó la barbilla para encontrarse con su mirada, y el ridículo bonete pareció

desaparecer. Todo lo que William podía ver eran cejas aladas sobre unos ojos oscuros conmovedores, pómulos que hablaban de una belleza que no se desvanecería y, por supuesto, su boca.

Esa boca.

Era Bella. Si alguien le hubiera dado un puñetazo en las tripas, no podría haberse sorprendido más.

—¡Oh! —dijo ella, mientras se apartaba de él. Su boca se ensanchó en una falsa sonrisa -él conocía demasiado bien la suya real como para confundir esta expresión con ella- y extendió una mano enguantada —lord Chambers, creo.

Él tomó su mano e hizo una reverencia apropiada sobre ella.

Los modales son lo que uno hace cuando no está seguro de qué hacer, le había dicho siempre su madre. Así pues, William estaba haciendo lo correcto, pero una parte de él deseaba desprender el guante de piel de cabritilla de Arabella y cubrir de besos sus dedos desnudos.

—Solía llamarme William —dijo en voz baja.

Ella le apartó la mano.

—Y usted una vez me llamó Arabella, pero lady Milford servirá ahora. Después de que se marchara a su Gran Tour, me casé.

—Ah, sí, lo sé —lo último de lo que deseaba oír hablar era de su boda—. Estaba en Hamburgo cuando me enteré de la noticia.

—Entonces estuvo notablemente bien informado en sus viajes.

Él y su acompañante, lord Sutton, habían estado levantando sus jarras en una cervecería que llevaba elaborándose en la misma pequeña cervecería desde el año 1500 cuando fueron abordados por el señor Daniel Caldwell.

Caldwell era un joven apuesto e ingenioso, e hijo del duque de Hampton, un hecho con el que comerciaba con regularidad. Sin embargo, su mayor desgracia residía en que era hijo ilegítimo, pero gracias a que su padre lo reconoció abiertamente, Caldwell no fue arrastrado a la oscuridad como la mayoría de los hijos ilegítimos. Por el contrario, su padre le proporcionó una educación de caballero y un amplio apoyo financiero. El duque recibía con frecuencia a Caldwell en el palacio ducal, para gran consternación de la duquesa, sin duda. Caldwell fue admitido en muchas de las grandes casas, probablemente para ganarse el favor de su ilustre sire, pero el ingenio de Caldwell fue lo que le mantuvo cerca de los primeros puestos de las listas de invitados de muchas matronas dignas.

Su afición a los cotilleos le aseguraba que nunca le faltara compañía. Si había malas noticias que compartir, estaba decidido a ser el portador de ellas. Sabiendo que William había albergado cierto afecto por Bella, Caldwell informó alegremente de que ella se había casado con sir Horace Milford poco más de un mes después de que William hubiera abandonado Inglaterra.

Por primera vez en su vida, William se había emborrachado hasta el estupor aquella noche.

—Mis felicitaciones llegan con retraso, pero les deseo a usted y a su marido toda la felicidad —su madre se habría sentido orgullosa de él por ser tan cortés. Por la forma en que se le revolvían las tripas, William temió estar enfermo.

Arabella le lanzó una mirada de soslayo.

—Por lo visto, está menos informado ahora que está en casa. Enviudé hace algunos años.

William tragó saliva con dificultad. Era difícil dar el pésame cuando no sentía la menor tristeza por el fallecimiento de su marido, pero tenía el deber de intentarlo.

—Espero que no fuera... es decir, desearía haber sido...

—¿Qué? ¿Haber estado allí para sostenerme la mano en mi dolor? Por favor. No mancillemos el recuerdo de lo que fuimos el uno para el otro con falsedades. Sin duda estaba en

Roma, París o Praga cuando ocurrió, y no habría deseado estar en otro lugar por nada del mundo.

No podía decir dónde había estado, porque no sabía concretamente cuándo sir Horace había ido a recibir su recompensa. Una vez que William se enteró de que Bella se había casado tan poco tiempo después de que él abandonara Inglaterra, se esforzó por no tener más noticias de ella, no fuera a ser que se enterara de que le había dado un heredero a su marido.

O peor aún, que había muerto intentándolo.

Pero si se hubiera enterado de que había enviudado, nada le habría retenido en el Continente.

—No se compadezca de mi estado de soltería —dijo ella—, resulta que la viudez me sienta bien. Soy mi propia señora, a cargo de mis propios asuntos.

Él esperaba que ella se refiriera a asuntos financieros. No podía soportar imaginar otro tipo.

—¿Y no desea volver a casarse?

—¿Por qué habría de hacerlo? Sólo significaría renunciar a mi independencia y permitir que algún hombre tomara todas mis decisiones por mí. Gracias, pero no —dijo ella con énfasis —. Me conformo con encontrar la felicidad por mí misma.

Parecía sincera en su deseo de que la dejaran en paz, pero mientras William la miraba, la habitación pareció desvanecerse a su alrededor. Lo único que vio fue a Bella.

—Le rogué que esperara —dijo en voz baja.

Los ojos oscuros de ella le brillaron.

—Y yo le rogué que se quedara.

Sacudió la cabeza con pesar e intentó sonreírle.

—Parece que a ninguno de los dos se nos da muy bien suplicar.

Ella le devolvió la sonrisa. Una de verdad esta vez.

—No, ni es probable que nos permitamos mucha práctica en ello. Una vez fue suficiente para toda mi vida —ella posó brevemente las yemas de sus dedos en el antebrazo de él—. Lamenté enterarme del fallecimiento de su padre. Lord Chambers era un estimado caballero.

Un estimado caballero que no creía que ella estuviera cortada con la tela suficientemente fina para ser su nuera. Era la razón por la que el viejo conde había insistido con vehemencia en que William partiera para su Gran Viaje sin esperar al final de la Temporada y, concretamente, sin declararse a Arabella Belhurst.

—Si tus sentimientos por la joven siguen siendo los mismos una vez que regreses, no me opondré, —había prometido su padre.

William nunca se había planteado que fueran los sentimientos de Arabella los que cambiaran.

—Me sorprende verle aquí —dijo—. Según recuerdo, la música le es indiferente.

—Depende de quién esté tocando.

—Me parece justo —se dio unos golpecitos en la mejilla con el dedo índice.

¿Era ésa una de las señales de su guante? Había intentado enseñárselas una vez. Sujetándose los guantes justo así, podía comunicarse con él desde el otro lado de la habitación. "Estoy disgustado" o "preséntame a tu compañía" eran tan claras para él como si ella hubiera dicho las palabras en voz alta. Siempre que pudiera recordar las señales, claro. De momento, la única que se le quedó grabada en la memoria fue cuando ella dejó caer los dos guantes. Era la señal que significaba "te quiero".

Ahora sus guantes permanecían firmes en sus delicadas manos.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que ha decidido entrar en el mercado matrimonial ahora que ha sido elevado a conde? —le preguntó.

Él siempre había sido un libro abierto para ella. Era inútil negarlo.

—¿Y qué si lo he hecho?

—Entonces me pregunto qué joven dama ha llamado su atención.

William apenas fue consciente del giro casi involuntario de su mirada hacia la base del estrado, donde la señorita Amburt seguía siendo calurosamente felicitada por su actuación.

—Oh, ya veo. La señorita Amburt, ¿verdad?

—No, yo...

—Lord Chambers —dijo ella con severidad—, recuerde lo que dije sobre las falsedades entre nosotros. Me debe un poco de franqueza, ¿no cree?

—Tiene razón. En ambas cosas.

—En ese caso, debo advertirle que cortejar a la señorita Amburt no será fácil. —Ciertamente no lo sería ahora que sabía que Arabella ya no estaba casada. Aun así, no era libre de hacer lo que quisiera. William tenía responsabilidades. Tenía que tener en cuenta algo más que sus propios deseos. Y Arabella claramente no quería que él le prestara atención. De hecho, ella había sido bastante vehemente sobre seguir siendo una dama soltera.

—Confío en que eso no sea un comentario sobre mi valía como pretendiente. —Dejando a un lado la advertencia de Arabella, William no creía que fuera difícil ganarse la mano de la señorita Amburt una vez que se lo propusiera. No era que estuviera demasiado pagado de sí mismo. Simplemente no se hacía ilusiones sobre su atractivo en el mercado matrimonial.

—Oh, no, desde luego —dijo con una sonrisa felina—. Es probable que las debutantes se desmayen si la mera sombra de lord Chambers cae sobre ellas. No, su dificultad residirá en convencer a la madrina de la señorita Amburt. Se cree la protectora de la muchacha y utilizará todos los medios a su alcance para evitar que le hagan daño.

—¿Perjudicarla? Me hace parecer la peor clase de canalla —protestó—. Y según usted, esa madrina suya debe de ser una auténtica dragona.

—Oh, lo es —dijo Bella confidencialmente—. Una amargada viuda, según dicen, con una visión funesta de los hombres en general y de los que vienen a cortejar en particular.

En ese momento, la señorita Amburt se unió a ellos.

—¿Lo ha oído, lady Milford? He tocado bien, ¿verdad?

Arabella le dio un rápido abrazo.

—Estuviste brillante, querida. Ahora, permíteme presentarte a lord Chambers. Milord, tengo el honor de presentarle a la señorita Clara Amburt.

Con los ojos muy abiertos, la muchacha hizo una profunda reverencia.

—Encantada de conocerle, milord.

—Y yo a usted.

Él le devolvió la reverencia con una rápida inclinación del cuello. La muchacha parecía mucho más joven de cerca. Sus mejillas estaban sonrosadas y su nariz salpicada de algunas pecas y sus ojos brillantes e inocentes como los de un cervatillo recién nacido.

Es una niña.

William no volvería a ver los treinta. Aunque eso no lo convertía exactamente en un anciano, supuso que la señorita Amburt tenía la mitad de su edad. William sabía que era habitual que los caballeros con título tomaran esposas mucho más jóvenes, pero, a su juicio, esto rayaba en lo indecente.

En la incómoda pausa, miró a Arabella. La señorita Amburt no pasó por alto la mirada.

—¿De qué se conocen usted y lady Milford, milord?

Si era tan perspicaz, quizá la señorita Amburt no era tan joven como parecía.

—Oh, lord Chambers y yo nos conocemos desde hace muchos años, ¿verdad? —dijo Arabella —Somos... muy viejos amigos.

Se sentía más viejo por momentos.

—Bien. Me alegro de que lady Milford lo conozca bien, —dijo la señorita Amburt. —Su opinión significa mucho para mí.

—Muy sabio por su parte —dijo con una leve inclinación de cabeza.

—Bueno, después de todo, ella es mi madrina. Confío en su consejo en todos los asuntos —dijo la señorita Amburt.

Su mirada se desvió hacia Arabella. Sus labios estaban abiertos en una amplia sonrisa, mostrando sus preciosos dientes blancos.

Sin duda, una verdadera dragona.

Capítulo 2

Ser una mujer de medios independientes no es para los débiles de corazón, sobre todo cuando esos medios no están a la altura de los sueños de una.

Del diario de viaje de la señora Beatrice Willwood

-¿Lo he hecho bien? —preguntó Clara por tercera vez cuando Arabella permitió que el lacayo de los Amburt la subiera al carruaje que les esperaba. La chica era una niña encantadora la mayor parte del tiempo, pero cuando se trataba de música, su perfeccionismo podía resultar tedioso. —Sea sincera. Me precipité con el arpegio al final, ¿verdad?

—Tocabas muy bien, —volvió a asegurarle Arabella. Al menos, la obsesión de Clara evitó que Bella examinara el modo en que aún le hormigueaban las entrañas después de volver a ver a William.

Lord Chambers, se recordó a sí misma con severidad. No se permitiría pensar en él en lo familiar. Habían pasado tantas cosas desde la última vez que lo vio. Había pasado tanto tiempo. Ahora debía de tener más de treinta años.

Ya no era el joven que ella había conocido, pero a William aún se le consideraba un caballero en la flor de la vida. Y ella no era la misma muchacha insensible, aunque una mujer soltera de veintiocho años no se consideraba nada en la flor de la vida. Arabella era una viuda

que no buscaba activamente marido. Como tal, era una afrenta al orden natural de las cosas, a la regla que decretaba que las personas debían ir por la vida como los animales de Noé.

De dos en dos.

—¿Bien? ¿Mi actuación sólo ha estado bien? —Se quejó Clara —si eso no es condenarme con débiles elogios, no sé qué lo es.

Arabella suspiró mientras el carruaje traqueteaba por las calles adoquinadas en dirección a la casa de moda de los Amburt en Mayfair. —Comparada con las otras chicas, fuiste una revelación. Un verdadero prodigio.

—Pero no quiero que me comparen con las otras chicas. Es un listón muy bajo.

La chica no pretendía ser poco amable, se dijo Arabella. Clara era simplemente del tipo sincero y no podía imaginarse prevaricando, ni siquiera para salvar los sentimientos de otra persona. Era uno de los defectos que Arabella había intentado arrancarle. La veracidad era admirable en pequeñas dosis, pero un poco de tacto allanaría mucho más el camino de Clara en la vida.

—Preferiría que me comparara con los pianistas profesionales que ha oído —dijo.

Arabella volvió a suspirar. Había sido un error hablarle a Clara de los maravillosos conciertos a los que había asistido, pero cuando asumió por primera vez el cargo de madrina, había necesitado una forma de hacer que la chica confiara en ella y siguiera sus consejos. Se habían compenetrado casi al instante por su amor a la música.

Arabella se alegró de haber omitido el hecho de que aquellos conciertos habían sido en Venecia, Barcelona y Salzburgo. Parte del encanto de viajar de forma independiente era poder complacerse a sí misma en materia de entretenimientos. Sir Horace nunca había sido aficionado al teatro y se había negado a llevarla al extranjero. Así que una vez que él se había ido, ella se había llevado a sí misma, bajo un nombre falso, por supuesto.

Hasta que su pensión de viuda fue cortada por la mitad por su hijastro, sir Brandon. Brandon no aprobaba sus andanzas galantes. Si ella regresaba a Cornualles, él prometió restituirle la totalidad de sus ingresos aunque no es que la cantidad total fuera tan generosa. Arabella tuvo que economizar a cada paso y encontrar medios alternativos para mantener su afán viajero.

Desde luego, no le gustaba vivir tan sencillamente como Brandon quería. Su oferta de aumentar su estipendio incluía la advertencia de que ella fijara su residencia en la antigua cabaña de guardabosques de su finca de Cornualles. Prometió renovarla para su uso, pero era desesperadamente rústica. No había ninguna posibilidad de que Arabella se convirtiera en la señora de la casa de la viuda. La abuela de Brandon estaba firmemente instalada en aquel elegante, aunque anticuado hogar, y aunque era lo bastante amplio como para haber pasado por casa solariega en otras fincas, ni ella ni Arabella encontrarían el espacio lo bastante grande para compartirlo.

La anciana viuda nunca había aprobado a la segunda esposa de su hijo, y su opinión sobre Arabella no había mejorado por la forma en que había deambulado desde su muerte.

Las andanzas de Arabella eran un secreto bien guardado, ya que la familia de sir Horace se esforzaba en mantenerlo por guardar las formas. Por lo que sabía la sociedad londinense, Arabella había pasado los últimos años de luto en Cornualles en lugar de explorar las capitales de Europa.

Cuando por fin apareció en Londres, el padre de la señorita Amburt la conoció en una lectura de poesía. Decidió que era una viuda respetable de gusto exquisito y que sería la persona perfecta para presentar a su hija a la gente adecuada. La madre de Clara padecía tisis y no podía abandonar su casa de campo por el aire insalubre de Londres. Tras contratar los servicios de Arabella como madrina de Clara durante la temporada, lord Amburt regresó con su esposa, dejando a su bien dotada hija al cuidado de Arabella.

Una vez que su pupila estuviera casada a salvo con un caballero adecuado, Arabella recibiría una suculenta remuneración. Sería suficiente para llevarla a las Américas durante unos años, posiblemente incluso más. Había oído que Boston se estaba convirtiendo en una ciudad importante del otro lado del Atlántico, si a uno no le importaba codearse con los descendientes de sediciosos y puritanos.

—Vamos, lady Milford. Dígame sinceramente. ¿Cómo lo hice? —Suplicó la señora Amburt.

—Sabes que estuvo brillante. Tu interpretación no fue sólo técnicamente perfecta, fue sentida. Lírica —dijo Arabella mientras el carruaje se detenía ante la casa de lord Amburt—. De hecho, si no fuera indecente para una dama tocar en público…

—¿Pero no es eso justo lo que estaba haciendo esta tarde? ¿Lo que hicimos todas? —exigió Clara.

—No por dinero. Ahí está la diferencia. Una dama puede tocar para su familia y amigos, pero no para extraños. Y desde luego no por dinero.

—Pero esta tarde había muchos extraños —insistió Clara mientras ambas se apeaban del carruaje y caminaban hacia la puerta principal, que se abrió para ellas al acercarse. Uno de los apuestos lacayos les dio la bienvenida con una sonrisa silenciosa y les cogió los abrigos. Los criados de lord Amburt eran de la mejor clase: serviciales, dispuestos y muy discretos.

—Conocía a muy pocas de las damas presentes y a ninguno de los caballeros antes de hoy —prosiguió Clara—. Eran extraños para mí y, sin embargo, he tocado para ellos.

Una vez que la chica se aferraba a una idea, era como un perro con un hueso. El pinchazo de un dolor de cabeza empezaba a formarse entre las cejas de Arabella. Clara estaba llena de preguntas. Arabella conocía las respuestas adecuadas que debía darle sobre los caminos del mundo.

El problema era que ella misma no creía en ellas.

Aun así, los padres de Clara le estaban pagando generosamente para que guiara a su hija a lo largo de la Temporada hacia un espléndido partido. Arabella había esperado pasar la Temporada asistiendo a obras de teatro e inauguraciones de galerías. Después de enviudar, Ahora algo tan plebeyo como servir de acompañante permanente era lo que la vida le exigía.

—Una dama no puede hacer carrera de la actuación en público —dijo mientras Clara y ella se dirigían al salón, donde ya les habían preparado el té—, se considera de mala educación.

—¿Por qué?

¿Por qué? Muchos hombres lograron una gran aclamación dando conciertos por toda Gran Bretaña. El talento de Clara era fácilmente igual al de algunos de ellos. Si ella fuera un segundo hijo, se consideraría un método perfectamente aceptable de abrirse camino en el mundo. Su don era más que suficiente.

Su género no lo era.

—No sé por qué —dijo Arabella con sinceridad—. Sólo sé que las reglas para los hombres y para las mujeres son dos cosas completamente diferentes. Es decididamente injusto, pero el mundo es así. Es mejor que aprendas esa lección ahora.

—No veo por qué debería hacerlo —Clara se acomodó en el sofá y se sirvió una galleta—. Usted no lo ha hecho.

—Oh, sí que lo he hecho —una vez que se había casado con el baronet, había aprendido rápidamente que mientras a él se le guiñaba el ojo por su mal comportamiento, su conducta debía permanecer por encima de todo reproche. No debía manifestar demasiado interés por las ideas de los autores masculinos, ni siquiera interesarse por la lectura en general. Nunca debía salir en público para asistir sola a una conferencia o a un concierto, pero sir Horace podía mantener impunemente cualquier número de ligues.

Solía irritarla más allá de lo soportable cuando se enteraba de que había llevado a su amante a la ópera. No porque tuviera una amante, sino porque nunca la llevaría. Si de verdad le hubiera importado su marido, la situación habría sido insostenible. Por tanto, la viudez le vino como una bienvenida liberación. No tenía ni idea de cómo soportaban otras mujeres ser tratadas como un mero apéndice de un hombre, y además no muy importante.

—Puede que el mundo sea injusto, pero no creo que eso le impida hacer lo que le plazca, lady Milford —dijo Clara con expresión socarrona—. Sé quién es usted en realidad, ¿sabe?

—¿Qué se supone que significa eso?

Clara puso los ojos en blanco.

—Sabe perfectamente lo que significa, señora Willwood.

—¿Qué?

Un cosquilleo de aprensión le recorrió la espina dorsal.

—No hace falta que se haga la tímida conmigo. Lo sé —dijo Clara—. Usted es la señora Beatrice Willwood.

—Pero no puedo serlo —Arabella decidió descararse. Si no podía acobardar a una joven de dieciséis años, más le valía retirarse a la casita del guardabosque y acabar de una vez—. La señora es bastante mayor que yo. Vaya, la semana pasada asistimos a una de sus conferencias sobre sus viajes. Tú la viste con tus propios ojos.

Clara negó con la cabeza.

—Vi a alguien, pero no era la verdadera señora Willwood. Debe pagarle para que dé esas conferencias y venda sus panfletos. ¿Es una actriz en paro, tal vez?

Clara sirvió un poco de té, lo aderezó con leche y azúcar tal como le gustaba a Arabella, y le ofreció la taza. Arabella la tomó para tener algo que hacer con las manos. No estaría bien que

Clara las viera temblar.

—Hace un trabajo bastante bueno, por cierto —aseguró Clara—. Pero a veces, ella vacila cuando no sabe la respuesta a una pregunta. Usted nunca haría eso.

Arabella se había quitado los guantes y los había colocado sobre su regazo antes de aceptar el té. Ahora dejó la taza y cerró la piel de cabritilla en un puño tan apretado que sus nudillos se volvieron blancos. ¿Cómo había podido Clara descubrir su secreto?

Como si hubiera oído el pensamiento de Arabella, la muchacha dijo:

—El otro día vi el primer borrador de la próxima obra de la señora Willwood en su tocador.

—¿Qué hacías husmeando en mi habitación, jovencita?

—Oh, no. No puede cambiar de tema tan fácilmente. Ahora no se trata de mi comportamiento —Clara la estudió con los ojos entrecerrados—. Si usted no es la autora, ¿cómo es que tiene una obra inédita de la señora Willwood?

Arabella se hundió en la silla frente al sofá.

—Ella, ah... me pidió que le diera una primera lectura antes de enviarlo a su editor.

—¿Y de alguna manera lo escribió de su puño y letra? —dijo Clara con una sonrisa —sus mayúsculas tienen una floritura especialmente reconocible.

Los labios de Arabella se apretaron en una línea recta.

—¿Vas a contarle a tus padres esta ridícula sospecha tuya?

—Oh, es mucho más que una sospecha, es un hecho. Pero cielos, no. ¿Por qué debería decírselo a mis padres? Le despedirían de inmediato si supieran que estoy paseando por Londres con una mujer que viaja por el mundo sin escolta. ¿Quién podría culparles?

—Si es así como te sientes, me sorprende que te permitas permanecer en compañía de

alguien tan...

—¿Tan poco convencional? —suplió Clara —iba a decir poco sincera.

—Oh, no considero que lo que ha hecho sea en absoluto mendaz —Clara añadió otro terrón de azúcar a su propio té y lo removió lánguidamente—. Le he observado muy de cerca. Se ha esforzado por no mentir directamente. En realidad nunca ha dicho que ha pasado los últimos años en Cornualles. La gente simplemente asume que ha estado recluida.

—Si tienes razón, y no digo que la tengas, —añadió Arabella rápidamente —no me he molestado en corregirles.

—Si es un pecado, es uno de omisión. Siempre pienso que ésos son los más fáciles de perdonar, ¿no? Además, es culpa suya si suponen mal. Y qué amable de su parte ignorar así las faltas de los demás —Clara enterró la nariz en su taza para dar un sorbo rápido. Salió con una sonrisa malévola—. Confío en que usted también ignore los míos.

—Clara, esta tontería tiene que terminar.

—No son tonterías. Sólo quiero que sepa que si deseo hacer algo por mi cuenta, ir a una fiesta o a una cena privada con artistas y bohemios y poetas y librepensadores, no sólo debe permitirlo, sino que debe aceptar cubrir mis pecados si el asunto llega a oídos de mis padres.

Arabella dejó su taza. Había asistido a algunos salones en París y se había sentido vigorizada por las chispeantes conversaciones con artistas y filósofos. Sin embargo, era una verdad perversa que, después de varias botellas de vino, aquellos eventos, que comenzaban con una charla tan elevada, tendían a descender a un comportamiento lascivo, al consumo de opio y al olvido total. Arabella siempre se había propuesto marcharse en cuanto terminaba la parte intelectualmente estimulante de la velada. Una cosa era frecuentar la demimonde en Francia bajo un nombre falso. Arabella nunca asistiría a una reunión así en Londres, porque sin reputación, no tendría nada.

Y tampoco lo tendría una desventurada debutante que deambulara por una.

—No, Clara. No permitiré que hagas eso.

—Pero...

—Sin peros. No me arriesgaré con tu seguridad ni con tu buen nombre. Puede que tu padre tenga más dinero que Creso, pero ni siquiera él puede comprar una reputación manchada —dijo Arabella con severidad—. Si sientes la necesidad de ponerme a prueba en esto, iré directamente a ver a tus padres y te encontrarás de vuelta en Surrey antes de que puedas pestañear dos veces.

—Si hace eso, les hablaré de la señora Willwood —amenazó Clara.

Arabella se puso en pie.

—No tendrás que hacerlo. Ya les habré contado tus sospechas sobre mí antes de que les informes de tu intención de portarse mal. No se te ocurra intimidarme, señorita Amburt. Ésta no es mi primera temporada y no eres tan lista como supones.

Las lágrimas se agolparon en los pálidos ojos grises de la muchacha.

Arabella se acercó al sofá, se sentó a su lado y la rodeó con los brazos. Clara empezó a sollozar. Podía tener cuerpo de mujer, pero en muchos aspectos seguía siendo una niña. Una niña testaruda.

—Ya está. Confía en mí, querida —le dijo Arabella—. Tengo tus mejores intereses en el corazón, lo sabes.

—Lo sé. Por piedad, acaba de ofrecerse a destruir su propio buen nombre para salvar el mío. Pero es que... no estoy segura de querer casarme —Clara sacó un pañuelo de la manga y se sonó la nariz.

—Por supuesto que sí. Todas las jóvenes sueñan con el día de su boda.

—¿Y usted?

Arabella asintió. Pero desde luego no soñó que su prometido sería Sir Horace.

Las lágrimas de Clara se secaron tan rápido como habían aparecido.

—Entonces, ¿por qué no desea volver a casarse? Ya ha pasado bastante tiempo desde que falleció su marido. Nunca habla de él, así que no puedo creer que aún lo llore.

—Nunca asumas que sabes lo que hay en el corazón de otro —dijo Arabella—, el duelo es un asunto privado. Pero tienes razón en una cosa. El matrimonio ya no es para mí.

—¡Uhm! Así que aunque no me convenga, crees que debería casarme.

—Lo creo.

—¿Por qué?

—Porque el mundo es a la vez más grandioso y más chabacano de lo que puedas imaginar, Clara

No todas las mujeres estaban preparadas para ser responsables de su propia vida. Arabella echó la culpa a la limitada educación que generalmente recibía su género. Lo más útil que se enseñaba a hacer a las niñas bien nacidas era coser, una habilidad en la que Arabella no había destacado y le parecía un aburrimiento colosal, pero al menos era un logro necesario. Aparte de un poco de francés de conversación, no estudiaban idiomas. Ninguna joven conocida suya podía conversar con autoridad sobre avances científicos, política o filosofía. Arabella era autodidacta en esas materias. Había agarrado con ambas manos una educación para sí misma.

Lo peor de todo era que las jóvenes no recibían ninguna instrucción financiera, y Arabella aún tenía dificultades para manejar sus propios fondos. Nadie esperaba que las damas fueran responsables de algo más que del dinero de sus alfileres. La cocinera, que nominalmente consultaba a la señora de la casa sobre los menús semanales, era responsable de más gastos domésticos que su señora.

—Para la mayoría de las mujeres bien nacidas, la mejor situación del mundo es la

protección de un buen hombre —le dijo Arabella a Clara—. Y tengo la intención de asegurarme de que te cases con el mejor de los caballeros.

Con suerte, uno que no le rompa el corazón, aunque eso es mucho pedir.

Clara le lanzó una mirada de reojo.

—Lord Chambers parece un tipo amable.

—En efecto, si a una le gusta el tipo.

Arabella educó su rostro en una máscara pasiva porque los ojos de Clara eran mucho más agudos de lo que había sospechado. Incluso después de todo el tiempo que habían pasado separados, había habido una chispa definida entre ella y William que Clara podría haber reconocido. La muchacha no necesitaba saber cómo ver a William, ¡Lord Chambers! Debía pensar en él como lord Chambers, había alterado la sensación de calma de Arabella.

—¿"El tipo"? Oh, sí, ya veo lo que quieres decir —dijo Clara—. Tienes razón. Es bastante viejo, ¿verdad?

—Lord Chambers no es viejo.

—Es incluso mayor que usted.

Arabella se burló.

—Contrariamente a tu opinión, no soy exactamente una vieja desdentada.

—No, pero a veces actúas como tal —Clara se sirvió otra galleta. Afortunadamente para ella, tenía la constitución de un colibrí y podía mordisquear dulces todo el día sin ganar un centímetro alrededor de su delgada cintura—. En los bailes, pasa el tiempo con las otras ancianas en el rincón. ¿Por qué no baila?

—No sería apropiado.

—¿Porque es viuda?

—No, ha pasado suficiente tiempo desde que murió mi marido como para que nadie me culpe por bailar.

El remolino de seda, las caricias y las sonrisas, la sensación de vida palpitante que la recorría: Arabella sí que lo echaba de menos.

—¿Bailar le entristecería porque le recuerda a sir Horace?

—Cielos, no —le recordaría a la noche anterior a la partida de William—. No bailo porque no podría vigilarte si estuviera intentando evitar que algún torpe caballero me pisara los pies.

—Si le prometo que seré buena, ¿me promete que aceptará la próxima vez que le saquen a bailar?

—Clara…

—¿Por favor?

—Muy bien —aceptó Arabella—, si prometes olvidar esa tontería de la señora Willwood, aunque tropiece con el caballero.

—De acuerdo. Pero la señora Willwood no es ninguna tontería. De hecho, estoy bastante contenta con sus aventuras —Entonces Clara se llevó un dedo a los labios y guiñó un ojo —Silenciosamente complacida.

Capítulo 3

Cuando siento que esta nueva vida se acelera en mi interior, me lleno de alegría. Cuando veo que mi antigua vida pasa de largo mientras me escondo en casa engordando monstruosamente, me lleno de desesperación. Realmente no existe un término medio para una mujer que está aumentando.

Del diario de Violet Hadington Sinclair, lady Lawson

Violet estaba agradecida de estar cómodamente apuntalada con almohadas y de tener a su marido, Lawrence, a su lado. Normalmente, él le habría estado dando un masaje en los pies, como hacía a esta hora casi todas las tardes desde que ella había anunciado que esperaba un hijo suyo, pero mientras la señorita Theodora Dandridge estuviera presente, tales comodidades hogareñas tendrían que esperar. Violet se estaba mareando un poco al ver a su amiga pasearse por el salón mientras relataba lo sucedido en su recital esa misma tarde.

Según Theo, su actuación había sido un triunfo absoluto. No había fallado ni una nota. Pero Violet conocía bien la forma de tocar de su amiga.

Oh, Theo, querida, golpear a cada uno de ellos con la fuerza de un pico de minero no hace música.

—Oh, Violet, me hubiera gustado tanto que estuvieras allí —dejándose caer en una de las sillas Sheridan, Theo finalmente se quedó sin palabras y sin vapor. Suspiró satisfecha mientras se servía una taza de té y tomaba un sorbo—. Lady Clemens dijo que mi forma de tocar era una maravilla.

—La maravilla fue que no le sangraron los oídos —Lawrence se inclinó hacia Violet para susurrarle.

—¿Qué has dicho? —preguntó Theo mientras dejaba su taza.

—Nada —Violet hundió subrepticiamente un codo en las costillas de su marido—. Simplemente estaba de acuerdo contigo.

Entonces, mientras Theo reflexionaba sobre lo que había elegido del plato de galletas, Violet le dijo algo amable a Lawrence.

Su marido hizo una mueca pero siguió adelante varonilmente.

—Tu forma de tocar... hizo suspirar a todo el mundo.

Mientras la atención de Theo seguía puesta en los refrescos, Violet golpeó el pecho de su marido con el dorso de la mano. Podía ser lord Lawson, un par del reino, y su amo y señor ante Dios y los hombres, pero cuando se había enamorado de él, era simplemente el señor Sinclair. Si ella le tenía respeto, era por sus excelentes cualidades, no porque el mundo dijera que debía hacerlo. Pero aparte de todo eso, más le valía a aquel hombre no difamar a su querida amiga si quería seguir gozando de su buena voluntad.

Incluso si su comentario era veraz.

—Eso es maravilloso, querida —le dijo Violet a su amiga—. Así que las damas presentes fueron efusivas en sus cumplidos. ¿Algún caballero en particular hizo un esfuerzo especial para felicitarte por tu actuación?

—De hecho, no podría decir a un caballero en particular.

—Oh —dijo Violet, intentando ocultar su decepción. Ésta era la cuarta temporada de Theo. Si no encontraba marido esta vez, podría quedar relegada permanentemente mientras la familia Dandridge hacía trotar a su hermana menor, que a los dieciocho años, según se decía, estaba deseando que llegara su turno en la Sociedad.

Theo sonrió pícaramente a Violet.

—En realidad, había tantos caballeros esperando para hablar conmigo que perdí la cuenta. Todos los solteros del recital se agolpaban a mi alrededor. O debería decir entre yo y otra jovencita. La señorita Amburt, creo que era su nombre. Los demás que actuaron fueron tristemente ignorados. Imagínate.

—Échale la culpa a La Guía del Soltero —dijo Lawrence en voz baja.

Una vez más, Theo pareció no haberle oído mientras recuperaba su taza y tomaba otro sorbo de té. Violet, sin embargo, envió a su marido una mirada mordaz. Cuando él le había hablado por primera vez del horrible panfleto que circulaba por White's, y de cómo la dote excesivamente generosa de la señorita Theodora Dandridge estaba marcada con varios asteriscos, Violet se había enfurecido con toda la mitad masculina de la especie. ¿Cómo se atrevían a reducir a su querida amiga a nada más que un número seguido de un buen número de ceros?

Era positivamente indecente.

De acuerdo, Theodora necesitaba cualquier ayuda que La Guía del Soltero pudiera darle. Pero poner una etiqueta monetaria tan obvia en su mano sólo atraería a la peor clase de pretendientes.

—¡Oh! —dijo Theo, mientras volvía a dejar su taza de té sobre la mesa baja. Normalmente era bastante hábil equilibrando el platillo sobre su rodilla, pero aún estaba tan excitada que estaba más inquieta de lo habitual—. Lord Chambers estaba allí.

—¿Willy? —Violet era la única persona en el mundo que llamaba a lord Chambers por el

apelativo que le había dado de pequeño. Reclamaba el derecho como su hermana favorita. El hecho de que fuera la única hermana de William Hadington no disminuía ni un ápice el privilegio. —Nunca le ha gustado la música.

—Quizá tenía otra razón para estar allí —dijo Lawrence crípticamente.

¿Podría su hermano, soltero empedernido, estar buscando esposa? Esta era una noticia que a Violet definitivamente le vendría bien. Ayudar a Willy a encontrar a la dama adecuada para convertirla en su condesa sería una excelente diversión. Por supuesto, el hecho de que Violet se hubiera retirado de la vida pública por estar embarazada haría más difícil conseguir la pareja perfecta para su hermano, pero ella vivía para los retos.

—Bueno, parecía que lord Chambers y lady Milford se conocían —dijo Theo—. Me dijeron que hablaron durante bastante tiempo. Quizá tu hermano estuvo allí para verla.

—No sabía que lady Milford estaba en Londres. Eso pasa por languidecer en casa todo el día —Violet se palmeó el vientre y el próximo conde de Lawson le dio una patada en la palma de la mano.

—¿Quién es esta lady Milford? —preguntó Lawrence.

—Arabella Belhurst era su nombre de soltera. Cuando su padre fue nombrado caballero por su servicio a la Corona, ella salió y arrasó —dijo Violet—. Tú y yo éramos unos años menores que ella, Theo. Teníamos unos trece años cuando ella debutó. Pero recuerdo a todos los adultos a mi alrededor hablando de ella cuando no pensaban que yo estaba escuchando. La habrían tachado de trepa social si no fuera porque era muy natural y encantadora. Y debo admitir que me dejó una gran impresión cuando la conocí.

—Si eras tan joven, ¿cómo es que la conocías? —Preguntó Lawrence.

—La señorita Belhurst era una invitada frecuente en Hadington House antes de que Willy y lord Sutton se marcharan al Continente.

—Oh, sí, ahora la recuerdo —aseguró Theodora—. Era una verdadera belleza, un diamante de primera decía todo el mundo, aunque en aquel momento, nuestra amiga Sophia dijo que su familia no sería considerada de buena cuna durante un par de generaciones más, por lo menos. ¿Por qué será, me pregunto?

—Oh, ya sabes cómo es Sophia —dijo Violet, enderezando la columna vertebral y continuando en su mejor imitación de su amiga ausente en su mejor momento imperioso—. Si uno no puede rastrear su linaje hasta Guillermo el Conquistador, no puede reclamar ser un verdadero aristócrata, y…

—…Y ahora Sophia está casada con un capitán de barco —terminó Theo por ella. Su amiga íntima, Sophia Englewood, al igual que Theo, había pasado varias temporadas sin una propuesta. Por fin había aparecido una oferta por su mano. El capitán Pritchard no tenía título, pero como militar seguía siendo considerado un caballero y, por tanto, un pretendiente aceptable. Especialmente para una joven que no había tenido otras ofertas. Pero los hijos de Sophia, si Dios concedía alguno a la pareja, no se considerarían en absoluto parte de la aristocracia.

Así que Sophia, que había vivido para los cotilleos y las intrigas sociales, navegaba ahora hacia Oriente, donde estaría estacionado el barco de su marido. Estaba viviendo el sueño de Violet de viajar por el mundo, mientras que la vida de Violet se había convertido en la encarnación de las esperanzas de Sophia: ser una dama de título con un marido adorado y adinerado, dueña de una encantadora casa de pueblo y una finca en el campo y, para llevar su felicidad a la plenitud, un hijo en camino.

Dios, decidió Violet, mientras el bebé nonato se retorcía en su interior, tiene un sentido del humor singularmente perverso.

—Pero volviendo a mi hermano —dijo—, recuerdo que Willy estaba terriblemente prendado de la señorita Belhurst por aquel entonces y, según todas las apariencias, ella correspondía a sus sentimientos. Al menos, eso creí en su momento, pero parece que me

equivoqué.

—Voy a anotar esta fecha… —dijo Lawrence con una sonrisa —…en la que mi mujer reconoce que se equivocó.

—Muy gracioso, querido. ¿Es así como le hablas a la madre de tu heredero? —ella preguntó mostrándose ofendida.

—En absoluto —aseguró él en tono contrito—. Sólo quería decir que oírte escuchar que te equivocas es tan raro como... como el avistamiento de un unicornio.

—Así está mejor —Violet cogió una de las almohadas que decoraban el sofá y se la lanzó a la espalda. El pequeño tirano en su barriga bailaba sobre su espina dorsal. Quizá por eso las mujeres embarazadas se quedaban en casa. En público, nunca había una almohada cerca cuando una la necesitaba—. En cualquier caso, nada sucedió entre Willy y la señorita Belhurst. Él se marchó en su Gran Tour.

Lawrence irrumpió con:

—Y entonces le conocí en Italia.

—Y me alegro mucho de que lo hicieras, querido. Nunca nos habríamos conocido de otro modo.

Violet apoyó un momento la palma de la mano en su mejilla y él cubrió la mano de ella con la suya. Se le ocurrió que ella y Theo habían estado dejando a Lawrence fuera de la conversación, pero si iba a ser padre, debía acostumbrarse a ello. Una madre primeriza no podía preocuparse tanto por su marido como una esposa primeriza. Al menos, eso le había dicho su madre.

—Así que el viaje que me trajo la felicidad cuando Willy y tú os hicisteis amigos puede haberle costado a mi hermano la suya —Violet apartó suavemente la mano de Lawrence—. Al menos, así habría sido, si mi hermano y la señorita Belhurst hubieran estado tan enamorados el

uno del otro como yo pensaba. No mucho después de que Willy se fuera, ella se casó con sir Horace Milford de Cornualles, de todos los lugares atrasados.

—No fue su esposa mucho tiempo —le informó Theodora—. Ahora es su viuda.

—¿Lo es? Evidentemente, lo que ocurre en Cornualles rara vez es noticia en Londres.

—Según lady Costwords, sir Horace murió en el 16 y, casualmente, se encontraba en Londres cuando la muerte se lo llevó inesperadamente, según lady Costwords —añadió Theo—. Probablemente estaba demasiado ocupado con otras cosas ese año como para haberse dado cuenta.

—Supongo que lo estaba —comentó Violet—, las chicas jóvenes parecen fascinadas por sus propias cosas excluyendo todo lo demás.

—Justo hoy oí por casualidad a lady Costwords contar algo más sobre lady Milford. Y no necesito decirle que si lady Costwords dice una cosa, podemos confiar en su veracidad —dijo Theo—. La verdad es que ha sido de lo más extraño. No sé qué pensar de ello.

Normalmente, Violet evitaba los cotilleos, pero desde su confinamiento, ¿qué otra cosa tenía que hacer?

—¿Qué dijo?

—Que lady Milford tendría las manos ocupadas alejando a los lobos de su corderito.

—Eso es extraño —estuvo de acuerdo Violet.

—Sobre todo porque todo el mundo sabe que no ha habido lobos en Inglaterra desde la época de Cromwell —añadió Theodora—. Y a mis ojos, lady Milford no parecía de las que tienen ganado de ningún tipo.

—Theo, sospecho que lady Costwords hablaba metafóricamente —dijo Violet con suavidad —¿Mencionó algo más?

—Sólo que lady Milford sin duda se ganaría su paga por cuidar de la señorita Amburt.

—Ah —dijo Lawrence, levantándose para estirar las piernas con un corto viaje a la ventana para asomarse a la calle. Probablemente quería escapar de la cháchara femenina pero no estaba seguro de cómo hacerlo sin ofender —¿Será ésta la señorita Amburt de ochenta mil libras?

Violet supo inmediatamente a qué se refería con ochenta mil. La monstruosa dote de la muchacha era de dominio público gracias a aquel odioso panfleto. La declaración de lady Costwords era ahora bastante clara. La Guía del Soltero había hecho a la señorita Amburt tan vulnerable como el más débil del rebaño a los lobos de la tonelada. Violet recogió la almohada horriblemente bordada en la que había trabajado durante semanas y se la arrojó a su marido.

—¡Te agradeceré que no recites capítulos y versículos de La Guía del Soltero en mi casa!

—¿Qué ha dicho? —dijo Theodora, con los ojos muy abiertos por el asombro. Violet sospechaba que su amiga ignoraba la existencia de aquel horrible panfleto, así que a Theo debía de sorprenderle que le hubiera tirado una almohada a Lawrence. Violet y su marido solían ser una pareja tan unida que sus amigos a menudo bromeaban diciendo que era imposible que se colara entre ellos ni siquiera un pañuelo.

—No es nada, Theo. No me hagas caso —lanzó una mirada de disculpa a su marido—. Las damas que van en aumento son dadas a repentinas nociones extrañas.

—Nunca se dijeron palabras más ciertas —Lawrence cruzó la habitación, cogió una de sus manos y le dio un beso en los nudillos—. Recuérdame que me asegure de que no estés rodeada de nada más letal que almohadas hasta que des a luz, mi amor.

La ira de Violet se esfumó tan rápido como se había encendido. Olvidando que Theo estaba siquiera en la habitación, se inclinaron uno hacia el otro para darse un beso de verdad.

—¡Oh, espera! Ahora lo entiendo —anunció Theodora triunfante, sin saber que había

interrumpido un momento privado entre sus amigos e igual de ajena cuando se separaron como una pareja culpable de jóvenes amantes atrapados en una alcoba tras las cortinas—. Sé exactamente lo que quería decir lady Costwords. Lady Milford es la madrina y carabina de la señorita Amburt, ya ve, así que la señorita Amburt es el cordero. Lady Milford es responsable de ella. Cuando todos los dandis hagan cola para encandilar a la señorita Amburt, tendrán que ganarse primero la aprobación de lady Milford.

—Qué inteligente has sido al descubrirlo, Theo.

Su amiga sonrió. A menudo se describía a Theodora como extremadamente agradable, pero rara vez como inteligente.

—Quizá a lady Milford le vendría bien algo de ayuda para seleccionar a la manada de solteros que claman por la atención de su protegida —indicó Violet, recostándose en el sofá.

—¿En qué estás pensando, mi amor? —preguntó Lawrence mientras se acomodaba de nuevo a su lado.

—Creo que deberíamos organizar una cena —anunció Violet.

Lawrence levantó una mano en señal de precaución.

—Pero tu estado…

—Nada demasiado agotador, lo prometo. Haremos una fiesta de ocho a diez. Doce como mucho. Invitaremos a lady Milford y a su protegida, la señorita Amburt.

—¿Y yo? —preguntó Theodora esperanzada.

—Por supuesto, gansita —dijo Violet con cariño—, ni que decir tiene. ¿A quién te gustaría que invitáramos a sentarse a tu lado, Theo?

—Oh, no me gustaría decirlo. Es tu fiesta.

—¿No destacó en tu mente ninguno de los caballeros que asistieron a tu recital?

—Sólo al reverendo Hadington.

—¿A Benjamin?

Theo asintió.

—Entonces llámale por su nombre, querida, —dijo Violet —después de todo, conoces a mi hermano Ben desde hace años.

Ben era el hijo mayor después de William, y el verdadero músico de la casa Hadington. Él y su violín habían llenado innumerables veladas familiares con deliciosas melodías. Aunque Violet encontraba divina su forma de tocar, Ben no se consideraba lo bastante talentoso como para hacer de la música su ocupación.

Tampoco William. Oh, él encontraba la forma de tocar de su hermano perfectamente aceptable, pero William pensaba que Benjamin pronto se cansaría de tocar para ganarse la cena como músico profesional. Consideraba que era su deber como lord Chambers asegurarse de que sus hermanos menores encontraran una forma respetable de mantenerse. Así que decidió que la Iglesia era lo más adecuado para el segundo de los cinco hermanos Hadington.

Después de que Ben terminara sus estudios en Oxford, William había visto a su hermano cómodamente colocado en una iglesia parroquial a medio día de camino de Londres. Violet nunca consideró a Ben del tipo particularmente devoto, pero a sus feligreses les encantaba cuando sacaba su violín de debajo del atril después de la bendición y tocaba el postludio mientras recorría el pasillo hacia la nave. Cuando hacían cola para estrecharle la mano y partir en paz, siempre había más comentarios positivos sobre su música que sobre su homilía.

—¿Dices que Ben alabó tu música, Theo? —preguntó Violet, intentando disimular su sorpresa. Ben sabría distinguir entre tocar y aporrear.

—Ahora que lo mencionas, no, no con tantas palabras —admitió Theodora.

—¿Entonces qué dijo?

—Que debería considerar un instrumento diferente.

—¿Qué instrumento sugirió Ben? —preguntó Lawrence.

—La gaita.

Violet ahogó una carcajada.

—Benjamin dijo que pensaba que yo tendría un talento natural —Theo sonrió, pasando totalmente por alto el insulto.

—Muy bien, si estás segura de que lo quieres allí, supongo que puedo poner a Ben en la lista de invitados —dijo Violet.

Aunque sólo sea para poder arrastrarle de la oreja a un rincón y regañarle por meterse con su amiga.

Normalmente, Ben era muy amable con Theo porque sus familias eran amigas y se conocían de toda la vida. Violet no podía imaginar qué se le había metido.

—Ya he invitado a Blackburn a cenar el sábado —dijo Lawrence, que aún no se acostumbraba a llamar a William por su título más reciente.

—El sábado será espléndido —dijo Violet—. Sólo necesito completar la lista de invitados.

—Creo que Blackburn puede estar interesado en la señorita Amburt —dijo Lawrence. Violet le miró arqueando una ceja. Willy debía de haberlo dicho o Lawrence nunca habría ofrecido esa información.

—¿Lo está? —dijo Theodora dubitativa —no lo habría dicho. Apenas intercambiaron cumplidos. Al menos, eso es lo que he oído. De hecho, el conde pasó mucho más tiempo hablando con lady Milford.

—¿Ah, sí? —Preguntó Violet.

—Pero si quieres tener alguna oportunidad de hablar en privado con la señorita Amburt,

tendrás que invitar a alguien para mantener ocupada a la carabina de la chica —propuso Lawrence.

—Oh, no te preocupes. Lo tendré todo solucionado para cuando lleguen nuestros invitados. No temas, mi amor. —Violet sonrió ante el querido rostro de su marido y se quedó pensativa.

Capítulo 4

Cuidado con los griegos que traen regalos, dicen. Es una pena que a Virgilio no se le ocurriera advertirnos también de las hermanas.

Del diario de William Hadington, conde de Chambers y troyano honorario

—¡Willy! Ahí estás.

Tan pronto como William entregó su abrigo y su sombrero a Dudley, el lacayo de su hermana, oyó que Violet le llamaba desde el peldaño inferior de la gran escalera. Si no la conociera, juraría que ella había estado esperando allí a que él llegara, preparada para hacer su propia entrada perfecta. Alfileres de diamantes brillaban en su pelo, rodeaban su esbelta garganta y goteaban de sus orejas, como correspondía a una condesa. Vestida con una encantadora seda verde que hacía todo lo posible por disimular su delicada condición, Violet cruzó el amplio vestíbulo para saludarle.

No, actualmente no se puede decir que Violet fuera un cisne en ningún sitio, pensó William. Su andar se parecía más al de un pato, como correspondía a una dama en las últimas semanas de su reclusión. Aun así, su hermana nunca había estado más radiante.

—La maternidad te sienta bien —le dijo mientras le besaba ambas mejillas.

—Oh, ¿te refieres a este molesto meloncito que llevo a cuestas? —Ella se acarició el

vientre—. Esto no es la maternidad. El verdadero trabajo, me han dicho, empezará cuando el pequeño haga su aparición.

Le metió la mano en el pliegue del brazo y empezó a acompañarla hacia el salón, donde supuso que Sinclair estaría esperando.

—Sin duda, tienes razón.

—Por supuesto que la tengo. Aférrate a esa opinión, querido hermano. Te servirá de mucho.

William oyó varias voces procedentes del salón, un parloteo bajo como el de una bandada de gansos. Alguien debió de contar un cuento divertido, porque todo el grupo estalló de pronto en carcajadas.

—Creía que esto iba a ser un tranquilo asunto familiar. Espero que no te hayas tomado demasiadas molestias —dijo—, una dama en tu estado...

—Nunca se le debe decir que se ha tomado demasiadas molestias —terminó Violet por él —. Estoy bien, Willy. Una pequeña cena requiere muy poco esfuerzo por mi parte.

—De alguna manera, lo dudo. Nunca fuiste de las que hacen nada a medias.

—Honestamente, la parte más difícil de esta noche fue encontrar un par de zapatos en los que aún pudiera meterme —dijo riendo mientras continuaban su majestuoso paseo hacia el salón —. Todo lo que hice fue redactar unas cuantas invitaciones, y nuestro maravilloso personal hizo el resto.

—Hablando de tu personal, me he dado cuenta de que Dudley ha vuelto a su puesto de lacayo. Supongo que no le fue bien como ayuda de cámara de Sinclair.

William sintió una punzada de culpabilidad por Dudley. El apuesto joven había sido un segundo lacayo poco adecuado en la Casa Hadington. Se quedaba dormido en su puesto cerca de la puerta, rompía los platos de servir e incluso una vez se le cayó una cuchara por la espalda

del vestido de una dama. Y de no ser por la intervención del excelente mayordomo de la familia, el señor Price, ¡Dudley habría hundido la mano tras ella! Sin embargo, incluso después de todo aquello, como Dudley era sobrino de Price, William se había resistido a despedirlo.

Así que había engatusado a Dudley con Sinclair cuando su amigo necesitaba un ayuda de cámara y no podía permitírselo. Saldó su conciencia continuando pagando el sueldo de Dudley, convirtiéndolo en un regalo de boda perpetuo una vez que Sinclair se casó con su hermana. William lo consideraba un gasto eminentemente práctico y nunca se le ocurriría economizar recortándolo. Los pagos aseguraban que Dudley no volviera a servir en su casa.

—En realidad, Dudley se adaptó bastante bien al puesto de ayuda de cámara. Su descenso de nuevo a lacayo fue a petición suya —Violet bajó la voz a un susurro para que Dudley no los oyera hablar de él—. Como ayuda de cámara, trabajaba estrechamente con la doncella de mi señora, Alice, lo que estaba bien mientras fueran dulces el uno con el otro. Estuvo menos bien después de que se encariñara por la criada de nuestro vecino. Pero no temas, aún tengo esperanzas para Dudley y Alice.

—Ah, los peligros de un romance en el piso de abajo —dijo William—, me sorprende que te preocupes por ello.

—No es como si pudiera ir al teatro en este momento, hermano. Debo tomar mi entretenimiento donde venga —dijo Violet con una sonrisa ladina —¿Por qué no habría de interesarme por las vidas y los amores de quienes me sirven? Además, esta noche será mucho más entretenida que el malogrado enlace de Alice y Dudley.

—¿Y eso por qué?

—Tendré el placer de un asiento en primera fila para tus románticos esfuerzos. La señorita Amburt ya está aquí.

—Veo que tu marido te cuenta demasiadas cosas —William no sabía si sentirse más insultado por el hecho de que ella encontrara divertido su plan de cortejar a la joven, o por

haberle metido en la misma categoría de diversión que a Dudley y a su doncella—. Así que estoy aquí para entretenerte, ¿verdad? ¡Ay! Me he dejado el organillo y el mono en casa.

Violet rio musicalmente.

—Nada tan ridículo, Willy. Quiero ayudar. Por eso organicé esta fiesta cuando Lawrence me dijo que le habías echado el ojo a la dama.

William apretó los labios. Sinclair nunca había sido de los que se andan con cuentos, pero no podía culparle. Si se lo proponía, Violet podía sonsacar secretos de Estado al diplomático más cerril y hacerle creer que desnudar su alma era idea suya.

—Te has precipitado, hermana. Sólo estoy pensando en cortejar a la señorita Amburt. No hay nada decidido —dijo William con tono desafiante—. Ten la amabilidad de guardarte ese pensamiento para ti, si eres tan amable.

—Por supuesto, Willy. Si se corriera la voz de que el conde de Chambers busca esposa, te inundarían tantas invitaciones que apenas tendrías tiempo para pensar. Sin embargo, como lady Costwords asistió a ese recital, en el que te empeñaste en hablar sólo con una de las debutantes que actuaron...

—Deduzco que la noticia de mi interés por la señorita Amburt ya es de dominio público —dijo William morosamente.

—Podemos asumir con seguridad que el barco de tu deseado secretismo ha zarpado —dijo Violet—. Pero Lawrence y yo estaremos encantados de ayudarte a proceder tranquilamente en su conquista.

—Con énfasis en tranquilamente, por favor.

—Por supuesto. Todo saldrá bien. Ya lo verás —se estiró sobre su vientre para ponerle una mano en el antebrazo, pero a pesar de sus palabras alentadoras, un ceño se arrugó en su frente y suspiró.

—Violet, ¿estás enferma?

—No, querido hermano —dijo Violet sin aliento—, esto no es enfermedad. Es la maternidad inminente. Simplemente me canso con más facilidad.

Él la agarró por el codo e intentó guiarla.

—Permíteme ayudarte a sentarte en una silla.

—No hace falta. Puedo encontrar mi propio camino. Dudley ha colocado sillas auxiliares estratégicamente por toda la casa porque, como él observó, —Violet hizo su mejor imitación del Cockney poco culto de Dudley —'Milady se ha vuelto como un conejo'.

—¿Cómo es eso?

—Evidentemente, cada vez que paro, me siento —ella le dedicó una débil sonrisa—. Pero si me hicieras un favor, Willy, querido...

—Cualquier cosa —al ver su palidez y su evidente fatiga, William no pudo negarle nada.

Sinclair debía sentirse así cada minuto de cada día desde que supo que estaba en cinta.

—Creo que uno o dos invitados pueden haber deambulado por el solar antes de que llegaras. Iba a llamarlo yo misma, ya que es casi la hora de pasar al comedor, pero... —Suspiró de nuevo y se hundió en una silla auxiliar que William no había notado que estaba allí. Dudley se estaba ganando el sustento, después de todo —si no te importa hacer de perro pastor.

—No digas más. Reuniré a los corderos errantes y nos reuniremos contigo en breve.

—No hay necesidad de apresurarse. Lawrence insiste en que últimamente lo hago todo a paso de tortuga. Aprecio cuando otros van más despacio para igualarme —Violet le hizo un gesto con la mano.

—Tómate tu tiempo. La cena esperará.

A William no le costó encontrar el camino al solar. La casa de Lawrence y Violet estaba en

la misma hilera de casas adosadas que la suya, por lo que el plano interior era casi idéntico. Pero mientras que la casa de ellos estaba amueblada con las elegantes líneas clásicas que estaban de moda ahora, la decoración de él aún llevaba el sello de los gustos de su madre y de la quisquillosidad de la generación anterior.

Una esposa probablemente lo arreglaría.

William utilizaba a menudo una hoja de contabilidad para tomar decisiones importantes, sumando pros y contras. Decidió poner en la columna de los pros el hecho de que una esposa se encargaría de que su casa reflejara con más exactitud sus sensibilidades.

Sobre todo una esposa que viniera con ochenta mil libras.

La consideración monetaria también pertenecía a la columna dedicada al favor de la señorita Amburt.

Entonces desechó la idea por considerarla indigna de él. Sí, su interés por la hija del barón se basaba en su monstruosa dote, pero se negaba a albergar pensamientos tan mercenarios durante más tiempo del que tardaban en revolotear por su mente.

Si se decidiera a preocuparse por la chica, aunque sólo fuera un poco, tal vez el intercambio le parecería menos desagradable. William no tendría que concebir una gran pasión por ella. El mero cariño probablemente tranquilizaría su conciencia.

¿Tan difícil puede ser?

El solar estaba situado cerca de la parte trasera de la casa, en la planta baja. Estaba orientado hacia el sur para recoger tanto calor del sol bajo del invierno como fuera posible durante los meses fríos. Como el verano estaba cerca, era más importante evitar que entrara demasiado calor en el espacio que atraerlo, así que las grandes ventanas se cubrieron con pesadas cortinas. Los helechos en macetas y varias plantas con flores daban a la habitación un aroma terroso bastante agradable. A William le recordaba a su casa de campo, que tanto amaba. Echaba

de menos Chambers Park cada vez que tenía que abandonarlo para ir a la ciudad.

Al principio, no vio a nadie en la habitación, pero entonces su nariz se agitó ante un nuevo aroma. Era vainilla, con un toque de romero y una nota baja de canela. El perfume era inusual, pero de algún modo familiar, aunque no podía ubicarlo con exactitud.

Quienquiera que lo llevara olía como para comérselo.

Las paredes de piedra más alejadas de las ventanas servían de galería para varios retratos familiares. Allí, en la tenue luz de la lámpara, su vista se vio atraída por un ligero movimiento. Una mujer estaba de pie ante un cuadro de su padre, cambiando su peso de un pie a otro, como si se balanceara al son de una música que sólo ella podía oír. Su cabello oscuro pesaba tanto que el moño recogido en la nuca le echaba la cabeza hacia atrás e inclinaba un poco la barbilla hacia arriba.

Era Arabella.

Lady Milford, se corrigió. De nada serviría pensar en ella como su Arabella. Había dejado bien claro que no era la misma chica que él había conocido.

—Buenas noches —dijo William mientras cruzaba la habitación para situarse junto a ella. Ella no se sobresaltó por el sonido de su voz. Era casi como si le estuviera esperando.

Aunque situarse a su lado significaba que él estaba lo bastante cerca como para darse cuenta de que ella era la fuente de aquella deliciosa fragancia, era más seguro allí que al otro lado de la habitación. Si se colocaba a su lado, podía centrar su atención en el cuadro y no perderse en echar un vistazo a su esbelto cuerpo o maravillarse ante su grácil porte.

—Es un buen parecido —dijo —¿No le parece?

—No estoy de acuerdo —dejó de balancearse y permaneció con perfecta quietud, contemplando el retrato—. No estoy segura de que el artista haya captado en absoluto al lord Chambers anterior. En todo caso, no el espíritu del caballero.

Siempre era directa. Era una de las muchas cosas que le gustaba de ella.

No podía permitirse pensar en las confusas emociones que había sentido por ella todos aquellos años. Y definitivamente no necesitaba estar pensando en el amor y en Arabella Belhurst, Milford, se dijo a sí mismo.

—Recuerdo a su padre como... más grande, de algún modo —prosiguió ella.

William agradeció que ella no fuera consciente de la discusión silenciosa que estaba teniendo consigo mismo. Después de todo, parecía estar perdiendo.

—Mi padre era abrumador —estuvo de acuerdo. A William le entristeció pensar cuánto le había encogido al fin la enfermedad del viejo conde—. La vida, sin embargo, tiene una forma de alcanzarnos a todos.

—¿Es por eso que ha decidido ir a cortejar, milord? —preguntó ella —¿Porque la vida le ha alcanzado?

Éste era un terreno peligroso. Si era tan sincero como ella, tendría que admitir que estaba considerando a la señorita Amburt y que su principal interés en la muchacha era su dote. No sólo le rebajaría a sus ojos como acompañante de la chica, sino que Arabella también vería lo superficial que se había vuelto.

¿Por qué tenía que presentarse en Londres justo ahora? ¿Por qué tenía que ser la madrina de la niña Amburt? ¿Y por qué demonios tiene que oler tan bien?

—Llega un momento en la vida de todo caballero en que debe considerar algo más que a sí mismo y sus propios deseos —ya está. Así está mejor. No me hace sonar como un sapo completamente egoísta—. Desde que me convertí en lord Chambers, pienso en las necesidades de la hacienda en todo lo que emprendo. La elección de una esposa no es una excepción.

Para su gran consternación, y no pequeña sorpresa, Arabella se echó a reír.

—¿He dicho algo divertido?

—Por el amor de Dios, milord, hace que suene como si caminara hacia el martirio, no hacia el matrimonio.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Usted ha estado casada. ¿Puede recomendarlo honestamente?

—Para algunos, sí.

—¿Para quién? Rara vez veo casos de felicidad conyugal sin tapujos.

—Si ésa es su sutil manera de preguntarme si fui feliz con sir Horace, la respuesta es no.

El pedacito de sapo que llevaba dentro dio un brinco y se alegró. No es que se alegrara de que Arabella hubiera sido infeliz. Él no era tan insensible. Pero estaba secretamente agradecido de que ella no hubiera sido feliz con otro.

—Según mi experiencia —dijo ella, eligiendo sus palabras con cuidado—, el matrimonio reporta más beneficios a la mitad masculina de la pareja.

—¿Fue su marido poco amable con usted?

—No siempre.

Se erizó, con los puños apretados, porque "no siempre" significaba que el patán había sido cruel con ella algunas veces. William deseó que el hombre siguiera vivo para poder tener el placer de golpearlo hasta dejarlo medio muerto.

—Tranquilo, milord, tiene una vena abultada en el cuello. Está a punto de saltarle el botón del cuello —dijo Arabella con ironía—. En defensa de mi difunto marido, debo añadir que no era consciente de cuándo estaba siendo poco amable. Simplemente estaba siendo él mismo —aunque las comisuras de su dulce boca aún se torcían ligeramente hacia arriba, su pequeña sonrisa era triste—. Dicen que el matrimonio no es más que una pequeña parte de la vida de un caballero. Para las damas, se supone que lo es todo.

¿Y era toda su vida? ¿Le amaba? ¿Por qué no esperó mi regreso?

Si dejaba salir la primera pregunta, el resto caerían tras ella, con la misma seguridad que un armario sobrecargado derrama su contenido en una habitación cuando se levanta el pestillo.

—Parecía tener mucha prisa por casarse —dijo con cautela. ¿Era para castigarle? Si pudiera entender por qué se había casado con tanta prisa, tal vez tranquilizaría un poco su alma —. Sobre todo porque no hacía mucho que conocía a sir Horace.

—¿Qué puedo decir? Las mujeres son entrenadas desde su nacimiento para considerar el matrimonio como su única razón de vivir. El baronet me lo propuso y yo acepté y se acabó —una sombra pasó detrás de sus encantadores ojos oscuros—. Parecía lo correcto en aquel momento.

—¿Lo era?

—Entonces era mucho más joven, y a menudo los jóvenes no son tan listos como se creen —entonces pareció desprenderse de su momentánea melancolía y le sonrió.

William aún reconocía su repertorio de expresiones. Ésta era su sonrisa valiente. Deseó no haberla hecho sentir que tenía que levantar ese escudo en particular.

—Imagino que lady Lawson nos estará preparando la cena, ¿verdad? —dijo Arabella.

—Así es —William le ofreció el brazo y se sintió aliviado cuando ella lo cogió sin más aspavientos—, me han dicho que no está bien hacer esperar a una mujer en un estado delicado.

Dejó que la guiara hacia la puerta. Por fin estaban haciendo algo corriente, algo normal el uno con el otro. Eran simplemente dos viejos amigos -así era como ella le había presentado a la señorita Amburt, después de todo- yendo a cenar juntos. Sólo hablar con ella había sido agotador porque él estaba constantemente sopesando sus palabras en busca de significados ocultos, intentando leer sus expresiones y cuidando su propia lengua para no decir algo equivocado. Ahora simplemente caminaban juntos.

El alivio que sentía era palpable.

Sin embargo, si pensaba que Arabella le dejaría escapar fácilmente, se equivocaba. Ella se detuvo cuando llegaron al umbral del solar.

—Lord Chambers, no piense ni por un momento que nuestra asociación anterior me influirá lo más mínimo en lo que respecta a mis obligaciones actuales.

Frunció el ceño, perplejo.

—No permitiré que nadie haga daño a la señorita Amburt —dijo, con la mandíbula apretada. Para ser sincero, casi se había olvidado de la chica.

—Yo nunca...

—Nunca lo harías, William. Conozco tu corazón y es uno bueno—dijo ella suavemente, sonando como la chica que él había conocido.

Cuando ella le había llamado William, su pecho se volvió extrañamente cálido. Entonces su voz se fortaleció en los tonos inquebrantables de una mujer que conocía su propia mente y creía que él también debía conocerla.

—Pero las intenciones y los resultados rara vez son lo mismo. Esté prevenido. No juegue con la señorita Amburt. Dígale la verdad en todo, lord Chambers. Se supone que lo libera a uno, ¿sabe? Hágale a la chica la cortesía de la honestidad. Es todo lo que pido.

Luego abandonó el brazo de William y se alejó a grandes zancadas en busca del comedor por su cuenta.

—La verdad, dice ella —murmuró para sí—, me basta con oír la propuesta que la verdad me haría ofrecer. Señorita Amburt, ¿me haría el honor de unir su dote de ochenta mil libras a la Casa Hadington? A cambio, será honrada como mi condesa y la madre de mi futuro heredero, pero tenemos tan poco en común que llamar a esto un verdadero matrimonio sería la peor clase de farsa. Es un acuerdo comercial, limpio y sencillo.

Cuanto más tiempo dejaba que las palabras reprimidas salieran de él, más alto hablaba.

—No tengo ningún afecto que darle. Mi corazón ya no es mío. Fue entregado en custodia a otra y ella aún lo tiene, aunque es del tipo impulsivo, dada a casarse con cualquier tonto que se lo pida, así que bien puede haberlo extraviado —gritaba ahora, sintiéndose tan acalorado y despeinado por fuera como por dentro —¡Qué podredumbre total!

Con eso, William salió furioso del solar, cerrando la puerta tras de sí con tanta fuerza que los cristales de las ventanas traquetearon.

En pocos latidos, alguien salió de detrás de la mayor de las palmeras en maceta.

Era Daniel Caldwell, el bon vivant, el mayor símil a lady Costwords como cotilla.

—Tiene razón, lord Chambers —dijo con regocijo—, esa verdad en particular con toda seguridad no le hará libre.

Capítulo 5

Las cenas se parecen bastante a los viajes oceánicos. Algunas son agraciadas por vientos favorables, mares suaves y cielos soleados. Otras se ven empañadas por repentinas borrascas y es probable que encallen en un banco de arena traicionero. Es un sabio invitado a cenar el que mantiene un ojo meteorológico en el cristal para comprobar si el azogue está subiendo o bajando.

Lady Milford, escribiendo como la Señorita Beatrice Willwood

Arabella descubrió que lady Lawson no era nada si no minuciosa en su planificación, incluso hasta en la disposición de los asientos de sus invitados. Lord Lawson ocupaba la cabecera de la mesa, por supuesto. La señorita Amburt había sido sentada a su derecha. Arabella se sintió complacida por esta muestra de favor hacia la muchacha. Había un lugar vacío a la derecha de Clara.

Sin duda, lady Lawson había reservado ese lugar para William. A tan corta distancia, el dardo de Cupido no puede fallar.

Arabella intentó ignorar la forma en que el calor le subió por el cuello ante este pensamiento, pero no pudo detener la punzada que se extendía.

—¿Se encuentra mal, lady Milford? —le preguntó su anfitriona cuando tomaron asiento —

parece usted sonrojada.

—No, estoy bien. Es sólo que... es una noche excesivamente calurosa para ser mayo.

La señorita Dandridge fue colocada a la izquierda de lord Lawson, afortunadamente, en ningún lugar cerca de un piano. Junto a ella, el reverendo Hadington tomó asiento. El joven era uno de los otros hermanos de lady Lawson, a quien Arabella recordaba vagamente de años atrás. Benjamin había sido un muchacho brillante con inclinaciones musicales. Con su sonrisa traviesa, ella no estaba segura de qué clase de ministro sería.

Junto al vicario se había colocado una tarjeta con el nombre de Arabella, y en lugar de ocupar la silla ornamentada al pie de la mesa, como era costumbre, lady Lawson se había sentado frente a ella. Arabella se alegró de que su anfitriona siguiera estando lo bastante cerca para conversar. Recordaba a Violet Hadington de la época en que ella y William habían estado cortejándose, y estaba deseando renovar su conocimiento. Era unos años mayor que la condesa, pero aunque eso había marcado la diferencia cuando Arabella la conoció antes, la brecha entre ellas parecía mucho menor ahora.

El lacayo le sujetó la silla. Para cuando Arabella hubo tomado asiento, William apareció en la puerta del comedor. Ella le conocía por ser un hombre reservado, nunca dado a hacer publicidad de sus sentimientos, pero en aquel momento su rostro era como una nube de tormenta.

Nadie más pareció darse cuenta. Arabella le observó dominarse, educando sus facciones en su habitual expresión de gracilidad a medias. Aun así, entró en la sala casi a hurtadillas, dirigiéndose hacia el asiento libre junto a Clara.

—No, hermano querido —dijo Lady Lawson, haciendo un gesto hacia el asiento que normalmente habría ocupado al pie de la mesa—. Te he dado un lugar de honor aquí, entre Lady Milford y yo. Mejor que eso, no se podría desear.

—Una espina entre rosas, por así decirlo —dijo con encanto autodespreciativo.

—Oh, pero no te vemos como una espina, Willy, ¿verdad, Lady Milford?

—Una mala hierba, tal vez —dijo Arabella, tragándose el nudo que se le había formado en la garganta al unirse a las ligeras bromas de su anfitriona—. Algo un poco espinoso y difícil de erradicar, pero desde luego no una espina.

Lady Lawson se rio. William no lo hizo.

—Entonces, ¿quién está sentado ahí? —Señaló con la cabeza el lugar vacío entre Lady Lawson y Clara.

—Sospecho que ése sería yo —llegó una voz desde detrás de él. William se volvió para mirar a Daniel Caldwell, que estaba apoyado en la jamba de la puerta, con un tobillo enganchado sobre el otro. El hombre se examinó las uñas de la mano derecha, se las pulió en la solapa y luego sonrió a los comensales reunidos.

William devolvió la sonrisa al recién llegado.

Al menos, a Caldwell le pareció una sonrisa.

Arabella reconoció que William se limitaba a enseñar los dientes.

—Ah, lord Chambers. Parece que no me esperaba. No importa. Tampoco mi padre —dijo Caldwell riendo, mientras se abría paso alrededor de William y se acomodaba al otro lado de su hermana. El resto de los invitados, a excepción de William, se unieron a Caldwell en alegres risitas. Parte del encanto de Daniel Caldwell consistía en que su humor se dirigía a menudo contra sí mismo. Y cuando no lo estaba, sus sarcásticas púas hacia aquellos que se las merecían eran tan perversamente divertidas, que incluso lady Costwords había llegado a bromear diciendo que toda cena podría beneficiarse de la presencia de un cabrón como Dios manda.

William se acomodó en la silla que su hermana le había asignado y raspó los pies en la reluciente madera dura mientras la acercaba a la mesa. La frustración parecía irradiar de él en ondas hirvientes.

Arabella no estaba segura de si era porque le había molestado en el solar o porque se sentía frustrado en su persecución de Clara aquí, en el comedor. A veces, cuando le miraba, podía ver el alma del hombre al que había amado brillar a través de sus ojos con tanta claridad; era como si los años y las decisiones que les habían separado se hubieran derretido. Otras veces, como ahora, parecía un extraño ilegible.

De cualquier modo, el mero hecho de estar en la misma habitación con William Hadington la hacía sentir como si sus corsés estuvieran demasiado apretados. Era difícil respirar hondo.

Arabella se obligó a concentrarse en su cubierto. La vajilla era preciosa, la plata reluciente y el cristal tan frágil como el ala de una mariposa. Lord y lady Lawson sabían ciertamente cómo agasajar.

Pero no cómo hacer que sus invitados se sintieran cómodos.

Si lady Lawson lo hubiera intentado, no habría podido darle a Arabella más motivos para estar de los nervios. Y no sólo por William. Arabella apreciaba el ingenio seco de Caldwell tanto como el que más, pero ¿en qué podía estar pensando su anfitriona cuando lo había sentado junto a Clara Amburt?

Puede que Caldwell fuera aceptado por la tonelada, pero los padres de Clara desde luego no lo aceptarían como pretendiente para su hija. Un título era primordial en sus mentes. Esperaban que se convirtiera en "lady Alguien" a finales de año. Todo estaba detallado en el acuerdo que Arabella había firmado cuando habían contratado sus servicios.

El mayordomo llenó todas sus copas de vino y lord Lawson levantó la suya en un brindis.

—A vuestra salud, mis buenos amigos, y que os sigan la alegría y la risa —dijo.

La concurrencia repicó con un "Oíd, oíd".

Mirando el collar de perro de Benjamin Hadington, Caldwell añadió:

—Cuidado ahora con reír demasiado. Hay un vicario presente. ¿Vendrá después un

sermón?

Esto provocó la risa de todos. Excepto de William.

—He pensado que sería divertido que nos conociéramos mejor manteniendo una conversación con un solo invitado más durante la duración de cada plato —dijo Lady Lawson a la compañía en general—. Para la sopa y el plato de pescado, cada dama conversará con el caballero de su derecha. Para el plato de carne, cambiaremos a la izquierda.

—Y después de tanto girar de un lado a otro, ¿nos pondremos de cabeza, lady Lawson? —Bromeó Caldwell.

—Tal vez —dijo ella con una sonrisa—. Se lo haré saber en cuanto llegue el postre. ¡Ah! Aquí viene Dudley con la sopera. *Bon appétit*!

Eso significaba que Clara estaría charlando con Daniel Caldwell hasta que se acabara la última gota de sopa blanca y el último filete de lenguado. Luego, la encargada de Arabella conversaría con lord Lawson una vez servida la carne.

Quizá no sea tan malo, reflexionó Arabella. El plato de carne duraría mucho más que la sopa. Aún esperaba que no llegara a oídos de sus padres la noticia de que había permitido a Clara cenar con el hijo ilegítimo de un duque -aunque un hijo reconocido, bien relacionado y siempre agradable de tratar-.

Una vez que su plato de sopa estuvo lleno y un lenguado escalfado le dirigió su torva mirada desde el plato de pescado, se volvió hacia el reverendo Hadington para empezar a conversar como les había dictado su anfitriona. A pesar de su sonrisa socarrona, Benjamin parecía un tipo tímido, pero hacía tiempo que Arabella había aprendido que la forma de entablar conversación con cualquier hombre era preguntarle por sí mismo. Él respondió con una locuacidad sorprendente. Ella escuchó con media oreja divagar al vicario sobre su época en Oxford, mientras William y su hermana mantenían su propio intercambio furiosamente susurrado.

Por desgracia, Arabella sólo pudo captar una de cada tres palabras de su conversación. Sin embargo, oyó lo suficiente para deducir que William no estaba nada contento con la forma en que estaba transcurriendo la velada.

—Así que, tras reunirme con el comité parroquial —estaba diciendo Ben—, decidí venir a Londres y participar en la Temporada por mi propia seguridad.

—Perdone, ¿qué? ¿Su seguridad? —Estaba claro que intentar escuchar a escondidas a William le había hecho perderse algo de gran importancia en su conversación con el vicario.

—Quizá debería decir por la seguridad de mi soltería —enmendó el reverendo Hadington —. No me confunda, estoy feliz de servir a mi parroquia, pero, en verdad, un vicario soltero corre tanto peligro como un zorro en día de caza. Todas las familias de la comarca con una hija soltera han estado llamando a mi puerta.

—No había pensado que le importara a una congregación que su vicario no estuviera casado —dijo Arabella entre cucharadas de la sopa bien condimentada. Detectó un toque de nuez moscada entre las especias más sabrosas, e hizo una nota mental para pedirle a lady Lawson el recibo de su cocinera—. Recuerdo con gran cariño al viejo caballero que atendía la iglesia de mi pueblo. Era soltero. Su hermana le mantenía la mansión y cuidaba de su jardín. Si no recuerdo mal, ella dirigía varias de las organizaciones benéficas y también dirigía el gremio del altar. Ahora que lo pienso, cumplía muchas de las obligaciones de la esposa de un vicario. En cualquier caso, nadie insistió nunca en que se casara.

—La diferencia en nuestras situaciones es que mi hermana nunca dirigiría una cofradía del altar —dijo el reverendo Hadington, lanzando una mirada cariñosa a través de la mesa a lady Lawson—. Mucho menos me cuidaría la casa.

A Arabella se le escapó un bufido antes de que pudiera reprimirlo mientras trataba de imaginarse a lady Lawson en el extremo del negocio de una escoba y un recogedor.

—Y creo que usted dijo que su vicario era anciano —añadió el reverendo Hadington.

—Oh, ya veo. Sí. Entiendo su punto —un joven del clero sería irresistible para las matronas de la comarca que esperaban encontrar una situación estable para sus hijas—. Entonces, ¿significa eso que no desea casarse en absoluto?

—No necesariamente. El Buen Libro dice: 'Quien encuentra esposa, encuentra algo bueno'.

Para diversión de Arabella, el reverendo se sonrojó de verdad. Decidió que realmente le gustaba el hermano menor de William.

—No estoy en posición de discutir con las escrituras —continuó—. Simplemente no quiero que mi futura ayudante sea decidida por el comité parroquial.

—Comprensible. ¿Tiene alguna joven en mente?

Asintió, y su voz bajó a un susurro.

—No deseo nombrarla todavía, pero la joven a la que espero convertir en mi esposa está participando en la Temporada de Londres.

Arabella no deseaba desanimarle, pero para la mayoría de las debutantes, la vida como esposa de un párroco rural parecería terriblemente aburrida después del torbellino de Londres. Por no mencionar que sus familias probablemente estarían buscando un posible yerno que poseyera más ingresos de los que les proporcionaría la vida de un vicario.

—Sé lo que está pensando —dijo Ben.

—Ah —ella le regaló su sonrisa más brillante. Normalmente era suficiente para disimular cualquier pensamiento que se le ocurriera, incluso el más perverso —¿Es usted mentalista además de ministro?

—Está pensando que un segundo hijo no es un gran partido —dijo.

—Se me pasó por la cabeza, pero lo confieso como un pensamiento indigno. Estoy segura de que tiene usted cualidades esterlinas.

—Soy anglicano, no católico. Aquí no hace falta confesión —raspó lo último de su sopa—. Aunque pensándolo bien, si fuera un sacerdote católico, nadie intentaría obligarme a casarme.

—Bueno, le deseo felicidad en sus esfuerzos románticos, reverendo.

—Por favor, llámeme Ben. Tan pocos lo hacen hoy en día que empiezo a olvidar que es mi nombre.

Arabella decidió que el hermano de William le gustaba aún más.

—Y tú debes llamarme Arabella. Creo que solías hacerlo cuando... —No estaba segura de cómo terminar la frase. ¿Cuando tu hermano era mi sol, mi luna y mis estrellas? ¿Cuando estaba más enamorada que sabía? ¿Cuando creía entender a los hombres en general y a tu hermano en particular?

Se sintió agradecida cuando Ben la rescató con un:

—Sí me acuerdo de ti, Arabella. Era un poco joven para ello, pero mis padres me permitieron ir una vez con Blackburn a una fiesta en una casa en la que tú también estabas invitada. Tú y yo nos emparejamos en una carrera de tres piernas y nos llevamos la palma.

—Ah, sí. Casi lo había olvidado. ¿No acabaron William y su compañero cayendo al lago durante esa misma carrera?

—Así fue —Ben se rio del recuerdo con ella —¿Puedo participar en la broma? —preguntó William.

—No creo que haya llegado aún el momento de que cambiemos de pareja, milord —dijo Arabella con frialdad.

—Casi —dijo William e hizo una señal al lacayo para que le quitara el plato de sopa.

Arabella deseó llevar guantes. Se mordería la punta de ellos para darle la señal de ‘deseo librarme de ti’. Pero aunque hubiera tenido guantes, nunca había aprendido esas señales lo

bastante bien como para convertirlas en un medio fiable de comunicación. Así que se inclinó hacia él y bajó la voz a un susurro.

—Está siendo grosero.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos.

—No pasa nada, Arabella —dijo Ben—. El plato de sopa casi ha terminado. Veré si puedo hablar con Theo mientras se sirve la carne.

No sólo se tuteaba con la joven, sino que Ben le puso un apodo cariñoso. El vicario estaba lleno de sorpresas.

—¿Theo? —dijo Arabella, ladeando la cabeza hacia él.

—La señorita Dandridge, debería haber dicho. Ella y yo somos... viejos amigos.

Algo en la forma en que Benjamin dijo "amigos" hizo temblar a su cazadora de mentiras interior, pero era un vicario. Seguramente no prevaricaría. Se volvió hacia William.

Éste evitaba alternativamente su mirada y fulminaba a Caldwell con la mirada.

—Bien, milord, es evidente que deseaba hablar conmigo. ¿Qué tiene que decir?

Capítulo 6

El cortejo es un ritual ideado por y para las mujeres. Las reglas son tan enrevesadas como un nudo gordiano. Un hombre habría zanjado el asunto de una forma mucho más directa, como Alejandro, cortando las tonterías de un buen tajo.

Del diario privado de William Hadington, lord Chambers

¿Qué quería decirle a Arabella? Las palabras se agolpaban unas sobre otras en su camino hacia los labios y formaban un muro en su garganta. Se encontró incapaz de hablar.

Había tanto que necesitaba decir. Quería explicarle cosas a ella. Quería que ella le explicara cosas a él. Le dolía la cabeza de intentar comprender cómo los acontecimientos habían ido tan horriblemente mal todos aquellos años atrás.

Pero quizá el pasado no significaba tanto como el presente. Y en el presente, ella parecía mirarle con recelo.

¿Por qué estaba tan empeñada en no volver a casarse?

O tal vez no era con Arabella con quien debía tenerla.

Era con Dios con quien William debía hablar. Después de todo, si un gorrión no podía caer sin que Él se diera cuenta, ¿cómo había permitido Dios que el momento entre él y Arabella se torciera tan irremediablemente? ¿Por qué una deidad amorosa iba a traer de nuevo a Arabella a

su vida cuando, una vez más, él no era libre de seguir los dictados de su propio corazón? Sin embargo, William decidió que retrasaría esa conversación con el Todopoderoso todo lo que pudiera. Sospechaba que sería poco cordial por su parte.

Un breve paréntesis en la cena le salvó de hacer el ridículo.

Todo el grupo esperó en silencio a que terminara el cambio de plato.

Después de retirar la sopa y el pescado, los lacayos retiraron todos los cubiertos y sustituyeron el mantel blanco por uno verde para el siguiente plato. Se presentaron grandes fuentes de carne asada, un costillar de cordero y un lomo de cerdo junto con varios acompañamientos de diferentes verduras.

Luego volvieron a colocar la vajilla, la plata y la cubertería. Se llenaron copas de vino fresco con un tinto añejo para el plato de carne.

—Gracias al cielo por el prolongado intermedio en esta obra gastronómica —dijo Caldwell, levantando su copa en un brindis simulado—. Mi estómago necesitaba tiempo para digerir el primer acto.

El resto de los comensales se rieron entre dientes. William simplemente frunció el ceño. Nunca perdonaría a Caldwell su evidente regocijo cuando le había dado la noticia de que Arabella se había casado.

Los atentos lacayos les llenaron los platos. William se alegró de ver que Dudley se desenvolvía bastante bien. No dejó caer ni un solo utensilio.

Entonces, una vez que los criados retrocedieron para ocupar sus lugares de silenciosa vigilia, listos para entrar en acción si algún comensal necesitaba algo, todos los invitados a la cena se volvieron hacia sus nuevos compañeros de conversación para el plato de carne.

Un solo violinista entró en la sala y empezó a tocar.

Fue un detalle por parte de Violet organizar la música. Significaba que su suave

conversación con Arabella tendría menos probabilidades de ser escuchada.

—Interrumpió mi tiempo con su hermano para hablar conmigo— dijo Arabella—. Ahora parece que no tiene nada que decir.

No podía hacer muy bien las preguntas que le abrasaban la lengua, no en un lugar tan público, así que buscó a su alrededor algo inocuo de lo que hablar. ¿Qué era seguro?

Caro siempre le había dicho que el mejor tema cuando uno no sabía qué decir era...

—¿Cómo... cómo encontró el tiempo en Cornualles?

Ella le miró fijamente durante unos latidos. Arabella debía saber que estaba disimulando, pero estaba demasiado bien educada para llamarle la atención.

—El tiempo de Cornualles es como el de la mayoría de los caballeros que conozco —ensartó un trozo de ternera con vehemencia—. Cambiante.

Se lo merecía. Debería haber sabido que no debía intentar mantenerse a salvo con Arabella.

Después de unos minutos de silencio, ella dijo:

—No era mi intención escuchar a escondidas partes de su conversación con lady Lawson, pero debo admitir que usted no parecía contento con su hermana por algo.

—No pasa nada si no estoy de acuerdo con mi hermana en este momento —miró a Violet, que mantenía un animado debate con Caldwell, sobre algo frívolo, sin duda, pues ambos parecían estar disfrutando de sus bromas. Caldwell estaba siendo su inteligente y entretenido yo, como de costumbre—. Violet tampoco está especialmente contenta conmigo.

—¿Le he oído preguntar por qué ha invitado a alguien? —dijo Arabella— no se refería a uno de los otros caballeros, ¿verdad?

—¿Ben? No, no tengo ningún problema con que mi hermano esté aquí. Además, si quiere saberlo, creo que Theodora lo solicitó—. Esperaba que ese pequeño cotilleo la llevara a otro

tema.

—No, Ben no —Arabella desvió la mirada hacia el otro invitado masculino y puso sus expresivos ojos en blanco—. Supongo que le incomoda la presencia del Sr. Caldwell.

William no podía discutir el punto, así que dio un bocado exagerado al cerdo para no tener que contestar.

—No debería estarlo. Es inofensivo y no desmerece en absoluto su persecución de la señorita Amburt —prosiguió Arabella—. Caldwell es un divertimento y un excelente florete para usted, en realidad. Tiene muchas cosas dignas de elogio.

—¿Como qué?

Arabella le sonrió con satisfacción.

—¿De verdad está tan hambriento de elogios que necesita que le enumere las formas en que es superior al Sr. Caldwell? Muy bien. Usted tiene un gran título, tierras y casas, y…

William hizo un ruido que incluso a sus propios oídos sonó sospechosamente como un gruñido.

—…y ningún sentido del humor discernible —terminó ella.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Si no quiere que le diga la verdad, quizá deberíamos comer en silencio —sugirió ella—. Se supone que es bueno para la digestión.

William no creía que una mala digestión fuera la responsable del ardor de sus tripas.

—De acuerdo. La verdad, por favor. ¿Por qué hace esto?

Ella movió los ojos con fingida inocencia.

—Creo que entablar conversación fue idea de su hermana.

—No, me refiero a por qué aceptó hacerse cargo de la señorita Amburt.

Ella equilibró su cuchillo y tenedor en el borde de su plato y cruzó las manos en su regazo.

—Sé que está por debajo de la atención de un caballero de su posición, pero para aquellos de nosotros que vivimos por debajo de su enrarecido nivel, la moneda fácil es una cosa muy de ser deseada —dijo en tono recortado—. Estoy siendo bien compensada por ayudar a la señorita Amburt durante su temporada.

—Arabella, si necesitas…

—¿Me darías dinero, William? —interrumpió ella, arqueando una expresiva ceja hacia él.

Si ella siguiera llamándole William, él le daría la sangre misma de su corazón.

—Lo que necesites, Arabella. Sólo tienes que pedirlo.

Ella soltó un pequeño bufido sorprendentemente femenino.

—Oh, dudo mucho que eso sea todo lo que tenga que hacer. Los caballeros que dan dinero a las mujeres siempre esperan que se lo devuelvan, de una forma u otra.

—No era eso lo que estaba sugiriendo.

—¿No lo era?

—Yo nunca... —No pudo terminar la frase porque no sería verdad. Aceptaría a Arabella de cualquier manera que pudiera tenerla.

La idea no se le había ocurrido hasta ese momento, pero de pronto se dio cuenta de que si se casaba con la señorita Amburt, también podría permitirse quedarse con Arabella. La mayoría de los caballeros que conocía mantenían una amante, algunos de ellos durante más tiempo que a sus esposas. Y con más devoción.

Era una forma en la que él y Arabella podrían tener una vida juntos. Más o menos. La instalaría en una casa propia, lo bastante cerca para ser conveniente pero lo bastante lejos de la

Casa Hadington para ser discreta. A ella nunca le faltaría de nada. Él se encargaría de eso. Estaría con ella cada momento que pudiera.

William podía imaginárselos compartiendo acogedoras cenas privadas, largas noches lánguidas y mañanas con ojos de rocío. Puede que no fuera lo ideal, pero estar con Arabella lo haría idílico. Aunque no pudiera darle su nombre, ella tendría su corazón.

—Sea lo que sea lo que estás pensando, déjalo ya —siseó ella.

—No tienes ni idea de lo que estoy pensando.

—Sí que la tengo —ella le miró sin inmutarse—. Porque yo también lo estoy pensando. Muchas mujeres podrían saltar ante la idea de convertirse en tu luz-o'-amor-.

—No habría nada de ligero en ello.

En un susurro furioso, continuó como si él no la hubiera interrumpido:

—Pero yo no soy una de ellas. No me gusta en lo que me convierte ese tipo de arreglo.

—Pero acabas de admitir que has pensado en ello.

Ella se mordió el labio inferior. Deseó poder hacer lo mismo. El sabor recordado de ella volvió a él con la fuerza de un vendaval.

—Pensar y hacer son dos cosas totalmente distintas —dijo ella.

—Arabella, puedo proteger...

—Me malinterpreta, mi señor se acabó William. Al acordarse de él, ella había levantado una barrera entre ellos—. No crea que temo la censura de la sociedad.

Sacudió la cabeza.

—Eres una verdadera leona. Dudo que temas nada.

—En eso se equivoca —dijo ella—. Tengo miedo de sentirme impotente y a merced del

capricho de otro.

—Tú nunca serías un capricho.

—No, no lo seré. Porque nunca me permitiré convertirme en uno. Nunca más —dijo ella —. Además, hay otras formas de procurarme los fondos que necesito, formas que no requieren vender mi integridad.

—¿Como cuáles? —William deseaba poder ver una forma de conseguir el dinero que la finca necesitaba sin vender la suya.

—Esta, por ejemplo. Ser el chaperón y consejero de una fina joven es un uso digno de mi tiempo. Un uso respetable.

Arabella alcanzó su copa y bebió un sorbo. Cuando lo hizo, la mirada de William se dirigió a su blanca garganta. Se imaginaba depositando una ristra de besos a lo largo de su mandíbula y por aquella dulce y suave piel, pero se obligó a dejar de imaginar lo que quería hacerle a Arabella y, en su lugar, atender a lo que ella decía.

—Si lo hago bien con la señorita Amburt, sin duda otras familias querrán que ayude a sus hijas —terminó.

—No parece una vida muy emocionante, siempre arreglando la felicidad de los demás.

Arabella sacudió la cabeza.

—Oh, no aceptaré a una chica nueva cada temporada. Sólo cuando tenga necesidad de más fondos. Entre compromiso y compromiso, mi vida tendrá muchas emociones.

—¿Qué harás contigo misma cuando no estés poniendo a prueba a una debutante?

Ella esbozó una pequeña sonrisa felina.

—Toda mujer tiene derecho a unos cuantos secretos, milord.

William deseó conocer los suyos. En algún momento, pensó que sí.

—Se me ocurre que podríamos ayudarnos mutuamente —dijo ella—. Si va en serio lo de perseguir a la señorita Amburt, tal vez yo estaría dispuesta a ayudar a dirigirla hacia usted.

—¿Por qué? Usted me lo advirtió en el solar — ahora ella parecía tener mucha prisa por empujarle hacia una esposa. ¿No se preocupaba por él, aunque fuera un poco?

—Porque... —Sus ojos brillaron por un momento y él pensó que estaba a punto de llorar. Luego se dominó y continuó:

—Porque eres un buen hombre. Serías un buen marido. Y yo habría cumplido mi deber.

—Arabella. —Él deslizó la mano por debajo de la mesa y alcanzó la mano izquierda de ella, que aún descansaba sobre su regazo. No llevaba guantes en la mesa del comedor, así que tenía los dedos desnudos. Su pulgar hizo pequeños círculos en el dorso de la mano de ella. Su piel era aún más suave de lo que él recordaba.

—No lo hagas —dijo ella, pero no hizo ningún movimiento para apartar la mano. En todo caso, parecía que la alzaba hacia las suaves caricias que le daba su pulgar. Su mano tembló—. Por favor.

Temía sentirse impotente, había dicho, y así era como él la había hecho sentir. William rara vez había experimentado la vergüenza. A los jóvenes señores no se les educaba para considerar vergonzosos sus deseos, pero ahora la sentía. Fluyó sobre él en toda su ardiente miseria.

Le soltó la mano.

Violet dio una palmada con la suya.

—Es hora del plato de postre y, mientras se reordena la mesa, es hora de que nos reordenemos nosotros también. Señoras, pueden permanecer sentadas. Caballeros, pónganse de pie, por favor.

William y los demás hombres se pusieron en pie mientras Dudley y el otro lacayo retiraban rápidamente las copas, la vajilla y la plata. Luego plegaron el mantel verde y dejaron desnuda la

reluciente mesa de caoba. Servilletas de lino frescas, platos del tamaño de un postre, cucharas y copas de aperitivo se colocaron alrededor antes de que los lacayos desaparecieran para recuperar cualquier bagatela pecaminosamente deliciosa que la cocinera de Lawson hubiera concebido para ellos.

William no había probado gran cosa de su comida, pero estaba seguro de que eso era culpa suya, no del personal de cocina de su hermana.

—Ahora, caballeros, tengan la amabilidad de pasar al asiento que antes ocupaba el caballero situado a su izquierda —dijo Violet—. Así, lord Chambers, ocupará el lugar del Sr. Caldwell, y así sucesivamente.

—Espere un momento. No quisiera desplazar a lord Lawson —dijo Caldwell —¿Un hombre como yo sentado en el lugar de honor de un conde? Si eso no riza el rizo de la tonelada, no sé qué lo hará. Tal vez deberíamos dejar a su señoría donde está y yo echaré al buen reverendo de su asiento. No le importará. Está acostumbrado a poner la otra mejilla.

Para puntuar sus comentarios, Caldwell se dio una palmada en el trasero y los demás se rieron. Nerviosamente, esta vez. William fulminó con la mirada al hombre por bailar tan cerca de la lascivia en compañía mixta.

Antes de que Violet pudiera objetar, Caldwell hizo lo que le había sugerido y tomó asiento entre Theodora y Arabella. Ben, siempre amable, le cedió el paso y se trasladó a la silla al pie de la mesa que William acababa de desocupar.

—Bueno, así estará bien, supongo —dijo Violet.

William entrecerró los ojos mirando a Caldwell. Ese astuto ha conseguido abrirse paso junto a Arabella para fastidiarme.

Pero William no quería ser la causa de ningún disgusto en la fiesta de su hermana. Sinclair le había dicho con regularidad que no era bueno vejar a una mujer que iba en aumento.

Como única chica en una casa llena de chicos, Violet se salía con frecuencia con la suya. En privado, William pensó que Violet estaba ordeñando este confinamiento por todo lo que valía.

—Déjame pensar —dijo Violet—. En el último plato, las damas conversaron con los caballeros de su izquierda. ¿Vamos esta vez por la derecha? ¡Oh! Veo un problema con eso. Lord Lawson y la Srta. Dandridge ya han compartido un plato. Theo, querida, sé un corderito e intercambia puestos conmigo.

—Por supuesto —entonces, una vez que Theodora se sentó en el sitio de Violet, dijo:

—Pero el reverendo Hadington y yo ya hemos compartido un curso también.

—Oh, pero no te importará otro ¿verdad, querida? Ben, cuento contigo para agasajar a mi amiga —dijo Violet en un tono que no admitía negativas. Mientras se acomodaba en el sitio junto a su marido, ella y Caldwell intercambiaron una rápida sonrisa.

A William se le ocurrió que podía tratarse de una conspiración. Los dos se habían confabulado para hacer que Theodora y Ben pasaran más tiempo juntos. Si era cierto, su hermana favorita también había participado en la colocación del "cabrón adecuado" junto a Arabella.

William estaba ahora situado a la derecha de la señorita Amburt y sería su compañero durante el resto de la comida. Por su vida, no se le ocurría nada que decirle a la chica.

Le salvó la llegada de los postres: rodajas de naranja heladas, manjar blanco a la vainilla y una tarta de almendras y turrón. Las delicias olían como el cielo en un plato y eran casi demasiado bonitas para comerlas.

La señorita Amburt, sin embargo, cayó sobre el suyo como si hubiera pasado hambre en el bosque durante una semana. Luego pidió un segundo trozo de pastel antes de que William hubiera terminado el primero. Si seguía a este ritmo, la chica podría ser confundida con una

modelo de Rubens antes de cumplir los treinta.

William se aclaró la garganta.

—No tema, lord Chambers —dijo ella, como si hubiera pronunciado en voz alta su poco caritativo pensamiento—. Por mucho que comamos, las mujeres de mi familia no engordamos.

—Que... suerte para usted.

—En realidad, mi señor, estaba pensando que podría considerarlo afortunado para usted.

Capítulo 7

Hueso de mis huesos y carne de mi carne, en efecto. Adán era un idiota. Cuando Dios le presentó a Eva, debería haber declinado cortésmente.

Del diario de William Hadington, lord Chambers

—A mí me da lo mismo que desee comerse una docena de pasteles —dijo William. Primero, Arabella le había tentado haciendo que sus pensamientos giraran en torno al adulterio. Luego, la señorita Amburt le hizo imaginársela con un pastel de azúcar en cada mano, hinchándose hasta llegar a la corpulenta madurez. Verdaderamente, estaba rodeado de mujeres que invadían su mente e insertaban pensamientos totalmente inapropiados para una cena en compañía educada—. Nunca me atrevería a comentar cuánto come una dama.

—Tal vez no —dijo ella con un encogimiento de sus estrechos hombros—. Simplemente quería tranquilizar su mente.

—Mi mente está... —sorprendentemente vacía en ese momento —Baste decir que no me preocupaban en absoluto sus hábitos alimenticios.

—Me alegra saberlo —dijo la señorita Amburt entre bocado y bocado—. El Sr. Caldwell opinaba que debería comer como el pájaro que da nombre a mi familia. Pero se equivoca porque los pájaros comen bastante en realidad, libra por libra bastante más que las personas.

—El Sr. Caldwell se equivoca con frecuencia. No parece darse cuenta de que Dios nos dio dos orejas y una sola lengua —dijo William—. Hay una lección inherente ahí.

—Sí, pero la lengua tiene dos usos: el habla y el gusto, así que quizá se podría contar ese miembro dos veces.

Miró a Arabella: la hermosa, inalcanzable y completamente besable Arabella. La señorita Amburt debería contar la lengua tres veces. A William se le ocurrió al menos otro uso para la suya.

—No se me ocurre un segundo uso para mis orejas —dijo la señorita Amburt.

Obviamente, nadie se las ha mordisqueado nunca. De nuevo, la mirada de William se desvió hacia Arabella antes de obligarla a volver al agradable, pero anodina, cara de la señorita Amburt.

Intentaba encontrar algo que le gustara de la chica, pero hasta el momento, no le estaba dando mucho con lo que trabajar.

—Supongo —musitó ella, agitando el tenedor en el aire—, que si los Amburt fuéramos una familia pobre, el hecho de que no parezcamos capaces de soportar un exceso de peso se consideraría una maldición. Pero como mi padre, lord Amburt, tiene una posición más que desahogada, siempre he podido comer hasta saciarme. El hecho de que pueda saciar el apetito de un caballo manteniendo la complexión de una gacela es una bendición.

O quizás sea una solitaria, pensó. Pero todo lo que dijo fue:

—Bastante.

Cualquier otra respuesta empeoraría las cosas y seguramente prolongaría este tema particularmente extraño. A William no le importaba de qué más hablaran mientras no fueran las prácticas gustativas de la señorita Amburt. Cualquier cosa sería una mejora.

—Eso no quiere decir que, a pesar de nuestra delgadez, los Amburt no seamos un lote

prolífico —dijo la señorita Amburt entre bocado y bocado de naranja—. Mi madre dio a luz a ocho bebés sanos, seis de ellos hijos, y no ha enterrado a ningún niño. Mis padres se consideran afortunados en ese sentido —le lanzó una mirada —¿Cuántos hijos espera tener, milord?

William casi se atraganta con su bocado de pastel. Estaba equivocado. Este tema era definitivamente peor.

—Supongo que espero cuantos hijos me conceda el Señor.

—Hmph. Eso es bastante más piadoso de lo que cabría esperar de un conde —dijo la señorita Amburt—. No conozco las particularidades necesarias para tener hijos, usted comprenderá. Es asombroso cómo el mundo conspira para mantener a las jóvenes en la ignorancia sobre tales asuntos. Incluso lady Milford lo dice, aunque se niega a educarme también en este tema. Sin embargo, estoy bastante segura de que el marido tiene más que ver con el número de hijos que tiene una esposa que el Señor.

Desde hablar de comer en exceso hasta preguntarse en voz alta cómo se concebían los hijos, era evidente que la señorita Amburt no tenía intención de ceñirse a los temas de conversación aprobados. William empezaba a ver por qué sus padres habían contratado a Arabella. Definitivamente, la chica necesitaba una cuidadora.

—Lady Milford es alguien en quien puede confiar —dijo, con la esperanza de dirigir la conversación en una dirección más segura—. Harás bien en seguir sus consejos en todos los asuntos.

—¿Lo dice porque cree que ella me aconsejará que acepte su propuesta? —Ella le sonrió, como un gato ante una ratonera.

—No recuerdo haberle ofrecido ninguna.

—Si no lo hace, puede que sea el único soltero elegible de Londres que no lo haga —dijo la Srta. Amburt—. Digo esto no porque sea engreída. Exactamente por lo contrario. No me hago

ilusiones sobre mi falta de belleza. De hecho, lo único que me alaba, además de mi dote y mi habilidad con el pianoforte, es mi honestidad. Sin embargo, como me ha informado el Sr. Caldwell, parece que soy la, a ver... ¿cómo lo ha dicho? Fue muy inteligente... ¡oh, sí! Soy la potra favorita en la carrera de obstáculos de esta temporada.

—Esa es una forma bastante común de decirlo. —William lanzó una mirada hacia el ofensivo Caldwell que debería haberle convertido en un humeante montón de ceniza. No fue por su comentario a la señorita Amburt. Caldwell le estaba diciendo algo a Arabella que la hizo reír.

¿Cuándo fue la última vez que hiciste eso, torpe? No podía recordarlo. Puede que Arabella se hubiera reído de él alguna que otra vez, pero no porque hubiera dicho algo ingenioso a propósito. Aún no la había visto dedicarle una sonrisa genuina desde que había vuelto a entrar en su vida.

La señorita Amburt se metió en la boca la última rodaja de naranja.

—Como el Sr. Caldwell se apresuraría a señalar, es común, así que es probable que diga cosas comunes. ¿Qué otra cosa podemos esperar?

—Haría bien en no hacer caso al Sr. Caldwell.

—Me iría bien aquí. Me iría bien allí —la chica puso en blanco sus pálidos ojos. Tenía muchas pestañas, pero eran tan rubias que resultaban casi invisibles—. Sinceramente, lord Chambers, ¿nunca quiere que no le vaya bien?

—Con asombrosa regularidad —se obligó a no mirar a Arabella. Para su sorpresa, la muchacha se echó a reír.

Lo malo era que, una vez más, ni siquiera lo estaba intentando.

¿Cuándo me había vuelto tan bufón?

Para gran alivio de William, Violet anunció que las damas pasarían a la sala de música para tomar unos cordiales.

—Los caballeros se unirán a nosotras después de que hayan tomado su oporto.

—Oh, vaya —opinó Caldwell—. Esperaba poder unirme a ustedes también, pero si van a ser sólo caballeros...

—Eso le incluye a usted, Sr. Caldwell —le aseguró Violet con una sonrisa—. Contamos con usted para que nos guíe en las adivinanzas rimadas.

—Oh, bien. Hoy mismo se me ha ocurrido una que le sentará mejor a nuestra actual compañía que la mermelada y los pasteles.

—Excelente. Señoras, ¿pasamos?



Con Clara a su lado, Arabella siguió a lady Lawson y a su amiga la señorita Dandridge hasta la bien equipada sala de música Lawson. Además de un espléndido piano cuadrado Broadwood & Sons metido en un rincón, había varios atriles y varias sillas que podían disponerse para un concierto improvisado. Frente al pianoforte, un arpa de pedales de tamaño natural se alzaba sobre un pequeño estrado.

—Qué arpa más bonita —dijo Arabella a su anfitriona —¿Toca usted?

—No, como mi marido y mis hermanos podrían decirle, no tengo nada de angelical —respondió lady Lawson mientras se encaramaba a una de las sillas—, pero sigo esperando que alguno de mis invitados sea capaz de tocarla algún día.

—Algún día es hoy, lady Lawson —replicó Clara, y se acomodó en el asiento contiguo al de su anfitriona—. Lady Milford me ha dicho que toca.

Arabella frunció el ceño ante su protegida. Sólo había mencionado el arpa de pasada

cuando intentaba establecer una relación con la muchacha. Estaba claro que, supiera lo que supiera Clara, se sentía obligada a compartirlo con el mundo. Arabella tendría que cuidar su lengua con más cuidado cerca de la niña, no fuera a ser que se le escapara algo más importante que tocar el arpa.

Lady Lawson se inclinó hacia delante, con una sonrisa expectante en el rostro.

—¿Es cierto?

—Si lo es, qué encantador —intervino la señorita Dandridge—. Quizás podamos tocar un dúo de piano y arpa. Dígame, ¿conoce 'Robin Adair'? Es un buen aire con un toque escocés.

Arabella sólo podía imaginar cómo el aporreo de teclas de la señorita Dandridge destrozaría cualquier cosa con un lilt.

—Mi repertorio era más clásico que popular, y hace años que no toco. En realidad, mis dedos no han tocado las cuerdas desde mi temporada.

Una vez casada con él, sir Horace se negó a trasladar su instrumento a su finca de Cornualles. Su mujer, le dijo, sería más útil desplumando gallinas que cuerdas de arpa. Era un firme creyente en mantener una profunda conexión con la tierra que era la principal fuente de riqueza de su familia.

Lo que significaba que el baronet trabajaba junto a sus arrendatarios durante la época de la cosecha y mantenía una pequeña granja de ganado y un enorme huerto destinado también a las necesidades de la casa solariega. En realidad, nunca le exigió a Arabella que desplumara gallinas, pero cuando le quitó el arpa, le arrebató su último vínculo con la belleza, el romanticismo que había impregnado su temporada londinense y un recordatorio tangible de sus sentimientos por William.

Arabella siempre sospechó que sir Horace lo sabía.

—Así que toca el arpa —dijo lady Lawson con admiración, obviamente sin prestar

atención a la negativa de Arabella—. No recordaba eso de usted.

—Obviamente, su madre no la arrastró a uno de mis interminables recitales.

—¿No tocará para nosotros? —la instó su anfitriona —Por favor.

—Sinceramente, creo que no recuerdo cómo —dijo Arabella.

—Puede que no —dijo la Srta. Amburt—. Pero apuesto a que sus dedos sí. De verdad, a veces no tengo ni la más remota idea de por dónde va una pieza, pero de algún modo, mis manos lo saben y todo sale bien. Pruébelo, ¿quiere?

Una vez, la vida de Arabella había estado llena de belleza y de la expectativa de una alegría exquisita. Había sido joven y una belleza reconocida y había descubierto el doloroso aliento del primer amor. Nada encarnaba tanto esta época embriagadora de su pasado como la música de su arpa.

Arabella no necesitó más persuasión. Se acomodó de modo que el fino instrumento le cupiera entre las rodillas y luego lo inclinó hacia atrás para dejar que el armazón descansara ligeramente sobre su hombro.

Se sentía bien. Cuando colocó las manos cerca de las cuerdas, descubrió que Clara estaba en lo cierto. Sus dedos parecían moverse por sí solos. Sin equivocarse, encontraron la inquietante melodía de Boccherini que había sido la principal melodía que serpenteaba por la vida juvenil de Arabella. Sus manos recordaban.

Y ella también lo hizo. Mientras cerraba los ojos y se dejaba llevar por la música, se permitió recordarlo todo.



Estaba de pie en medio del jardín iluminado por la luna, abrazándose a sí misma para no estallar de puro gozo. El pequeño espacio amurallado detrás de la casa de su familia estaba cubierto de enredaderas y altos setos. Era lo suficientemente privado como para que nadie pudiera verla, incluso si alguien de la casa se despertaba a esas horas para echar un vistazo por las ventanas.

La luna, esa coqueta resplandeciente, se deslizaba tímidamente de detrás de un banco de nubes al siguiente. Cuando el disco brillante dejó de jugar a la coqueta y brilló sobre ella en todo su esplendor, Arabella alzó sus esbeltos brazos a la luz plateada. En ese momento, comprendió por qué los antiguos habían adorado a la luna.

El orbe lejano la besó con una luz bondadosa. Le sonreía, compartiendo su alegría.

William le había pedido que se reuniera con él allí.

Se había soltado el pelo y peinado antes de deslizarse silenciosamente hacia el jardín. La noche que antes había parecido crujiente ahora se tornaba balsámica. Arabella se recogió el pelo y lo sujetó en una larga cola para que el viento nocturno pudiera respirar en su nuca.

Cerró los ojos e imaginó que era el cálido aliento de William el que acariciaba los rizos a lo largo de su nacimiento. Sólo de pensarlo se estremeció, pero no de frío.

¿Qué lo retenía?

La velada había sido perfecta. William se había quedado embelesado con su forma de tocar el arpa. De hecho, por la forma en que sus miradas se fijaron cuando ella terminó, era como si fueran las únicas personas en la sala y ella hubiera tocado sólo para él. Luego, cuando empezó el baile, él se había emparejado con ella durante más sets de los debidos. Escandalizaban a las matronas del ton, pero ella no cambiaría aquellos valses sin aliento por la aprobación de todas las Lady Costwords del mundo.

William había estado sentado a su lado durante la cena. No recordaba exactamente de qué habían hablado, en su mayoría tonterías inteligentes, supuso, pero no había habido silencios

incómodos. De hecho, durante toda la temporada había parecido terminar las frases el uno del otro. Ella conocía el corazón de William. Ella sabía lo que él diría sobre algo antes de que lo dijera.

Más de una vez durante la velada, la base de su columna había sentido un hormigueo sin motivo. Cuando había levantado la cabeza, descubría que él la estaba observando.

Era como una caricia, esa cálida mirada suya. Ella lo sentía por todas partes.

La gente murmuraba que su emparejamiento era una deslealtad de primer orden. Él era el heredero del conde de Chambers, ella la hija de un baronet recién nombrado. Su padre podría haberse ganado la gratitud del Príncipe Regente, pero fue recompensado con poco más que un nuevo "Sir" delante de su nombre. La dote de Arabella era realmente minúscula si se comparaba con la tiara de una condesa. Todo el mundo decía que no había habido un emparejamiento más desequilibrado en la memoria reciente.

William le dijo que no le importaba. Sólo la quería a ella.

¿Cuál era la melodía que había estado sonando cuando la arrastró a una alcoba y le rogó que se reuniera con él más tarde en el jardín? Algo de Boccherini...

Tarareó unos compases y luego empezó a bailar, moviéndose al ritmo de la música que sólo continuaba en su mente. Sinuosa y lenta, rodeó la fuente que salpicaba, girando con gracia sobre las puntas de los pies, arqueando la espalda para que su rostro quedara bañado en plata líquida.

Entonces el tempo de la música en su mente cambió y la danza se convirtió en un frenesí de giros y ondulaciones que ningún maestro de baile le había enseñado. Le dolía como nunca antes le había dolido. Deseaba... cosas desesperadas, perversas, estaba segura, pero las deseaba de todos modos.

Sin saber exactamente qué era lo que anhelaba.

Arabella pensó que podría morir de deseo. Los jardineros de su padre encontrarían su cuerpo por la mañana entre la lavanda y el romero, y se preguntarían cómo había llegado a morir con tanto anhelo estampado en su joven rostro.

Entonces su danza se detuvo de repente mientras se desplomaba en un montón mareada. Se oyó un crujido detrás del arbusto de tojo cercano a la puerta del jardín. Permaneció completamente inmóvil, sin apenas atreverse a respirar.

Entonces William salió de entre las sombras.

Arabella levantó la cabeza para encontrarse con su mirada. Un destello de conocimiento chispeó entre ellos. Él la había estado observando todo el tiempo.

Ella había bailado para él. No para la luna.

Caminó hacia ella y ella se levantó para salir a su encuentro. Pero cuando estaba a un brazo de ella, levantó una mano para detenerle. Esto era demasiado peligroso. Demasiado prohibido.

Ella le deseaba de todos modos.

—¿Me quieres, William? —le preguntó.

—Que Dios me ayude, sí —le susurró él—. Te quiero.

Ella sonrió y se metió entre sus brazos, amoldándose contra él. Aunque había sido ella la que había bailado, su piel estaba cubierta de un fino brillo de transpiración. El aroma del jardín se aferraba a él. Olía a almizcle, a tierra y a hierba verde, o tal vez lo hacía ella. Era difícil saber dónde terminaba uno y empezaba el otro.

William encontró su boca y unió su aliento al de ella en un beso teñido de desesperación. Su alma se liberó y fluyó fuera de su cuerpo para mezclarse con la de él. Estaban tan enredados, era un vínculo demasiado completo para romperlo sin que ambos sufrieran daños.

Sin saber cómo había sucedido, se encontró arrodillada con él sobre la fragante hierba. Él

la adoraba con la boca, deleitándose con los pequeños sonidos de placer indefenso que se le escapaban cuando le chupaba y le mordisqueaba el cuello y los lóbulos de las orejas.

Y cuando le separó la bata y bajó más...

Arabella no se lo impidió. No le importó que no estuviera bien. No le importó arriesgarlo todo. Esto era lo que ella quería.

Se perdió en él. Él había oído el ritmo de su música secreta, moviéndose al compás de esa melodía silenciosa. Él sabía exactamente lo que ella necesitaba.

Ella lo tomó todo mientras él vaciaba su amor en ella, todas sus esperanzas, sus deseos, todo lo que era. Arabella se entregó a él a cambio sin pensar en lo que pudiera resultar de esta noche.

Después, yacieron entrelazados sin hablar. Las estrellas giraban en lo alto y la luna sonriente los bendecía.



Arabella se sobresaltó por los aplausos. Mientras tocaba el arpa, había vuelto a aquel jardín. Fue una sacudida terrible encontrarse en la sala de música de lady Lawson con tanta gente mirándola con el entusiasmo y el placer estampados en sus rostros. En algún momento los caballeros debieron de unirse a ellas, pues lord Lawson, el reverendo Hadington y el señor Caldwell aplaudían y pedían un bis junto a las damas.

Sólo William permanecía en silencio, con las manos a los lados, cerca de la puerta.

Listo para marcharse. Otra vez.

La luna nunca fue una diosa. Sólo era una roca fría y sin vida. Se obligó a recordarlo, pero

su cuerpo empezó a recordarle cómo era yacer en los brazos de William, qué sentía cuando la llamaba "Amada", y cómo le dolía cuando se marchaba. Los recuerdos dolían, pero no un dolor agradablemente necesitado. Se sentía vacía. Agotada.

Nunca volveré a adorar a la luna, se prometió a sí misma.

Capítulo 8

Hay temporadas en la vida de una mujer en las que las estrellas familiares se enfrían. Esos son los momentos para buscar un cielo nuevo.

Lady Milford escribiendo como la Señorita Beatrice Willwood

—Toque otra, lady Milford. Por favor —le instó Clara.

—No, ya no me acuerdo —Arabella no se atrevía a recordar. No con William en la misma habitación, respirando el mismo aire. Había sido increíblemente estúpida en aquella noche de luna. Ahora lo reconocía, pero seguía sintiendo esa innegable atracción hacia él. Cuando el hombre estaba cerca, perdonaba más fácilmente a su yo más joven su locura.

O al menos, la comprendía mejor.

—Bueno, quizá sea mejor que no toque más —dijo Caldwell—. Tentarnos con música angelical es duro para nosotros, simples mortales. Tanta belleza es más de lo que cualquier hombre puede soportar. ¿No cree, lord Chambers?

La mirada de William no se apartó de ella.

—Por una vez, Sr. Caldwell, usted y yo estamos completamente de acuerdo.

—Quizás deberíamos alertar al Times. Un acuerdo tan raro entre gente como su señoría y yo no es como para que se repita —bromeó Caldwell.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la Srta. Dandridge —¿Toco el pianoforte?

—No —dijeron con fuerza y al unísono lady Lawson y el reverendo Hadington. Entonces la anfitriona de Arabella prosiguió en un tono más suave:

—He pensado que podríamos jugar a algunos juegos de salón ahora que los caballeros se nos han unido, querida Theo. Creo que el señor Caldwell está dispuesto a ser nuestro maestro de juegos.

Juegos, pensó Arabella mientras intentaba ignorar la mirada ardiente de William sobre ella. Como si no hubiera tenido bastante de eso en mi vida.

—En efecto, estoy preparado para guiaros a todos en la frivolidad, lady Lawson —Caldwell esbozó una elaborada reverencia—. Gracias de nuevo, lady Milford, por esa música etérea. Como suelen decir los franceses, 'de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso' —extendió las manos ante sí y se encogió de hombros—. Y aquí estoy, al final de la escalera.

La mayor parte de la compañía se rio ante el suave ataque de Caldwell contra sí mismo. Arabella sonrió amablemente. William se metió las manos en los bolsillos y estudió las puntas de sus zapatos.

Es como si no soportara estar aquí. No quiere participar. No quiere cortejar a Clara. Me insulta en la cena con la sugerencia de que me ofrecería carta blanca.

Arabella deseó que la idea no la hubiera tentado tanto.

—Quizá deberíamos tener más música —dijo lady Lawson—. Theo, ¿por qué no nos regalas una melodía?

Mientras la señorita Dandridge empezaba a acomodarse en el pianoforte, William cruzó la sala hacia su hermana.

—Violet, lamento tener que partir.

—¿Tan pronto?

Desde su asiento al otro lado de la sala, Arabella vio a lord Lawson pronunciar ‘llévame contigo’ a William. Lady Lawson dirigió a su marido una mirada severa y éste se reclinó en su silla mientras la señorita Dandridge ejecutaba una serie de escalas con la despiadada eficacia de un autómata. Arabella simpatizaba con lord Lawson, pero estaba claro que sólo se permitiría abandonar este barco que se hundía a la primera rata.

—Tengo una cita previa que acabo de recordar. Debe cumplirse. No te levantes, Sinclair —dijo William a lord Lawson y luego se inclinó para besar a su hermana en la mejilla—. Me acompañaré a la salida.

Luego dio los pocos pasos hasta donde Clara estaba sentada con los brazos cruzados sobre el pecho. William le dedicó una reverencia apropiada y murmuró unas palabras de despedida. Estrechó la mano de Benjamin y evitó por completo al señor Caldwell.

Luego, mientras la señorita Dandridge pasaba de las escalas a los arpegios que hacían sonar la caja de caoba del piano, William se acercó a Arabella.

—Buenas noches, lady Milford.

—Buenas noches, milord.

De repente, no parecía dispuesto a marcharse.

Mientras la señorita Dandridge se lanzaba a una ampulosa interpretación de "El juglar", Arabella se inclinó hacia delante para susurrarle:

—Ésa es la primera canción del ciclo irlandés de Thomas Moore. Si no consigue escapar antes de que termine la primera canción, se verá obligado a quedarse durante todo el conjunto.

Seguía sin hacer ningún movimiento para irse.

—Venga conmigo.

¿No se daba cuenta de lo ridículo que era? ¿Cómo podía siquiera sugerirlo?

Maldito hombre, es como si supiera cuánto me tienta ese pensamiento.

Y no sólo para escapar del asalto a las llaves de la Srta. Dandridge.

Contra todo sentido, Arabella aún anhelaba estar con William Hadington.

En cualquier lugar. En cualquier momento, y que el diablo se llevara la peor parte.

—Adiós, lord Chambers —para animarle a marcharse, le ofreció la mano. Si tan sólo hiciera una reverencia apropiada sobre ella y se fuera, Arabella podía soportar cualquier cantidad de miserables pianistas. No podía soportar a William Hadington y la tentación de volver a hacer el ridículo con él.

Pero había olvidado que había veces en que William se negaba a hacer lo que era debido.

—Hasta pronto —ni adiós, ni siquiera buenas noches.

Entonces se inclinó y le besó la mano. No propiamente en los nudillos. La giró con la palma hacia arriba y presionó con sus labios el punto del pulso en su muñeca.

Un beso de amante.

Luego se enderezó y se dirigió a la puerta.

Una vez más, la había dejado desconcertada. Ella no sabía cómo sentir. O cómo dejar de sentir. Avergonzada por el bajo calor entre sus piernas. Enfadada porque él aún podía hacérselo sentir con nada más que su boca en la muñeca.

Cerró los ojos e intentó pensar en algo -en cualquier cosa- aparte de William Hadington. Imaginó su próximo viaje, el de las Américas. Se decía que era un lugar crudo. No del todo civilizado. Una nueva tierra le daría nuevos pensamientos.

Por supuesto, según la época del año, se decía que el Atlántico Norte era una travesía difícil, llena de grandes marejadas y peligrosos icebergs que podían horadar el costado de un

barco.

No podía ser más traicionero que intentar negociar una estación londinense cuando lord Chambers estaba en la ciudad.

En realidad, Arabella estaba agradecida por la horrenda forma de tocar el piano de la señorita Dandridge y por el hecho de que el ciclo de canciones que había elegido para infligirles era pesadamente largo.

Seguramente dominaría el impulso de huir de la casa de lady Lawson y tratar de encontrar al hombre para cuando la pesadilla musical hubiera terminado.

Capítulo 9

Las pequeñas mentiras son el lubricante social que hace posible el discurso cortés.

Las grandes, sin embargo, hacen la vida imposible.

Del diario de William Hadington, lord Chambers

William no entró en su residencia señorial cuando llegó a su puerta de hierro forjado. Siguió caminando, tratando de aclarar su mente. De hecho, sintió que podría caminar hasta los acantilados de Dover sin un ápice más de claridad, ni en su pensamiento ni en sus planes.

No se dirigió a un pub. Si hubiera querido beber, se habría ido a casa y le habría dicho a Price que le trajera esa botella de whisky escocés de una sola malta de cincuenta años que había estado guardando. El olvido que ofrecía era tentador, pero no creía que le ayudara. No tenía hambre, aunque no había hecho justicia a la comida servida en casa de su hermana. Lo que ansiaba no era comida.

Era un revoltijo de frustraciones.

Necesitaba moverse, agotarse. Agradeció la fría bofetada de la noche en sus mejillas. Casi le quitaba el entumecimiento del pecho.

Después de caminar durante casi una hora, William se dio cuenta de que su mejor par de

zapatos no era realmente propicio para un paseo nocturno. Una ampolla supuraba en su talón izquierdo. Cuando se topó con un cementerio con un banco entre las lápidas, se apartó. Allí, en la penumbra del cementerio, se quitó el zapato y la media para examinar los daños.

La iglesia estaba situada en una calle lateral curiosamente sinuosa, sin el beneficio del alumbrado público que cada vez era más común en las zonas más elegantes de la ciudad. No podía ver gran cosa de su ampolla, ya que las lámparas de gas que colgaban los propietarios de las casas al otro lado de la calle apenas penetraban en los altos setos. Pero podía sentirla, hinchada y dolorida. Al menos el dolor en el talón le hizo dejar de obsesionarse por la forma en que se le oprimía el pecho.

William respiró hondo. Una ligera brisa agitó el tejo en el extremo más alejado del cementerio, sus agujas nuevas susurrando en un idioma que no podía comprender. Un búho ululó. Si William fuera del tipo supersticioso, estaría aprensivo por estar allí, rodeado de los huesos putrefactos de los muertos.

Pero él era, por encima de todas las cosas, un hombre racional. ¿Por qué si no se empeñaba tanto en seguir los dictados de su cabeza en lugar de los de su corazón?

Sin embargo, racional o no, William se sobresaltó cuando oyó un par de voces de hombre detrás de él. Se giró para ver a un par de tipos de mediana edad, uno con una lámpara y el otro con un pico y una pala, que entraban en el cementerio por la puerta lateral de la iglesia. Sintiéndose ligeramente avergonzado por la forma en que había saltado, se dio cuenta de que sólo eran el sacristán y un sepulturero.

—¿Cuándo ha dicho el funerario que necesitan el nuevo hoyo? —preguntó el más fornido de los dos.

—Mañana por la mañana, así que estate atento, Andrew Thorpe —ordenó el más pequeño. El pequeño terrier de hombre se creyó a cargo del mastín con la pala—. Y ten cuidado de hacer esas esquinas bien y a escuadra.

—Iría un poco más rápido si no fuera yo el único que estuviera cavando —refunfuñó Thorpe.

—¿Quién ha muerto? —preguntó William.

Ahora era el turno del sacristán y del sepulturero de saltar.

—¿Quién está ahí? —El sacristán levantó su linterna y entrecerró los ojos en dirección a William —Muéstrate.

William entró en el charco amarillo de la luz de la lámpara.

—Soy lord Chambers —dijo tan grandilocuentemente como pudo con un zapato puesto y otro quitado.

Los dos casi se cayeron el uno sobre el otro haciendo reverencias y rascándose.

Evidentemente, no recibían a menudo visitas de medianoche de la aristocracia.

—Su señoría preguntó por los queridos difuntos. Que le tranquilice, mi señor, que el muerto está muy por debajo de su toque. Nadie de su grandeza podría saberlo —dijo el sacristán, deshaciéndose en halagos a grandes rasgos—. Es sólo el panadero de la calle de al lado el que ha fallecido.

—Sin duda, se le echará de menos —dijo William.

—Sus bollos calientes cruzados lo serán, y esa es la verdad de Dios —dijo el sepulturero mientras volteaba otra palada.

—Y si no es impertinencia por mi parte —dijo el sacristán —¿puedo preguntar por qué está aquí su señoría?

—Porque iba caminando y me ha salido una ampolla —William levantó un pie para mostrar al hombre que estaba descalzo.

—¡Oh! Si le place, mi señor, déjeme atender eso. Tengo vendas en el despacho. Si quiere

seguirme... —El sacristán se dirigió hacia la puerta lateral de la iglesia de piedra.

William no siguió al hombre. Había sido un eclesiástico indiferente toda su vida. Sin embargo, había llegado a lo que consideraba un acuerdo de caballeros con el Todopoderoso. William apoyaba generosamente a su parroquia local. Hacía alguna que otra aparición en los días sagrados. Pero mientras Dios le dejara en paz, William le devolvía el favor.

Últimamente, sin embargo, William sentía que el Señor no había cumplido su parte del trato. Entre las tambaleantes finanzas de los Chambers y Arabella apareciendo de nuevo en su vida sin una forma honorable de que estuvieran juntos, William se sentía más que un poco "azotado" por las pruebas y tribulaciones que se abatían sobre él.

Sin embargo, aún no estaba preparado para enfrentarse a su Hacedor por estas injusticias. Contaba con que el Todopoderoso cediera y mostrara un sentido del juego limpio, sin que William tuviera que señalar las desigualdades de su situación. Estar dentro de una iglesia podría tentarle a acusar a Dios de algo de lo que luego se arrepentiría.

—La noche es bastante agradable —dijo William—. Esperaré aquí mientras recoge sus emolumentos.

—Muy bien, su señoría —dijo el sacristán y se alejó corriendo para cumplir su orden.

—Sabe, su señoría —dijo el sepulturero—, usted no es la única persona de alto tono en este cementerio en este momento.

—¿Ah, no?

—Tenemos a un lord alcalde de Londres por aquí. Por supuesto, su lápida es bastante vieja. No queda mucho más que hoyuelos en la piedra caliza, pero el sacristán puede señalársela si tiene ganas de verla.

El excavador se apoyó en su pala y sacó del bolsillo un pañuelo de aspecto desaliñado que utilizó para sonarse la nariz, limpiarse la cara y alisarse el pelo. En ese orden.

—Y luego está lady Blackwood —prosiguió el hombre—. Ocupa la mayor parte de la esquina suroeste, ella y su prole. Tuvo once hijos y dos nacidos muertos. Ninguno de ellos prosperó exactamente, como comprenderá, por eso los tenemos a todos agrupados ahí para toda la eternidad. Reconfortante, ¿no?

—Hmm —reconfortante no fue la primera palabra que le vino a la mente. Se preguntó cuánto tiempo más tardaría el sacristán en traer sus tiritas.

—Y cavé tumbas para todos ellos. Bueno, no al viejo lord alcalde, por supuesto. Creo que fue el abuelo de mi abuelo el que lo hizo por él —admitió el hombre mientras seguía cavando—. Supongo que el mejor caballero al que he ayudado a plantar yo mismo fue hace unos años. Sir Horace Milford.

—¿Sir Horace?

—Sí. También me pagaron muy bien por esa tumba. El doble de lo habitual debido a que era pleno verano y necesitábamos enterrarlo rápido. Déjeme decirle que su buena señora no escatimó en detalles cuando llegó el momento de ponerse la ropa de viuda. Envió a su caballero bien y como es debido.

—¿Dónde está su tumba? —preguntó William, morbosamente curioso sobre el lugar de descanso final del hombre que había llamado a Arabella su esposa.

—Bastante cerca de la iglesia, donde a todo el que puede permitírselo le gusta ser enterrado —el hombre señaló con un dedo torcido que sin duda se había roto y reajustado mal una o dos veces—. Tercera fila, segunda piedra.

El sacristán salió de la iglesia, cataplasma y yeso en mano, para encontrar a William de pie sobre la tumba del baronet.

—Ah, habrá encontrado a sir Horace, que en paz descanse. ¿Le conocía, mi señor?

—No. Sólo había oído hablar de él.

—Ah, bueno. A veces lo que sabemos de alguien puede no ser todo, ¿eh? Venga y póngase cómodo, mi señor, mientras atiendo su ampolla.

A William se le ocurrió, mientras se acomodaba en el banco y dejaba que el sacristán le vendara la ampolla, que el joven eclesiástico buscaba ascender en el mundo y esperaba que el conde de Chambers pudiera echarle una mano.

—¿A qué se refería? ¿Acerca de que no sabía todo lo que había que saber sobre sir Horace?

—Sólo que hubo susurros después de su muerte.

—¿Qué clase de susurros?

—Si hubiera conocido al caballero, o fuera un amigo particular suyo, no le molestaría con ellos, porque confieso que me pusieron los pelos de punta cuando los oí por primera vez.

El hecho de que el sacristán fuera calvo como un huevo no disminuyó el sentido de importancia que parecía conceder a los chismes que estaba a punto de transmitir.

—Hay quien especula que la muerte del baronet no fue... natural.

—¿En qué sentido?

—Bueno, sir Horace no tenía ninguna enfermedad conocida. No sufrió ninguna lesión. Su padre vivió hasta una edad madura y, según todos los indicios, su madre aún está con nosotros, así que la gente esperaba que él también hubiera vivido más años que los tres veintenas y diez asignados al hombre.

—¿Qué dijo entonces su médico?

—¿Se refiere al Dr. Morton? —dijo el sacristán —oh, no quiso hablar de ello. Al menos, no conmigo. Pero he oído, de segunda y tercera mano, como comprenderá, que sospechaba que sir Horace había sido ayudado en su camino hacia su recompensa.

—¿Cómo?

El sacristán se inclinó hacia delante para susurrar:

—Veneno, dicen.

—¿Quién haría tal cosa? —dijo William indignado. Era insufrible que alguien se atreviera a atacar a un miembro de la tonelada con un arma tan solapada como el veneno. Olvidó por un momento que si Arabella tenía que tener un marido, estaría más que contento de que fuera un marido muerto —¿Alguien interrogó a su cocinera?

—Siempre es a la ayuda a la que se culpa de estas cosas —gruñó el sepulturero—. Respóndame a esto. ¿Qué haría su cocinera por él? Como no la muerte del caballero la puso a ella y a todos sus otros sirvientes fuera de sus puestos.

Eso tenía sentido. Nadie que estuviera al servicio de sir Horace podía beneficiarse de su muerte.

—¿Qué hay del heredero del baronet?

—Oh, su hijo estaba en Cornualles en el momento de su fallecimiento, según dicen —dijo el sacristán.

William decidió que más le valía vigilar lo que decía en presencia de aquel hombre o "ellos" pronto conocerían también los pormenores de esta conversación. Pero su curiosidad estaba demasiado excitada como para dejar pasar el tema sin hacer un par de preguntas más.

—¿De quién sospechaba este Dr. Morton que había envenenado a Milford?

—Bueno, es dudoso que lleguemos a saber con seguridad quién pudo hacerlo. Muy circunspecto, es el Dr. Morton. Que yo sepa, nunca dio nombres. Sólo decía que el veneno era un arma de mujer.

William tiró de su calcetín y su zapato y se puso en pie.

—En cuanto le encuentre, me hablará claro.

—Oh, eso no lo hará —dijo el sepulturero.

—¿Por qué no?

—Porque el Dr. Morton descansa junto a ese tejo cerca de la puerta trasera del cementerio —el cavador levantó un pulgar por encima del hombro en esa dirección—. Yo mismo lo planté allí el pasado marzo.

El sacristán lanzó a su subordinado un dardo envenenado de mirada y se colocó entre William y el sepulturero.

—El buen doctor eligió él mismo la parcela cuando se dio cuenta de que la fiebre que finalmente se lo llevó sería mortal. Ahora, mi señor, ¿hay alguna otra forma en que podamos ser de ayuda? ¿Cualquier cosa?

—No, gracias. Con eso bastará. Escribiré una carta a su vicario informándole de lo útiles que han sido.

—Oh, no hay necesidad de que alguien tan importante como usted se preocupe por gente como yo.

—¿No querrá decir los gustos de nosotros? —refunfuñó el excavador sin detener el ritmo que había establecido con su pala.

Ignorando a su homólogo, el sacristán prosiguió:

—Yo mismo he esperado a menudo poder servir a nuestro señor celestial en una parroquia rural... ¡oh! y al señor terrenal que sostiene la iglesia al mismo tiempo. Como coadjutor, por supuesto. No tengo grandes conocimientos, pero podría ayudar a pastorear un pequeño rebaño campestre porque me interesa la vida de la gente.

—Y sus muertes y todo lo demás —dijo el cavador.

—Ahora que lo menciona —dijo William mientras tiraba de su calcetín y se calzaba el zapato sobre el yeso torpemente aplicado del sacristán—, un amigo mío, lord Kirkland, está buscando un coadjutor para la iglesia que mandó construir en su estación.

—¡Oh, milord! Qué maravilla. Qué milagroso. ¿Cómo... qué es exactamente una estación?

—Una gran granja, mucho más grande que cualquiera con la que haya soñado, me imagino —William se puso en pie, probando su peso sobre el pie herido y decidiendo que podría llegar a casa sin quitarse el zapato de nuevo, pero sólo si podía llamar a un coche de alquiler en una o dos manzanas a la redonda—. Por supuesto, la estación de lord Kirkland está en Nueva Gales del Sur.

—Oh —los estrechos hombros del hombre se desplomaron.

—Mencionaré su deseo de servir a una parroquia rural en mi próxima correspondencia con él. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Yo... Thorpe. Andrew Thorpe.

El sepulturero dejó de trabajar y le hizo una mueca a su compañero de trabajo.

William recordó que el sacristán había llamado al sepulturero por ese nombre.

—Hágalo usted, milord —dijo el verdadero Thorpe—. Supongo que Andrew Thorpe podría ser tan buen sacristán en Nueva Gales del Sur como en cualquier otro lugar. Incluso podría estar dispuesto a cavar una tumba o dos si hubiera necesidad. Buenas noches, lord Chambers.

Capítulo 10

Epicteto nos enseña que la riqueza no consiste en tener grandes posesiones, sino en tener pocas carencias. Pero ese digno anciano era estoico, lo que significa que creía no tener control sobre los acontecimientos de su vida. Si yo, como lord inglés, puedo hacer valer mi voluntad sobre mis sirvientes y granjeros arrendatarios, de hecho, sobre cualquier súbdito de la Corona al que supere en precedencia, pero no tengo control sobre mi propio Destino, soy la más miserable de las criaturas.

Del diario de William Hadington, lord Chambers

—El señor Higgindorfer está aquí, milord —dijo Price mientras hacía pasar al caballero al estudio de William sin más preámbulos. Luego el mayordomo, siempre discreto, cerró la puerta al salir.

William esperaba a Higgindorfer, aunque no le hacía mucha ilusión el encuentro. Hacía unas semanas, había pedido al hombre de negocios de la familia Hadington que investigara y presentara oportunidades de inversión de naturaleza más especulativa de lo que él solía sugerir. William suponía que un mayor riesgo equivalía a una mayor recompensa. Higgindorfer era tenazmente eficiente, pero no terriblemente imaginativo. William temía que sus recomendaciones fueran demasiado conservadoras para detener el declive de la hacienda.

Lucius Higgindorfer siempre le había recordado a William una tortuga envejecida. La piel

floja le colgaba en anillos alrededor del delgado cuello, y parecía no tener labios, sólo una boca generalmente colocada en una línea dura y recta. El viejo caballero había servido a la casa de Hadington en calidad de hombre de confianza desde que William podía recordar. Había aconsejado y sobrevivido a los dos condes anteriores. Como la tortuga a la que se parecía, podría incluso sobrevivir a William.

Dejando a un lado la edad, el conservadurismo y su desafortunado parecido con una tortuga, la perspicacia de Higgindorfer para los negocios era innegable. Las únicas veces que la fortuna de los Chambers se vino abajo fue cuando sus prudentes sugerencias no fueron seguidas por los predecesores de William.

—Mi señor. —Su voz era tan grave que el tono casi hacía que su saludo sonara como una maldición. El hombre colocó un pesado libro de contabilidad en el borde del escritorio de William y tomó asiento sin ser invitado a hacerlo. Tal era su importancia para la familia Hadington. William no se ofendió.

Además, debe de tener más de ochenta años. Se ha ganado el derecho a sentarse en mi estudio.

—Buenos días, Higgindorfer.

—No pensará lo mismo después de ver este informe —la expresión del anciano era habitualmente la de quien acaba de tragarse un trozo de arenque rancio, pero William pensó que parecía aún más agrio de lo habitual.

—Me considero debidamente advertido —dijo William —¿Cuáles son los daños de este trimestre?

—Legión, mi señor. A pesar de las economías que instituimos la última vez que nos vimos, el trimestre pasado apenas mejoró nuestra situación.

William se sintió más reconfortado que afrentado por el uso que Higgindorfer hacía de

"nosotros" y "nuestra". Era una prueba del compromiso del anciano caballero con la Casa Hadington, y de su voluntad de aceptar responsabilidades tanto si las cosas iban bien como si iban mal.

—Puede que se requieran medidas drásticas —advirtió.

—¿Como cuáles?

—Mi señor, he descubierto una oportunidad que, si todo va según lo previsto, debería expiar con creces la deuda actual de la finca en los próximos nueve meses. Después, sentará las bases de un futuro rentable para las generaciones venideras.

William tragó saliva para contener su sorpresa. Higgindorfer debía de haber tropezado con una auténtica mina de gemas de una inversión. Pero si la oportunidad era tan prometedora, ¿por qué el hombre parecía como si William tuviera que entregar a su primogénito a cambio de ella?

—¿Qué es esta inversión?

—Es un barco: el Arabella Fernanda, para ser exactos.

Higgindorfer siempre había desaconsejado el transporte marítimo en el pasado. William tragó saliva. Que ahora sugiriera comprar intereses en un barco decía mucho de la naturaleza desesperada de la situación financiera de los Chambers.

—El Arabella Fernanda, dice usted. ¿Registro español?

Higgindorfer negó con la cabeza.

—¿Portugués?

—No exactamente.

—¿Entonces qué?

—El barco es brasileño, mi señor.

—Eso está un poco lejos, ¿no? —dijo William frunciendo el ceño —¿Y no ha dicho

siempre que el transporte marítimo es un negocio arriesgado? Si mal no recuerdo, usted desaconsejó a mi padre que invirtiera en un ballenero.

—Y en ese caso, se demostró que tenía razón —la cabeza de Higgindorfer se balanceó arriba y abajo, reforzando aún más su parecido con una tortuga—. Ese barco en concreto se perdió en un tifón del Pacífico. Pero suponga que el barco hubiera regresado a Bristol con toda la tripulación y su bodega llena de aceite y ámbar gris. Suponga además que su padre me hubiera desautorizado e invertido en ese escenario. En ese feliz fantasma todo iría bien en la Casa Hadington y no estaríamos teniendo esta conversación. Pero, ¡ay!, yo tenía razón, y su padre el conde hizo bien en hacer caso de mis advertencias.

William sospechaba que la enrevesada historia del hombre era su forma de insinuar que más le valía al actual conde de Chambers hacer caso ahora a Higgindorfer.

—¿En qué se diferencia este barco del ballenero?

—Para empezar, el Arabella Fernanda navega sólo en el Atlántico y en las más plácidas latitudes meridionales, lejos de las borrascas del Atlántico Norte —dijo Higgindorfer—. El riesgo de pérdida es mucho menor que el de un ballenero. Puede esperar con confianza una triplicación, posiblemente una cuadruplicación, de su inversión en menos de un año.

—¿Qué es lo que no me está diciendo?

—No tenga dudas, lord Chambers. Esta empresa será lucrativa. Mucho —Higgindorfer agarró los reposabrazos de su silla con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos—. Sin embargo, temo que el cargamento le desanime, milord. El Arabella Fernanda transporta esclavos desde la costa de África hasta Sudamérica, donde el comercio sigue siendo legal.

—¿Desanimado? —William se elevó hasta encumbrarse sobre el hombre, con las manos en puño. El calor le subió por el cuello. Si Higgindorfer fuera más joven, William lo golpearía alegremente hasta la semana siguiente por una sugerencia tan miserable—. Me confunde, señor, si cree que yo podría participar en semejante empresa. A decir verdad, preferiría andar con el

trasero desnudo antes que ganar siquiera un cuarto de penique en el comercio de esclavos.

El anciano suspiró.

—Francamente, me sorprende usted, Higgindorfer. Y más que un poco horrorizado.

Por primera vez desde que el hombre de negocios había entrado en el estudio, el atisbo de una sonrisa levantó su boca.

—Pero no estoy sorprendido de usted, mi señor. Ha respondido como esperaba. No me agradaba mancillar la Casa Hadington con una asociación a tal miseria humana.

—¿Y aun así me presentó la inversión?

—Me vi obligado a hacerlo —dijo Higgindorfer—. Cuando uno mira sólo los números, el Arabella Fernanda es una empresa financiera sólida, y al final, le debo la última palabra.

—Entonces considérelo definitivo. No. Nunca —William volvió a sentarse lentamente en su silla. Su corazón dejó de martillear y volvió a un ritmo normal—. Debemos encontrar otra forma de dar la vuelta a nuestra situación que no implique traficar con la desesperación.

—Me confieso perdido, mi señor.

—¿Qué hay de las propiedades no desamortizadas de la finca? El molino en Essex, la herrería en Gales y... ¡demonios! ¿Cuál es la otra?

—La cantera de dolomita cerca de la frontera escocesa —suministró Higgindorfer—. Sí, mi señor. Todas ellas son activos valiosos que podrían venderse para aliviar nuestras penurias actuales, pero son las más rentables de las posesiones de la finca. Venderlos significa una infusión inmediata de monedas listas, pero una pérdida perpetua de los ingresos que deberían generar en el futuro. ¿Qué haremos si la fortuna de la familia declina aún más y no nos queda nada que vender? ¿Estará dispuesto a solicitar a la Cámara de los Lores que fraccione las tierras de su finca para poder venderlas parcela por parcela?

William reprimió un estremecimiento. Perder las tierras era el último recurso. Significaría que había fracasado rotundamente. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio. ¿Era realmente la Srta. Amburt su única opción para salvar a su familia de un abrupto declive?

Esperaba que no.

—Seguiremos el lema de la familia Hadington: *Tempus omnia monstrat*. El tiempo lo muestra todo. El curso correcto se presentará.

—Recemos para que se presente pronto, mi señor —Higgindorfer golpeó con los nudillos el ominoso volumen del libro mayor y se dirigió a la puerta—. Ha demostrado ser el caballero en el que esperaba que se convirtiera. Espero con igual fervor que no se convierta en un profeta.

—¿Cómo es eso?

—Si el rumbo de las finanzas de la finca no cambia, es muy posible que se encuentre sin una cubierta para su noble trasero. Buenos días, su señoría.

Qué rayo de sol. Lástima que el maldito viejo siempre tenga razón.

—Espere un momento, Higgindorfer. Tengo otro asunto para que investigue.

—¿Qué podría ser, mi señor?

—Requiero el nombre del funerario que hizo los arreglos finales para sir Horace Milford. — La empresa que se había encargado del entierro del caballero seguramente sabría más que los rumorólogos sobre lo que realmente había causado su muerte.

—¿Cuándo y dónde murió el caballero? —Fue una medida de la extrema discreción de Higgindorfer que no le acribillara con preguntas adicionales.

—No estoy seguro de cuándo, pero sir Horace está enterrado en el cementerio de la iglesia de St. Thomas, aquí en Londres, así que asumiría que sucumbió mientras estaba en la ciudad.

—Tendré la información en uno o dos días —Higgindorfer frunció el ceño—. Milord, la

Casa Hadington siempre ha recurrido a Creavey y Horvath para los funerales. Si no estaba satisfecho con su servicio en el asunto de los arreglos de su padre, debería haberlo dicho y…

—No, no es eso. Creavey y Horvath seguirán encargándose de los Hadingtons difuntos en el futuro inmediato. Simplemente necesito saber el nombre de la firma que se ocupó de sir Horace. Mis razones son... personales. —Desde su encuentro de medianoche en el cementerio, no podía quitarse de la cabeza las dudas sobre cómo había encontrado su fin el marido de Arabella. Como los rumores apuntaban a una envenenadora, Arabella era la sospechosa más probable. Si un magistrado se interesaba por el asunto, podría ser un camino corto de la insinuación a la acusación, sobre todo cuando Arabella había eludido la protección de su hijastro. De hecho, si el rumor de que sir Horace había sido envenenado llegaba a oídos del actual baronet, éste podría cortar legalmente todo su apoyo. Pero una vez que William descubriera la verdad del asunto, podría protegerla de las lenguas maleantes. O de algo peor. — Si no puede ayudarme…

—No, no, lord Chambers. Tengo un socio en el Times que seguramente podrá averiguar el nombre del funerario en cuestión. Como tengo varios clientes, no tendrá ni idea de quién solicita la información. Puede confiar en mí en este asunto —dijo el anciano mientras se dirigía a la puerta—. Avíseme si necesita alguna aclaración sobre los libros de contabilidad. Como siempre, estoy a su disposición, mi señor. Que tenga un buen día.

William miró el ofensivo volumen y luego hacia arriba, al techo dorado. Empezó a preguntarse si los males de la hacienda eran la forma no tan sutil del Todopoderoso de obligarle a replantearse su política de indiferencia mutua con la deidad.

Quizá una oración o dos no vendrían mal.

Pero William no tuvo tiempo de entablar una conversación con su Hacedor justo en ese momento. Apenas se hubo marchado el señor Higgindorfer, el señor Price llamó a la puerta, solicitando ser admitido.

—Ha llegado el correo, milord —Price puso una bandeja apilada con correspondencia en el borde del escritorio de William.

Seguramente la mayoría son facturas, pensó William morosamente.

—Un artículo llegó por correo especial —dijo Price—. Espera una respuesta —William suspiró.

—¿Cuál?

El Sr. Price levantó el primer artículo de la pila, una notificación elegantemente dorada, adornada con un lazo de plata.

—Es de lady Costwords.

William gimió, sospechando lo que contenía la misiva, pero abrió obedientemente la invitación pulcramente doblada. Cada primavera, tan predecible como las nuevas floraciones, la chismosa anfitriona organizaba un ostentoso baile, lo mejor para escudriñar todos los romances en ciernes, las malas conductas y las enemistades que habían surgido entre la tonelada durante el año anterior. Dentro de quince días, William tendría que hacer acto de presencia en este baile.

Una aparición lo más breve posible sin enfadar a la vieja bruja.

—Envíe mi aceptación a lady Costwords, Price. La asistencia es obligatoria si uno no desea pasar el próximo año con una diana en la espalda.

El mayordomo se aclaró la garganta.

—Disculpe, milord, pero se le dijo al mensajero que esperara una respuesta por escrito.

—Muy bien. Vuelva en unos minutos y la tendrá. —Murmurando algunas palabras escogidas que cuestionaban el linaje de lady Costwords, William recortó una pluma y escribió una aceptación cuidadosamente redactada.

Cuando Price volvió a recogerla, el mayordomo le dijo:

—¿Mando a buscar a su sastre para que le haga un traje nuevo para la ocasión?

—¿Por qué? Es sólo el baile anual de lady Costwords.

—No habría abordado el tema, si no fuera porque no se ha hecho un traje nuevo desde el verano en que regresó de su Gran Viaje, milord. Como sabe, no soy de los que desean cargar con cuentos, pero... —Price jugueteó con su corbata, ya tan correctamente estirada—. Pero el mensajero de su señoría... bueno, quizás ya he dicho demasiado.

—O no lo suficiente. Dígalo, Price —dijo William—. Hablemos.

—Al mensajero se le escapó que su señoría espera la asistencia de un miembro de la familia real. Quizá varios de ellos.

Seguramente no el rey en persona, pensó William. Pero lady Costwords podría haber seducido a una persona de alto rango del círculo íntimo del rey Jorge IV para que asistiera, tal vez su hermano menor, Guillermo, el duque de Clarence. De ser así, convendría que William hiciera su mejor imitación de Beau Brummell y se vistiera con la misma elegancia.

—En ese caso, será mejor que mande llamar al sastre.

Price sonrió.

—De inmediato, milord.

En realidad, a William le resultaba indiferente lo que se ponía la mayor parte del tiempo. Llevar el mismo traje durante varias temporadas era una forma fácil de economizar. ¿No acababa de decirle a Higgindorfer que estaba dispuesto a ir desnudo antes que ir en contra de sus principios?

Pero la idea de que William encargara un traje nuevo parecía agradar a Price fuera de todo conocimiento.

A William se le ocurrió que quienes le servían no estaban ciegos. Eran conscientes de las

economías que había introducido. Como su sustento dependía de él, el hecho de que estuviera dispuesto a escatimar en sí mismo debía de molestarles. No había mayor desgracia para alguien al servicio de la familia a la que se había comprometido tantos años que volverse insolvente de repente.

William podía imaginarse el revuelo que su nuevo traje crearía entre el personal. La noticia de su vestuario actualizado circularía por la gente de abajo como el azogue. Desde Price hasta su mozo de botas, la Casa Hadington se regocijaría con los nuevos y relucientes botones y el cuello blanco almidonado de su señor.

Encontrarían un reaseguro de la seguridad de sus posiciones en los adornos exteriores de la estación de su señor. Se habían preocupado por nada, se dirían unos a otros. Las medidas de austeridad de lord Chambers eran un capricho pasajero, no un presagio de apretarse el cinturón de forma más draconiana en el futuro.

Seguramente su señoría ya lo había superado. Cook podría comprar más azúcar. Volverían a tener velas de cera de abeja en lugar del sebo que habían estado utilizando por orden de su señoría. Los tiempos de abundancia volvían a la casa Hadington.

William debía la vida a algo más que a sus hermanos menores. Se lo debía a todos aquellos que servían a su familia. A veces, el peso era tan prodigioso que no podía evitar inclinar la cabeza.

Y desde que asumió el cargo...

—Señor, no me atrevo a pedir Tu bendición sobre la Casa Hadington para mí. Hay otros mucho más merecedores de Tu favor, y muchos de ellos están a mi servicio. Así que te pido por aquellos que dependen de mí. Muéstrame el camino correcto, para que se les sigan proporcionando los medios de vida. Me encontrarás agradecido. Amén.

Listo. Eso debería bastar para reabrir un diálogo con el Todopoderoso.

Por supuesto, el Señor podría necesitar un poco más de información pertinente.

William inclinó la cabeza una vez más.

—Y si, en Tu ilimitada sabiduría, Señor, Tu plan providencial para la finca Chambers no incluye que yo tenga que casarme con la señorita Amburt, tendrás mi más profunda gratitud.

Capítulo 11

Los niños son una bendición, dicen. Tal vez cuando son pequeños y no saben hacer más que arrullar. Sin embargo, una vez que empiezan a hablar, cuidado, porque cuando alcanzan la madura edad de diez y seis años, no se puede conseguir que dejen de hablar.

De por qué una vida de aventuras personales es preferible a la maternidad, de la señora Beatrice Willwood

—Oh, este sombrerito es de lo más astuto —Clara se ajustó el capote de terciopelo rojo y se admiró en el espejo del sombrerero —¿No te parece, Arabella?

—Lady Milford —corrigió Arabella en voz baja, mientras le quitaba el capote a Clara y se lo devolvía a la sombrerera. Con su pelo y sus ojos oscuros, Bella habría estado espléndida con la cofia escarlata, pero la delicada coloración de Clara destiñó aún más en contraste con sus tonos joya—. Algo menos llamativo y más acorde con la complexión de la joven, si le parece bien, señora Winterbottom. Un sombrero debe complementar a quien lo lleva, no anunciar al mundo que ha llegado su propio ser aterciopelado.

—Por supuesto, lady Milford. Creo que puedo tener justo lo que necesita en la trastienda. Un momento, por favor. —La pequeña y redonda señora Winterbottom se alejó corriendo tan rápido como sus pies pulcramente calzados podían llevarla, lo que dada su corpulencia no era tan rápido. Pero se esforzó al máximo. La comerciante había sido la sombrerera de Arabella durante

años y no quería decepcionarla.

—Así que el sombrero tiene que ir a juego conmigo —dijo Clara con un suspiro—. Una guinea a que vuelve con un sombrero lo bastante soso para una fregona.

—En primer lugar, se hace usted un flaco favor con ese comentario. No lo distinguiré con más comentarios, salvo para decir que es usted mucho más atractiva de lo que se atribuye. En segundo lugar, ¿dónde demonios aprendió a hablar como si fuera una jugadora habitual? —Arabella tachó los pecados de su protegida con sus dedos enguantados—. Y por último, debe recordar llamarme lady Milford a menos que estemos solas en casa. Acordamos no llamarnos familiarmente en público. Simplemente no se hace.

Clara puso los ojos en blanco y dejó caer una reverencia fingida

—Sí, milady.

—Si desea tener un 'Señora' delante de su nombre para cuando esta Temporada haya terminado, necesita recordar cómo comportarse.

—En el gran esquema de las cosas —dijo Clara, mientras se acariciaba con los dedos una cofia de seda verde plisada—, llamarla por su nombre de pila parece en verdad un pequeño pecado.

—Tal vez lo sea, pero sólo porque usted insiste en utilizar un lenguaje que podría oírse en el más despreciable de los infiernos del juego. ¡Una guinea dice, en efecto!

—¿Cómo sabe cómo hablan en los infiernos de juego? —preguntó Clara —¿Ha estado en alguno? Oh, ¡espero que sí!

—No —dijo Arabella con firmeza. Al menos no en Inglaterra—. Y confío en que no volveré a oírla ofrecer una apuesta en su conversación.

—No lo hará. Lo siento, lady Milford —canturreó Clara. Su tono demostraba que no lo estaba.

—Iba a esperar hasta que volviéramos a casa, pero como la señora Winterbottom parece estar tomándose su tiempo para encontrar ese sombrero, ahora es tan buen momento como cualquier otro para abordar su comportamiento en la conferencia de la Academia de Ciencias de hoy —dijo Arabella. Una vez que empezó a corregir los pasos en falso de Clara, fue difícil detenerse.

La chica resopló.

—Hablo en serio —dijo Arabella con severidad—. No debe gritar '¡Vaya panda de farsantes!' y salirse de una conferencia simplemente porque no está de acuerdo con el orador. Decir que se hizo notar es decirlo suavemente.

—Creía que me había dicho que asistíamos a esas cosas para llamar la atención.

—Bueno, ciertamente logró eso, pero créame, no fue de la manera en que deseaba que fuese notada. Se comportó con una estridencia impropia de una dama.

Clara agitó la mano desdeñosamente, como si la regañina de Arabella no fuera más molesta que una nube de mosquitos.

—No podía quedarme quieta más tiempo. El caballero era un idiota.

—Concedido —admitió Arabella. Dejando a un lado su mal juicio sobre cómo se había comportado, si la premisa del conferenciante le había parecido ridícula, Clara era probablemente más inteligente de lo que Arabella había sospechado—. Pero uno no hace un espectáculo de sí mismo simplemente para demostrar un punto.

—Por favor —Clara puso los ojos en blanco—. El Sr. Appletree afirmaba que podía determinar el carácter de una persona simplemente palpando las protuberancias de la cabeza de su sujeto. La frenología es la idea científica más ridícula que ha surgido desde que la gente creía que el sol daba vueltas alrededor de la tierra.

—No estoy en desacuerdo —dijo Arabella—, pero realmente no debería haber montado

semejante escena.

—¿Hubiera preferido que me quedara en mi asiento de la primera fila y me riera en voz alta de él durante el resto de su presentación? —preguntó Clara —Porque confieso que esa idea tenía verdadero atractivo.

—No. —La chica estaba siendo obtusa a propósito. Por enésima vez, Arabella se preguntó si lady Amburt estaba realmente tan enferma como lord Amburt decía, o si ella y su marido simplemente querían escapar de Clara durante la temporada—. Ésa tampoco es la forma correcta de tratar a alguien con quien no se está de acuerdo.

Clara cogió otro sombrero poco favorecedor -éste en un violento tono naranja- y se lo probó.

—Quizá debería haberme ofrecido dócilmente a dejar que midiera mi cráneo con sus tontos calibradores. Entonces podríamos haberle escuchado explayarse elocuentemente sobre cómo tengo propensión a la constructividad o al secretismo o a la alimentividad...

—Sí que se inclina por la alimentividad.

—¿Lo hago? Sólo me acordé de esa palabra porque no sé lo que significa —Clara se ató las cintas color calabaza de la monstruosidad de sombrerería bajo la barbilla. Su tono de piel pareció al instante varios tonos más cetrinos. Arabella desató inmediatamente el lazo para poder quitarle el ofensivo sombrero.

—Alimentividad significa que le gusta comer.

—¡Oh! Aun así, incluso después de que el Sr. Appletree midiera mi cráneo, sin duda me habría dicho exactamente lo contrario. Todos sus pronunciamientos no eran más que conjeturas basadas en otros atributos observables de su sujeto. No hace falta un juego de calibradores para darse cuenta de que una matrona con arrugas en el entrecejo tiene un temperamento colérico.

Arabella se obligó a relajar su propia expresión frustrada. Esperaba obtener un pago

significativo de su posición como madrina de Clara, no un conjunto de arrugas en el entrecejo.

—Una cosa es cierta, nunca sabrá lo que el señor Appletree podría haber deducido de su carácter por sus métodos de ahora —dijo Arabella—. De hecho, sospecho mucho que se nos negará la entrada a las conferencias de la academia de ciencias. O, si nos dejan entrar, nos llevarán a los asientos del fondo de la sala, de donde usted podría salir furiosa sin interrumpir el acto.

Clara bajó la cabeza y, si fuera cualquier otra persona, Arabella la habría considerado contrita. Sin embargo, había pasado suficiente tiempo en compañía de la muchacha como para saber que rara vez se arrepentía de algo que dijera o hiciera.

—¿Qué debería haber hecho, entonces? —preguntó Clara con toda apariencia de mansedumbre.

—Debería haber escuchado educadamente —dijo Arabella—, y luego, si tenía objeciones a su teoría, esperar a hablar con él después.

—¡Oh! Sí, durante el periodo de preguntas y respuestas que prometió. Tiene razón —los pálidos ojos de Clara brillaban con picardía—. Habría tenido a toda la sala en vilo mientras le espetase mis puntos de lógica más destacados.

Arabella sacudió la cabeza.

—El ridículo público rara vez convence a los demás de que cambien de opinión. Le habría ido mejor si hubiera hablado con él de tú a tú, con calma y racionalmente.

—Hmmm —Clara se acercó para admirar un despliegue de plumas que podrían servir para adornar un bonete—. Usando ese método, ¿pudiste hacer cambiar de opinión a lord Chambers, entonces?

—¿De qué está hablando?

—La noche de la cena de lady Lawson —cogió una pluma de cola de faisán y se pasó su

longitud por la palma de la mano—. Usted y él parecían tener un tête-à-tête bastante serio mientras conversaban. Hasta el Sr. Caldwell lo pensó.

—¿Lo hizo? —Gracias al violinista que paseaba durante la comida, Arabella dudaba que su conversación con William hubiera sido escuchada, pero Daniel Caldwell era notoriamente avispado —¿Qué dijo el Sr. Caldwell?

—Sólo que parecía como si lord Chambers estuviera descuidando un buen filete de ternera porque preferiría estar comiéndoselo vivo a usted.

El aliento de Arabella siseó sobre sus dientes.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Clara, toda inocencia.

—Nada que deba preocuparla. —Arabella se mordió el labio un momento. Creía injusto mantener a las jóvenes en la más absoluta ignorancia sobre las cosas que pasaban entre un hombre y su esposa, pero éste no era el lugar para educar a Clara al respecto—. Insisto en que evite al Sr. Caldwell en el futuro.

—¿Por qué? —Clara ladeó la cabeza— es fácilmente la persona más divertida que he conocido en toda la temporada, aunque no entienda de qué habla algunas veces.

Esas cosas deberían dejárselas a la madre de la niña. Arabella desechó cualquier idea de compartir información carnal con su protegida, aunque el conocimiento pudiera ayudar a Clara a entender por qué Arabella quería que se alejara del Sr. Caldwell.

—Me alegro de que no entienda al Sr. Caldwell.

—No debería alegrarse de mi ignorancia —argumentó Clara—. Me muero por saber qué quiso decir con ese comentario sobre usted y lord Chambers. Además, ¿no está usted siempre censurando el lamentable estado de la educación entre las damas?

—Por eso me aseguro de que asista a conferencias destinadas a mejorar su mente.— Llegados a este punto, Arabella estaba dispuesta a utilizar cualquier cosa para desviar el tema de

conversación en otra dirección. Cuanto menos se hablara de ella y de William, mejor.

—El conferenciante de hoy difícilmente sirve para mejorar mi mente.

Arabella suspiró, agradecida de que la chica hubiera mordido el anzuelo de la conversación.

—Tiene razón. El Sr. Appletree hizo una presentación débil, totalmente carente de pruebas.

—¡Por fin! Usted y yo estamos de acuerdo una vez más —la sonrisa de Clara pareció genuina por un instante, pero luego se volvió socarrona—. Entonces, ¿usted y lord Chambers también encontraron un acuerdo?

Sinceramente, la chica es como un perro con un hueso.

—Lord Chambers y yo no estábamos en desacuerdo.

—Bien, porque según el Sr. Caldwell, su señoría asistirá al baile de lady Costwords.

La invitación de Arabella y Clara había llegado hacía unos días y, desde entonces, Clara no la había perdido de vista. Daniel Caldwell no se había cruzado en su camino mientras realizaban sus salidas diarias. De hecho, Arabella no le había visto desde la cena en casa de lady Lawson.

—¿Cuándo habló con el Sr. Caldwell sobre el baile?

—No lo hice. Envió una nota ayer.

—¿Qué? —Arabella debía controlar el correo de la chica. Era una condición de su empleo en la que los padres de Clara habían insistido. Ella no abría ninguna misiva sin que su cargo estuviera presente, pero tomaba nota de aquellas con quienes Clara mantenía correspondencia regularmente. El Sr. Caldwell no estaba en esa lista —¿Quiere decirme que permitió que el Sr. Caldwell le escribiera sin hablarlo antes conmigo?

—No permití nada —Clara entornó los ojos y puso mala cara—. Difícilmente puedo controlar cuando otra persona decide escribirme.

—Supongo que no. Y a usted se le puede disculpar por su inexperiencia, pero al Sr. Caldwell no. —Al escribirle, estaba cortejando de facto a la muchacha. Muchos cortejos se habían logrado a través de cartas bien escritas. Los padres de Clara nunca aprobarían que su hija alentara a un hombre como Daniel Caldwell—. Él sabe, aunque usted no lo haga, que fue impropio de él escribirle sin permiso de sus padres o mío.

Clara sonrió.

—El señor Caldwell dice que el permiso está sobrevalorado. El perdón a posteriori siempre es más divertido.

—Lo sería. —Y el perdón no siempre se da, pensó Arabella pero no lo dijo. Quería que su relación con Clara fuera la de una consejera de confianza, no la de un perro guardián, así que tenía que moderar sus ganas de regañar—. Aun así, debería haber esperado a abrir la carta.

—Cartas. Ha enviado más de una.

—¡Cielos! ¿Cuánto tiempo lleva este romance de tinta y papel de aluminio?

—Desde la cena de lady Lawson. Envía una nota corta casi todos los días —dijo Clara.

—¿Y cómo es que nunca he visto esas notas?

—Él dispuso que la primera se metiera con la entrega de leche —dijo Clara—. A veces viene del frutero o del panadero.

—¿Y quién de los empleados de sus padres es cómplice de entregarle las notas?

—Oh, no. No delataré a ninguno de mis cómplices. No sería justo.

Arabella suponía que no, y probablemente el personal de la casa disfrutaba formando parte de un plan que complacía a la más joven de la casa. Arabella suspiró. Seguirle la pista a Clara la hacía sentirse vieja, y despreciaba esa sensación.

—Pero se equivoca con el señor Caldwell. Las cartas no son nada románticas —dijo Clara

—. Simplemente quiere ser mi amigo. Me hace reír.

—A él le gustaría hacerle muchas más cosas, apostaría —murmuró Arabella.

—¿Ahora quién habla como si acabara de salir de un infierno de juego?

—Clara, si vuelve a escribirte, debes permitirme ver la carta.

—Oh, no. Si lo hago, se la devolverá sin abrir.

—Con una mordaz misiva mía —dijo Arabella con fuerza—. Usted puede creer que se trata de una inocente broma, pero él sabe que no es así. Es totalmente inaceptable que un caballero mantenga correspondencia con usted en secreto.

—Sinceramente, casi puedo ver salir vapor de sus oídos. Si tiene un desacuerdo con el hombre —dijo Clara, dulcemente como el gato que se comió la nata —¿por qué no habla con él tranquila y racionalmente en lugar de montar una escena?

—Oh, no, jovencita, no se trata de mí —dijo Arabella en tono cortante—. Se trata de que usted no ve el peligro cuando lo tiene ante sus ojos.

—¡Oh, vaya! Dudo seriamente que una carta o dos puedan ser peligrosas.

En las manos equivocadas, podrían ser ruinosas.

—¿Le ha escrito de nuevo?

—No —admitió Clara.

¡Alabado sea el cielo! La chica tiene un poco de sentido común.

—Son muy buenas noticias. Ojalá hubiera devuelto la primera carta del Sr. Caldwell sin abrir, pero al menos actuó con sensatez al no responder.

—Oh, sí que respondo —admitió Clara—. Pero no me atrevo a contestarle porque cualquier cosa que diga podría sonar ridícula. Es mucho más locuaz que yo.

—Pero no es más prudente. Usted, querida, ha sido la sensata en este caso.

—¿Tiene idea de lo aburrido que suena ser sensata?

En realidad, Arabella sí. Cuando escribía como la señora Willwood, aconsejaba regularmente tirar por la ventana el curso de acción sensato en favor de uno aventurero. Sin embargo, como lady Milford, cada vez le resultaba más difícil estar a la altura de las convenciones poco convencionales de su alter ego.

Pero mientras que una viuda podía saltarse un poco las normas, para una joven como Clara era francamente peligroso tirar por la borda las normas aceptadas. Incluso la aparición de un escándalo con Daniel Caldwell podría arruinarla por completo.

—Clara, cuando lleguemos a casa, debo insistir en que me traigas las cartas del señor Caldwell, y me refiero a todas ellas.

—Tal vez haya olvidado dónde están.

—En ese caso, te acompañaré a casa de tus padres y me lavaré las manos inmediatamente.

Clara suspiró larga y sonoramente.

—¿Nunca se cansa de jugar esa carta?

—No mientras triunfe sobre todo lo demás. De un modo u otro, tendré esas cartas, querida.

Los hombros redondeados de Clara se hundieron aún más.

—Muy bien. Pero, por favor, no las destruya. Son realmente divertidas. No importa cuántas veces las relea, todavía me hacen reír.

—De acuerdo. No las destruiré —prometió Arabella—. E incluso le ayudaré a escribir una respuesta a ellas.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Clara, haciéndola casi bonita en una especie de cachorro pecoso. Le dio la mano a Arabella.

—¡Oh, gracias, gracias, gracias!

—No me lo agradezca todavía. Su carta le pedirá que se abstenga de volver a escribirla.

Los hombros de Clara volvieron a caer.

—Confíe en mí, querida. Sólo tengo en mente sus mejores intereses.

—Y yo tengo el tuyo —Clara arqueó una ceja pálida hacia ella—. Me prometió que bailaría la próxima vez que se lo pidieran. ¿Lo hará?

—Sí.

—¿Y si es lord Chambers quien le invita?

—Aceptaré sin importar quién me invite a bailar, porque cuando prometo, mantengo mi palabra —replicó Arabella. Si actuaba como si fuera a hacer una excepción por William, sería señal de que sus sentimientos por él eran cualquier cosa menos indiferentes. Clara ya era demasiado rápida para captar las pistas de que William y ella tenían un pasado. Arabella no quería darle más que pensar.

—Simplemente me pareció extraño que se fuera temprano aquella noche a casa de lord y lady Lawson —dijo Clara.

—Si hubiera podido, ¿no se habría dado a la fuga en cuanto la señorita Dandridge empezó a tocar?

—Entendido —admitió Clara—. Sólo que mientras lord Chambers daba las buenas noches a todo el mundo, tardó un tiempo desmesurado en separarse de usted.

—Usted afirma que no pudo evitar que el señor Caldwell le escribiera —dijo Arabella—. A mí tampoco se me puede pedir cuentas por la lenta despedida de un conde.

Clara sonrió, una sonrisa triunfal que dejaba al descubierto demasiada parte de sus encías para resultar atractiva.

—De acuerdo. Ninguna de nosotras puede ser considerada responsable del comportamiento de los caballeros de nuestras vidas.

Arabella se dio una patada mental. Había dejado que la chica la manipulara para que minimizara el problema del señor Caldwell. Y elevar el problema de Arabella con William nombrándolo "caballero en su vida".

¡Lord Chambers! se reprendió a sí misma al menos por vigésima vez. Debo pensar en él como el conde, no como mi William.

Arabella se enorgullecía de ser de mente fuerte. Tenía la disciplina mental para dejar de pensar en el hombre que él había sido.

Pero, ¿tenía la disciplina física para no derretirse si el hombre que él era ahora la sacaba a bailar?

Capítulo 12

Algunos podrían sospechar que un viajero habitual huye de algo desagradable en su vida normal. La verdad es que hay muchos momentos incómodos, me atrevería a decir desagradables, en cualquier viaje. Sin embargo, prefiero pensar en mis aventuras como vuelos hacia cosas que son difíciles de encontrar en mi vida normal: una sensación de asombro, iluminación e, incluso en medio de los inconvenientes, ese descubrimiento más esquivo de todos, el autoconocimiento.

Lady Milford escribiendo como la señora Beatrice Willwood

Arabella aún le cabía el vestido de baile con el que había debutado, pero nunca pensó que tendría ocasión de ponérselo de nuevo hasta que llegó la invitación de lady Costwords. La seda aguada era de un azul pálido, casi helado, un color que le sentaba bastante bien, pero el corte del vestido estaba varias temporadas pasado de moda. Su estilo era demasiado sencillo. Un corpiño sin adornos y mangas rematadas coronaban una elegante columna de tela brillante que llegaba casi hasta el suelo, dejando entrever apenas sus zapatos a juego.

Pero ahora el tono estaba disperso por las hileras de volantes y puntillas, por lo que las elegantes líneas de la seda azul parecían irremediablemente pasadas de moda. Clara había argumentado que si Arabella se negaba a dejarle pagar un vestido nuevo para ella, al menos

debería permitirle utilizar parte de su asignación para ropa para renovar el viejo.

—La gente pensará que mis padres están siendo terriblemente tacaños contigo —había dicho Clara.

—Los sensatos no lo harán. Llevar mi viejo vestido no me molesta en absoluto. No le des más vueltas —había replicado Arabella—. Además, nadie se fijará en cómo voy vestida. Seguramente estaré, como dijiste, abrazada a la pared con las otras matronas.

Clara había arqueado una ceja y encontrado una forma de eludir parcialmente los deseos de Arabella. La muchacha pidió a la señora Winterbottom que diseñara una ingeniosa diadema de tres tiras, del tipo que adornaba tantas estatuas de diosas griegas, en el mismo tono de azul que el vestido de Arabella.

El efecto era encantador, Arabella tuvo que admitirlo, pero ella no quería ser encantadora en el baile de lady Costwords. De hecho, si hubiera sido apropiado, habría optado por vestirse con algo más recargado y esconderse bajo su ridículo bonete de plumas.

Ese curso sería más seguro si William estuviera allí.

Sin embargo, Clara había lloriqueado e insistido y, al final, Arabella iba tan bien arreglada, si no tan a la moda, como su protegida la noche del baile. Mientras entregaban sus envoltorios y seguían al mayordomo de lady Costwords hasta la amplia puerta donde se anunciaría su llegada a la asamblea, Arabella recorrió con una mirada de aprobación a la joven que tenía a su cargo.

Clara llevaba un vestido de un inusual tono verde. No era un color que la mayoría de las mujeres pudieran llevar, pero el salvia claro parecía diseñado específicamente para Clara, haciendo resaltar matices dorados antes inadvertidos en la piel de la muchacha. Su tocado era una combinación del mismo verde y un fino color crema, acentuado con lentejuelas doradas que captaban la luz de los candelabros de Costwords y los ojos de todos los espectadores. La entrada de Clara hizo girar muchas cabezas.

De repente, la señorita Amburt resultaba interesante por algo más que su habilidad con el teclado y su monstruosa dote. Era única. Y sorprendentemente encantadora.

Clara había crecido en sí misma.

La muchacha se movía con seguridad, y cuando el mayordomo entonó: "Lady Milford y la señorita Clara Amburt", sonrió a los demás invitados y dejó caer una digna reverencia.

Arabella no podía sentirse más orgullosa. En sus anteriores salidas, Clara se había mostrado torpe o distraída o francamente desagradable. Ahora era la gracia misma, y Arabella atribuyó a su tutela la mejora del comportamiento de Clara.

Excepto que su última tarea acaba de hacerse más difícil.

Cuando la juventud, los logros y el atractivo se combinaban con una dote principesca, no faltarían pretendientes abriéndose camino hasta la puerta de la señorita Amburt. Muchos de ellos totalmente inadecuados.

Como para demostrar que sus temores eran fundados, Daniel Caldwell se presentó ante ellas casi de inmediato.

—Buenas noches, lady Milford. Señora Amburt —Caldwell se inclinó en una reverencia profunda y sumamente apropiada—. Encantado de verlas a los dos.

Clara hizo una reverencia en respuesta, pero Arabella se limitó a parpadear sorprendida. Seguramente había recibido la carta de Clara pidiéndole que dejara de escribirle. Al abalanzarse sobre ella en público, estaba ignorando por completo sus dictados. En momentos como éste, Arabella deseaba poseer la fortaleza necesaria para asestarle un corte directo, el más feroz de los castigos públicos por una falta de etiqueta.

Sin embargo, si ignoraba descaradamente a Caldwell, señalaría a la tonelada que algo grave había sucedido. Hasta el momento, sólo ella, Clara y Caldwell sabían de las cartas clandestinas. Si Arabella le cortaba, a Caldwell no le importaría. Se reía de los intentos de la

Sociedad hacerle cumplir sus normas con regularidad. Un desaire le rebotaría y sólo sería perjudicial para Clara.

Y él lo sabe, maldito sea el hombre.

—Sr. Caldwell —Arabella le hizo la reverencia más superficial que se atrevió—. Si nos disculpa, por favor. Venga, Srta. Amburt. Hay alguien a quien deseo presentarle.

Arabella no tenía a nadie en concreto en mente, pero era la mejor manera que se le ocurrió de librarles del Sr. Caldwell. En ese momento, el cuarteto del rincón más alejado empezó a tocar y el maestro de baile llamó a las parejas para que formaran un cotillón.

—Ah, el baile ha comenzado —dijo el Sr. Caldwell con una sonrisa.

—Así es —dijo Clara con una risita nerviosa.

—Entonces que empiecen también los juegos. ¿Me hará el honor del primer baile? —dijo muy acertadamente, antes de volverse hacia Arabella y terminar con:

—¿Lady Milford?

Arabella estaba preparada con una excusa aceptable para que Clara declinara el baile. Se le había ocurrido que aún no habían visitado el tocador de señoras para refrescar su aspecto después de su viaje en carruaje hasta la casa de lady Costwords.

—En realidad, creo que Clara ha... —pero se dio cuenta de que el señor Caldwell no había invitado a Clara a bailar—. Perdone, ¿qué? Debo haberle oído mal.

—Lady Milford, ¿me hará el honor del primer baile? —repitió Caldwell, con los ojos llenos de picardía.

—Pero... —Arabella se detuvo. No podía alegar ahora la necesidad de encontrar el salón de retiro. Le había prometido a Clara que bailaría si se lo pedían.

Por cualquiera.

Ni en un millón de años habría soñado que sería Daniel Caldwell.

Arabella volvió a hacer una reverencia y dio la respuesta aprobada, aunque en tono entrecortado.

—El honor es mío.

Por el rabillo del ojo, pudo ver que en lugar de que Clara estuviera molesta porque su supuesto "amigo" hubiera sacado a bailar a Arabella y no a ella, la chica estaba radiante.

De alguna manera, las dos lo habían arreglado.

Arabella no tenía ni idea de cómo lo habían conseguido. Había prohibido de hecho la comunicación escrita en cuanto se enteró de lo de las cartas. Pero mientras permitía que el Sr. Caldwell la condujera a la pista de baile, tuvo la certeza de que los dos eran conspiradores en esta emboscada.

—Muy inteligente —dijo en voz baja.

—Gracias. Lo intento.

—No era un cumplido —dijo Arabella mientras unían sus manos y daban vueltas con las otras tres parejas. El baile requería que los ocho participantes cambiaran de dirección varias veces mientras empleaban el paso balancé. Arabella estaba agradecida porque eso significaba que el Sr. Caldwell no podía continuar su conversación mientras ellos tropezaban con los otros bailarines.

Eso cambió cuando comenzó la sección de rigadón del cotillón. Ella y Caldwell se vieron obligados a cogerse de la mano derecha y a girar el uno alrededor del otro separados del grupo.

—Ah, lady Milford, me ha herido —dijo Caldwell en voz lo suficientemente baja como para que sólo ella la oyera—. Dígame en qué la he ofendido y procuraré enmendarlo.

Arabella apretó los labios cuatro veces, pero entonces las palabras estallaron en un furioso

susurro.

—Sé lo que estás haciendo.

—¿El cotillón con más estilo de la pista de baile? Gracias, milady. Me empeño en mantener la práctica —dijo con una sonrisa congraciadora—. Un caballero debería estar siempre dispuesto a hacer buena pareja con una dama.

—Sí, un caballero debería.

—Entonces, ¿piensa que porque no soy un caballero busco una ventaja injusta? —dijo Caldwell mientras le cogía también la otra mano para una serie de giros en pareja que les obligaba a ponerse uno frente al otro.

Arabella forzó una expresión agradable en su rostro, pero fue un esfuerzo.

—Yo no he dicho que usted no sea un caballero.

De hecho, no lo es.

—Ah, pero lo está pensando tan alto que podría oírlo incluso por encima de ese primer violín bastante chirriante.

Claramente, no estaba consiguiendo presentar una cara agradable al hombre.

—Más baile y menos conversación, por favor.

—Como desee, milady —dijo él con grandilocuencia—. Soy un auténtico genio en la lámpara. Sus deseos son órdenes para mí.

—Entonces es mi deseo que no preocupe a la Srta. Amburt.

Cielo misericordioso, ¿este baile no acabará nunca?

—Nunca preocuparía a la Srta. Amburt —protestó Caldwell—. A menos, por supuesto, que se refiera a como un perro podría preocupar a un hueso, porque confieso que es una joven deliciosa, e incluso un hombre más escrupuloso que yo podría estar tentado de darle un

mordisco.

—¡Sr. Caldwell!

Arabella se salvó de montar una escena gracias a un cambio en el baile que le permitió escapar momentáneamente de él. Las cuatro damas del octeto ejecutaron un ágil moulinet, primero a la derecha y luego a la izquierda, dándose la mano derecha al cruzarse y la izquierda al volver al lado de sus parejas.

—Le pido disculpas —dijo el Sr. Caldwell una vez que Arabella bailó de nuevo a su lado y empezaron otra ronda de rigadón—. La fuerza de la costumbre. Cuando uno confía en sus ocurrencias para su inclusión en la sociedad, es difícil apagarlas, incluso cuando uno desea ser serio. Como hago ahora —su expresión se tornó inusitadamente sobria—. No tengo ninguna mala intención hacia la señorita Amburt.

—Me perdonará si dudo de usted, señor.

—Lo entiendo, pero no puedo perdonar. Usted me hace mal en esto. De verdad. No quiero hacer daño a su corderita —su expresión volvió a ser socarrona—. Señora, por aquella bendita luna, juro…

—¡Uf! Ahórreme su manoseado Shakespeare, se lo ruego, Sr. Caldwell. La Srta. Amburt no es su Julieta y usted desde luego no es Romeo.

—No, ese papel pertenece a tipos más augustos. Como lord Chambers.

Arabella trató de no ponerse rígida ante ese pensamiento, pero estaba segura de que su incomodidad se extendería a través de su sujeción al baile y Caldwell deduciría cómo se sentía.

Sin embargo, aunque Caldwell estaba bailando con Arabella, parecía preocupado por Clara.

—Supongo que piensa que Chambers es digno de dirigirse a la señorita Amburt, de escribirle, de cortejarla.

Le dolía en el corazón pensar que William dirigiera su atención hacia Clara.

O hacia nadie. Pero no podía admitirlo ante el señor Caldwell.

—Se me ha encargado determinar la idoneidad de los admiradores de la señorita Amburt —admitió, deseando poder encontrar en conciencia una razón para no recomendar a William.

—¡Ah! Y usted ha asumido ese papel con gusto.

—Como es debido —dijo Arabella con tono de protesta—. Sus padres dependen de mí para asegurarse de que Clara sea un buen partido.

—¿Y cuál es su definición de un buen partido, por favor?

—Sólo utilizará lo que digo para burlarse de mí.

—No, en efecto, milady. Créame. No pretendo ofender, ni ordeñar a la vaca para quitarle el ternero —dijo, refiriéndose a la forma más fácil de separar a una bovina de su cría.

—Bueno, ¿qué dama no vive para oír que la comparan con una vaca? —dijo Arabella.

—Le pido perdón. No me he expresado bien. Me alegro de que la Srta. Amburt cuente con su guía y protección. Y deseo sinceramente conocer sus pensamientos. De verdad.

Sorprendentemente, Arabella no percibió astucia en él. Pero no pudo responder en ese momento porque el baile exigía que los caballeros dejaran a sus parejas para realizar sus figuras de moulinet.

Una vez que regresó para unir sus manos a las de Arabella y comenzar una serie de giros, dijo:

—Como dijo sir Tomás Moro 'Sucede a menudo que el propio rostro muestra la mente peregrinando, de tal manera que otras personas les dicen de repente: un penique por tu pensamiento'. ¿Está dispuesta a compartir sus pensamientos respecto a lo que constituye un buen partido, a pesar de que no tengo ningún penique que ofrecer por el momento?

Al parecer, Daniel Caldwell era muy culto. Su cita hacía gala de la educación que su padre, el duque, había proporcionado a su malogrado hijo.

—Muy bien —dijo Arabella—. Un buen emparejamiento significa que las partes son de igual posición, tienen un círculo similar de asociados, se complementan en todos los sentidos y traen honor a ambas casas con su unión.

—Tonterías.

—Le ruego me disculpe.

—Me ha dado la respuesta de la tonelada. Es lo que los padres de la señorita Amburt quieren para ella —dijo Caldwell, mientras empezaba a guiarla por el paseo que acabaría con el cotillón. —¿Pero qué hay de usted, lady Milford? ¿Qué busca en un partido?

—No busco marido.

—No he dicho un matrimonio. He dicho un partido. Alguien cuya alma encaje con la suya —dijo Caldwell —¿No anhela que alguien le conozca? Y contrariamente a lo que está pensando, no estoy haciendo una broma sobre conocer a alguien de forma bíblica.

El hombre debía de ser un mentalista. Ella había sospechado que se estaba posicionando para lanzar una pulla fuera de tono a las escrituras. En cambio, hablaba en serio, así que ella decidió responderle con seriedad.

—Sí, supongo que ése es el deseo de todo corazón, conocer y ser conocido —admitió Arabella.

—Y con el conocer, ser aceptado —añadió Caldwell.

Arabella asintió. Una vez había pensado que tenía ese profundo conocimiento con William, pero resultó que no lo conocía en absoluto.

—Cuando empecé a escribir a la señorita Amburt, confieso que al principio lo hice para ser

provocativo. Pero después de unos días de desnudarle pequeñas partes de mi alma, descubrí que mi motivación había cambiado. Quería que me conociera —dijo Caldwell con toda apariencia de candor—. No como el soplón del duque. No como el payaso que interpreto para diversión de la tonelada. Sino simplemente... como yo mismo.

—Vaya, Sr. Caldwell… —dijo Arabella mientras completaban las cifras finales—. No tenía ni idea de que se sintiera así.

—Nadie lo sabe —dijo él—. Esa es la cuestión. Hay muy pocos a los que podamos desnudar siquiera una pequeña parte de nuestro verdadero yo. La pareja perfecta es la que formamos cuando nos arriesgamos a mostrar todas nuestras partes más íntimas a otro. Y ese otro querido no huye gritando.

La última nota se apagó y la asamblea aplaudió el esfuerzo de las bailarinas, aunque no especialmente su destreza.

—Gracias por el baile, lady Milford —dijo Caldwell mientras ofrecía a Arabella su brazo para conducirla fuera de la pista.

—El placer fue mío, Sr. Caldwell.

Arabella no lo dijo simplemente porque era lo que se hacía. En realidad era cierto. Daniel Caldwell era mucho más de lo que ella había sospechado.

Nadie podía estar más sorprendido por ello que ella.

Capítulo 13

Casas, títulos, tierras. Honores, orgullo, los adornos de la riqueza. A tales cosas aspiran todos los hombres. Por un accidente de nacimiento y no, lo confieso, por mérito propio, yo las alcancé.

Sin embargo, me veo obligado a preguntarme, ¿realmente poseo estas cosas, o estas cosas me poseen a mí?

Del diario del cada vez más frustrado conde de Chambers

William siempre prefería llegar mucho después que los demás invitados a cualquier evento organizado por lady Costwords. Tenía que soportar menos tiempo bajo el agudo escrutinio de las cotillas. Una llegada tardía significaba que se libraba de mezclarse con la prensa de los demás invitados durante toda una velada interminable. Evitaba ser arengado por quienes buscaban ganarse su favor, y pasaba menos tiempo como blanco de decididas debutantes y sus aún más decididas madres.

Pero esta noche se apeó del carruaje Chambers en la puerta principal de lady Costwords justo cuando la torre del reloj daba las nueve campanadas. Llegó justo a tiempo.

La tonelada podría decidir que el conde de Chambers llegó a tiempo porque buscaba una condesa. Pero William sabía que no podía evitar ser puntual. Arabella debía estar allí.

Tras ser anunciado, fue acosado por lady Pickering y lady Hapsted, ambas con hijas que estaban frenéticas por presentarle. Como el hecho de que buscaba esposa era ya probablemente de dominio público, estas damas creían evidentemente que la carrera pertenecía no sólo al más rápido sino también al más audaz. El punto quedó aún más claro cuando, después de desenredarse de la primera manada de aspirantes, fue abordado por lady Burns, una baronesa escocesa que era la orgullosa madre de dos niñas gemelas, ambas con el pelo del color de una zanahoria y los ojos como dos acianos.

A William sólo le dejaron escapar después de que hiciera la vaga promesa de bailar con cada una de las muchachas escocesas en algún momento de la velada.

Sintiéndose como un zorro acosado por sabuesos, se dirigió a la ponchera. Estaba estratégicamente situada en la esquina más alejada. Desde esta posición, podía observar la sala como un general que se prepara para reunir sus fuerzas y salir a la batalla. O, si los acontecimientos justificaban una retirada, podía hacer una salida apresurada por las puertas dobles que daban al jardín y arriesgarse a partir las costuras de sus calzones saltando la valla trasera.

Estuvo seriamente tentado.

Pero William sabía que debía seguir adelante con su plan de cortejar a la señorita Amburt, sobre todo después de su aleccionadora reunión con el señor Higgindorfer sobre el estado de las finanzas de su condado. Había considerado su situación desde todos los ángulos durante días, y era el único curso de acción razonable.

Pero entonces percibía un tufillo a vainilla en algún plato que su cocinera le había enviado, y sólo podía pensar en el dulce perfume de Arabella. O se despertaba en plena noche, aún medio en estado de sueño, sólo para verla huir con el pelo desatado lejos de él. Le llenaba de tal desesperación que no volvía a conciliar el sueño.

Pero tenía que dejar atrás sus sentimientos. Eran un lujo que no podía permitirse. Tenía que

armarse de valor para hacer lo que se requería. Tenía que…

De repente divisó a Arabella. Ella estaba bailando. La observó moverse entre las figuras de un cotillón con otras tres damas. Era tan grácil como un cisne en medio de una bandada de patos con patas de paloma.

Una oleada de calor le inundó el pecho. Siempre le había gustado ver bailar a Arabella. Por unos instantes se permitió recordar aquel vals silencioso que ella había interpretado a la luz de la luna cuando no sabía que él la estaba mirando. Era tan salvaje y tan encantadora como un hada. Sólo el recuerdo de sus flexibles brazos extendidos hacia el cielo, su rostro plateado por la luz de la luna, su deliciosa forma... William se encontró abrazando sus nuevos pantalones.

Entonces Arabella abandonó la cadena de pasos encantadores que las damas del cotillón ejecutaban juntas, y volvió a bailar con su pareja.

Daniel Caldwell.

El fondo de sus ojos ardía como si le estuvieran amontonando carbones calientes sobre la cabeza.

—Buenas noches, lord Chambers —le dijo una voz irritantemente alegre. Bajó la vista para descubrir que la señorita Amburt había aparecido de repente a su lado. Fue un esfuerzo apartar su atención de Arabella y su maldita compañía el tiempo suficiente para inclinarse en respuesta al hipo de la señorita Amburt en una reverencia, pero William de algún modo lo consiguió.— Veo que ha pasado con éxito el guante.

—¿Cómo dice?

—Las otras jóvenes y sus madres. Temía por usted, milord. Lady Pickering y las demás pueden ser de lo más insistentes, pero veo que ha conseguido salir ileso —dijo la señorita Amburt con aire satisfecho—. Me alegro mucho de que lady Milford no me obligue a la gente.

¿Por qué iba a hacerlo si la señorita Amburt lo hacía bastante bien sola?

—Espero que no piense que es demasiado atrevido por mi parte saludarle primero, lord Chambers —continuó la señorita Amburt, sin inmutarse por la forma en que su mirada se desviaba de nuevo hacia la pista de baile—. Pero como ya hemos sido presentados, creo que es muy apropiado que hablemos. Después de todo, hemos pasado toda una velada juntos en casa de su hermana, así que supuse que no le importaría que yo iniciara nuestra conversación. ¿No es así, lord Chambers?

Había dejado de escucharla divagar porque Arabella había estrechado la mano de ese desperdicio de piel que era Daniel Caldwell. Pero cuando la señorita Amburt dijo su nombre, la atención de William volvió a centrarse en ella. No había oído toda su pregunta, pero supuso que una respuesta afirmativa era lo más seguro.

—Sí, señorita Amburt, por supuesto.

Cuando ella le sonrió con suficiencia, esperó que no hubiera sido tan atrevida como para haberle propuesto matrimonio mientras él no estaba presente, porque eso significaría que acababa de aceptar.

—No emplearía todos los medios, mi señor. No trataría de forzarle a sacarme a bailar, por ejemplo —sacó un abanico verde salvia de encaje y lo agitó ante sí —¿No hace calor aquí? ¿Podría molestarle con una copa de ponche?

Estaba demasiado sorprendido para responder. Cualquiera de las otras jóvenes en la carrera por convertirse en su condesa se habría desmayado de inmediato antes que pedirle a un par del reino que le trajera una copa. Pero la señorita Amburt no era una chica de patrones. De hecho, desafiaba los esfuerzos de William por decidir qué clase de persona era en realidad.

La señorita Amburt era bastante inteligente, supuso, o al menos lo parecía. Nadie podría tocar el piano con tanto arte como ella sin un mínimo de inteligencia, pero la señorita Amburt tenía la costumbre de decir cosas tan extrañas.

—¿Milord?

—¿Qué?

Se había vuelto a distraer con las bailarinas. Mientras su mirada seguía a Arabella por la sala, casi había olvidado que la señorita Amburt estaba allí.

—¿El ponche? —repitió ella—. Supongo que podría servirme un vaso yo misma, pero me han dicho que a los caballeros les gusta hacer esas cosas por las damas. ¿Estoy equivocada en esa suposición?

—Sí. Quiero decir, no. Le ruego me disculpe. Yo estaba... andando de lana por alguna razón.

—Oh, podría decirle la razón —dijo la señorita Amburt, con los labios curvados en una sonrisa socarrona—, pero dudo que le interese oírla.

William agradeció de repente cualquier excusa para escapar de aquella joven tan extraña.

—Estaré encantado de traerle una copa de ponche. Sólo será un momento.

Llenó una copa para ella y se tomó su tiempo para volver con ella. Su mirada no dejaba de desviarse hacia la pista de baile, donde Arabella sostenía ahora las dos manos de aquel hombre infernal. William resopló frustrado mientras le entregaba el ponche a la señorita Amburt.

Ella se lo agradeció amablemente y bebió un sorbo.

—¿Por qué le molesta tanto que lady Milford baile con el señor Caldwell?

Su mirada se clavó en el rostro anodino de ella. ¿Por qué diría una cosa así?

—Puedo asegurarle que no me molestan los gustos de Daniel Caldwell.

—¿Es porque lo considera muy inferior a usted?

—No.

William intentaba no llevar la cuenta de esa manera, aunque en orden de precedencia, él estaba mucho más arriba en la cadena que el hijo bastardo de un duque. No podía decirle muy

bien a la muchacha que Caldwell le había dado la peor noticia que William había recibido en toda su vida, y el hombre lo había hecho con descarado regocijo. Ahora no podía evitar la sensación de que Caldwell había invitado a Arabella a bailar simplemente para echar sal en la herida.

—Pero a usted no le gusta mucho el Sr. Caldwell —adivinó la Srta. Amburt—. Me cuesta entenderlo. Es tan divertido que a todo el mundo le cae inmensamente bien.

—Yo no necesito que me diviertan —dijo William, deseando no sonar como un viejo cascarrabias, pero la señorita Amburt parecía tan joven que no pudo evitar ser consciente del enorme abismo que separaba sus experiencias. ¿Cómo podría llegar a templar su voluntad lo suficiente como para proponerle matrimonio?

—No estoy obligada a que me guste el Sr. Caldwell. Sin embargo, todos somos criaturas de Dios, así que intento ser tolerante con todos los hombres.

Incluso Daniel Caldwell, ¡maldito canalla! Está mirando a Arabella con una expresión demasiado seria para ser una pareja de baile casual.

—Hmm… —Clara se golpeó los dientes delanteros con la punta del abanico. William se preguntó si sería una señal, otro código secreto que debía entender, como el lenguaje de los guantes de Arabella. De ser así, lo único que le comunicaba el gesto de la señorita Amburt era que sus dientes eran demasiado grandes para el resto de su cuerpo.

—Entonces, si no está disgustado con el Sr. Caldwell, ese ceño suyo debe significar que no tiene caridad con lady Milford.

—¿Qué? No. Lady Milford es... yo no... ¿Quiere más ponche?

—Aún no he terminado la copa que me dio, pero me gratifica su atención, milord.— Levantó su copa y la vació de varios grandes tragos. — Muy refrescante. Ahora me gustaría un poco más, por favor.

William obedeció, sintiéndose como un lacayo. En aquel momento, se cambiaría gustosamente por uno si eso significara que podía desaparecer en la parte de abajo de la casa de lady Costwords y no tener que ver a Arabella en brazos de otro hombre. Aunque sólo fuera durante un baile.

—Gracias, lord Chambers —dijo la señorita Amburt, mientras aceptaba de él una segunda copa de ponche—. Yo, por mi parte, estoy encantado de ver bailar a lady Milford. ¿Sabe que es la primera vez que lo hace desde la muerte de su marido?

—No, no lo sabía.

—No atribuya al hecho una gran devoción —advirtió la señorita Amburt—. Más bien creo que su matrimonio no pudo haber sido por amor.

William se inclinó hacia ella, repentinamente interesado en lo que la chica tenía que decir. Nunca se había planteado que ella pudiera ser una buena fuente de información sobre la vida de Arabella mientras él estaba en el Continente si era lo bastante sutil para plantear las preguntas adecuadas.

—¿Por qué dice que el matrimonio de lady Milford no tenía amor?

—No he dicho que no tuviera amor. Después de todo, ella se casó con él. Quién sabe si alguna vez llegó a gustarle —dijo la señorita Amburt—. Pero ahora ella nunca habla de sir Horace. Sin embargo, en una ocasión de la que tengo conocimiento, ella visitó su tumba.

—¿Lo hizo?

—Sí, pero su visita no requirió mucho viaje. Está enterrado aquí en Londres en lugar de en su finca de Cornualles. ¿No es extraño? Vivió la mayor parte de su vida a la vista de las ruinas de Tintagel, pero ahora pasará la eternidad a la sombra de San Pablo.

Una vez más, la señorita Amburt demostró que no era la típica debutante. Ninguna de las otras aspirantes discutiría sobre tumbas con un caballero al que esperaba impresionar.

Ella no esperaba impresionarle.

Su conversación golpeó a William con la fuerza de un puñetazo. Y le levantó el ánimo considerablemente. Incluso decidió que la señorita Amburt le caía un poco mejor por ello.

—Pero lo extraño de aquella visita a la tumba de sir Horace —continuó la señorita Amburt —, fue que lady Milford trajo flores suficientes para dos parcelas.

—¿Dos? ¿Quién descansaba en la otra?

La señorita Amburt sacudió la cabeza.

—No lo sé. No había ninguna piedra. Sólo un grupo de lirios amarillos de Cuaresma para marcar la tumba. Cuando le pregunté, me dijo que sólo pensaba que la parcela parecía solitaria, pero no era eso. Es muy buena ocultando sus sentimientos, pero no tanto. Sabía muy bien quién estaba allí, y esa persona significaba algo para ella.

—¿Quién cree que era? —¿A quién estaría recordando Arabella con flores? Sus padres seguían vivos en York por lo que William sabía.

—No estoy segura, pero su excusa de que el lugar parecía solitario era muy poco convincente —dijo la señorita Amburt—. Todas las tumbas parecen solitarias, ¿no cree?

—Creo que las tumbas son un tema demasiado serio para un baile.

—Muy bien. ¿De qué hablaremos? —preguntó la señorita Amburt, y luego procedió a responder a su propia pregunta—. Ya sé. Puede invitarme al próximo baile. Creo que el cotillón está casi terminado. Espero que el próximo sea una cuadrilla. Si es así, no debe temer que le pise los talones. Estoy bastante versada en ese baile.

Tal vez no sea una debutante tan inusual después de todo. La señorita Amburt es simplemente más astuta que las demás.

William no veía otra opción. Hizo una reverencia.

—¿Me concede el honor del próximo baile, señorita Amburt?

—El honor es mío —dijo ella con una risita

—¿He hecho algo para divertirle?

—No, milord. Al menos, no a propósito. Es sólo lo absurdo de la formulación prescrita para solicitar un baile —explicó ella —¿Qué tiene de honorable? Sólo es un baile. Encuentro todo el asunto ligeramente ridículo.

De momento, a William también. Pero el cotillón llegó a su fin y, tras una salva de aplausos, las cuerdas volvieron a sonar. William ofreció su brazo a la señorita Amburt y la condujo a la pista de baile mientras Caldwell acompañaba a Arabella.

Arabella no le dirigió la mirada, pero la comadreja con la que estaba tuvo la temeridad de dedicarle una sonrisa sarcástica.

William deseó que Caldwell fuera un caballero de importancia al que pudiera lanzar un auténtico desafío. Sin embargo, una vez que él y la señorita Amburt formaron con los demás bailarines, los pensamientos sobre el irritante Daniel Caldwell se esfumaron cuando reconoció al caballero que tenía enfrente.

Era el vizconde Everleigh de Bremen. El fornido alemán tenía el físico de un albañil y la gracia de un labrador, pero Gottlieb Everleigh era primo de la princesa Carolina de Brunswick, la reina sin corona del rey Jorge IV. No era ningún secreto que el rey había despreciado a su esposa. Cuando había muerto el año anterior, afirmando desde su lecho de muerte que había sido envenenada, algunos miembros de su familia estaban de acuerdo con esa apreciación.

William se preguntó si el vizconde Everleigh era uno de ellos. Y si ése era el motivo por el que ahora se encontraba en Inglaterra.

Capítulo 14

Cuando acepté ser la madrina de la señorita Amburt, sospechaba que la tarea de ayudar a esta joven única a encontrar un partido adecuado sería hercúlea. Sin embargo, mucho me temo que he hecho mi trabajo demasiado bien.

Lady Milford, escribiendo como ella misma

En cuanto el señor Caldwell se despidió de Arabella, ésta encontró una silla junto a la pared con las demás matronas y observó la habitación, buscando a Clara. Dada la propensión de la muchacha a comer cada vez que tenía ocasión, Arabella miró primero en dirección a la mesa que sostenía los refrescos ligeros, pero, sorprendentemente, Clara no estaba allí.

Lady Pickering, que estaba sentada a su lado, hizo un ruido de hipo y se acercó las faldas de modo que ni una puntada de su conjunto tocó las de Arabella.

Arabella decidió ignorar su desaire y continuó buscando a Clara. Lady Pickering carraspeó húmedamente.

Arabella se volvió hacia ella.

—¿Desea decirme algo, lady Pickering?

—Porque se siente obligada a sacármelo a la fuerza, sí, lo tengo —dijo la mujer, casi

temblando de indignación reprimida—. Espero que esté orgullosa de sí misma, lady Milford.

—En general, sí, lo estoy —Arabella parpadeó sorprendida, preguntándose cómo podía haber ofendido a la dama por el mero hecho de sentarse a su lado —¿A qué se refiere concretamente?

—No le haga caso —lady Hapsted tuvo que inclinarse hacia delante para hablar con Arabella porque estaba sentada al otro lado de lady Pickering—. Simplemente está disgustada porque su señoría pidió su primer baile a su señorita Amburt en lugar de a su Eleanor.

—¡Oh! —a Arabella no se le había ocurrido comprobar la pista de baile en busca de su protegida, pero efectivamente, allí estaba, tropezando ligeramente junto a William. Clara no era la mejor bailarina de la pista, pero tampoco se estaba deshonrando—. Bueno, así es.

Lord Chambers estaba deslumbrante esta noche. Su traje oscuro de tela superfina estaba cortado a la primera de la moda. Los diamantes adornaban sus puños y bajaban por el frente de su camisa. Sus zapatos estaban tan brillantemente pulidos que Arabella sospechaba que podría ver su reflejo en ellos. Pero incluso sin todo ese esplendor sartorial, el alto y ancho de hombros William era de lejos el hombre más guapo del lugar.

Especialmente sin todo eso. El pecho de Arabella se contrajo y se obligó a respirar hondo.

—Como si le sorprendiera que a la señorita Amburt se le concediera el honor del primer baile con su señoría cuando es claramente obra suya —dijo lady Pickering—. Me parece que usted y lord Chambers pasaron bastante tiempo en compañía el año que salieron. Usted conoce al conde bastante bien.

—No es pecado conocer a alguien.

—Pero usar ese conocimiento de forma solapada para eliminar a jóvenes más merecedoras... ¡bueno!

—Yo no tuve nada que ver con la elección de las parejas de baile de lord Chambers —dijo

Arabella con tono desafiante—. Y la señorita Amburt no es menos merecedora que su hija. Además, considero que es una gran suerte para su señoría bailar con la señorita Amburt, y no al revés.

Arabella no pensó nada por el estilo, pero no permitiría que lady Pickering denigrara a Clara insinuando que era demasiado inconsecuente para merecer la atención de William.

Lady Pickering levantó sus anteojos y miró a Arabella a través de las gruesas lentes, claramente tomándole la medida y encontrándola deficiente. Arabella ahogó una risita al ver cómo el aparato magnificaba los ojos de la dama y la hacía parecer más bien una mosca azul fuera de lugar.

—Sí, en efecto, todo el mundo decía que usted era la Original de su Estación, aunque yo misma nunca pude verlo —prosiguió lady Pickering—. Y al final me dieron la razón, cuando usted tuvo que conformarse con un simple baronet. No es por hablar mal de los muertos, pero sir Horace fue todo un bajón después de las visiones de la tiara de una condesa que debieron bailar en su cabeza.

Arabella estaba demasiado conmocionada para responder a esta diatriba. Estaba claro que para lady Pickering la temporada era un deporte de sangre.

—Y sin embargo, es obvio para cualquiera que tenga ojos que su experiencia pasada con el conde le ha dado ventaja a la chica Amburt —dijo lady Pickering con una burla.

—¡Oh, silencio! —dijo lady Hapsted, golpeando a su amiga con su abanico doblado—. Sólo estás molesta porque lord Chambers pasó por alto a tu Eleanor.

—Bueno, tampoco está bailando con tu Leticia. Y lord Chambers no pasó por alto a nuestras hijas. Fue emboscado por la señorita Amburt. La vi acercarse a su señoría y obligarle a conversar con ella.— Luego, para enfatizar, lady Pickering añadió:

—Con mis propios ojos.

—No podría haberlo hecho con los ojos de nadie más —murmuró Arabella.

Lady Pickering pareció no haberla oído, pues prosiguió.

—Francamente, lady Milford, haría bien en mantener un control más estricto sobre esa protegida suya. Se ha adelantado sin ningún pudor. La chica es tan atrevida como el bronce, se lo aseguro. Vaya, lord Chambers, buen caballero que es, se vio obligado a sacarla a bailar. Sinceramente, tengo en mente escribir a lady Amburt para advertirle de sus deficiencias como tutora de su hija.

—Por favor, hágalo, lady Pickering —dijo Arabella mientras se levantaba—. Y asegúrese de incluir el hecho de que le preocupa que la señorita Amburt esté disfrutando de la compañía del soltero más codiciado de Londres mientras ignora a su querida hija Eleanor. Sin duda, prescindirá de mis servicios de inmediato.

Hizo una rápida reverencia a lady Hapsted, que había sido mucho más amable que la otra matrona.

—Estoy segura de que su señoría bailará con su hija en algún momento de la velada.

—¿Usted cree? —La sonrisa de lady Hapsted se extendió de una mejilla caída a la otra—. Leticia estará encantada.

—¿Y mi Eleanor? —Preguntó Lady Pickering.

Arabella se dio la vuelta y se marchó antes de que dijera algo grosero sobre su Eleanor. Al menos, lo desagradable de la mujer había quitado de la mente de Arabella el hecho de que William estuviera bailando con Clara. Sabía que debía alegrarse por la muchacha, pero aun así se le revolvieron las tripas.

Arabella se abrió paso entre la multitud, sin apenas darse cuenta de quién más estaba allí. Sus entrañas estaban enredadas en un nudo nervioso. Se dijo a sí misma que era por el disgusto que había soportado a manos de lady Pickering, pero ésa no era la verdadera razón por la que se

sentía enferma.

Enferma del corazón, enferma de la mente, enferma de su alma. William estaba bailando, pero no era con ella.

Le había besado la muñeca la última vez que lo vio y el mero roce de sus labios había bastado para que ella casi se deshiciera. Sin embargo, aquí, en el baile de lady Costwords, estaba bailando con una debutante.

Arabella era soltera. Disponible para el cortejo. Cierto, sería inusual que un conde tomara por esposa a una viuda, pero él y Arabella tenían una historia. Habían...

Arabella no podía permitirse pensar en lo que habían tenido. Estaba en un lugar público. Algunas de las personas que la rodeaban le deseaban lo mejor, pero, como lady Pickering había demostrado tan hábilmente, otras decididamente no. No podía permitirse sentir ninguna de las desordenadas y revoltosas emociones que William despertaba en ella. Su rostro mostraba con demasiada claridad lo que ocurría en su interior.

Y el único pensamiento que gritaba en su cerebro era que William aún parecía decidido a cortejar a Clara.

Le dolía tanto que incluso respirar era un esfuerzo.

Woodenly, se movió de un grupo de invitados a otro, presentando una falsa sonrisa y saludando con la cabeza a su paso. Le dolían las mejillas, pero no se atrevió a dejar caer la máscara ni un segundo. Era tan consciente de cómo debía mostrarse ante los demás, que apenas registraba quiénes eran los otros.

Como resultado, ni siquiera reconoció a su propio hijastro hasta que estuvo casi sobre él.

—¡Ah! Ahí estás. Te estábamos buscando —dijo sir Brandon mientras esbozaba una desordenada reverencia. Había sido un joven disoluto que se había convertido en un hombre libertino. A pesar de su traje excelentemente confeccionado, su barriga no podía ser contenida

por ninguna faja varonil. Su nariz y sus mejillas estaban moteadas de rojo, signo inequívoco de un bebedor empedernido.

—Sir Brandon, ¿qué hace usted aquí? —preguntó Arabella sorprendida. Cornualles estaba muy lejos de Londres.

—Nos han invitado —dijo él, hinchando el pecho en una postura que a Arabella le recordaba tan crudamente a su padre que era casi como ver al fantasma de su marido—. ¿Se acuerda de mi mujer, Sofía? —señaló a la mujer alta y robusta que tenía a su lado.— Su primo, el vizconde Everleigh, está aquí. Lady Costwords invitó a varias personas relacionadas con la familia real, así que, por supuesto, nos incluyó.

Confiaba en que lady Costwords exagerara. Ella había extendido el rumor de que habría miembros de la realeza presentes en su baile para aumentar la asistencia. Sin embargo, los parientes de la esposa muerta no amada del rey Jorge IV apenas figuraban como parientes de la familia real. De hecho, seguía habiendo mucha tensión entre la Casa de Hannover y la Casa de Brunswick. Y Sofía no era más que la prima de una prima de la difunta y lamentada princesa Carolina.

—Por supuesto, me acuerdo de usted, Sofía —Arabella hizo una reverencia.

La mujer hizo una inclinación superficial a cambio.

—Le agradecería que se dirigiera a mí correctamente. Llámeme lady Milford.

De hecho, había tres mujeres que podían utilizar ese nombre, ya que la irascible abuela de Brandon también seguía viva.

—Mientras estemos en Londres, deberá llamarse lady Milford viuda para evitar confusiones —dijo la esposa de Brandon con un resoplido.

—Es probable que no nos veamos mucho porque viajaremos en círculos diferentes —Brandon palmeó la mano de su esposa de forma conciliadora.

Sofía nunca se había mostrado amistosa con Arabella, pero ahora su expresión era francamente hostil.

—¿Cuánto tiempo estarán en la ciudad? —preguntó Arabella. Londres era una gran ciudad, una de las más grandiosas del planeta, y sin embargo, de repente le parecía demasiado pequeña.

—Eso está por ver —dijo Brandon misteriosamente.

Siempre tuvo un don para lo dramático.

Arabella no había visto a su hijastro ni a su sumamente desagradable esposa desde más o menos la época en que murió sir Horace. La pareja había venido a Londres para una incómoda visita durante la cual el marido de Arabella pasó la mayor parte del tiempo reprendiendo a su hijo. Brandon siempre había sido un jugador empedernido y un vago en general, así que las críticas estaban justificadas. Tras una reprimenda particularmente virulenta, Brandon y su esposa se habían marchado a Cornualles. Eso había ocurrido unos quince días antes de que sir Horace enfermara repentinamente y muriera. Arabella había avisado inmediatamente a Cornualles, pero Brandon alegó que no había tiempo suficiente para que él pudiera regresar para el funeral.

Ella casi no le culpaba después de la forma en que él y su padre se habían separado.

Pero se las arregló para asistir a la lectura del testamento una semana después, pensó Arabella con amargura.

—¿Qué le trae ahora de vuelta a Londres?

—Nos han comunicado que el rey desea resarcirse con la Casa de Brunswick por su vergonzoso trato a la princesa Carolina. Piensa empezar por hospedar a sus primos —explicó Brandon—. Por eso está aquí el vizconde Everleigh.

—Y por lo que yo estoy aquí —añadió Sofía—. Si enviamos una palabra favorable a mis padres y primos en Brunswick, quizá las familias reales no se sientan tan divididas.

—Además, nuestra hija Harriet tiene quince años. Saldrá el año que viene —dijo Brandon

—. Parece prudente hacer algunos contactos en Londres antes de su temporada.

¿Y cuándo mejor para impresionar a un nuevo conocido que cuando uno está siendo agasajado como primo real?

—Además, no somos como lord y lady Amburt. He oído que el barón y su esposa contrataron a alguien para apadrinar a su hija —dijo Sofía, con el labio curvado por el desagrado —¿Te lo imaginas?

—Sí que puedo. Soy la madrina de la señorita Amburt.

Sofía jadeó con una sorpresa obviamente fingida.

—Pero es muy irregular. Después de todo, la mayoría de las madres prefieren guiar ellas mismas a sus hijas en este delicado momento en lugar de confiar el asunto a una extraña —sacó su abanico y lo agitó lánguidamente ante ella—. Aun así, sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad?

—No, desde luego que no lo hay —dijo Arabella, mirando a su hijastro de forma punzante, pero dándose cuenta de que era demasiado tonto para reconocer que ella estaba criticando en silencio su elección de esposa —¿Es esa la única razón por la que están en la ciudad?

—No exactamente —el baronet y su esposa intercambiaron una mirada —¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Aquello tenía un sonido ominoso, pero Arabella mantuvo su tono ligero.

—Estoy segura de que podríamos pasar a un salón no utilizado o salir al jardín. Hace una noche preciosa.

—No, el jardín no —protestó la más joven de las lady Milford—. El de lady Costwords está lleno de narcisos de floración nocturna. El olor no está de acuerdo conmigo.

Arabella sospechaba que la mayoría de las cosas lo hacían.

—Entonces vayamos en busca de un lugar tranquilo en algún lugar de la casa —dijo Arabella mientras encabezaba la salida del gran salón que se había dedicado al baile.

Había un pequeño salón junto al vestíbulo que estaba desocupado, pero lady Costwords tenía obviamente la intención de que sus invitados hicieran uso de él porque se habían dejado un par de lámparas encendidas a ambos lados de la fría chimenea para iluminar el espacio. Al entrar, las cortinas corridas se balancearon un poco. Arabella decidió que alguien debía de haber dejado una ventana entreabierta.

Con un poco de suerte, el aroma de los narcisos nocturnos en flor llegaría hasta aquí en breve.

—Muy bien —Arabella se volvió para mirar a su hijastro —¿Qué deseaba decirme?

Lady Milford de Cornualles dio un codazo a su marido. Brandon se aclaró la garganta.

—Ha llegado a nuestro conocimiento que mi padre le dejó una dote.

—Sí, pero esto no es nuevo para usted. Usted estuvo presente en la lectura de su última voluntad y testamento —le pareció muy considerado por parte de sir Horace haberle legado una pequeña suma global.

—Bueno, lo que no sabíamos en ese momento era cómo él estipuló que usted recibiera la dote, se pretendía que fuera en lugar de una porción de dote.

—¿Qué? —Arabella ya se estaba repartiendo la parte de la herencia correspondiente a la dote con la madre de su difunto marido. La cantidad se reducía cada año bajo la mano inestable de Brandon hasta que apenas era suficiente para cubrir sus necesidades, por no hablar de alimentar su ansia de vagabundeo.

—Así es. Tiene derecho a la jointure o a una parte de la dower, pero no a ambas —dijo Sofía con vehemencia—. Lo dijo el abogado.

—Y como ya habéis tomado posesión de la jointure…

—No le debemos ni un cuarto de penique —interrumpió Sofía a su marido—. Ha recibido su último pago de nosotros.

—Sofía. — Brandon levantó una mano y fulminó con la mirada a su esposa. Sorprendentemente, Sofía dio un paso atrás. Arabella se preguntó si su hijastro era tan duro con los puños como su padre lo había sido con la lengua—. Si hubiera venido a casa cuando se lo pedí y se hubiera instalado en la cabaña...

—La casita del guardabosques —el recuerdo más nítido que Arabella tenía de aquel lugar destartalado era el del propio guardabosques. El hombre había olido como una cabra, y su esencia impregnaba cada centímetro de su morada.

—Sí, bueno, si hubierais accedido a mis deseos —dijo Brandon,— quizá nunca hubiéramos buscado un abogado y descubierto que os hemos estado pagando dinero que no se os debía.

—Deberíamos exigir el reembolso —intervino Sofía, y esta vez Brandon no la reprendió.

La visión de Arabella se hizo un túnel y se le doblaron las rodillas. Afortunadamente, había estado de pie lo suficientemente cerca del sofá como para hundirse en él en lugar de en el suelo.

—No, no, no haremos eso. Puede quedarse con lo que le hemos dado en años anteriores —dijo Brandon—. No somos desalmados.

Arabella sospechaba que Brandon estaba más preocupado por su reputación que por su situación. La tonelada tendría mucho que decir sobre un caballero que intentaba arrancarle dinero a una viuda.

—Pero debe saber que lo que tiene es lo que tiene —dijo Brandon.— No recibirá nada más.

La suma global que había recibido a la muerte de sir Horace era sólo ligeramente superior a lo que había sido su estipendio anual. Cada año, intentaba que su parte de la dote de Brandon

alcanzara para cubrir sus gastos, pero normalmente se veía obligada a sacar también parte de la manutención.

La cantidad que le quedaba era aterradoramente pequeña. No habría más dinero de Milford en el futuro. Arabella no ganaba tanto con los panfletos de la señora Willwood después de deducir el coste de pagar a la actriz para que se hiciera pasar por ella. Y la mayor parte de la remuneración que esperaba de lord Amburt dependía de si Clara hacía o no un buen partido.

Por primera vez en su vida, Arabella no sabía qué hacer.

—Yo no me preocuparía si fuera usted —dijo Sofía en tono aceitoso—. Es muy lista. Si no puede persuadir a otra familia crédula para que le deje apadrinar a su hija el año que viene, quizá pueda encontrar un puesto de institutriz. O quizá de acompañante a sueldo.

¿Una institutriz? Eran las criaturas más trágicas. Normalmente bien nacidas y educadas pero incapaces por una u otra razón de tener una familia propia, una institutriz no era ni pez ni ave. No se la consideraba una sirvienta, por lo que no disfrutaba de la camaradería de la gente de abajo. Tampoco se la consideraba parte de la familia a la que servía. Una institutriz estaba condenada a cenar sola en su habitación a menos que ocurriera una rareza y el número de invitados fuera tan desigual que se necesitara una dama más a la mesa. Luego estaban los niños con los que había que lidiar. Podían ser santos terrores o angelitos, y ella podía llegar a quererlos de cualquier manera, pero nunca serían suyos.

La vida de una acompañante a sueldo tampoco estaba exenta de escollos. Cabía la posibilidad de que su empleadora fuera amable, pero era más probable que fuera del tipo malhumorado y desagradable con el que nadie deseaba pasar el tiempo a menos que le compensaran por la espantosa experiencia.

He caído en el noveno círculo del infierno.

Pero Arabella se obligó a no derrumbarse ante su hijastro y la esposa de éste. Se puso en pie y levantó la barbilla.

—Gracias por llamar mi atención sobre este asunto. No se preocupen por mí. Estaré bien.

Repetía una y otra vez en su mente "Estaré bien" mientras Brandon y su esposa hacían su salida. Luego, una vez que la puerta se cerró, volvió a hundirse en el sofá. Deliberadamente, esta vez. Temblaba como una hoja de otoño, pero estaba decidida a mantener la compostura.

Tenía un nudo en la garganta, pero no sollozaría. Era lo que Brandon y aquella odiosa Sofía querían.

Sin embargo, sus conductos lagrimales no respondieron a sus esfuerzos por controlarlos. Completamente sola, Bella lloró. Pero sus lágrimas fluían en silencio, como si fuera una niña perdida que temiera que cualquier sonido llamara a los terrores que acechaban más allá de su vista.

Capítulo 15

Si muriera esta noche y me encontrara con San Pedro en las puertas del cielo, me confesaría culpable de un pecado acosador. La envidia. Siento envidia de todos los hombres que alguna vez han mirado a Arabella, que alguna vez la escucharon tocar el arpa, que alguna vez hablaron con ella. Pero lo que más envidio es a cualquier hombre que sea libre de hacerla suya, porque, Dios me ayude, el conde de Chambers no goza de ese tipo de libertad.

Del diario de William Hadington, lord Chambers

William había renunciado a encontrar a Arabella entre la multitud del salón de baile. Incluso se había escabullido para echar un rápido vistazo al jardín, pero nadie había salido a pasear por los senderos de grava entre las flores primaverales. Luego empezó a recorrer las demás habitaciones de la planta baja de la casa.

Empezó a preguntarse si Arabella habría abandonado por completo el hogar de lady Costwords, pero luego se dio cuenta de que nunca abandonaría a la señorita Amburt. Mientras aquella joven siguiera en la pista de baile, Arabella tenía que estar allí en alguna parte. Finalmente la descubrió en un pequeño salón junto al vestíbulo. Allí estaba, sentada en el sofá que daba a la fría chimenea, de espaldas a él.

—¿Arabella?

Ella se puso en pie pero no se volvió para mirarle. En su lugar, agachó la cabeza como si quisiera ocultarse a plena vista como un conejo que se congela cuando un sabueso está cerca. No habló.

—Querida, ¿qué te pasa? —El apelativo se le escapó antes de que supiera que lo tenía en la lengua —¿Estás enferma?

Arabella sacudió la cabeza, enderezó los hombros y se volvió para encontrarse con su mirada. Volvía a lucir su valiente sonrisa, pero tenía la nariz ligeramente rosada y los ojos demasiado brillantes. Había estado llorando.

William se apresuró a ir a su lado, pero cuando se acercó, ella le armó en redondo y se retiró al otro extremo de la habitación como si fuera portador de la peste.

—No, no, no es nada —se le quebró la voz mientras se enjugaba las mejillas.

—No parece que no sea nada.

—Estoy bien. Déjame, te lo ruego.

—No lo haré. Es obvio que estás disgustada.— A William le dolían los brazos por abrazarla, por llevarse lo que fuera que la había perturbado.— Me he cruzado con sir Brandon y su esposa en el vestíbulo. ¿Ha hecho algo para perturbarte?

—Brandon me dijo... —ella se detuvo—. Es un asunto de la familia Milford. No deseo discutirlo.

Le crispó el alma oírla nombrarse a sí misma miembro de la familia Milford, pero desgraciadamente era cierto. Deseó con todo su corazón haber desafiado a su padre años atrás y haberse fugado con ella cuando había tenido la oportunidad. Ahora sería una Hadington. Suya para apreciarla y defenderla.

—Si no me dices qué te pasa, ¿cómo puedo ayudarte?

—No puedes. Nadie puede. Vuelve al baile —ella no se encontró con su mirada—. Estoy segura de que hay un gran número de debutantes que se mueren por bailar con usted, lord Chambers.

Ahí estaba de nuevo ese muro. Se levantaba entre ellos cada vez que ella le llamaba por su título completo en lugar de Blackburn o William. ¡Oh! cómo deseaba él que ella usara William. Arabella sonaba enfadada ahora, todavía temblaba un poco, pero ya no tenía los ojos llorosos.

Qué bien. Prefiero a una Arabella enfadada que a una llorosa.

La música de las cuerdas se coló por la rendija de la puerta tras él. Era una melodía tristemente dulce en compás de tres cuartos. La reconoció de algún sitio.

—Conozco esa melodía.

—Es un vals de Boccherini —dijo Arabella—. El primero que bailamos juntos.

De repente se dio cuenta de que también era la misma melodía que Arabella había tocado en el arpa de su hermana la otra tarde. Ella debía de estar tan llena de recuerdos de aquellos días dorados y noches de plata como él. Oh, aquel tiempo dolorido y sin aliento, aquellos momentos robados, el anhelo... él la había deseado con cada fibra de su cuerpo.

Dulce Señor, cómo deseo aún a esta mujer.

—Baila conmigo.

Ella se pasó el labio inferior con su pequeña lengua rosada.

—Esa no es la forma correcta de pedir un baile.

Y eso no es un no.

—No siento lo más mínimo apropiado hacia ti, Arabella. Y no te lo estoy pidiendo.

William acortó la distancia entre ellos y le puso la mano en la cintura. Su aliento siseó sobre sus dientes ante su contacto, pero no lo detuvo mientras la acercaba. El toque de vainilla

del perfume que ella llevaba le envolvió el cerebro. Ansiaba buscar todos los lugares donde ella aplicaba ese aroma, enterrar su cabeza en el punto dulce entre su hombro y su cuello, entre sus pechos...

Arabella era tan flexible como él recordaba mientras se inclinaba hacia él. Aún temblaba un poco, pero ya no parecía enfadada.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios para plantarle un suave beso en los nudillos. Luego la cobijó en la suya mientras empezaban a moverse juntos en un pequeño paso de caja al compás de la música lejana. Con cada compás, William tiraba de ella más cerca hasta que su cuerpo quedó a ras contra el suyo.

Ella era todo lo que era suave, delicado y mujer. Todo su cuerpo palpitaba de necesidad y frustración.

—El vals es mi baile favorito —susurró ella—. Todavía lo hacemos bien juntos.

—Lo hacemos.

William no pensaba en lo bien que sus cuerpos recordaban el vals. Estaba demasiado perdido en los recuerdos del otro baile que habían descubierto juntos. La antigua que no necesitaba más música que el latido de sus corazones.

—Pero sólo es mi favorito cuando lo bailo contigo —susurró Arabella.

¿Significaba eso que no había amado a su marido? ¿Que no había encontrado placer con el baronet? Él esperaba que no fuera así. Se odiaba a sí mismo por ser tan sapo, pero esa parte egoísta de él aún esperaba haber sido el único en darle dicha a Arabella.

Ahora ella había dejado de temblar y se movía contra él.

Él se inclinó y presionó con sus labios el punto del pulso en su cuello. Ella emitió un suave gemido. Él quería darle placer. Sentir cómo se entregaba a él. Volver a vivir mientras él moría un poco en sus brazos...

—William, por favor. No deberíamos...

Cubrió su boca con la suya para acallarla, besándola hasta el silencio y el delicioso olvido. En algún lugar del fondo de su mente, era consciente de que la puerta seguía ligeramente entreabierta. Cualquiera podía abalanzarse sobre ellos en cualquier momento en aquella situación tan comprometida.

Casi esperaba que alguien lo hiciera.

Resolvería el asunto de un plumazo. Aunque no era una debutante sonrojada, que la pillaran así con él dañaría su reputación sin remedio. Tendría que hacer lo más honorable y casarse con Arabella para evitar someterla a un escándalo público. No era la mejor manera de hacer suya a esta mujer, pero lo aceptaría.

William había intentado elegir a Chambers antes que a ella. Había intentado con todas sus fuerzas hacer lo honorable. Lo justo.

Pero su corazón estaba demasiado ligado a la mujer que tenía entre sus brazos.

Si sólo hubiera una manera de satisfacer las necesidades de la hacienda junto con las suyas propias, moriría como un hombre feliz. Pero el condado no significaba nada en ese momento.

Lo único que importaba era su Arabella.

—William, no estás jugando limpio —murmuró ella cuando él por fin soltó su boca—. Me haces... —Ella le acarició las mejillas—. Quiero... —Sus ojos se volvieron suaves y húmedos, mostrando el blanco bajo sus preciosos iris oscuros—. No puedes esperar que yo... —Su boca se transformó en el ceño más fruncido del que era capaz—. No creo que me gustes en este momento.

Ella le gustaba mucho. La amaba, incluso. Una punzante necesidad le abrumó.

Entonces, para su sorpresa, ella levantó la mano y tiró de su cabeza hacia abajo, exigiéndole que la besara de nuevo. Ella le sacó todo el aliento de los pulmones en un arrebato

de sorpresa.

Él jadeó cuando ella soltó sus labios.

—Creía que no te gustaba.

—No me gustas. No me gustas mucho. —Ella tiró de él más cerca y su boca descendió sobre la de ella para darle otro beso mortificante.

Puede que sus palabras no le dieran la bienvenida, pero su boca ciertamente lo hizo. Cuando sus labios se separaron, su lengua entró para reclamar su oscura humedad.

Se imaginó que probablemente sabía a aquel ponche de voluntad débil, pero la boca de Arabella era tan dulce como la recordaba, sus labios tan suaves. Estaba recién afeitado, pero la piel de ella era como mantequilla comparada con su lija. Temió arañarla. Su aliento le acarició la mejilla.

Ella se contoneó un poco entre sus brazos y él se preguntó si querría apartarse. Si estaba decidido a quedársela, su fuerza haría que la contienda fuera lamentablemente desigual.

Pero él no la quería así. La quería dispuesta.

Aflojó su agarre sobre ella y ella se relajó en él, fundiéndose contra su cuerpo.

Entonces empezó a devolverle el beso de la forma juguetona y lujuriosa que él recordaba, persiguiendo su lengua y mordisqueándole el labio inferior. Sus dedos se enroscaron alrededor de su solapa y tiró de él más cerca. Él gimió en su boca.

Sus manos abandonaron su cintura y encontraron sus pechos, acariciándolos a través de la fina seda. El anhelo cantó en sus venas y se agolpó entre sus piernas.

Había pasado tanto tiempo.

Ahora era él quien temblaba. De necesidad. Aún besándose, se movieron juntos, el vals se convirtió en una estilizada danza de lujuria, hacia el aparador del rincón.

William la rodeó y apartó de un empujón todas las blondas y figuritas y guardapolvos decorativos. Cayeron al suelo, golpeando uno tras otro en un estruendo estrepitoso. Con la música y el constante barullo de las conversaciones, nadie en el salón de baile notaría el estrépito de su rotura. Y aunque alguien lo hiciera, a William no le importaba.

Levantó a Arabella y la colocó sobre el robusto mueble que, benditamente, tenía la altura adecuada para lo que tenía en mente.

—Cuidado —advirtió ella sin aliento—, harás que el mundo se nos venga encima.

—El mundo ya ha caído sobre nosotros. Pregúntame si me importa. —Él se inclinó y metió la mano por debajo de sus faldas, pasando sus palmas por sus piernas hasta llegar a sus muslos.

Su respiración se agitó, pero se quedó perfectamente quieta.

—¿Te importa, William?

—Sólo por ti.

Entonces él la acarició. Arabella se agarró a sus hombros y dejó que su cabeza descansara contra él mientras la acariciaba. Gimoteó su nombre. Tocarla era como tocar un santuario, un trozo inalcanzable de perfección. La profanaba, lo sabía, pero no podía contenerse. Estaba cerca de ese lugar de locura desencadenada.

Alguien llamó a la puerta. William ignoró el sonido.

Se abrió crujiendo.

No, él no había oído eso. Era su imaginación. Arabella, que se mordía el labio inferior para no gritar, no dio señales de haber oído nada.

—Lord Chambers —llegó una voz ronca desde detrás de él. William se quedó helado. No se lo había imaginado.

El agarre de Arabella sobre sus hombros se tensó.

La persona que había entrado en el salón se aclaró la garganta. En voz alta.

—Mi señor.

La intrusión era demasiado real. Les habían descubierto. William volvió a bajarle las faldas. Arabella y él se habían visto atrapados en una situación delicadamente incómoda. Ahora tendría que casarse con ella. La euforia inundó su pecho.

William estuvo tentado de besar en plena boca a quienquiera que les hubiera interrumpido.

Entonces se dio la vuelta, ocultando a Arabella tras su cuerpo, y descubrió que el intruso era el señor Higgindorfer, su anticuado hombre de negocios.

Qué suerte la mía. Descubierto por el alma de la discreción.

Capítulo 16

Mi padre solía decirme: "Si tienes que escabullirte, mentir o evitar que te vean mientras haces algo, probablemente no deberías estar haciéndolo". Pero, ¿y si el escabullirse, mentir y evitar que te vean es para proteger a la persona con la que lo estás haciendo?

Del diario de William Hadington, el ligeramente avergonzado conde de Chambers

La lealtad de Lucio Higgindorfer a la Casa Hadington rivalizaba con su lealtad a la Corona. William podría haberse enzarzado en una orgía desnudo con toda una tropa de bailarinas de ópera y Higgindorfer se habría llevado el secreto a la tumba. La reputación de Arabella estaba a salvo con él.

—Mi señor, necesito hablar con usted.

—¿Ahora?

—Sí, mi señor. No me atrevería a importunarle si no considerara el asunto de la mayor importancia.

Higgindorfer marchó hacia la fría chimenea y estudió el retrato tan halagador de lady Costwords instalado sobre la repisa.

—Me ocuparé de este irreconocible retrato de su anfitriona mientras la joven se despide. Puede estar segura de que no tengo ni idea ni interés en su identidad.

Arabella ya había bajado del aparador. William quería asegurarle que todo iría bien, que de algún modo, él arreglaría las cosas. Nunca permitiría que la avergonzaran, y fuera lo que fuera lo que sir Brandon había hecho para angustiarla, también lo arreglaría. Pero en cuanto Higgindorfer empezó a mirar fijamente a lady Costwords, Arabella salió escabulléndose de la habitación antes de que William pudiera decir una palabra.

—¿Cómo me encontró? —le preguntó al anciano.

—El señor Price me informó de que era usted un invitado al baile de lady Costwords, aunque debo decir que no esperaba encontrarle tan empleado, milord.

—Se olvida de sí mismo, señor —William se irguió en toda su estatura y miró con severidad al anciano—. Sólo valoro su opinión en asuntos financieros. Guárdese para sí cualquier otro consejo o censura.

—Muy cierto, mi señor. Le pido perdón, pero en mi defensa diré que le conozco desde que nació. A veces uno olvida que ya no es un joven necesitado de guía moral. —El tono ronco del anciano desmentía sus palabras. Dada la mitad de la oportunidad, Higgindorfer le daría a William una reprimenda que rivalizaría con la de su padre en su peor momento imperioso. —He venido esta noche esperando encontrar a su señoría en compañía de una joven bien dotada cuya fortuna podría beneficiar a la finca. Sin embargo, supongo que la mujer que captó su atención no es ninguna de esas cosas.

—Ella es una dama y eso es suficiente —dijo William con enfado—. Y si tiene algo más que decir al respecto, le advierto que su asociación con la Casa Hadington estará en peligro.

—¡Ah! Así es. A los negocios entonces —dijo Higgindorfer—. He descubierto la información que necesita sobre el funerario de sir Horace Milford.

—¿Y no podía esperar hasta mañana?— William se pasó los dedos por el pelo, irritado.

—No, milord. La información es lo bastante angustiosa como para sentirme obligado a

transmitírsela inmediatamente. —Higgindorfer abandonó su lugar junto al fuego y se acercó tambaleándose a uno de los sillones de ala que lo flanqueaban. Empezó a sentarse, pero luego se detuvo—. Con su permiso, lord Chambers. Estas viejas piernas ya no son tan jóvenes como antes.

Frustrado, William le hizo un gesto para que se sentara y comenzó a pasear, con la esperanza de agotar su cuerpo aún excitado.

Una vez que Higgindorfer se acomodó, empezó a hablar. Lo único que le faltaba era una copita de brandy y un puro, y le habrían tomado por un cuentista haciendo la corte con su historia.

—El proveedor funerario de sir Horace Milford fue Chenowith e Hijos, una empresa antigua y muy respetada. A lo largo del tiempo han servido a las mejores familias. Pero desde el funeral de sir Horace, han quebrado, lo que me pareció bastante misterioso dado que la empresa ha operado aquí en Londres, pasando de padres a hijos, desde el Gran Incendio.

Intrigado a pesar de su enfado con el anciano, William dejó de pasearse.

—¿Qué les ha pasado?

—Me alegro de que lo pregunte. Como parecía extraño, di instrucciones a mi agente para que indagara más sin su orden expresa de ampliar la investigación —dijo Higgindorfer, adelantando la mandíbula como una tortuga que sale de su caparazón—. Confío en haber actuado de acuerdo con sus deseos, mi señor.

—Sí, sí, hiciste bien —William tenía que admitir que el anciano tenía un sexto sentido sobre las necesidades de sus clientes, pero también necesitaba oír que tenía razón con molesta regularidad—. Continúe.

—En cualquier caso, poco después de la muerte de sir Horace, cerraron la tienda y se trasladaron a Cornualles. Al pueblo de Tintagel, dice mi agente.

En cuanto William se enteró de que Arabella se había casado con sir Horace Milford, se había propuesto conocer la explotación del baronet. Tintagel era el pueblo más cercano a la finca de sir Horace.

—Es difícil imaginar que el negocio de Chenowith e Hijo estuviera fracasando aquí en Londres —dijo William—. El mercado puede estar arriba o abajo, pero la muerte es una apuesta segura en cualquier economía.

—Sí, milord, está en su derecho. Así que he vuelto a ampliar el alcance de su investigación. Según mi agente, que es de total confianza, se lo aseguro, Chenowith e Hijos recibió una misteriosa ganancia inesperada de fondos justo en el momento de la muerte del baronet. Al cabo de una semana, habían desaparecido.

—Curioso —dijo William—. Pero seguro que no se habrían llevado a todos sus contratistas con ellos.

Un funerario era simplemente el director del triste acontecimiento. Contrataba el trabajo real a otros, desde el diseño y la producción de los regalos de luto que se distribuirían a la familia y amigos del difunto, hasta la disposición del cuerpo y los arreglos para el lugar de descanso final. Un amueblador de funerales era más bien como un director de orquesta, que agitaba los brazos ante una orquesta mientras los músicos reales hacían la música.

—Efectivamente, mi señor, Chenowith e Hijos no trasladó a sus subordinados. Mi agente pudo descubrir al par de crápulas que lavaron y vistieron el cuerpo de sir Horace para su entierro — el señor Higgindorfer carraspeó ruidosamente—. Permítame decirle, milord, que esas mujeres contaron todo un cuento. Pero evidentemente no puede sin que yo se lo cuente.

—Ya basta, hombre.

—Según las últimas personas que lo vieron íntimamente, la piel de sir Horace estaba descolorida en varios lugares. Pero nada que nadie hubiera visto si estuviera completamente vestido, como comprenderá, por lo que los dolientes no dieron la voz de alarma en su velatorio

—dijo el Sr. Higgindorfer con un suspiro—. Pero lo triste es que no hay dignidad en la muerte. Las mujeres que bañaron su cuerpo por última vez informaron de manchas oscuras y moteadas en su piel. 'Como gotas de lluvia en un camino polvoriento' fue como lo describieron.

—¿Y por qué no le dijeron esto a nadie en su momento?

—Mi señor, las mujeres eran contratistas habituales de Chenowith e Hijos. La discreción es primordial en el negocio de la muerte —dijo el señor Higgindorfer—. Se esperaba de ellas que mantuvieran la boca cerrada sobre su trabajo, y con razón.

—Pero seguramente...

—Seguramente, las mujeres no querían interrumpir una fuente de ingresos estable —dijo Higgindorfer.

—Como la muerte de sir Horace fue inesperada, cualquier cosa inusual debería haber sido mencionada. Puedo entender que temieran por su sustento, pero se quedaron sin excusa una vez que la empresa cerró —dijo William—. Podrían haber acudido a informar de lo que habían visto a las autoridades después de que Chenowith e Hijos abandonaran la ciudad.

—Mi señor, las mujeres que lavan los cuerpos de los muertos para ganarse la vida no son damas de consecuencia. Nadie las creería después de que el hombre llevara una semana pudriéndose en el suelo. Si nadie pregunta, asumen que nadie quiere saber —Higgindorfer extendió las manos ante sí, con las palmas hacia arriba, en un encogimiento de hombros—. Y hasta ahora, nadie preguntaba.

—¿A qué atribuye las decoloraciones de la piel? —William esperaba que no fuera la viruela francesa. Esa dolencia a veces presentaba una erupción delatora. Le hubiera gustado que sir Horace se muriera tres veces si el baronet le hubiera sido infiel a Arabella y le hubiera traído a casa la maldita enfermedad.

—Veneno, mi señor —dijo Higgindorfer. El alivio lo inundó. Arabella estaba a salvo.

—Concretamente arsénico, según mi agente —continuó Higgindorfer—. Es inodoro, insípido y puede añadirse prácticamente a cualquier cosa. Suministrado en pequeñas cantidades a lo largo del tiempo, no despierta ningún recelo a medida que la salud de su víctima va fallando en incrementos diminutos. Mi agente cree que sir Horace debió recibir la dosis durante algún tiempo, lo que explica las decoloraciones de la piel, ya que son un signo temprano de envenenamiento, pero luego debió administrarse una dosis mayor y letal, ya que su final llegó rápidamente y, según las apariencias, sin previo aviso.

—¿No cree que su envenenamiento pudo ser accidental?

El Sr. Higgindorfer inclinó la cabeza hacia un lado, pensativo.

—Ocasionalmente se ven envenenamientos accidentales a causa de un pozo contaminado, pero en esos casos, familias enteras, pueblos enteros incluso, sufren los efectos. En el caso de sir Horace, fue el único de la casa que sucumbió.

Una fea sospecha cruzó su mente.

—Entonces usted cree...

—Creo que alguien cercano al baronet le ayudó a llegar a su fin —Higgindorfer se puso en pie y le hizo a William una rígida reverencia—. Dejo a cabezas más sabias que la mía descubrir quién pudo ser ese alguien. Buenas noches, mi señor.

Una vez que Higgindorfer salió arrastrando los pies, William se hundió en el otro sillón de ala.

Alguien cercano al baronet, según él.

Higgindorfer pensaba que Arabella era culpable. No lo dijo, pero bien podría haberlo hecho. La viuda de un hombre era la sospechosa lógica. Además, William también había pensado en ella primero.

Pero, ¿podría haber sido tan miserablemente infeliz con sir Horace que se hubiera rebajado

al veneno para librarse de él?

No, decidió. Puede que Arabella no se ajustara a las nociones de la sociedad sobre el comportamiento adecuado en todos los ámbitos de la vida -y alabado sea Dios por ello, o nunca habría tenido esos benditos momentos robados con ella-, pero por muchas reglas que pudiera dar con el dorso de la mano, no estaba en ella hacer daño a otra persona. William apostaría su esperanza del cielo en ello.

Mientras cruzaba la habitación hacia la puerta, un destello de movimiento llamó la atención de William. Echó un vistazo y vio que la cortina hasta el suelo volvía a mecerse. Alguien se ocultaba tras aquel grueso panel de damasco.

Lo que significa que han oído hablar de Arabella y de mí y de la muerte de sir Horace mucho más de lo que nadie debería.

Capítulo 17

Los antiguos creían que el enemigo del enemigo de uno es su amigo. Con un amigo así, ¿quién puede decir con certeza quién es el verdadero enemigo?

Del diario de William Hadington, conde de Chambers, vizconde Blackburn y poseedor de un puñado de títulos y honores menores que olvida con regularidad

William se quedó mirando la cortina unos instantes, con la esperanza de que sólo hubiera imaginado verla vacilar ligeramente. Cuando volvió a moverse, se arrastró por la habitación. Entonces, de repente, echó hacia atrás el panel de damasco, agarró por el cuello al hombre que allí se ocultaba y lo arrastró fuera.

Era Daniel Caldwell.

William levantó el puño para asestar un golpe a la comadreja taimada e intrigante. El hombre se encogió y levantó las manos para protegerse la cara.

—Por favor, mi señor, si tiene que golpear, apunte a mis tripas, se lo ruego —gimoteó el señor Caldwell—. Puedo vivir con un dolor de barriga, pero quedaré destrozado si me arruina la nariz. Su curva aguileña es la viva imagen de la de mi padre. Mi cara me paga la cena tan a menudo como mi ingenio.

Caldwell era tan ridículo y lamentable que William no tuvo valor para darle una paliza. El

impulso seguía siendo fuerte, pero no era de los que golpean a alguien que no tiene la intención de dar tan bien como recibe. William le soltó con un empujón que hizo retroceder a Caldwell unos pasos.

—Maldita sea ¿Qué demonios hace merodeando?

—Merodear es una palabra muy fea —dijo Caldwell en tono de protesta—. Puedo estar merodeando. Incluso se me conoce por pavonearme de vez en cuando, pero nunca merodeo.

—Muy bien, ¿qué hace tan lejos de la fiesta?

—Bueno, mi plan original era robarle un beso a la señorita Amburt aquí, en este encantador salón desierto— Caldwell se bajó el chaleco y se ajustó el cuello—. Pero ese plan tan excelente se echó a perder por el hecho de que el salón ha estado lejos de estar desierto. Apenas conseguí esconderme cuando lady Milford, su hijastro y la esposa de éste irrumpieron en un tête-à-tête familiar bastante tumultuoso.

Así pues, Caldwell había estado al corriente de que Arabella había sido acorralada por sir Brandon antes de que llegara William. Su hijastro había dicho o hecho algo para hacerla llorar. Fuera lo que fuese, William necesitaba desviar la atención de Caldwell de Arabella lo más rápidamente posible, así que volvió a centrar su línea de interrogatorio en las intenciones de Caldwell hacia la señorita Amburt.

—¿Qué le hace pensar que la señorita Amburt se reuniría con usted aquí? —exigió William—. Ni siquiera le he visto bailar con ella esta noche.

—No, no la ha visto, y eso es por designio nuestro, por cierto —dijo con una sonrisa—. Un caso clásico de despiste. Inteligente por nuestra parte, ¿no?

—¿De qué está hablando?

—Oh, entre la señorita Amburt y yo, lo teníamos todo planeado. Verá, después de que lady Milford se enterara de que nos habíamos estado carteando por correo, le puso fin.

—Como bien debía.

—De acuerdo. A ningún barón que se precie le complacería saber que su hija se carteaba con un bribón como yo —dijo con una sonrisa burlona —¿Pero desde cuándo me importa lo que piensen los demás?

—Más le vale que le importe lo que yo piense —dijo William—. Todavía tengo ganas de romperle la nariz.

Caldwell ahuecó una mano sobre su prominente rasgo y prosiguió con su explicación.

—En cualquier caso, después de que lady Milford me propinara un revés momentáneo prohibiendo mi correspondencia con la señorita Amburt, descubrí que lord Amburt realmente debería pagar mejor a su personal. Fue terriblemente fácil sobornar a la doncella de la señorita para que actuara como nuestra intermediaria. Nuestras misivas han volado de un lado a otro como por paloma mensajera, que por cierto era mi siguiente plan en caso de que hubiera fracasado el soborno de una sirvienta de confianza.

William cruzó los brazos sobre el pecho.

—Así que ha estado cortejando a la señorita Amburt sin la aprobación de su madrina.

Caldwell se encogió de hombros.

—No sé si catalogaría nuestra asociación como un cortejo, pero la joven y yo lo estamos pasando muy bien, sea lo que sea.

William dio un paso amenazador hacia él.

—Si mancilla el buen nombre de la señorita Amburt…

—Puede que la haya incitado a un comportamiento arriesgado, pero uno no puede responder de sus intenciones, sólo de sus actos. Ningún daño le ha llegado a la señorita Amburt por mi culpa —dijo Caldwell, con la mano en el pecho y toda afectación de seriedad—. Y si me

perdona la impertinencia, milord, de nosotros dos, no soy yo quien ha jugado realmente rápido con la reputación de una dama esta noche.

Ahí me tiene. Pero, afortunadamente, Caldwell estaba demasiado interesado en compartir la astucia de sus propias hazañas románticas como para centrarse en las de Arabella y William.

—En cualquier caso, la señorita Amburt y yo orquestamos toda la velada. Primero, dispusimos que yo formara pareja con lady Milford para el primer baile, y luego que la señorita Amburt le engatusara para que se lo pidiera a ella para el segundo. Luego, una vez que ambos quedaran desequilibrados por esos encuentros, ella y yo íbamos a emprender la huida del salón de baile y reunirnos aquí —Caldwell suspiró y sacudió la cabeza—. Pero Robert Burns tenía razón. 'Los planes mejor trazados de ratones y hombres se desbaratan'.

El hombre era bien leído, William tenía que reconocerlo. Daniel Caldwell era un excelente ejemplo de lo que una inversión en educación podía conseguir, independientemente de que un hombre hubiera nacido o sido concebido en el lado equivocado de la manta. Pero el uso considerable e inventivo que Caldwell hacía de su aprendizaje era sólo una parte del atractivo de este hombre para la tonelada. Era un dispensador habitual de ideas ingeniosas y risas allá donde iba.

No es que a William le importaran esas cosas. El tipo de diversión de Caldwell era demasiado huidizo para que se convirtiera en uno de los compañeros habituales de William. La astucia por sí misma le resultaba tan molesta al oído como una puerta chirriante.

Sin embargo, por el momento, la puerta chirriante estaba preocupada por sus propios asuntos, lo que significaba que Arabella estaba a salvo de la lengua astuta de Caldwell.

—Pero, desgraciadamente, la señorita Amburt debe de haberse dejado engañar por otro pretendiente esperanzado y corre el peligro de que le bailen los zapatos enjoyados hasta arrancarle los piececitos —Caldwell profirió otro suspiro lastimero—. Eso son sólo conjeturas por mi parte, como comprenderá. Ha habido tanto tráfico en este salón desde que llegué, que he

estado atrapado aquí. Aunque estuviera atrapada en las garras de un dragón que escupe fuego, no podría ir a rescatarla.

—Dudo que lord Amburt le viera como un caballero de brillante armadura que va al rescate de cualquier bella damisela —dijo William —. Mucho menos a su hija.

—No, desde luego —dijo Caldwell sin ofenderse lo más mínimo por la afirmación de William—. Y ahí radica mi mayor fortaleza con respecto al sexo femenino. De hecho, dudo que incluso un personaje tan augusto como usted pudiera competir conmigo en este terreno.

William resopló.

—No bromeo, milord —dijo Caldwell—. Oh, no le superaría por mis propios atributos, aunque uno nunca puede descartar el valor del encanto personal. Pero soy muy consciente de que cuando se me sopesa frente a alguien con su título y su alcurnia, sus vastas posesiones y su impecable reputación, apenas muevo la balanza. Y aun así, apostaría a que la Srta. Amburt me daría un beso a mí antes que a usted.

—¿Y eso por qué? No es que tenga intención de besar a la señorita Amburt.

—Si no la tiene, es usted el único soltero de la ciudad que no lo hace —dijo Caldwell, en apariencia imperturbable ante su miríada de rivales por el favor de la joven—. Pero compartiré mi secreto con usted, mi señor. Lo cierto es que las mujeres dicen querer al caballero blanco, pero el hombre por el que realmente se desmayan es el villano, el que asume riesgos, el que rompe las reglas.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Ninguno en absoluto —dijo Caldwell agradablemente—. Y sin embargo es muy cierto. Las señoras tienen esta horrible aflicción, ya ve. Creen que aquellos de nosotros que no encajamos en el molde de la sociedad somos simplemente unos incomprendidos, o que nos comportamos mal porque no se nos mostró suficiente amor en nuestra infeliz juventud. Las

mujeres en general han concebido la idea de que soy redimible de algún modo.

—Criaturas tontas.

—Desde luego —Caldwell asintió—. No lo soy. Redimible, quiero decir. De hecho, soy totalmente irredimible. Mi visión del cielo no son arpas y coros, es comer foie gras de los dedos de una dama.

—Y sin embargo, sus villanos planes fueron en vano esta noche —dijo William, vagamente divertido por el hombre a pesar de sí mismo—. Parece que las damas han ganado este asalto.

Caldwell suspiró.

—Lo han hecho, pero han tenido mucha ayuda del Destino.—Levantó los dedos extendidos y marcó los elementos que se interpusieron entre él y una cita con la señorita Amburt —. La primera dama Milford y su completamente antipático hijastro me obligan a hacer una retirada táctica detrás de esas cortinas. Luego, usted y lady Milford me convierten en el observador involuntario del caso más lamentable de una escena de amor interrumpida.

William se erizó ante la idea de que Caldwell hubiera estado presente mientras seducía a Arabella. Pero el hombre parecía ansioso por seguir con su letanía de desgracias, así que William no le interrumpió.

—Y por último, milord, aparece su hombre de negocios, interrumpiendo una velada de diversión y frivolidad al propagar malvados rumores de asesinato y caos. — Caldwell sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente —¡Qué noche!

Luego dio unos pasos hacia la puerta.

—Espere un momento.— William aún no había encontrado la manera de evitar que Caldwell difundiera chismes sobre Arabella.— ¿Adónde cree que va?

—En busca de un orinal. Confieso libremente que necesito orinar. A decir verdad, milord,

la urna decorativa del rincón corre serio peligro si no me permite retirarme de inmediato.

William volvió a agarrarle por el cuello de la camisa e hizo retroceder al hombre hasta que su columna vertebral volvió a presionar contra las cortinas.

—Entonces lo único que corre peligro es la parte delantera de sus calzones hasta que arreglemos algo.

—Vamos, mi señor, no hay necesidad de violencia. Ambos somos hombres civilizados.—William no se sentía civilizado en lo más mínimo—. Si repite una sílaba sobre lady Milford…

—Tendrá que ser más específico. ¿Se refiere, por ejemplo, a cualquier cosa que haya podido oír de la conversación entre lady Milford y su hijastro? ¿O los momentos robados que pasaron entre usted y dicha dama? ¿O tal vez las nefastas acciones que su hombre de negocios insinuó que podrían achacarse a lady Milford?

Caldwell tenía varias flechas en su carcaj del escándalo. William no estaba seguro de poder asegurarlas todas antes de que el hombre las soltara sobre la tonelada.

—Bueno, ya me conoces —dijo Caldwell—. Es raro lo que llega a mis oídos sin que tarde o temprano fluya por mi boca.

Como un terrier con una rata, William dio a Caldwell una enérgica sacudida.

—Se lo advierto. Si calumnia a lady Milford, yo…

—¡Lady Milford, lady Milford! Realmente está preocupado por ella, ¿verdad? Pensé que tal vez estaría preocupado por su propia reputación. No se preocupe por eso, milord. No tengo intención de hacerle daño —dijo Caldwell—. A pesar de la forma en que intentó frustrar mi persecución de la señorita Amburt, resulta que me gusta la dama.

—Le gustan todas las damas —gruñó William.

—Cierto, pero algunas más que otras —concedió Caldwell—. Lady Milford está a salvo de

mí en el asunto de la muerte de sir Horace. Puede contar con ello. No seré parte en aumentar cualquier dolor que ella pudiera haber sufrido por la muerte de su marido. Aunque sospecho que no sufrió mucho.

William entrecerró los ojos mirando al hombre, intentando discernir si decía la verdad. No podía estar seguro.

—Si oigo el más mínimo rumor sobre el fallecimiento de sir Horace, sabré a quién culpar. Y a quién castigar.

—Dije que guardaría silencio —dijo Caldwell frunciendo el ceño.— ¿Qué debo hacer? ¿Firmar un juramento con sangre?

—No me tiente —dijo William mientras soltaba su agarre del cuello de Caldwell.— ¿Qué quería sir Brandon con lady Milford?

—En realidad, ahora debería referirse a ella como lady Milford viuda—corrigió Caldwell —. Al menos, así es como lady Milford la Joven exige que su lady Milford se presente mientras los Cornwall invadan los salones londinenses. ¡Uy! —Caldwell se tapó la boca con una mano—. Perdóneme, milord. Lo había olvidado. No quería que repitiera nada de lo que había oído.

—No ponga a prueba mi paciencia. Sabe perfectamente que no quise decir que no me lo contara.

—Muy bien. He aquí lo esencial de su intercambio. Primero, la razón de la presencia de sir Brandon y su esposa en Londres. Parece que la Corona está extendiendo una rama de olivo a sus primos alemanes, lo que por extensión incluye a la actual lady Milford, emparentada con los Everleigh.

Aquél era un interesante acontecimiento político, y aunque a Arabella probablemente le disgustara que la tildaran de viuda en su cara, no la habría disgustado hasta las lágrimas.

—¿Qué más?

—La viuda lady Milford ha sido notificada de que, debido a que recibió una pequeña dote a la muerte de su marido, no tiene derecho a una porción de dote de su herencia cada año —explicó Caldwell—. Parece que ha sido efectivamente desheredada.

No es de extrañar que Arabella estuviera llorando. La ayuda de la herencia de su marido no había sido terriblemente sustancial para empezar, ya que la parte se dividía entre ella y la madre de sir Horace. Ahora no tenía derecho a nada. William estaba decidido a que ella no sufriera carencias aunque tuviera que canalizarle dinero de forma anónima.

Siempre y cuando pudiera encontrar una forma de generar dinero para canalizar.

—Pero francamente, milord, no veo por qué el espectro de la inminente penuria de lady Milford debería inquietarle —dijo Caldwell con una sonrisa socarrona—. La hace mucho más propensa a sucumbir a sus encantos y aceptar convertirse en su amante.

William no pensó. Simplemente actuó. Su puño salió volando y conectó con la mandíbula de Caldwell antes de que la orden de hacerlo pasara por su mente. La cabeza de Caldwell se echó hacia atrás y se desplomó en el suelo.

Un tufillo a orina invadió las fosas nasales de William.

Se arrodilló para descubrir que, aunque Caldwell estaba insensible, aún respiraba. El hombre se despertaría pronto. Sin embargo, en la relajación de la pérdida de conciencia, su vejiga se había vaciado.

William no se arrepentía de haber dejado al hombre inconsciente. Caldwell había mancillado el honor de Arabella, después de todo, pero William no sintió la necesidad de añadir el insulto a la injuria. Se levantó para ir en busca de un criado que pudiera encontrar un par de calzones limpios para ayudar al señor Caldwell a salir de su embarazoso aprieto.

Tendría que pasarle al criado unas monedas para asegurarse un poco de discreción. Era lo menos que William podía hacer cuando había sido su golpe el que había provocado que Caldwell

se meara encima. Y si podía confiar en la veracidad del hombre, William había aprendido mucha información útil de él.

Al menos Caldwell decía la verdad en una cosa, pensó William con pesar mientras cerraba la puerta del salón tras de sí. Necesitaba mear.

Capítulo 18

A los narradores les gusta utilizar frases hechas como Érase una vez y Felices para siempre para llenar un vacío en su prosa. Mi frase favorita es Y sucedió. Me viene a la mente siempre que espero que algo no haya llegado para quedarse.

Lady Milford escribiendo como la señora Beatrice Willwood

La sala de retiro estaba vacía.

Fue una suerte. También era la primera pizca de suerte que le llegaba a Arabella en toda la noche. Se apresuró hacia el pequeño tocador que sostenía una jarra y un aguamanil y se sirvió un poco de agua. Se mojó las palmas de las manos y se las llevó a las mejillas encendidas.

Casi esperaba ver salir vapor.

Durante todo el tiempo que se había abierto paso entre la multitud y subido las escaleras hasta este tranquilo enclave, había temido que su culpabilidad gritara claramente por su rostro acalorado.

Se pasó un dedo por el labio inferior. Aún le hormigueaba. Aún le latían las entrañas. Años atrás, había cometido el error de escuchar a su cuerpo en lugar de a su cabeza. Debería haber aprendido la lección, pero bastaron unos cuantos besos para que William volviera a reducirla a

una temblorosa falda ligera.

Qué libertina sin remedio soy.

Arabella siempre había estado embriagada por sus sentidos, tanto si tocaba el arpa, perdida en la maraña de notas etéreas, como si se echaba un poco de perfume entre los pechos, embriagada por el dulce aroma, o bailaba sola en la plateada oscuridad de una noche estrellada. Se deleitaba en la sensación estremecedora de una nueva experiencia, en la alegría embriagadora de una nueva aventura. Su único consuelo era que la parte de su naturaleza sensual que la metía en problemas sólo parecía incontrolable cuando William Hadington estaba cerca.

Necesitaba evitarle a toda costa.

—¡Ahí estás!

Arabella se apartó del tocador para ver a Clara enmarcada en la jamba de la puerta.

—Te he estado buscando por todas partes —dijo la muchacha—. Es casi la hora del baile de la cena.

—¿Lo es? —La tarde había volado.

Clara tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas. Estaba claro que se lo había pasado bien.

—¿Te encuentras bien? Casi pareces febril —Arabella puso unos dedos en la frente de la chica. Su temperatura parecía normal, pero tenía la cara sonrosada y una sonrisa tan amplia que amenazaba con partirle la cara.

—Deja de preocuparte. Estoy bien —dijo Clara— ¿Te lo puedes creer? He bailado todos los bailes. Ni siquiera recuerdo los nombres de todas mis parejas, pero había un nuevo caballero haciendo cola para pedirme el siguiente baile cada vez que me acompañaban fuera de la pista.

—Por supuesto que lo había —dijo Arabella, agradecida de que Clara estuviera tan

concentrada en sus propios asuntos que no se diera cuenta de la incomodidad de Arabella—. Te dije que estarías muy solicitada.

—Vamos —Clara puso los ojos en blanco—. Ambas sabemos que mi dote es lo que está en demanda. Pero mientras eso signifique que no termino como una lastimosa alhelí como la pobre Srta. Dandridge, no me importa.

Arabella la miró con el ceño fruncido. Le sorprendía que se ignorara a Theodora Dandridge.

—Por supuesto, Theo también tiene una dote bastante considerable —reflexionó Clara—. Es bastante extraño que no baile tanto como yo.

—Ya ves —dijo Arabella, contenta de poder centrarse en algo más que en William y en lo completamente deshecha que la hacía sentir—. Eres tú y no tu dote lo que te está convirtiendo en la bella del baile.

—O tal vez los caballeros aquí presentes esta noche valoran su oído —dijo Clara socarronamente—. La Srta. Dandridge ha estado tocando el piano en público un buen rato últimamente.

—Eso es poco amable.

—Pero no falso. La honestidad es la mejor política. ¿No es eso lo que siempre me dices? —Entonces la boca de Clara se levantó en una sonrisa pícara—. Por supuesto, Theo puede haber estado abrazado a la pared por decisión propia sólo porque cierto vicario no está aquí esta noche.

—¿El reverendo Hadington?

—El mismo. ¿No se dio cuenta de lo enamorada que parecía estar de él en la cena de lady Lawson?

Obviamente, Clara leía a la gente tan bien como leía partituras de piano. Entrecerró los ojos mirando a Arabella y luego sus cejas se fruncieron en señal de preocupación. Clara puso

unos dedos en la frente de Arabella, imitando su anterior gesto maternal.

—Pareces un poco acalorada. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Arabella se apartó de ella, con la mano en la mejilla.

—No has estado bailando —insistió Clara—, así que no puedes decir que por eso estás tan acalorada y sonrosada.

—He bailado —dijo Arabella a la defensiva—. Estabas allí cuando el señor Caldwell me lo pidió.

—Así era —dijo ella con una sonrisa—. Baila bien, ¿verdad? Os vi a los dos hablando durante el cotillón. Es muy divertido, ¿verdad?

—El encanto del Sr. Caldwell nunca ha estado en discusión —dijo Arabella, agradecida por el giro en su conversación lejos de ella—. Sólo su elegibilidad. Y su sentido del decoro. ¿Ha bailado con él?

—No. —Cabizbaja, se dejó caer sobre una sotana—. Ni siquiera he visto al Sr. Caldwell desde que bailó con usted. Pero para ser justos, tuve pocas ocasiones de buscarle. Todos los demás hombres de la sala parecían decididos a pisarme al menos una vez.

—Bien. Como ya está todo bailado, no tiene necesidad de bailar con Sr. Caldwell.

—Oh. No eres divertida —Clara se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla en los puños —. Ahora que lo pienso, tampoco te he visto desde que bailé con lord Chambers. ¿Dónde has estado?

—He estado... conversando con varias personas. —Eso era cierto. Hasta donde llegaba.

—¡Qué mortalmente aburrido!

Arabella se encogió de hombros.

—Es lo que hacen los adultos.

—Qué pena. Qué desperdicio, de hecho —Clara se levantó y cruzó hacia el espejo que había sobre el tocador e hizo girar alrededor de su dedo uno de los mechones de pelo que se habían escapado de su peinado, con la esperanza de que se rizara. Por desgracia, cuando soltó el mechón seguía colgando tan liso como la cola de un caballo—. Vosotros, los adultos, podéis hacer lo que os plazca, y os complace no hacer nada.

Lo que Arabella había hecho con William en el salón era exactamente lo contrario de nada. Cuando le había dado un poco de su cuerpo, le había dejado entrar en su corazón, en su alma. Casi la había llevado a la ruina la última vez. Nada bueno podía salir de ello ahora.

—No podemos hacer lo que queramos —dijo ella tajantemente—. Si queremos conservar la buena opinión de la sociedad, el decoro exige que sigamos las reglas.

Sí, estaba siendo hipócrita, pero si tan sólo escuchara sus propios consejos, lo haría mejor la próxima vez.

—¡Uf! —dijo Clara con una mueca—. Si eso significa que sólo se te permite estar de pie y hablar, empiezo a pensar que tener la buena opinión de la sociedad está sobrevalorado.

Arabella le dio una palmada en el antebrazo.

—No lo hagas. Una dama que pierde su reputación lo ha perdido todo.

Clara puso los ojos en blanco.

—Ahora sólo estás siendo melodramática. Aunque hiciera algo que mereciera la censura de la sociedad, seguiría siendo yo misma. Seguiría siendo la hija de un hombre muy rico. Seguiría tocando el piano extraordinariamente bien. Una reputación no es más que un vapor.

Sin embargo, era lo único que Arabella tenía, y lo había arriesgado con William esta noche. Había sido más que estúpida. Sólo el hecho de que hubieran sido sorprendidos por uno de los leales a William la había salvado del escándalo.

¿Y si lady Costwords nos hubiera encontrado mientras la mano de William estaba en mi

falda?

A Arabella le había consternado la idea de convertirse en institutriz o acompañante a sueldo. Pero si perdía su buen nombre, incluso esas formas menos que deseables de mantener el cuerpo y el alma juntos estarían perdidas para ella.

William aún podría ofrecerle convertirla en su amante, pero aunque una parte oscura de ella aplaudía esta línea de pensamiento, un acuerdo así la haría sentir... mucho menos de lo que era. No dudaba de que sería mimada y adorada, pero seguiría siendo nada más que un juguete. Y cuando su aspecto fallara, William sería sin duda generoso al pensionarla, pero entonces sería desechada. Usada.

Desde el momento en que había descubierto que William se había marchado de Inglaterra para su Gran Viaje, su vida había sido un paso en falso tras otro. Sus elecciones la hacían cada vez más profundamente dependiente de la gracia de los demás. La única vez que se sintió realmente ella misma, verdaderamente libre, fue cuando había viajado de incógnito justo después de la muerte de sir Horace.

Pero incluso entonces, había estado sujeta a una porción de dote cada vez menor debido a la mala gestión del heredero de su marido. Y ahora, ni siquiera se le daría eso.

—¡Dios mío! Lo que daría por mirar dentro de tu cabeza ahora mismo, Arabella. Casi puedo ver ruedas girando y un poco de vapor escapando de tu cerebro —Clara la rodeó y se detuvo para escudriñarle las orejas— ¿En qué piensas tanto?

—En nada que te concierna. —Arabella enderezó la columna y esbozó una valiente sonrisa.

—Bueno, en tus muchas conversaciones de esta noche, ¿al menos te has topado con algo interesante?

Mucho. Pero nada que pudiera compartir con Clara. Oh, espera.

—Parece que la Corona va a agasajar pronto a sus primos alemanes.

—Eso ya lo sé. Bailé con el vizconde Everleigh. De hecho, me pidió que fuera al baile en Carlton House dentro de quince días. Dijo que haría enviar la invitación oficial mañana.

Arabella parpadeó sorprendida. La mayoría de las debutantes habrían iniciado la conversación con la invitación a los salones sagrados de Carlton House. Sin embargo, Arabella no estaba segura de que fuera buena idea que Clara fuera. Cuando el rey Jorge IV era regente, la decadencia y el franco libertinaje de sus fiestas eran materia de leyenda. No sabía si el peso de la corona había tenido un efecto asentador en él o no.

—Oh, no te preocupes —dijo Clara —¡Le dije que no podría asistir sin ti! Por favor, dile que podemos ir.

—Lo decidiremos cuando llegue una invitación formal —dijo Arabella—. Por ahora, veamos si podemos encontrar a un buen caballero elegible que sea tu pareja para el baile de la cena. Creo haber visto al vizconde Mambry aquí antes.

—¡Uf! Es tan viejo —se quejó Clara—. Le sale pelo de las orejas y de las fosas nasales, pero prácticamente nada en la cabeza.

—Con la edad llega la responsabilidad. Una mujer necesita un hombre que sea firme y fiable.

—Según esa lógica, todos deberíamos montar mulas en lugar de caballos.

—No cambies de tema —dijo Arabella—. La edad aporta sabiduría. Tiene sentido que un caballero sea mayor que su novia.

Era un consejo sensato. Después de todo, William la había abandonado cuando era más joven. Si al menos hubiera tenido la edad de lord Mambry cuando ella lo conoció, no habría estado deseando marcharse al continente para hacer su Grand Tour.

—¿Cuántos años tiene lord Chambers? —preguntó Clara.

Arabella se erizó.

—Eso se sale un poco del tema.

—No, no lo está. He bailado con él esta noche. Sin duda cumpliría tus criterios de elegibilidad.

Se quisiera medir a un hombre como se quisiera, William lo hacía bien. Un profundo dolor palpitó en su pecho ante el repentino interés de Clara por él. Arabella ladeó la cabeza, intentando contar los años.

—Lord Chambers tiene treinta y dos, creo.

—¡Santos vivos! Es bastante guapo, lo reconozco, pero el hombre me dobla la edad.

—¿Y no era tu padre mucho mayor que tu madre cuando se casaron por primera vez?

Clara resopló.

—Sí, pero eso no importa ahora. Los dos son viejos.

—Tonterías. Están en la flor de la vida —Arabella sabía que la madre de Clara aún no había cumplido los cuarenta, y la cabellera de su padre sólo lucía las suficientes canas en las sienes como para parecer sabio.

—Yo más bien creo que la flor de la vida es mucho más joven que la edad de mis padres —dijo Clara—. ¿Por qué no podría entretenerme un traje de un hombre de unos veinte años, por ejemplo?

—La mayoría de los caballeros veinteañeros aún no han llegado a su herencia, por lo que su posición en la vida no está lo suficientemente asentada como para mantener a una esposa.

Clara acarició con los dedos el encaje de su corpiño.

—¿Y si el caballero que yo quisiera fuera alguien que no estuviera en posición de heredar?

—Alguien como Daniel Caldwell, querrás decir.

—Bueno, ya que lo ha mencionado, sí. ¿Por qué no? —dijo la chica a la defensiva—. Es muy divertido. Y le gusto.

—Claro que le gustas —dijo Arabella secamente.

—Sé lo que estás pensando, pero no es sólo por mi dote.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

Lágrimas de rabia se acumularon en los ojos de la muchacha.

—¿Cómo puedo estar segura de que cualquier hombre me querrá por mí misma en lugar de por las libras esterlinas que papá ha colgado de mi cuello?

Era una pregunta justa.

—Sabes tan bien como yo que la gente suele pensar que soy un poco... bueno, rara —dijo Clara—. El Sr. Caldwell no. Cree que soy única, y le gusta la gente única.

—En eso, él y yo estamos perfectamente de acuerdo —dijo Arabella, poniendo un brazo alrededor de los hombros de la chica—. No eres una chica de patrones, y en mi opinión eso es bueno... hasta cierto punto.

Clara apoyó la cabeza en el hombro de Arabella y suspiró.

—No hay que seguir ciegamente al rebaño. Así te perderás muchas cosas —dijo Arabella —. Pero tampoco deberías ir tan lejos por tu cuenta que te encuentres más allá de la seguridad de la sociedad en caso de necesitarla.

Clara negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—Rezo para que nunca lo hagas, querida —Arabella le acarició la cabeza—. Rezo para que nunca lo hagas.

Capítulo 19

La gente hace cola para celebrar el fallecimiento de un gran hombre. Pero cuando un bebé muere antes de respirar por primera vez, sólo la madre se lamenta. Con el paso de los años, vislumbra al niño que podría haber sido, revoloteando como un dulce y pequeño fantasma justo al borde de su vista.

Andrew Thorpe, sepulturero y filósofo autodidacta.

Aunque William intentó encontrar a Arabella entre la multitud, ella pareció decidida a eludirle durante el resto de la velada. Cuando regresó al salón de baile, las parejas ya se habían emparejado para el baile de la cena. Arabella formaba pareja con ese viejo palo que era el vizconde Mambry, quien, a pesar de su avanzada edad, aún podía manejar un carrete pasable.

—¡Yuju! Lord Chambers, ahí está— le llamó lady Pickering desde la mitad de la sala. Luego corrió a su lado, apartando de su camino a codazos a cualquier rezagado que se interpusiera entre ellos—. Veo que no está bailando, milord, y aún hay sitio para unirse al pie de las filas.

—Su vista es tan aguda como siempre, señora.

—¿No es encantadora la forma en que los acontecimientos conspiran para resolver estos

pequeños dilemas? Usted está muy necesitado de una compañera, y mi Eleanor baila un carrete divino.— La chica a su lado se sonrojó como una amapola con sarampión.

—¡Qué feliz accidente! —exclamó lady Pickering.

Accidente, sí, pero en absoluto feliz.

Sin embargo, William había sido bien engañado por este sabueso maternal. Tenía el deber de sacar a bailar a la muchacha, que aceptó con una risita incontrolable.

Luego, como el carrete era el baile de la cena, se vio obligado a escoltarla hasta la comida y a sentarse a su lado durante los numerosos platos. Como estaban presentes unos cuantos "primos reales", lady Costwords había puesto una mesa digna de tan augusta compañía. Para poder hablar con todos sus invitados, su anfitriona recorrió la larga mesa, que se había extendido hasta la antesala contigua para dar cabida a toda la comitiva. Lady Costwords hizo un gran punto de explicar que lord Costwords había sufrido un dolor de cabeza a primera hora de la tarde y se había retirado de los festejos.

Le doliera o no la cabeza a su señoría, William pensó que había acertado.

El mantel de lino fino estaba atestado de platos. Había pollos enteros, lengua, perdices, anguilas de collar, gambas y langostas. También se ofrecían patatas asadas, sabroso rarebit galés y queso de grosella. Les siguieron jaleas y trifles, manjar blanco y compotas de melocotón. El vino francés fluyó libremente.

William no podía reprochar nada al menú. Era la compañía lo que encontraba tristemente deficiente.

Los temas sobre los que la señorita Pickering era más capaz de conversar consistían en esperanzadores pronunciamientos sobre el tiempo y las sutilezas de la confección de blondas. Si alguna vez había leído un libro o visto una obra de teatro o tenido un pensamiento original, no daba pruebas de ello.

William no veía la hora de que terminara el plato de postre. Durante la comida, intentó llamar la atención de Arabella, pero ella evitó estudiadamente mirar en su dirección. El vizconde Everleigh y su prima, la actual lady Milford, estaban sentados a ambos lados de lady Costwords, que presidía la larga mesa. Sir Brandon había sido colocado unos asientos más abajo de su esposa, claramente no lo bastante importante como para justificar una asociación más estrecha con lady Costwords y sus luminarias.

Arabella se las había arreglado para sentarse con lord Mambry cerca del punto medio, más o menos tan lejos de su hijastro y su esposa como del extremo de la mesa de William.

Después de que las damas se retiraran, los caballeros fueron obsequiados con oporto. El vizconde Everleigh cruzó la sala y acercó la silla al lado de William.

—Chambers —dijo bruscamente —¿Cuál es su postura sobre la cuestión del viaje propuesto por su rey a Escocia a finales de este año?

La política era un campo minado. William prefería limitar sus opiniones a la Cámara de los Lores.

—Será la primera vez que un monarca inglés visite Escocia en dos siglos. Se podría argumentar que este viaje es muy esperado —dijo, sin aprobarlo ni desaprobarlo—. Los escoceses no han olvidado lo que consideran una injusticia tras su fallido intento de colocar en el trono a su 'Bonnie Prince Charlie' y, para ser justos, las represalias de la Corona tras la rebelión jacobita fueron dura. Pero con su visita, el rey espera sin duda mejorar las relaciones con nuestros primos escoceses.

—Así que su rey Jorge, va a enmendar los pecados de otro rey. Mejor que pague por los suyos —las cejas de Everleigh bajaron—. Si debe galantear por el mundo haciendo las paces con aquellos que han sido agraviados por su casa, ¿no cree que haría mejor en visitar Brunswick? Después de todo, fuimos ofendidos por sus propios actos.

No era ningún secreto que la rama continental de la familia real británica seguía furiosa por

el trato que su marido había dado a la princesa Carolina. En primer lugar, Prinny sólo había aceptado casarse con ella a cambio de la cancelación de la exorbitante deuda que había acumulado. Luego, había sido cruel con ella desde el principio de su matrimonio concertado. Al conocer a su futura esposa por primera vez, se había vuelto hacia lord Malmesbury y, según se dice, le había dicho: "Harris, no me encuentro bien. Por favor, tráigame una copa de brandy". La historia no había perdido nada en el recuento.

La princesa Carolina había respondido con igual desdén, aunque pocos podían culparla después de semejante recibimiento. Con tanto odio mutuo como compartía la pareja real, era una maravilla cómo se las habían arreglado para producir un heredero, pero de alguna manera dieron a Inglaterra una nueva princesa. El príncipe conspiró para limitar el acceso de Carolina a su hija Carlota a sólo una vez a la semana, y bajo estricta supervisión.

Años más tarde, cuando la princesa Carlota murió al dar a luz, Carolina estaba en el extranjero y tuvo que enterarse de la muerte de su hija a través de una segunda persona, no directamente de su marido. Luego, para colmo de males, cuando, a la muerte de su padre, el príncipe regente ascendió al trono para convertirse en Jorge IV, se negó a permitir que su distanciada esposa fuera coronada reina a su lado.

Ella murió repentinamente un año después, tras afirmar que había sido envenenada. A juzgar por la ira reprimida en la expresión del vizconde Everleigh, creía plenamente la acusación.

—No estoy al corriente de los planes de viaje del rey —dijo William—. Pero le invitó a Londres para honrarle. Eso me parece una rama de olivo. Os hospeda en Carlton House, ¿verdad?

Carlton House había sido el hogar de Jorge IV mientras fue príncipe regente. Era una estructura salvajemente opulenta en el corazón de Pall Mall, constantemente en estado de renovación, según dictaba el capricho real, pero nunca verdaderamente mejorada.

Desde su coronación, el rey se había cansado de Carlton House y estaba considerando la

posibilidad de trasladarse a Buckingham, pero también ésta requeriría una buena cantidad de reformas para estar a la altura del siempre cambiante gusto real.

—Sí, sí. Mi prima Sofía y su marido —aquí lanzó una mirada mordaz en dirección a sir Brandon que decía a las claras lo mal que consideraba al marido de su prima —y yo. Seremos sus invitados de honor en Carlton House. No me engaña. Pretende burlarse de nosotros, como hizo con mi pobre prima, la princesa que debería haber muerto como reina.

—Al pueblo británico le entristeció su muerte —dijo William—. No lo dude.

—Sólo porque desprecian a su rey. Ella era, como decís los británicos, el menor de dos males —Everleigh le dio una palmada en el hombro—. Pero se lo agradezco, lord Chambers. A usted sí le creo. Pocas veces he conocido a un inglés capaz de ver los dos lados de una cuestión. Usted estará en Carlton House, ¿verdad?

—He sido invitado —William sabía que debía defender a su rey de los ataques verbales del alemán, pero en el asunto del trato a su esposa, el monarca británico era indefendible. Entonces, una toma de conciencia le golpeó con la fuerza de un mazazo.

Yo también.

Al igual que el Príncipe Regente, William había acumulado deudas en su juventud, que su padre le había ofrecido saldar a cambio de su obediencia al partir inmediatamente para su Gran Viaje en lugar de terminar la Temporada y pedirle a Arabella que se casara con él. Tras mucho insistirle su padre, William había aceptado las condiciones de su sire. Había estado tan seguro de que unos años de espera no supondrían ninguna diferencia para él y Arabella que había partido alegremente hacia el Continente, confiado en que ella seguiría allí cuando él regresara.

Casi le había matado cuando Daniel Caldwell le dijo que ella no le había esperado. Mientras William seguía viajando por las capitales de Europa, había intentado convencerse de que la odiaba. Cuando por fin regresó a casa, había desarrollado una gruesa cicatriz sobre lo que quedaba de su corazón.

William no había sido tan abiertamente cruel con Arabella como el rey lo había sido con su esposa, pero ¿no había sido tan egoísta en privado que equivalía al mismo pecado?

Y desde que había regresado, nunca había salido a preguntarle por qué se había casado con sir Horace tan poco tiempo después de su partida. William había supuesto que lo había hecho para fastidiarle.

¿Y si estaba equivocado? ¿Y si era todo lo contrario a despecho?

Algo que la señorita Amburt había dicho esa misma tarde le rondó por la cabeza y tuvo que comprobar la verdad del asunto. William se levantó bruscamente y le hizo una enérgica reverencia al vizconde alemán.

—Le ruego me disculpe. Acabo de recordar algo que requiere mi atención inmediata.

—Pero usted estará en Carlton House, ¿verdad? —insistió Everleigh—. Necesito saber que habrá al menos un inglés que diga la verdad en esa compañía.

—Sí, allí estaré —William no reivindicaría su honestidad. De hecho, si los asuntos le llevaban adonde temía, tendría que llevarse lo aprendido a la tumba.

Por el bien de Arabella.



—Mi señor, esto es de lo más irregular —el sacristán de St. Thomas levantó su lámpara para que su luz amarilla se derramara por la puerta lateral de la iglesia. El hombre parpadeó soñoliento hacia William —¿Por qué perturba la paz de la Casa de Dios a esta hora decididamente impía?

—La hora no tiene importancia. Estoy aquí para examinar sus registros parroquiales —dijo William secamente—. Específicamente los registros de entierros.

—Habrá que llamar al vicario para eso.

William empujó al hombre hacia el pequeño vestíbulo.

— Por supuesto, hágalo. Esperaré mientras despierta a su patrón de su merecido letargo. Sin embargo, tengo cinco libras en el bolsillo para el sabio sacristán que me conducirá a una habitación tranquila donde pueda estudiar esos registros sin ser molestado. Inmediatamente.

Los ojos del sacristán se abrieron de par en par ante aquello, y casi se le cae la lámpara en su prisa por cerrar la puerta tras William.

—Como es obvio que se trata de un asunto de importancia para su señoría, supongo que no hará falta despertar al reverendo. Después de todo, se levantará para dirigir los oficios dentro de unas horas. Necesita descansar. Por aquí, si es tan amable.

Ahora que cinco libras bailaban en su imaginación, el joven eclesiástico estaba demasiado deseoso de ser útil. Una vez que el sacristán encontró el libro de contabilidad correspondiente al año en que William había iniciado su Grand Tour, el tipo le dejó sentado ante un pequeño escritorio de la mohosa sacristía, a solas con el polvoriento tomo. William acercó la lámpara que el sacristán había dejado, abrió el libro y empezó a leer.

Los registros estaban organizados en columnas, un mes por página. Primero se anotaban las fechas de los fallecimientos, luego el nombre del difunto, seguido del nombre de su padre, pero extrañamente no el de su madre.

Hacia el final de la página correspondiente a septiembre, William encontró esta anotación escrita con letra de araña:

29 de septiembre, una abortiva, Sire-Sir Horace Milford, Restos enterrados: anillo exterior cerca de la pared más lejana, quinta parcela.

Una abortiva. Ese término podía aplicarse a una masa de carne sin formar que había sido expulsada antes de tiempo o podía utilizarse para describir a un bebé nacido muerto, si la familia

no quería pagar el precio más alto que exigía el entierro de un mortinato. En cualquier caso, un niño era enterrado en la segunda parcela, donde Arabella depositaba flores cuando visitaba la tumba de su marido.

Así pues, Arabella había estado embarazada pero no había llegado a término. Se había casado con sir Horace en agosto de ese año, así que naturalmente cualquier descendencia sería reclamada como suya. A William no le sorprendió ver que su marido figuraba como el padre del bebé fallecido.

No sabía mucho sobre los misterios de cómo se tejía el cuerpo de un niño en el útero, pero dado el tiempo relativamente corto que Arabella llevaba casada antes del prematuro final del embarazo, le sorprendió que en el libro de cuentas figurara el sexo del bebé.

Una pregunta le ardía en las entrañas. No conocería la paz hasta que tuviera la respuesta.

Capítulo 20

A Dios pongo por testigo de que si Arabella está dispuesta a darme una segunda oportunidad, juro que no necesitaré una tercera.

Del diario de William Hadington, lord Chambers

Tras una semana intentando asistir a los actos en los que era probable que estuvieran Arabella y su protegida, William había conseguido por fin la ayuda de varios vigías. Ordenó que un pequeño ejército de callejeros se apostara en las esquinas cercanas a su casa. Cuando lady Milford y la señorita Amburt salían, sus centinelas corrían a informar de sus actividades, pero invariablemente, William no las encontraba en la inauguración de la galería o en el recital o la conferencia. O si lograba encontrarlas, el lugar era demasiado público para permitirle hablar en privado con Arabella.

Y sólo la más absoluta intimidad serviría para esta conversación.

Por fin llegó un muchacho de parte de Andrew Thorpe, el sepulturero de St. Thomas. Su señoría había venido a presentar sus respetos ante la tumba de su marido con un ramo de flores, dijo el mensajero. Ella solía pasar una hora en el cementerio cuando lo visitaba, relató el mensajero de Thorpe, así que si su señoría se daba prisa, aún podría alcanzarla.

—¿Todavía está aquí? —preguntó William mientras saltaba del lomo de su caballo casi

antes de que el castrado se detuviera. Thorpe, que para variar había pasado de sepulturero a jardinero, estaba arrancando unas hiedras que amenazaban con cubrir una de las lápidas de la lista.

—La última vez que miré, su señoría —dijo Thorpe, quitándose la gorra—. En cuanto apareció, envié a un muchacho a buscarle como me pidió.

William le dio un chelín al hombre, que cogió la moneda y se la metió en el bolsillo.

—¿Hay alguien con ella?

—Normalmente, tiene a una joven a su lado —dijo Thorpe—, pero esta vez no.

William pasó las riendas de su caballo de costado al sepulturero.

—Ocúpate de mi montura y habrá media corona para ti.

Thorpe se tiró de la coleta en señal de respeto y condujo al caballo al otro lado de la iglesia, donde podría mordisquear la hierba sin desnudar la tumba de alguien.

El crepúsculo estaba cayendo, haciendo más profundas las sombras entre el muro de la iglesia y el edificio más alto junto al patio cerrado. William no vio a Arabella de pie junto a la tumba de su marido, la que estaba marcada por una piedra ornamentada en su lugar de honor cerca de la propia iglesia. En cambio, estaba sentada en el banco de piedra de la esquina más alejada, bajo el madroño. Cerca de ella, una sola rosa descansaba sobre una tumba que, por lo demás, no estaba marcada. Los lirios de Cuaresma que la señorita Amburt había dicho que se habían plantado allí ya habían pasado la floración y los tallos verdes que quedaban se erguían en un desorden espigado. Pero la ubicación de la tumba coincidía con la entrada en los registros de la iglesia.

Anillo exterior cerca del muro más lejano. Parcela número cinco.

El túmulo era pequeño. Un mero bulto en la hierba era todo lo que delataba el lugar de descanso del cuerpo de tamaño insuficiente que había debajo.

Cuando la señorita Amburt le había dicho por primera vez que Arabella siempre traía una flor para otra tumba, no había considerado la posibilidad de que fuera para un niño. William se quitó el sombrero al acercarse.

Estaba llorando. No en voz alta. No sollozaba. Esa no era su forma de ser, pero las lágrimas brillaban en sus mejillas y pestañas.

—Arabella —dijo él suavemente.

Ella se sobresaltó al oír su nombre y levantó la vista. Luego se enjugó las mejillas.

—¡Dios mío! Lo que debes pensar de mí. Parece que cada vez que te cruzas conmigo últimamente, soy un desastre empapado.

—No me he cruzado contigo últimamente. Si no te conociera mejor, diría que me estás evitando —William había sospechado que ella no quería verle, pero aún tenía una debutante a la que hacer trotar para que los pretendientes pudieran planchar sus trajes de todas las maneras oh-tan-propias y aprobadas. Debía de saber que no podría evitarle para siempre —¿Dónde has estado?

—Clara y yo hemos estado asistiendo a obras en pequeños teatros y a veladas musicales en casas particulares y cosas así —Arabella entrelazó los dedos y los colocó sobre su regazo. Intentaba parecer despreocupada, pero apretaba tanto las manos que los nudillos se le pusieron blancos—. No es como si nos hubiéramos estado escondiendo.

El silencio se extendió entre ellos. Era una hora tranquila del día para la ciudad. La gente de clase media volvía cansada a casa después de un día de trabajo. Los ton aún no habían salido para una tarde de juegos. Sólo el susurro de las hojas del árbol rompía la profunda quietud.

—Arabella —dijo en voz baja —¿qué haces aquí?

—Mi marido está enterrado en este cementerio. ¿No es apropiado que le presente mis respetos?

—Sí, por supuesto —William se pasó el ala del sombrero por los dedos. Finalmente, hizo un gesto con él hacia la tumba con la única flor cortada —¿Quién está enterrado ahí?

Le tembló la barbilla.

—Mi hija.

—Lo siento mucho, Arabella. —Más lo siento de lo que puedo decir —¿Te gustaría hablar de ella?

—No —apartó la mirada—. Prefiero no hablar de esto contigo.

No dijo nada. En lugar de eso, se limitó a sentarse junto a ella en el banco. Cuando el silencio se hizo insoportable, preguntó:

—¿Cómo se llamaba?

—Dije que no deseaba discutirlo —ella soltó un bufido de disgusto.

Bien. Prefería verla molesta que apenada.

—¿Y si necesitas hablar de ello?

Sus labios se apretaron en una fina línea.

—Nunca aprendiste a aceptar un no por respuesta, ¿verdad?

—No, y no tengo intención de aprender ahora. ¿Su nombre?

Arabella suspiró.

—Ella no tenía uno. No oficialmente. Pero siempre he pensado en ella como Lily.

Tenía sentido que la niña no tuviera nombre. Sir Horace podría haber estado dispuesto a poner dinero en el clavo para un entierro, pero nadie pagaba para que se bautizara a un abortivo.

William buscó alguna forma de hacer que Arabella hablara de la niña.

—Me sorprende que no la enterraran en Cornualles.

—¿Por qué? La gente tiende a ser enterrada donde muere, William. Estábamos en Londres cuando... cuando la perdimos.

Pero si William recordaba correctamente a sir Horace, el hombre tenía una vena pomposa. Aunque el bebé nunca respiró, si la niña era suya, ¿por qué estaba enterrada al borde del cementerio en una tumba sin nombre?

William se acercó y le cubrió la mano con la suya. Ella no se apartó.

—Arabella, ¿hay algo que deba saber?

Ella temblaba ahora.

—Vas a obligarme a decirlo, ¿verdad?

—Déjame ayudarte —cogió su mano y la acunó entre las dos suyas—. Después de enterarme de que frecuentabas este cementerio para dejar flores en dos tumbas, pagué al sacristán para que apartara la vista y así poder estudiar los padrones de la iglesia. Hay una entrada en el otoño de 1816. Una mujer abortiva es todo lo que dice, aunque sir Horace figura como el padre.

—Perdí al niño muy pronto —dijo con voz de madera—. Apenas había sentido un aleteo, pero sabía que había vida en mí. Ni siquiera le había dicho a sir Horace que estaba embarazada. Luego, cuando... sucedió, mi marido no quiso pagar para bautizarla. Por qué hacer todo ese gasto por un alma que nunca vio el sol, argumentó. Pero me permitió usar el dinero de mis alfileres para que la enterraran aquí. En silencio.— Arabella estudió absorta las puntas de sus zapatos—. Nunca se lo dijimos a nadie.

—Sir Horace figura como padre en los padrones de la iglesia. ¿Lo era? —Ella se encontró con su mirada.

—No.

—Arabella, si lo hubiera sabido...

—¿Habrías desafiado a tu padre y me habrías pedido que me casara contigo? —Ella apartó la mano de él—. Ambos sabemos que no lo habrías hecho, William.

—¿Cómo puedes decir eso? Te amaba.

—¿Lo hacías? Creo recordar que te gustaba mucho más la idea de pasear por el continente con lord Sutton.

El Grand Tour formaba parte de la educación de un caballero tanto como matricularse en Oxford o Cambridge. La pulcritud, la fluidez en el lenguaje, la comprensión del funcionamiento de otras culturas que William había cosechado de sus viajes le venían muy bien ahora. Era injusto por su parte haber esperado que él renunciara a ese rito de iniciación. Sobre todo porque ella no le había dicho que esperaba un hijo suyo.

—No tenía toda la información. No estás siendo justa.

—Lo que no fue justo fue pedirme que te esperara cuando sabía que no podía —dijo Arabella.

—Me dijiste que lo harías.

—Te dije lo que querías oír. —Su tono era indeciblemente cansado. —¿No lo ves, William? Tuve que decir que esperaría porque sabía que no podía quitarte la decisión de irte.

—Me habría quedado de haberlo sabido —le gustaba pensar que lo habría hecho, pero entonces había sido más joven y más testarudo. Y mucho más estúpido.

—Quizá te habrías quedado y habrías hecho de mí una mujer honesta —dijo Arabella, su tono ahora más cortante y borde. En realidad, él prefería esta versión más aguerrida de ella a la Arabella desgastada y cansada—. Y tal vez no te habrías resentido conmigo al principio, pero con el tiempo lo habrías hecho.

—No si estuvieras gestando a mi hijo.

Sus ojos brillaron con lágrimas que luchó por no dejar caer.

—Pero no lo hice, ya ves. ¿Y si hubieras renunciado a tu Tour y te hubieras casado conmigo en contra de los deseos de tu padre? —Ella le dio la espalda, pero él pudo notar por la forma en que sus hombros temblaban que había perdido la batalla contra aquellas lágrimas—. Habría perdido a Lily igualmente.

Él apoyó las palmas de las manos en los hombros de ella.

—No puedes saber eso.

—Sé que no puedo retroceder en el tiempo para averiguarlo —ella se volvió y lo miró con odio. Entonces su rostro se arrugó—. Pobre sir Horace. Le utilicé. Puede que no fuera el más admirable de los maridos, pero tampoco estoy muy orgullosa de cómo me metí en el matrimonio.

Hablaba como una mujer que nunca habría recurrido al veneno para librarse de ese hombre. La última de sus inquietantes sospechas se desvaneció.

—¿Sospechaba que el niño no era suyo?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca la vio. Nunca supo que no podía ser suya.

William ardía de culpa por haberla puesto en una situación tan insostenible. Por primera vez, se sintió agradecido a sir Horace por haberse casado con Arabella y haberla protegido involuntariamente de la vergüenza pública.

—Fue una misericordia que nunca descubriera la verdad.

—Pagué cara esa misericordia. Te perdí a ti. Perdí a nuestra hija y defraudé al hombre que me dio la protección de su nombre. Oh, qué desastre he hecho de todo.

—No, no lo has hecho. Ha sido culpa mía. Hiciste lo mejor que pudiste en una situación difícil. Una de la que fui responsable. Una por la que estoy más apenado de lo que puedo decir.

Arabella, daría lo que fuera por poder volver atrás y arreglarlo todo.

—No puedes.

—Tienes razón. No podemos volver atrás. Sólo podemos avanzar —se arrodilló y cogió una de las manos de ella—. Metí la pata la primera vez y no puedo prometerte que lo consiga ahora, pero si te casas conmigo, te juro que viviré cada día intentando compensarte.

Ella ladeó la cabeza hacia él.

—¿De verdad, William? ¿Crees que sólo porque te sientas culpable, significa que ahora es un buen momento para proponerme matrimonio?

—No, no es eso. Quiero decir, sí. Sí me siento culpable. Debería, ¿no crees? —No hizo una pausa suficiente para que ella opinara sobre el tema—. Pero esa no es la razón por la que estoy arruinando la rodilla de estos pantalones —le apretó la mano—. Te quiero, Arabella. No importa dónde haya ido, o lo que haya hecho, siempre has sido tú para mí. Eres la mujer por la que todas las demás se miden y se encuentran en falta.

—Oh, vaya. Eso es un poco teatral —ella se puso de pie, pareciendo vagamente divertida. Debería haberse sentido insultado de que ella encontrara divertida su propuesta, pero prefería tenerla riendo que llorando —¿Cuántas veces has ensayado esto?

—No las suficientes, evidentemente —admitió—, pero te he imaginado mía tantas veces como pelos tengo en la cabeza. Sólo que en realidad nunca había pensado cómo haría para pedírtelo.

—Bien. Porque odiaría pensar que planeaste un cementerio como lugar adecuado para una proposición.

—No me estás tomando en serio.

—No, no lo hago —ella apartó su mano de él—. No era la chica adecuada para ti cuando eras lord Blackburn. Y ahora que eres el conde de Chambers, ciertamente no soy la adecuada.

—Tú eres la mujer para mí —dijo con rotundidad—, y aún te quiero. Todavía me siento como Blackburn.

—Pero no lo eres. Sé que sólo considerabas a Clara por el tamaño de su dote. Sé sincero contigo mismo, William. Tu hacienda está en problemas. Y necesitas una esposa que aporte más al matrimonio que una tumba pequeña y las manos vacías.

William se puso en pie, le puso las manos en la cintura y tiró de ella para acercarla.

—Lo que necesito eres tú. No me importa el resto.

—Sí que te importa —ella apoyó la frente en su pecho—. Porque debes hacerlo.

—Arabella, sé que sir Brandon te ha abandonado. Déjame que te mantenga. Si no me amas, al menos di que sí para que pueda cuidarte.

—Oh, William, eso es lo que hace todo esto tan lastimosamente difícil. Yo sí te quiero.

Si los cielos se hubieran abierto y le hubieran dado una visión del paraíso, no podría haber estado más emocionado.

—Entonces di que sí.

Ella sacudió la cabeza.

—Estamos condenados a repetirnos, tú y yo. No pude quitarte tu Tour antes. No puedo quitarte Chambers ahora.

—No te preocupes por eso.

—¿Puedes decirme honestamente que no has considerado pedir permiso a la Cámara de los Lores para vender algunas de tus propiedades vinculadas? Eso es lo que dice lady Costwords.

—Juro que esa mujer dice saber cuándo un mosquito mueve las pestañas —refunfuñó él—. Pero se equivoca. No estoy tan desesperado. No todavía, en todo caso. Déjeme preocuparme por Chambers.

—Entonces debes dejar que yo me preocupe por ti, William —dijo Arabella—. No puedo aceptar tu propuesta.

—Quieres decir que no lo harás.

—Si quieres.

—No, no me gusta. No me gusta nada la forma en que estamos llevando esto. —Alargó la mano para acariciarle la mejilla. Para su alivio, ella no se apartó. De hecho, inhaló un suspiro entrecortado cuando él le pasó el pulgar por los labios.

—Tú tampoco.

—¿Cómo puedes saberlo? —susurró ella, sin apenas mover la boca.

Él agachó la cabeza hasta que sus labios estuvieron a escasos centímetros de los de ella.

—Un hombre simplemente lo sabe.

Entonces, para su gran sorpresa, ella deslizó los dedos bajo sus solapas y se puso de puntillas. Con los ojos muy abiertos, cerró la distancia entre sus bocas.

Capítulo 21

Los deberes de esposa, nos enseñan, a menudo exigen que una mujer soporte el acto del matrimonio con los dientes apretados y una determinación adusta, recordando todo el tiempo que la alegría de tener hijos vale cualquier incomodidad momentánea. Sin embargo, las damas de medios independientes a veces buscan experiencias sensuales, no con el propósito de procrear, sino con lánguido abandono por el puro placer del acto. Sin embargo, tenga en cuenta que cuando una une su cuerpo al de otro, entrega un trozo de su corazón que nunca recuperará.

De Confesiones de un alma poco convencional de lady Milford, escribiendo como la señora Beatrice Willwood

Merezco ir al infierno

Los besos de William la derritieron tan profundamente que casi no le importó.

Sus dedos revolotearon por el pecho de él, deslizándose por debajo de su chaqueta. Su pecho estaba acordonado de músculos fuertes y duros bajo su fina camisa de césped. La apretó más contra él y ella sintió un bulto duro en sus pantalones. El calor se acumuló entre sus muslos. Ella se arqueó hacia él y se meció lentamente.

Él gruñó en su boca.

El profundo dolor que habitaba en su lugar secreto empezó a palpitar. Ella estaba hueca. Vacía. Necesitada.

A Arabella le habían enseñado que estaba mal que una mujer tuviera siquiera tales necesidades, y mucho menos que actuara en consecuencia. Había sido criada como una dama, educada estrictamente en lo que estaba bien y lo que estaba mal. La naturaleza, sin embargo, le había jugado una mala pasada.

Era una voluptuosa secreta. Se deleitaba con sus sentidos, y William Hadington sabía cómo hacerlos cantar.

Sus fuertes brazos se tensaron en torno a ella. Entonces sus manos se deslizaron por su espalda hasta acariciarle el trasero a través de la fina bata y la chemise.

No. No puedo dejar que vuelva a ocurrir.

William insistiría en casarse con ella esta vez, pero aun así todo saldría mal. Abandonaría sus principios. Llevaría a Chambers a la bancarrota. Defraudaría a sus hermanos menores y no mantendría a sus arrendatarios y criados. Se vería obligado a renunciar a la administración de la finca que tanto apreciaba. Su honor desaparecería.

Todo por ella.

Y cuando todo estuviera dicho y hecho, él la odiaría por ello.

Ella metió las manos entre ellos y empujó contra su pecho con todas sus fuerzas.

—No.

William soltó su agarre sobre ella, pero su intensa mirada la mantuvo prisionera.

Ella no podía moverse.

—¿No a qué? —dijo él, con el rostro fiero y el pecho agitado—. Me deseas, Arabella, sé que lo haces. Tanto como yo te deseo a ti.

Más, probablemente.

—No puedes negarlo —su voz estaba rasgada por la necesidad.

—No, no puedo —admitió—. Sí que te deseo. Y te querré hasta mi último aliento, pero aún puedo decir que no.

—¿No a mi propuesta?

—No a esta... esta... sea lo que sea esta locura entre nosotros —dijo Arabella, retrocediendo para alejarse de él. Volvería a ser absorbida por sus brazos si no escapaba pronto de su peligrosa atracción—. No a ti.

—Arabella…

Ella no esperó. Se levantó las faldas y echó a correr.



Arabella agradeció que William no intentara seguirla. Sus entrañas estaban tan revueltas que no se creía con fuerzas para volver a decirle que no. El enérgico paseo de regreso a la casa de los Amburt la tranquilizó un poco, pero ahora, en lugar de sentirse excitada y frustrada, estaba agotada.

Y tan profundamente triste que era como si la emoción hubiera sido inventada específicamente para ella. Le dolía tanto el pecho que imaginó que su corazón podría saltar de su pecho y revolotear por sí solo porque lo había cuidado tan mal. Seguramente nadie se había sentido nunca tan desesperada. Tan indeciblemente vacía.

Arabella encontró a Clara en el salón, de pie, con las manos entrelazadas a la espalda. La mesa baja ante el sofá estaba preparada con un delicioso té, completado con un plato de

bizcochos y sándwiches de pepino, una tetera humeante y tazas y platillos para dos.

—Has vuelto pronto —dijo Clara rápidamente, sus ojos recorriendo la habitación—. No esperaba que volvieras hasta dentro de media hora o así.

—Y sin embargo has preparado el té. Qué considerada —dijo Arabella, agradecida por algo tan ordinario como tomar el té, algo tan sin sentido como verter y mezclar las cantidades adecuadas de leche y azúcar. Le permitiría pasar por el aro y comportarse como si aún fuera una persona viva y que respiraba, aunque lo dudaba seriamente. Se quitó el bonete y la pelisse y se los entregó a su criada, Betsy, que hizo una rápida reverencia y se alejó corriendo—. Gracias, Clara, querida. Estoy muy necesitada de una taza.

—¿Por qué? —preguntó Clara—. Normalmente pareces tranquila después de una visita a la tumba de sir Horace.

—Había... demasiada gente en el cementerio —Arabella se dio cuenta de su error en cuanto las palabras salieron de su boca. Clara querría saber quién estaba allí, así que se apresuró a buscar una forma de despistarla—. No podía pensar adecuadamente con otras personas presentes.

Eso era bastante cierto. William ahuyentó todo pensamiento racional de su mente.

—¿Por eso vas allí? —preguntó Clara —¿Para pensar?

—Para recordar, entonces.

Se hundió en su sillón favorito frente al sofá y suspiró.

—¿Por qué no nos vamos a la sala de música? —dijo Clara—. He estado trabajando en una nueva sonata. Agradecería tu opinión sobre ella.

—Quizá más tarde —dijo Arabella, preguntándose porqué Clara no se sentaba y la dejaba que se explayara. O tal vez dejaría que Clara lo hiciera. La chica necesitaba la práctica, después de todo. Una no servía el té con elegancia sin realizar el ritual casero a menudo—. Después de la

cena, estaré encantada de escuchar…

—…no, no podemos —interrumpió con un suspiro—. Nos esperan en casa de lady Clemens para una fiesta de cartas esta tarde, ¿no es así?

—Ya le he enviado una nota, rogándole que se retire.

Arabella podría haberla besado, pero no era propio de Clara rechazar una oportunidad de tontear.

—¿Por qué?

Clara raspó la punta de su zapato contra la alfombra Aubusson.

—En realidad no me interesan las cartas.

—Entonces debería concentrarse en conversar con los de su mesa.

El cielo sabía que la chica necesitaba práctica para hablar con los demás de forma que no les hiciera creer que la joven Srta. Amburt era decididamente rara.

—Ése es justo el problema. Los otros jugadores —se quejó Clara—. No se me permite elegir a mis propios compañeros de mesa, y si no me gustan aquellos con los que me han sentado, seguiré atrapada con ellos hasta que haya jugado el número requerido de manos.

—¿Cómo sabrás si te caen bien a menos que hables con ellos? A veces, la gente te asombra. —Ciertamente, a Arabella la había asombrado el señor Caldwell en el baile de lady Costwords. El tipo se había mostrado inusualmente humilde y bastante cándido sobre su singular situación entre la tonelada mientras la acompañaba en el cotillón. No pudo evitar sentir lástima por él.

Arabella se inclinó hacia delante para servirse un poco de té, pero se dio cuenta de que las tazas ya estaban llenas. Clara ya había servido dos raciones. Ahora la muchacha se dejó caer en el sofá y se retorció los dedos. Una rodilla temblaba arriba y abajo.

—¿Por qué estás tan inquieta, Clara?

—¿Inquieta? —La rodilla se quedó repentinamente inmóvil —¿Yo?

—Sí, tú. Estás nerviosa como un gato. ¿Y por qué ya has servido…

Las cortinas de la ventana que daba a la calle se agitaron un poco y Arabella notó los pulidos dedos de un par de zapatos asomando por debajo de ellas.

—Clara, necesito que vayas a tu habitación inmediatamente.

—Pero ¿por qué yo...?

—Si pronuncias una sílaba más, tú y yo subiremos a un carruaje con destino a la finca de tus padres a primera hora de la mañana.

Cuando Clara abrió los labios para objetar, Arabella la detuvo con:

—Pruébame en esto, jovencita, y quedarás severamente decepcionada.

La boca de Clara se cerró con un chasquido de dientes. Lanzando un gruñido bajo en el fondo de su garganta, salió de la habitación y subió las escaleras dando pisotones. Arabella permaneció callada e inmóvil hasta que oyó el portazo de la chica.

—Seas quien seas —dijo, —te han descubierto. Te sugiero que te escabullas de tu escondite y afrontes las consecuencias.

—Yo nunca me escabullo —llegó una voz familiar.

Arabella no se sorprendió cuando Daniel Caldwell salió de detrás de la cortina. Pero se sorprendió al ver que lucía los amarillentos restos de lo que debió de ser un espectacular ojo morado alrededor de su ojo izquierdo. Alguien le había dejado tonto.

—Sr. Caldwell, ¿quiere tomar un té mientras discutimos lo que voy a hacer con usted? —dijo Arabella, decidiendo que la civilidad le vendría mejor que un ataque de chillidos—. Parece que Clara ya ha servido el suyo.

—Lady Milford, sé lo que esto debe parecer…

—¿Lo sabe? —dijo ella bruscamente—. Porque a mí no me lo parece. Si deseaba arruinar la reputación de la señorita Amburt, difícilmente podría hacer algo mejor que visitarla en privado cuando su chaperona no está disponible.

Se dirigió hacia el sofá y se hundió en él con cautela.

—No es así. En cuanto me di cuenta de que no estaba en casa, le pedí a Clara que llamara a su criada al salón, para que le sustituyera, por así decirlo.

Por eso Betsy estaba en el salón cuando llegué.

Normalmente las criadas de las señoras no tenían ninguna tarea que requiriera su presencia en las partes públicas de la casa. La provincia de Betsy eran los dormitorios de las damas a las que servía y las zonas de abajo, donde se ocupaba de remendar y lavar los armarios de sus señoras. Arabella debería haber sabido que algo iba mal en cuanto vio a Betsy en la planta baja.

—Aun así, eso no excusa su comportamiento —dijo Arabella con severidad—. Betsy puede ser una admirable doncella de señora, pero difícilmente es una carabina adecuada para la señorita Amburt.

—Cualquier puerto en una tormenta. —El señor Caldwell le mostró su sonrisa más ganadora. Ella le envió a cambio una mirada fulminante.

—Pero el hecho de que se me ocurriera pedir una chaperona debería decirle que mi intención no era hacer daño a la señorita Amburt —dijo, claramente esforzándose por que Arabella le creyera.

Ella no lo hizo. Su confianza en el macho de la especie estaba en un punto particularmente bajo en ese momento.

—Su intención no significa nada —dijo Arabella frunciendo el ceño mientras le entregaba su té—. La intención y los resultados rara vez son lo mismo cuando se trata de usted, Sr.

Caldwell.

—Pero esta vez lo son —dio un sorbo ruidoso. Arabella esperaba que la taza se hubiera enfriado—. No haría daño a Clara por nada del mundo.

—¡Que no le vuelva a oír hablar de ella en tono familiar!

—Señorita Amburt, entonces —Caldwell bebió otro sorbo. Estaba claro que el té no estaba lo bastante frío—. Me cortaría la mano derecha antes de hacerle daño.

—Hay quien pagaría por ver semejante espectáculo, Sr. Caldwell.

—Lady Milford, ¿cómo puedo convencerla de que sólo deseo lo mejor para ella?

—Puede dejarla en paz. Usted no es un partido elegible, Sr. Caldwell.

Suspiró profundamente.

—Simplemente por el accidente de mi nacimiento.

Parecía injusto, pero la tarea de Arabella era ver a Clara convenientemente casada. El hijo bastardo de un gran hombre, incluso un bastardo reconocido, no reunía los requisitos.

—Lo siento, pero sí.

—Si fuera el hijo legítimo del conde, no le disgustaría encontrarme cortejando a la señorita Amburt.

—Lo haría si intentara cortejarla cuando yo no estuviera disponible para hacer de carabina —dijo Arabella—. Seguramente debe ver que su mera presencia aquí la pone en peligro.

—Entendido. En el futuro, procuraré planificar mis visitas a la Srta. Amburt para que coincidan con su horario.

—No, no lo hará. No asistirá, señor Caldwell —dijo Arabella, intentando hacer su mejor imitación de lady Costwords—. No puede cortejar a la Srta. Amburt.

—Así que los niños deben pagar de verdad por los pecados de su padre —Caldwell puntuó su afirmación con un bufido.

—Yo no hago las reglas, señor. Y francamente, usted no las infringe. De hecho, me parece como si flotara por la vida tan despreocupado como una burbuja, a pesar de su histrionismo actual.

—¡Histrionismo!

—Ahórreme su indignación. Usted y yo sabemos que un hombre puede hacer caso omiso de la corrección cuando le conviene, pero si una mujer no sigue las reglas, es ella quien lo paga y muy caro.

Como él no replicó, Arabella prosiguió con más suavidad.

—Si de verdad le importa la señorita Amburt, dejará de dirigirle sus atenciones.

—No puedo —dijo él, con los hombros caídos por la miseria—. La amo, milady. Ella es la única persona que me permite ser yo mismo, no el payaso jovial que la tonelada espera que sea.

—Más bien creo que es usted exactamente lo que parece, Sr. Caldwell.

—Entonces está claro que la tengo engañada.

—Eso, señor, es precisamente lo que trato de evitar.

El Sr. Caldwell dejó su taza de té y la miró fijamente.

—Acordemos dejar de lado por el momento la cuestión de mi cortejo a la señorita Amburt.

—De acuerdo, pero sólo si lo considera una cuestión resuelta.

—No lo hago —dijo—, pero siento que debo aprovechar esta oportunidad para contarle algunos rumores de problemas que han llegado a mi conocimiento.

Un cosquilleo de aprensión recorrió la espina dorsal de Arabella. Se había esforzado tanto por proteger a Clara de las lenguas poco amables que se agitaban.

—¿Esos rumores conciernen a la señorita Amburt?

—No, milady. Le conciernen a usted.

Capítulo 22

Los chismes nunca son más viles que cuando huelen a verdad.

Del diario de lady Milford

—Me interesan poco los cotilleos, Sr. Caldwell —dijo Arabella primorosamente—. Menos aún si el cotilleo es sobre mí.

Se examinó las uñas para ver si estaban limpias y luego, aparentemente satisfecho, se las pulió en la solapa.

—Esto no entra exactamente en la categoría de cotilleo. Es más bien una verdad no revelada hasta ahora.

—Señor Caldwell, si piensa chantajearme para que le permita el acceso a la señorita Amburt, ha subestimado gravemente mi determinación de protegerla.

Arabella deseó que estuviera lo suficientemente cerca como para darle una sonora bofetada en su rostro socarrón.

—No permitiré que mancille su buen nombre.

—No, no. No hay nada que mancillar. Como si me rebajara a tal cosa. Además, esto no tiene nada que ver con la Srta. Amburt. Acordamos no hablar de esa joven por el momento —dijo, levantando las manos en fingida rendición—. Sólo ofrezco la información que poseo

como... una especie de advertencia.

Arabella entrecerró los ojos mirándole.

—¿Me amenaza, señor?

—No, por supuesto que no. Nunca se me pasaría por la cabeza hacer tal cosa. Puede que no sea un caballero en el sentido más puro de la palabra, pero nunca amenazaría a una dama.

Sus cejas se fruncieron y casi se juntaron sobre su nariz aguileña. Parecía genuinamente afligido por la idea.

—Sólo espero que sepa cómo protegerse a la luz de esta información.

Sonaba ominoso. Sus nervios dispararon pequeñas ráfagas de alarma.

—¿De qué necesito protegerme?

—De mentes inquisitivas —dijo el Sr. Caldwell—. Ciertas partes han decidido interesarse por la muerte de su marido.

—Eso no tiene sentido. Sir Horace murió hace años.

—En circunstancias misteriosas —añadió Caldwell.

—No, sucumbió tras una breve enfermedad.

—Algunos dudan de eso. Se ha barajado la palabra 'veneno'.

Arabella se sobresaltó hasta los dedos de los pies.

—¿Veneno?

—Arsénico, para ser específicos. Parece que hay cierto apoyo empírico para la noción. Un par de mujeres que trabajaban para la funeraria de sir Horace han descrito haber visto en su cuerpo lo que parecían signos de envenenamiento.

Los pequeños estallidos de alarma se graduaron hasta convertirse en pánico total.

—¿Informaron de sus hallazgos a las autoridades?

—No, lo que le da un pequeñísimo margen de maniobra para manejar esta situación. Eso y el paso del tiempo. Esos dos hechos son un buen presagio para usted.

—¿A mí?

—Mi señora, mire las pruebas desapasionadamente. El veneno es un garrote de mujer. Es íntimo, pero no violento. Requiere proximidad para administrarlo, pero puede lograrse encubiertamente. —El Sr. Caldwell marcó con los dedos las razones por las que el veneno era un arma femenina—. En cuanto a quién pudo cometer este asesinato, si realmente puede establecerse como asesinato tanto tiempo después del hecho, sería natural que las lenguas cotillas culparan a la viuda alegre.

—No soy una viuda alegre —dijo Arabella, tratando de evitar que su temblor interior fuera visible exteriormente.

—No en este momento, lo reconozco. De hecho, su semblante es todo lo contrario de alegre.

Se puso en pie y recorrió toda la habitación para distanciarse de él.

—¿Y por qué no habría de estarlo, ya que es evidente que tiene la intención de difundir esta maliciosa mentira por toda la tonelada?

—En absoluto. Este es un jugoso bocado que he jurado guardar, —prometió el Sr. Caldwell con la mano levantada—. Sólo se lo digo ahora para que esté prevenida de que alguien ha contratado agentes de investigación para averiguar los detalles del hecho.

—¿Quién?

—El hombre que me puso este ojo morado para sellar mi silencio sobre el asunto. Fue lord Chambers. —El Sr. Caldwell también se puso en pie—. Buenas noches, milady. Me verá fuera.

En cuanto el Sr. Caldwell despejó el umbral de la puerta, las rodillas de Arabella amenazaron con doblarse.

Ay, William.

¿Cómo podía sospechar de ella de semejante cosa?

Sin embargo, Arabella sabía perfectamente por qué. Sólo que no quería admitirlo, ni siquiera ante sí misma. Había deseado la muerte de sir Horace en numerosas ocasiones. No abiertamente, por supuesto, pero en el fondo de su corazón, había anhelado su desaparición. Era difícil no hacerlo.

Su marido alardeaba regularmente de sus amantes en su cara, escarneciéndolas abiertamente sobre Town y convirtiéndola en objeto de lástima. Hacía comentarios crueles sobre lo afortunado que era que Arabella hubiera perdido el bebé, ya que habría disgustado a su hijo Brandon tener una rival más joven. Lo peor de todo es que, a pesar de que se valía de otras muchas mujeres, su marido la forzaba con una regularidad enfermiza.

La muerte de sir Horace había sido lo mejor que le había ocurrido desde que William se había largado a hacer su Grand Tour.

Arabella se había liberado. Vertió su amargura en los escandalosos panfletos de la señora Willwood y siguió sus propios caprichosos consejos a costas extranjeras. Quizá nunca hubiera regresado a la sociedad convencional si la necesidad de conservar sus menguantes fondos no la hubiera enviado de vuelta a Inglaterra.

Y ahora William cree que he asesinado a mi marido.

Arabella deseó de todo corazón haberse quedado en el extranjero. Debería haber encontrado un pueblecito en el sur de Francia y haberse establecido como profesora de inglés. Tal vez no hubiera vuelto a ver a William, pero eso habría sido preferible a que él sospechara que ella era una asesina.

Un nudo duro le hizo un ovillo en el estómago.

Se hundió en su silla y se rodeó con los brazos, como si así pudiera contenerse. Finalmente, el shock ante la idea de que su marido hubiera sido asesinado se despejó. Entonces se dio cuenta de que William no podía creer que ella hubiera envenenado a sir Horace.

No me habría pedido que me casara con él si pensara que era capaz de administrar arsénico a mi cónyuge.

Lo que significaba que su investigación sobre la muerte estaba relacionada con algo más.

Tal vez pretendía descubrir pruebas que la exoneraran.

O encontrar al verdadero asesino.

Porque si no lo había hecho ella, debía haberlo hecho otra persona. Arabella rebuscó en su mente, intentando seguir los pasos de su marido durante los últimos meses de su vida. Su salud nunca había sido terriblemente robusta, pero había ido decayendo considerablemente mientras invernaban en Cornualles. Culpaba de sus frecuentes dolencias estomacales al exceso de cordero poco hecho. Entonces, una vez que regresaron a Londres a principios de la primavera, sir Horace se recuperó y se volvió asquerosamente alegre.

Arabella lo había achacado al hecho de que su amante estaba muy cerca cuando estaban en la ciudad.

Ahora tenía que considerar quién podría haber salido ganando con su muerte. Además de ella.

El Sr. Caldwell tenía razón. Ella era la sospechosa natural. Su difunto marido seguía perturbando su vida desde el más allá.

Qué enmarañada red era todo aquello.

Era culpa suya. Nunca debió casarse con sir Horace bajo falsos pretextos. William tenía

razón. Ella debería haberle dicho que esperaba un hijo suyo. Puede que él se resintiera con el tiempo, pero si lo hubiera sabido, habrían afrontado juntos las consecuencias de sus precipitadas acciones.

Sin embargo, en aquel momento, lo que habían hecho no había parecido precipitado. Amar a William era mágico. El exquisito tormento, el éxtasis de aprendérselo de memoria... ella no habría deseado deshacerlo más de lo que podía volar.

Pero había cargado ella sola con el peso de sus imprudentes decisiones a lo largo de los años.

Estaba completamente cansada.

Aun así, sus errores podrían no ser en vano, razonó. No mientras otra persona pudiera aprender de ellos.

Se levantó y se acomodó un mechón de pelo errante detrás de la oreja. Luego se dirigió a la alcoba de Clara.

Una vez allí, Arabella se sentó a los pies de la cama.

—Clara, esta noche has roto las reglas con el señor Caldwell.

—Sólo estábamos tomando el té —se quejó Clara.

Y Arabella sólo había pensado en escaparse para encontrarse con William y darse unos besos sin aliento en el jardín de su familia.

—Las situaciones aparentemente inocentes pueden volverse no tan inocentes muy rápidamente. Siéntate a mi lado, querida. —Le dio unas palmaditas al cubrecama—. Voy a contarte la historia de una joven insensata que pensó que podía romper las reglas impunemente. No es una bonita audición y no puedo prometerte que no tendré que detenerme para secarme los ojos varias veces. Pero puedo prometerte que cada palabra es cierta.

Clara levantó una ceja escéptica.

—¿Cómo sabes que es verdad?

—Porque la joven tonta era yo.

Capítulo 23

Los franceses dicen que no hay matrimonio perfecto porque no hay hombres perfectos. Yo soy la prueba de ese adagio, y sin embargo me parece que el matrimonio es la única solución perfecta.

Del diario de William Hadington, conde de Chambers, vizconde Blackburn y amante desesperado de Arabella Belhurst Milford

El señor Price llamó suavemente al estudio de William y luego, como la puerta estaba entreabierta, se inclinó para espiarle.

—Milord, el señor Higgindorfer ha venido a verle.

William suspiró. El hecho de que esperara al hombre no significaba que estuviera deseando que llegara la reunión.

—Muy bien, Price. Hágale pasar.

El adusto anciano de negocios entró arrastrando los pies, sacó el libro de contabilidad de Chambers de su maletín y equilibró el libro en el borde del escritorio de William. Parecía a punto de caerse. William tomó la precaria colocación como una metáfora no tan sutil de Higgindorfer sobre la inestabilidad de la situación financiera de la finca Chambers.

—¿Qué pesadumbre me trae esta vez, señor?

—Sobre la finca, ningún peligro del que no esté ya al corriente —Higgindorfer se sentó en

la silla frente a William sin esperar permiso—. Su crédito es escaso, sus impuestos suben y una primavera inusualmente seca amenaza con destruir las cosechas de sus arrendatarios.

Siempre un rayo de sol.

—¿Tiene algún consejo?

—Sólo dos, mi señor —el anciano se inclinó hacia delante—. Cásese bien.

Aunque William había considerado esta misma opción, no le gustó que Higgindorfer la propusiera tan descarnadamente.

—No es la más digna de las maneras de mejorar las finanzas de uno.

—Quizá no, pero a menudo es la más práctica —Higgindorfer se reclinó en su silla y se echó las manos sobre el vientre—. Con ese fin, ha llegado a mi conocimiento que en White's circula un panfleto que nombra a debutantes concretas y enumera los pagos aproximados de dote que sus futuros maridos podrían esperar.

—Sí, sí. La Guía del Soltero —William agitó la mano en el aire como si fuera a rechazar la sugerencia—. Conozco el tomo.

—Entonces es consciente de que una tal señorita Amburt parecería dar respuesta a nuestro dilema financiero —cuando William no respondió, Higgindorfer prosiguió—. No hay vergüenza en un matrimonio de conveniencia, lord Chambers. Vaya, incluso hay precedentes reales para ello. ¿No aceptó Su Majestad el rey una novia no elegida por él a cambio de que el Parlamento cancelara sus deudas?

—Y mire lo bien que resultó ese matrimonio. Un heredero muerto, una reina sin corona y feos rumores de que la muerte de la princesa Carolina de Brunswick fue acelerada por veneno.

Higgindorfer se aclaró la garganta con un húmedo arrumaco. Incluso el viejo hombre de negocios parecía estar de acuerdo en que el comportamiento del rey hacia su esposa había sido censurable. De hecho, una de las razones por las que Jorge IV planeaba un viaje a Escocia era

que su popularidad entre los ingleses estaba en horas muy bajas. Los escoceses difícilmente podían pensar peor de él.

—Quizá Su Majestad no sea el mejor ejemplo —concedió Higgindorfer—, pero el matrimonio real resolvió su problema de deuda, al menos durante una temporada. Sin embargo, confío plenamente en que una vez que las deudas de Chambers se hayan retirado, su administración de la hacienda se encargará de que no vuelvan. Y si las cosas empeoran, debe admitir, milord, que una alianza con un caballero tan rico como el barón Amburt le vendría muy bien a Chambers.

—Pero la alianza que usted propone no es con el barón. Es con su hija.

Su torpe y decididamente extraña hija.

—A riesgo de ser impertinente —dijo el anciano, con la voz aún más cascajosa que de costumbre—, debo señalar que está usted siendo deliberadamente obtuso.

—No, le entiendo perfectamente, Higgindorfer. Simplemente no estoy de acuerdo en que el matrimonio con la chica Amburt sea mi única opción. Dejemos la cuestión a un lado por el momento.— Para siempre, si tengo algo que decir al respecto —¿Tiene algo que informar sobre otras cuestiones?

—De hecho, sí. Han surgido algunas novedades en relación con nuestra investigación sobre la muerte de sir Horace —Higgindorfer se removió incómodo en su asiento—. Mucho me temo que el agente investigador que contraté no fue tan discreto como esperaba. Al parecer, su husmeo ha llamado la atención de un magistrado local, que ahora ha decidido interesarse por el asunto.

Eso era lamentable. Una cosa era que William buscara la verdad. Fuera lo que fuera lo que descubrieran sus agentes, había contado con poder controlar la información si se revelaba algo condenatorio sobre Arabella. Tener a un magistrado involucrado complicaba las cosas considerablemente.

—¿Ha descubierto el magistrado algo de interés?

—En efecto, lo ha hecho. Se hizo un sondeo entre los comerciantes locales. Parece que el boticario cercano a la casa del pueblo de Milford lleva unos registros escrupulosos. Según su libro de contabilidad, alguien compró una cantidad de estricnina por cuenta de los Milford unos quince días antes de la muerte de sir Horace.

—¿Estricnina? —dijo William, sorprendido—. Creía que había dicho que las decoloraciones del cuerpo del baronet apuntaban al arsénico.

—Lo hacen y parecerían indicar dosis no letales administradas durante algún tiempo. Administrado en cantidades tan pequeñas, el arsénico se acumula en el organismo. Es casi indetectable como instrumento de asesinato porque es de acción lenta, a menudo imitando un simple malestar gástrico hasta que finalmente se lleva a la víctima. La estricnina, por el contrario, mata rápidamente. En el caso de sir Horace, las pruebas sugieren que alguien había estado dosificando al baronet con arsénico, pero al parecer se cansó de esperar a que ese agente surtiera el efecto deseado. El asesino cambió de veneno.

—¿Recordó el químico quién encargó la estricnina?

—Sólo que fue una mujer.

—Esto no prueba nada. Podría haber sido cualquiera relacionado con la casa de los Milford. El ama de llaves podría haber comprado el veneno para controlar las alimañas.

—Excepto que sir Horace está muerto, no un nido de ratas —dijo el Sr. Higgindorfer—. Milord, sé que se ha interesado por esta desafortunada situación debido a su anterior asociación con lady Milford; no, no, no hace falta que lo niegue. Recuerdo bien lo enamorado que estaba de ella aquella temporada antes de su Gran Viaje. El apego fue motivo de gran preocupación para tu padre.

William le miró fijamente.

—Le angustiaría aún más si pudiera ver que sigue involucrado con una mujer que amenaza con arrastrar el nombre de Chambers a tan sórdidos hechos.

—Mi padre, que en paz descanse, está más allá de esas preocupaciones.

—No obstante, no necesito señalar que este nuevo acontecimiento no presagia nada bueno para lady Milford —prosiguió Higgindorfer.

—Ella no asesinó a su marido.

Higgindorfer levantó ambas manos en fingida rendición.

—No digo que lo hiciera, pero debe admitir que la apariencia de actos nefastos difícilmente podría ser más fuerte.

—Esto sólo prueba que alguien está tratando de hacer parecer que ella es culpable.

—Entonces debo decir que lo está haciendo muy bien, mi señor. —Higgindorfer le dirigió una mirada escrutadora —¿Desea que siga haciendo averiguaciones sobre la situación?

—No.

—Me siento muy aliviado, milord.

—No lo esté. Sólo pongo fin a nuestra investigación porque ha provocado el interés oficial en el caso. No ayudemos a ese magistrado a hacer más difícil la vida de una mujer inocente.

—Mucho me temo que ese barco ha zarpado —murmuró Higgindorfer.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que hay quien no considera inocente a la dama.

—Sería muy inusual acusar a un miembro de la tonelada de asesinato —dijo William. Era bien sabido que parecía haber dos conjuntos de leyes, uno para la gente común y otro para los pocos con título. Puede que no fuera justo, pero el doble rasero había estado vigente tiempo atrás y, por una vez, William se sintió agradecido por ello.

—Pero lady Milford no es más que la segunda esposa de un baronet bastante menor. Sir Horace era un landed gentry, no un peer —explicó Higgindorfer—. En nuestros tribunales inferiores campan a sus anchas los de tendencia liberal. Muchos saltarían ante la oportunidad de juzgar a un miembro de la corteza superior, incluso a uno aferrado al último peldaño de la nobleza, por un crimen capital.

William se puso en pie y dio la espalda a Higgindorfer. La vista por su ventana solía ser tranquilizadora. Gente guapa paseaba por la calle bien cuidada. Había orden. Elegancia. La apariencia de cortesía. Sin embargo, William sabía que no sólo las masas se alegrarían de ver a un miembro menor de la tonelada enfrentarse a una acusación de asesinato. Bajo su fino barniz de civismo, la sociedad cortés estaría secretamente regocijada. Podrían profesar conmoción por el escándalo de una asesina de clase alta, pero lamerían cada gota de un juicio como si fuera el cordial más dulce.

Así debieron alegrarse las hordas de Roma cuando los cristianos eran despedazados por las fieras.

—Entonces, a la luz de esta nueva revelación, ¿está seguro de que no desea que me ocupe de nada más en el asunto de la muerte de sir Horace? —preguntó Higgindorfer, con tono sorprendentemente amable.

—No. —Esto era algo que William tendría que arreglar por sí mismo.

—Muy bien —dijo el hombre de negocios—. Volvamos al asunto de la sequía en su finca.

—Vender el molino en Essex —dijo William rápidamente—. No está vinculado; por lo tanto, puedo hacer con él lo que quiera. Estoy en mi derecho de venderlo.

—Pero mi señor...

—Ya me ha oído. Véndala —William volvió a sentarse en la silla de cuero de su escritorio como si al hacerlo pudiera recurrir al poder de todos los anteriores condes de Chambers que

habían tomado decisiones desde allí. —Y envíe un mensaje a mi agente de tierras en Chambers para que asegure a nuestros arrendatarios que no tendrán que responder por las rentas que no puedan pagar debido a una mala cosecha. Les proporcionaremos lo que necesiten para el resto de este año y semillas para empezar de nuevo la próxima primavera.

—Pero, mi señor, al vender el molino está renunciando a una propiedad que actualmente le proporciona ingresos para apuntalar otra que no lo hace.

—No es la propiedad lo que estoy apuntalando. Es la gente, Higgindorfer —dijo William en tono de protesta—. Algunas de esas familias llevan cultivando las tierras de Chambers desde la época del abuelo de mi abuelo. ¿Debo echarlos simplemente porque no ha llovido?

Higgindorfer se quedó boquiabierto. Luego pareció recomponerse y la cerró con un chasquido. —Mi señor, eso es... extraordinariamente generoso. Pero sería negligente con mis deberes si no añadiera que también es más que un poco temerario.

Como era Higgindorfer quien lo decía, William estaba dispuesto a dejar pasar el insulto. Además, el hombre tenía razón. Una vez que un caballero de la propiedad iniciaba el camino de la venta de los bienes de una finca, era difícil predecir dónde terminaría la venta.

—No obstante, usted se encargará de ello, señor Higgindorfer —dijo William con firmeza —. Avíseme una vez que la venta haya concluido y nuestros inquilinos estén a salvo.

—Como quiera, mi señor —el anciano recogió el libro de contabilidad sin leer y lo volvió a meter en su mochila—. Permítame decir que su decisión demuestra una gran nobleza de espíritu... si no un gran sentido de los negocios.

Confíe en Higgindorfer para lanzar un cumplido con un golpe de revés.

—Si no hay nada más, entonces, seguiré mi camino —Higgindorfer estaba a medio camino de la puerta cuando se detuvo —¡Oh! Hay un asunto más. Tengo entendido que ha aceptado una invitación a Carlton House. ¿Ha decidido ya un regalo para el rey?

—No. —Era un hecho lamentable que aunque el rey Jorge IV era posiblemente el hombre más rico del reino, se esperaba que sus súbditos le prodigaran regalos a cada paso—. Encuentre algo adecuado, ¿quiere? Una caja de rapé tal vez.

Higgindorfer sacudió la cabeza.

—Una tabaquera no, mi señor. Los primos de la difunta princesa están uniendo fuerzas para obsequiar al rey con una soberbia. Se dice que sir Brandon Milford y su esposa, de acuerdo con lord Everleigh, ofrecen a Su Majestad un exquisito regalo de Brunswick. Se dice que la tabaquera en cuestión es de lo más singular tanto en diseño como en historicidad.

—Oh

—Según tengo entendido su procedencia, la tabaquera perteneció al bisabuelo de la difunta princesa Carolina. Al parecer, las dos partes de la familia real están a punto de hacer las paces —dio otros pasos hacia la puerta—. A la luz de este desarrollo finalmente positivo a pesar de las desventuras matrimoniales de Su Majestad, quizás su señoría reconsidere un matrimonio de conveniencia para resolver nuestras dificultades.

—Fuera —tronó William.

—Sí, mi señor. Muy bien, mi señor. No volveré a sacar el tema.

—Encárgate de que no lo hagas.

Una vez que Higgindorfer cerró la puerta tras de sí, William soltó un largo suspiro. El anciano tenía razón. Un matrimonio era exactamente lo que se buscaba para resolver las dificultades que Higgindorfer le había revelado.

Pero desde luego no era el matrimonio que su hombre de negocios tenía en mente.

Capítulo 24

Por muy independiente que desee ser una dama, llega un momento en su vida en que debe doblegarse ante la verdad. En este mundo, la mejor protección de una mujer, a veces la única, es el amor de un buen hombre.

Lady Milford escribiendo como la señora Beatrice Willwood

El reloj de caja larga dio las nueve campanadas. El salón estaba inundado de una suave luz a esas horas de la mañana. Arabella tomó otro sorbo de su chocolate caliente y metió los pies debajo de ella, mientras Clara hojeaba la sección on-dit del Times.

—Esta reportera se quedó atónita cuando lady Costwords, normalmente la árbitra del comportamiento correcto, tuvo que ser expulsada físicamente de la ópera la pasada noche —leyó en voz alta.

Arabella se sentó erguida y se inclinó hacia delante.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—El Times dice que llegó tarde y exigió que la sentaran después de que empezara el segundo acto. Debió de montar una escena terrible.

—Eso no parece muy sensato por su parte —dijo Arabella—. Todo el mundo sabe que es

de mala educación exigir la entrada una vez que la representación ha comenzado.

Clara pasó el dedo por varias líneas del papel. —Parece que no fue perderse la ópera lo que molestó a lady Costwords. Fue el hecho de que su silla ya estaba ocupada por una tal señora Rachel Silvercrest.

—Oh, vaya —Arabella comprendió la consternación de lady Costwords. La señora Silvercrest era una notoria mujer de altos vuelos. Su aparición en la ópera en el palco Costwords era un reconocimiento abierto de que lord Costwords había adquirido una nueva amante y quería tocarle las narices a su esposa con ello.

—No lo entiendo —dijo Clara, inclinando la cabeza hacia un lado —¿No hay varias sillas en el palco de los Costwords? Seguro que había sitio suficiente tanto para lady Costwords como para la señora Silvercrest.

Arabella se maravilló de la inocencia de la muchacha pero decidió que no la desengañaría. Ya le había contado a Clara más de lo que la mayoría de las jóvenes sabían sobre lo que pasaba entre hombres y mujeres cuando había abierto la puerta a su propio pasado como un cuento con moraleja. En lugar de horrorizarse por la experiencia de Arabella, Clara se había mostrado comprensiva y sabia. Había prometido hacer buen uso del ejemplo de Arabella sobre lo que no se debía hacer. Sería circunspecta en su comportamiento y no daría a nadie motivos para acusarla de ser rápida.

—Y si el señor Caldwell vuelve a intentar arrastrarme a una posición comprometida, le pegaré con las orejas —había prometido Clara con firmeza.

Arabella le había asegurado que no había necesidad de violencia, pero la promesa de la muchacha de comportarse con corrección la reconfortó mucho. Por primera vez, empezó a relajarse un poco en su papel de madrina y guía.

Tanto ella como Clara iban cómodamente desvestidas, es decir, en camisones de tela suave que las cubrían bastante bien pero que no estaban lo suficientemente a la moda para pasear por la

ciudad. Cuando terminaran de desayunar los últimos cruasanes y gelatinas, se dirigirían a sus aposentos para ponerse vestidos de día más adornados. Arabella y Clara tenían previsto estar "en casa" para cualquiera que quisiera hacerles una visita hoy. Y si nadie llamaba, pasarían la tarde leyendo o cosiendo o, en el caso de Clara, tocando el piano.

Las mañanas de ocio con Clara eran una ventaja encantadora de la situación actual de Arabella. Mientras acompañaba a una dama, también podía vivir como tal. Sin embargo, una vez que Arabella ayudara a Clara a encontrar una pareja adecuada, tendría que buscar un empleo que requiriera trabajo real durante esas horas de somnolencia.

La paz de su mañana se vio repentinamente perturbada por la irrupción de William Hadington en el salón. James, su alto y apuesto lacayo, le seguía de cerca. Arabella deseó de repente llevar algo más sustancioso que una muselina rosa pálido.

—Le ruego me disculpe, lady Milford —dijo James, con las facciones contraídas en un ceño afligido—, pero su señoría no quiso esperar a ver si era recibido.

—Entonces no es culpa suya que haya irrumpido aquí como un salteador de caminos.

—No voy a irrumpir en ningún sitio —gruñó William—. Simplemente no tengo tiempo para tonterías.

—¿Y usted considera una tontería la cortesía común, lord Chambers? Nuestro horario 'en casa' no empieza hasta las once. Deje su tarjeta ahora y vuelva entonces. Tal vez a esa hora sea admitido. James le mostrará la salida.

—James se acompañará a la salida si sabe lo que le conviene. Esto no es una visita social —dijo William, con expresión feroz. Arabella no culpó a su lacayo por retroceder hacia la puerta —. Srta. Amburt, déjenos, por favor.

—No, Clara, quédate.

—Confíe en mí, lady Milford. Esta es una conversación que es mejor mantener en privado

—luego se volvió hacia Clara—. Puede dejar la puerta del salón entreabierta, si teme por la reputación de su madrina.

Arabella le entrecerró los ojos. Estaba siendo tan bravucón que ella casi no lo reconocía.

—Clara, no te muevas de ese sitio.

—En realidad, milady —dijo Clara mientras se acercaba a la puerta—, creo que dejé mi bordado arriba. La luz es tan encantadora por la mañana. Iré a buscar mi labor de aguja y volveré.

—Tómese su tiempo —le dijo William.

—Puede que tarde un poco en encontrarlo, mi señor —dijo Clara—. No he trabajado una puntada en quince días, pero estoy segura de que el muestrario está en alguna parte de mi alcoba.

Arabella se puso en pie, con las manos apretadas a la cintura.

—Clara, quédate donde estás.

—Lo haré... —La mirada de la muchacha iba de un lado a otro entre ellas, y luego rodó hacia el cielo como si allí buscara guía—. Volveré —dijo finalmente—, tarde o temprano.

—Más tarde es mejor. —William observó a Clara hasta que cerró la puerta tras de sí. El pestillo emitió un sonoro chasquido.

Demasiado tarde para que Clara se preocupara por mi reputación.

Entonces William se volvió y la miró. La ferocidad abandonó sus facciones y todo lo que ella vio fue anhelo —Arabella —dijo en voz baja.

Sólo su nombre. Eso fue todo, pero bastó para provocarle escalofríos por todo el cuerpo. ¿Por qué insistía en torturarla de ese modo?

Levantó el escudo de cortesía que tenía ante sí y enderezó la columna.

—Bien, lord Chambers, ahora tiene toda mi atención. ¿Tomará usted té?

—No. Pero lo tomaré. —Acortó la distancia entre ellos y la atrapó entre sus brazos. Antes de que ella pudiera objetar, cubrió su boca con la suya en un beso teñido de desesperación.

A ella también le dolía el corazón. El anhelo era tan profundo que temió ahogarse en él, excepto porque William estaba allí para sostenerla. Dejó de forcejear y se dejó hundir en él.

Amaría a ese hombre hasta que ambos fueran polvo, pero a cada paso el mundo conspiraba para mantenerlos separados.

Cuando por fin soltó su boca, acunó la nuca de ella con la palma de la mano y apretó su cabeza contra su pecho. El beso que había empezado casi como un asalto había terminado con una ternura tan dulce que la hizo doler.

—Oh, William —susurró ella.

—Por favor, Arabella. No luches más contra mí —dijo él suavemente—. Sabes que te quiero. Te pedí que fueras mi esposa, ¿verdad?

Ella se apartó para poder encontrarse con su mirada.

—En un cementerio —dijo ella con una mueca.

—Bueno, esto no es un cementerio. Es su salón perfectamente correcto. Déjame hacerlo bien esta vez —se arrodilló—. Arabella, ¿me harías el supremo honor de convertirte en mi esposa?

—Oh, ponte de pie, William —¿No se daba cuenta de que no importaba dónde se lo pidiera? Los hechos no habían cambiado. Ella aún le haría arriesgar Chambers, lo que significaba arriesgar todo lo que él era. Era casi cruel por su parte volver a pedírselo. Todavía no había forma de que ella aceptara—. Estás ridículo.

Se puso en pie, con una expresión avergonzada en su apuesto rostro.

—Creía que la mayor esperanza de una mujer era poner a un hombre de rodillas.

—No necesito que te arrastres —dijo ella con acritud.

—Nunca me arrastro, pero te lo estoy pidiendo. Por favor, Arabella —él cogió una de sus manos—. Cásate conmigo.

Ella tragó con fuerza.

—¿Sigue Chambers en peligro por sus acreedores?

Él la miró con el ceño fruncido.

—He hecho arreglos para resolver esos asuntos por el momento.

—Pero no por mucho tiempo…

—Nada es largo en esta vida. Ven, Arabella —se llevó la mano de ella a los labios y le besó los nudillos. Pequeños zarcillos de placer recorrieron su brazo. —¿No hemos perdido ya bastante tiempo?

Ella apartó la mano y se apartó de él. Sería más fácil seguir diciendo que no si no tenía que mirarle.

—Estás intentando confundirme.

—No, intento dejarlo todo claro —la rodeó con los brazos y la acercó para que su columna vertebral descansara contra su pecho. Luego inclinó la cabeza y ella sintió su cálido aliento en el cuello. Estuvo a punto de fundirse con él—. Una vez cometí el error de anteponer mi propio egoísmo a ti. Eso no volverá a ocurrir. Pase lo que pase, tú eres lo primero.

—Un conde no está en libertad de decir tal cosa. Su primer deber es para con su patrimonio. —Aun así, no se atrevía a apartarse de la ristra de besos de bebé que él le estaba dando a lo largo del cuello—. Tú lo sabes y yo lo sé.

—Sólo sé que te quiero —le dio la vuelta y la abrazó—. Y me suplicaría a mí mismo y a todo Chambers para mantenerte a salvo.

—Estoy a salvo. Perfectamente a salvo —esta vez, cuando se zafó de sus brazos, cruzó la habitación para poner distancia entre ellos—. De acuerdo, mi situación no es la ideal en este momento, pero estoy explorando varias opciones una vez que mi contrato con los padres de la señorita Amburt llegue a su fin —levantó la barbilla y le dedicó su sonrisa más valiente—. Soy como un gato, William. Siempre caigo de pie.

—Arabella, no estoy hablando de circunstancias reducidas. Estás en verdadero peligro.

El único peligro del que era consciente era que estaba muy tentada de dejar que él le levantara las faldas y la tomara allí mismo, en el salón tan apropiado. Pero él parecía tan seguro de que ella corría peligro que ella tuvo que preguntar:

—¿De qué?

William se pasó una mano por el pelo.

—Esperaba que aceptaras casarte conmigo por ti misma, pero veo que tendré que contártelo todo y confiar en tu instinto de conservación.

Ahora la estaba asustando en serio.

—¿Qué quieres decir? ¿Ha ocurrido algo?

—Siéntate —dijo él—. Esto puede llevar un rato.

Una vez que ella se sentó en el sofá y él ocupó la silla de enfrente, le habló de su investigación sobre la muerte de sir Horace y del posterior interés del magistrado local.

—El boticario recuerda que fue una mujer quien compró el veneno, Arabella. Y lo cargó a la línea de crédito de los Milford.

—Piense lo que piense de mí, te juro que yo no hice esto.

—Por supuesto que no —William le lanzó una mirada indignada—. Dame crédito por ser un buen juez del carácter, al menos. Si pensara que habías matado a tu primer marido, ¿por qué

querría que te casaras conmigo? Hoy mismo. Ahora mismo. —Rebuscó en su bolsillo y sacó un par de anillos y una licencia común expedida por el vicario de St. Thomas—. Podemos casarnos antes del mediodía. El vicario nos espera. Entonces serás mi condesa. Ese magistrado podría haberse envalentonado para acusar a la viuda de un baronet, pero no se atreverá a amenazar a la condesa de Chambers.

Arabella dejó que todo aquello calara por un momento.

—¿Así que sólo deseas casarte conmigo para protegerme?

—No. Soy demasiado egoísta para eso —dijo William, inclinándose hacia delante—. Quiero construir una vida contigo, Arabella. Sí, puede haber problemas. Mentiría si dijera que no los habrá. Sí, mi hombre de negocios preferiría verme cortejando a tu protegida, pero tú eres a quien amo. Vivir sin ti como mi esposa no es vida.

Todo su ser anhelaba acercarse a él, pero se mantuvo inmóvil, obligándose a mirar fijamente el servicio de té que había sobre la mesa entre ellos.

—Pero si digo que sí, puedo ser la perdición de Chambers.

—Si dices que no, serás mi perdición.

Arabella levantó la mirada para encontrarse con la suya. El alma de William brillaba a través de sus ojos, y era hermosa. Fuerte. Segura. Fiel.

—Las naciones surgen y caen. Las fortunas se ganan y se pierden —dijo en voz baja—. Lo único que nos llevamos cuando dejamos esta vida es el amor que compartimos mientras estamos aquí. Por favor, Arabella. Comparte tu vida, tu corazón, a ti misma... conmigo.

—William, ¿estás seguro?

—Es lo único de lo que estoy seguro.

—Entonces, sí —dijo Arabella suavemente—. Me casaré contigo.

Su sonrisa era como un amanecer. Se puso en pie de un salto y se embolsó la licencia y los anillos. Luego le cogió ambas manos y la levantó para que se pusiera de pie ante él.

—Rápido, entonces. La licencia sólo es válida hasta el mediodía. ¿Desea que la señorita Amburt se ponga de pie con usted?

—Sí... no. Espere un momento. —La mente de Arabella se agitó furiosamente. Su euforia por casarse con William se disipó al instalarse en ella la fría realidad de lo que estaba sacrificando por ella. Si se veía obligado a trocear Chambers poco a poco porque debería haberse casado con una heredera, nunca se lo perdonaría—. No creo que este matrimonio deba hacerse público.

—¿Por qué no?

—Porque la razón principal es que así tendré la protección de tu nombre en caso de necesitarla —dijo ella—. Pero no sabemos con certeza si el magistrado va a presentar cargos contra mí.

—No es por eso por lo que te pedí que te casaras conmigo —él la miró con el ceño fruncido—. Te quiero por tu dulzura. Si convertirte en mi condesa te protege de enjuiciamiento, lo considero un beneficio secundario.

—¿Pero qué clase de condesa seré si antepongo mis propias necesidades a las de tu patrimonio? —Ella se alejó un paso de él, y cuando él la alcanzó, ella lo armó de derecha—. No, William. La única manera de que haga los votos contigo es si prometes mantener nuestro matrimonio en secreto hasta que veamos si es necesario.

—Es necesario. Por Dios, si fuera más necesario, te tendría en el suelo con las faldas levantadas en este mismo instante.

Una parte de ella palpitó al pensarlo, pero reprimió el sentimiento.

—Eso es otra cosa. Si nos casamos, debemos tener cuidado de que el matrimonio pueda ser

anulado una vez que descubramos que no estoy en peligro en el asunto de la muerte de sir Horace.

—¿Anulado?

—Sí —dijo ella temblorosamente—. Así aún podrás casarte con una heredera y salvar Chambers.

—Arabella, ¿qué debo hacer para convencerte de que eso no me importa?

—Tal vez no ahora en el calor... en el que estamos, pero lo harás más tarde.

La estudió en silencio durante un momento.

—Ya tienes mi corazón. El matrimonio sólo significará que también tienes el resto de mí. Si crees que desearía retractarme del voto que te hice, es que no me conoces en absoluto.

—Tal vez no, pero sí me conozco. Y no puedo permitir que lo sacrifiques todo por mí —dijo ella con suavidad—. Así que con ese fin, necesitamos mantener las bases para una anulación, lo que significa no... quiero decir, no podemos...

—Estar juntos.

—No como marido y mujer —ya había aprendido por las malas que un solo acoplamiento con William bastaba para hacer brotar la vida en ella. La pequeña tumba de Lily era testimonio de ello—. Ésas son mis condiciones.

William la miró con el ceño fruncido un momento y luego suspiró.

—Muy bien. Te aceptaré como sea. Pero debemos irnos ahora mismo. Cuanto antes seas mi esposa a los ojos de la iglesia, antes tendrás mi protección si llegara el caso.

Ella asintió.

—Iré a ponerme algo más adecuado.

—Eres adecuada tal como eres.

Eso era discutible. El sencillo vestido de columna no tenía ni una puntada de adorno, y su pelo probablemente también necesitaba atención.

El reloj de caja larga dio las diez.

—No hay tiempo —insistió William—. Si este matrimonio es realmente sólo por la forma como afirmas, entonces ¿por qué debería importar lo que llevas puesto?

—Supongo que no.

Arabella llamó a James y le dijo que llevara un mensaje a la señorita Amburt de que ella y lord Chambers tenían un recado que hacer juntos, pero que ella volvería a tiempo para atender a la señorita Amburt durante las horas que estuvieran en casa.

—¡Oh! Y dile a Betsy que baje mi larga capa y el bonete de plumas. —Una cosa era para William verla con su antiguo vestido. Otra muy distinta era que un miembro de la tonelada que pasara por allí la viera tan desaliñada. Y cualquiera que fuera el estado de su cabello, quedaría oculto por el extravagante bonete que se había convertido en su seña de identidad.

Así que con un lamentable aspecto por parte de ella y un lamentable semblante por parte de él, lady Milford de soltera Arabella Belhurst y William Hadington, lord Chambers acudieron a sus nupcias privadas en St. Thomas. Y si alguno de los dos estaba contento, no daba señales de ello a los que se cruzaban por la calle.

Capítulo 25

Un recado, por el amor de Dios, llamó a nuestra boda un recado. No tenía más importancia que un viaje a su sombrerero o una visita a la carnicería a por un jarrete de cordero. Si no estuviera tan enamorado de esa mujer, me habría largado en ese mismo instante, pero cuando se trata de Arabella soy débil como el agua. Sin embargo, si ella piensa mantener este matrimonio maduro para una anulación, tiene otra idea en mente. Un marido tiene derechos, y pienso reclamarlos. Afortunadamente, sé qué hacer para asegurarme de que ella sea tan débil como yo.

Del diario de William Hadington, conde de Chambers, vizconde Blackburn, y marido frustrado

El breve servicio en la iglesia realmente no podía llamarse ceremonia. No hubo música. Ni flores. Ni testigos, salvo el sacristán y el taciturno sepulturero. Pero cuando se dijo el último "amén", William y Arabella fueron declarados marido y mujer. Sus nombres se inscribieron en los registros parroquiales junto con las firmas de los testigos, tales como eran. Andrew Thorpe era analfabeto, así que se limitó a marcar una X en el libro de registro para indicar que había estado presente para solemnizar sus votos.

Una vez de vuelta en el carruaje Chambers, William ordenó a su chófer que los llevara a casa, a Hadington House.

—No —dijo Bella con firmeza.

William intentó convencerla de que volviera a Hadington House con él, pero ella se aferró obstinadamente a su exigencia de que la llevara de vuelta a la casa del pueblo de los Amburt.

—¿Acabas o no de prometer ante Dios que me obedecerás? —dijo él, en voz lo bastante baja como para que su chófer no pudiera oírla.

—Lo hice. Y usted, mi señor, prometió consolarme. Me consolará su adhesión a nuestro acuerdo de mantener este matrimonio en secreto.

—Arabella…

—¿No accediste a mis condiciones antes de que fuéramos a la iglesia?

—Lo hice, pero…

—Sin peros. La primera promesa sustituye a la segunda. Aceptaste un matrimonio secreto y eso es lo que tenemos.

Si Arabella hubiera sido un hombre, habría sido una abogada de primera. Bueno, William también sabía un poco de leyes.

—Sabes que estoy en mi derecho de…

—Mi primer marido no tuvo reparos en hacer valer sus derechos maritales sin mi consentimiento. Llegué a despreciarle por ello —ella le miró fijamente, desafiándole a que se opusiera más a ella.

A veces un hombre necesita saber cuándo tomar el campo y cuándo retirarse.

Al final, ella le devolvió el anillo de plata y oro que había deslizado en su dedo durante la ceremonia. Se lo metió en el bolsillo. Luego la devolvió a la casa de los Amburt y la dejó allí.

Todo estaba mal. Estaban destinados a estar juntos. Ella le amaba y él a ella.

Que todo lo demás fuera falso en este mundo y que eso fuera cierto.

Sabía que estaban bien y verdaderamente casados con cada fibra de su ser, y le dolía

hacerla completamente, irrevocablemente suya. De algún modo, quebraría su determinación. Sólo necesitaba el momento y el lugar adecuados.

Y la paciencia para esperar a que se presentara la oportunidad.



Pasó una semana durante la cual la fe de William en su capacidad de ser paciente fue puesta a dura prueba. Vio a Arabella muchas veces durante esos días, pero ella siempre estaba rodeada de otras matronas y de sus queridas hijas. Nunca fue capaz de apartarla del rebaño de otras hembras el tiempo suficiente para siquiera hablar con ella a solas.

Sin embargo, William mantenía la esperanza de que la gran fiesta del rey fuera el lugar perfecto para su asalto al corazón cuidadosamente custodiado y al cuerpo aún más estrechamente atrincherado de Arabella. Había cientos de habitaciones en Carlton House. Seguramente podría encontrar la manera de que estuvieran a solas en una de ellas.

Pero después de llegar la noche señalada, empezó a preguntarse si su plan era posible. Entregó su sombrero a uno del pequeño ejército de lacayos y, como oyó que la música ya estaba en marcha, se dirigió a la Sala del Gran Consejo, que había sido reservada para el baile. Si Arabella ya estaba allí, no estaría lejos de la reunión de música y pies ágiles.

Las paredes de la amplia cámara estaban cubiertas de seda carmesí con adornos dorados en las cornisas. Había candelabros suspendidos sobre la pista de baile, que resaltaban los elaborados diseños arabescos que se habían grabado con tiza en la madera. Una sortija con las iniciales del rey ocupaba un lugar de honor en el centro de la sala.

El salón de baile estaba bordeado de "taburetes de conversación" para aquellos que preferían observar a los bailarines. Aunque aún no se había convocado el primer baile, la presión

de la gente hacía que el espacio resultara incómodamente cálido, y casi todos los taburetes estaban ya ocupados.

William desesperaba por encontrar a Arabella entre la multitud.

Pero sí encontró a su hermana favorita y a su mejor amigo, Lawrence Sinclair, lord Lawson. En cuanto Violet le vio, le hizo señas para que se acercara.

La condesa de Lawson iba vestida con un elegante traje de seda color crema, atravesado por hilos de oro. Un fascinator con lentejuelas centelleaba en su pelo perfectamente peinado y sus mejillas estaban sonrosadas por la buena salud. Sin embargo, ninguna distracción a la moda podía ocultar el prodigioso bulto bajo la parte delantera de su vestido.

—Oh, me alegro tanto de que estés aquí, Willy. ¿Dónde te has estado metiendo? —dijo mientras besaba el aire junto a su mejilla—. No te hemos visto desde la noche de nuestra cena.

—No me he estado escondiendo —dijo William mientras estrechaba la mano de Sinclair. El conde de Lawson iba tan bien ataviado como su embarazadísima esposa, su chaleco era de la misma tela que el vestido de ella. Claramente, la hermana de William estaba marcando su territorio—. Francamente, me sorprende verte aquí, Violet.

—Lo sé. Es de lo más irregular —se puso una mano sobre el vientre en un gesto protector —. Pero cuando el rey ordena a lord y lady Lawson que le atiendan, deben venir. Además, ¡me muero por ver algo más que las cuatro paredes de mi propio salón desde hace semanas!

—Pero recuerda lo que dijo el doctor. Nada de bailes. Nada de comidas exóticas —le recordó Sinclair—. No debes sobreexcitarte.

—Santo cielo, Lawrence. Tengo el tamaño de un país pequeño. No es probable que me exceda en nada por el momento —golpeó a su marido con el abanico, pero sus ojos eran intensamente cariñosos mientras le sonreía. Luego su mirada se desvió hacia el maestro de baile, que se dirigió al centro de la pista y anunció que el baile del rey estaba a punto de comenzar—.

Sin embargo, que yo no sepa bailar no significa que tú no puedas, querido. Mira. Ahí están lady Milford y la señorita Amburt, junto al aparador con el perro de porcelana muy grande. ¿Por qué no la sacas a bailar?

—¿Lady Milford? —Las cejas de Sinclair se fruncieron.

Violet le dio un codazo no tan subrepticio en las costillas.

—No, tonto. A la señorita Amburt. No se puede sacar a bailar a la carabina de una debutante y dejar a la pobre chica de brazos cruzados.

—Si la Guía del Soltero es correcta, la señorita Amburt es cualquier cosa menos una pobre chica —dijo Sinclair.

—Ya sabes lo que quiero decir. Ahora vete, Lawrence, antes de que decida que tienes que bailar conmigo.

—Violet, prometiste tomártelo con calma.

—Y lo haré, si bailas con la señorita Amburt —dijo ella—. Acaban de abrirse un par de taburetes. Willy y yo nos sentaremos a mirar mientras tú y la señorita Amburt hacéis unas cuantas cabriolas.

Sinclair la ayudó a acomodarse en uno de los taburetes de conversación, le besó la mejilla y luego le hizo una mueca a William.

—Nadie puede contradecir la voluntad de una mujer que está embarazada.

—Muy pocos pueden contradecir a mi hermana incluso cuando no lo está.

Sinclair se rio en señal de acuerdo, y luego fue a cumplir los deseos de Violet antes de que ella también le eligiera pareja para el siguiente baile.

William se sentó a su lado.

—Espera un momento. Será mejor que no te pongas demasiado cómodo —Violet le puso

una mano en el antebrazo—. Seguro que no crees que voy a permitir que te pudras aquí a mi lado como un trozo de queso demasiado maduro, ¿verdad?

William pensó que era prudente que alguien estuviera cerca de Violet por si necesitaba algo. Odiaría verla marcharse a buscar una taza de ponche para ella sola.

—Bueno, no, pero...

—Pero nada —interrumpió ella—. Mira ahí, Willy. Lawrence acaba de tomar la pista de baile con la Srta. Amburt, lo que deja a la encantadora lady Milford sola —Violet le levantó una sugestiva ceja—. Esas cosas no deberían ocurrir.

—No, desde luego —William se inclinó y besó la mejilla de Violet—. Eres mi hermana favorita, lo sabes.

—Por supuesto que lo soy. Y lo sería aunque tuvieras veinte hermanas —dijo con una sonrisa—. Aquí estaré bien. Ve a bailarle los zapatos a la señora.

Arabella se alegró de que Clara no hubiera languidecido mucho tiempo entre los alhelíes antes de que la invitaran a bailar. Sin embargo, aunque lord Lawson le caía muy bien, no podía evitar desear que el primer baile de la noche de Clara fuera con un caballero codiciado en vez de con uno felizmente casado. Aun así, lord Lawson estaba haciendo todo lo posible para que Clara se luciera mientras daban vueltas por la sala. Alguien más tenía que fijarse en ella.

Por favor, que no fuera Daniel Caldwell.

—Buenas noches, milady.

La voz masculina a su lado la hizo sobresaltarse y volverse hacia el sonido.

Era William. Había estado tan concentrada en vigilar a su protegida que no se había dado cuenta de que se acercaba. Él se inclinó ante ella correctamente y ella respondió con una profunda reverencia.

—Mi señor.

—Y amo —susurró él—. Prueba a decirlos juntos.

Ella resopló indignada.

—Pensé que tal vez le gustaría darme un nombre cariñoso —dijo él, con una sonrisa perversa que le hacía parecer aún más guapo de lo habitual—. Señor y amo bastarán. Tengo entendido que una esposa a veces se refiere así a su marido.

—Sólo si ella quiere algo de él.

—Ah —asintió en señal de comprensión— ¿Y usted no quiere nada de mí?

—Lo que principalmente quiero, lord Chambers, es que me deje en paz.

Eso era mentira. Una mentira tan grande como la que había dicho en toda su vida. No había tenido un momento de paz desde que había intercambiado votos con él la semana pasada. Mientras Clara tocaba el piano, pensó en William. Cuando debía entablar conversación con los visitantes que pasaban a verlas, pensaba en William. Y cuando se tumbaba en su cama para pasar la noche y la luz plateada se abría paso a través de sus contraventanas y a través de su cubrecama, ¡oh! cómo pensaba en William. Pero no podía confesarle tales cosas.

—Muy bien, nada de términos cariñosos, entonces —dijo —¿Me harás al menos el honor de un baile?

Ella aguzó el oído hacia la música y de repente la reconoció como aquella maldita melodía de Boccherini en compás de tres cuartos. La misma que los había llevado a semejantes desastres en el pasado.

—Pero es un vals.

Inclinó la cabeza como si él también lo oyera por primera vez.

—Creo que tiene razón. No se preocupe. Tendré cuidado de no pisarle.

No era eso lo que la preocupaba. Cuando bailaba el vals con William, él tomaba el mando y ella se lo permitía. ¿Quién sabía a qué clase de locura la llevaría?

—Es sólo un vals —dijo él suavemente—. Déjame al menos abrazarte un rato, esposa.

Un sollozo le subió a la garganta. Deseaba tanto ser realmente su esposa. Era todo lo que siempre había deseado. Incluso cuando había estado deambulando por las capitales de Europa, empapándose de nuevos lugares y nuevas vistas como Beatrice Willwood, en realidad sólo estaba intentando llenar el agujero del tamaño de William que había en su corazón.

—Sí, mi señor —y amo, añadió en silencio—. Bailaré el vals con usted.

Capítulo 26

Cuando pasas mucho tiempo observando el mar, empiezas a comprender la inevitabilidad. Como la marea, algunas cosas simplemente van a suceder, y no hay forma de detenerlas sin desgarrar el tejido mismo del universo.

O tu propio corazón.

Lady Milford, escribiendo como la señora Beatrice Willwood

Arabella y William bailaron una vez un vals alrededor del perímetro de la habitación. Se sentía tan bien, tan significado, que él la sostuviera cerca, la soltara para dar una vuelta por debajo del brazo y luego la alcanzara una vez más sin perder un paso. Se movían como un solo ser, como si sus pensamientos, sus respiraciones, los latidos mismos de sus corazones estuvieran en perfecta sincronía.

Por eso, cuando William la sacó bailando el vals por el umbral de la puerta y la introdujo en un armario de capas tenuemente iluminado, Arabella no lo cuestionó. Siguió bailando al son de la melodía de Boccherini, aunque ahora la música era mucho más suave.

Siguió sin protestar cuando él la hizo bailar a través de una puerta abierta hacia un espacio aún más alejado del guardarropa que probablemente se utilizaba como trastero para guardar los baúles vacíos de los visitantes nocturnos del rey. No había baúles abarrotando el espacio, por lo

que evidentemente ningún invitado residía en Carlton House en ese momento, aunque pocos de los juerguistas se marcharían hasta que el sol brillara a través de los largos ventanales. Sin dejar de abrazarla, William alargó la mano detrás de él para cerrar la puerta, que se cerró con un fuerte chasquido.

Luego se limitó a abrazarla.

Arabella agradeció el calor de su cuerpo.

Permanecieron juntos sin hablar, acurrucados el uno junto al otro. Estar a solas con William allí, en aquel espacio tranquilo, parecía tan onírico, que Arabella le tocó ligeramente, deslizando los dedos bajo su solapa para sentir el calor de su pecho a través de su fina camisa. Eso la tranquilizó al saber que no era un sueño. Él estaba realmente allí.

El corazón de William latía con fuerza bajo las yemas de sus dedos.

La diminuta habitación estaba iluminada por una única lámpara de gas, pero Arabella se preguntó si ella misma estaría brillando un poco. William respiró hondo y lo soltó lentamente, satisfecho. Su felicidad envolvió su mente, acariciándola, tranquilizándola, calmando sus temores.

Se mecían casi imperceptiblemente al son de la música lejana. Había algo tan benditamente ordinario en dejarse abrazar así por él. Era un placer sencillo destinado a ser disfrutado por marido y mujer.

—La luna está llena esta noche —dijo finalmente Arabella, rompiendo el silencio—. Era sencillamente enorme cuando llegué.

Su boca se crispó en una sonrisa.

—Recuerdo otra noche con luna llena.

Aquella noche mágica también era lo único en lo que Arabella podía pensar. En el jardín de sus padres, él se había quitado la chaqueta y la había tendido en el suelo para evitar que el

rocío la enfriara. No le habría hecho falta. Su calor corporal la habría mantenido caliente.

—Ha pasado tanto tiempo, Arabella —dijo William, con la voz entrecortada. Le besó la sien, las mejillas, los labios y terminó con un beso persistente debajo de la oreja—. Cómo te he echado de menos.

Ella se acurrucó en sus brazos.

—Pensé en aquella noche tan a menudo después de que te fueras. Sobre cómo me hiciste sentir allí en el jardín.

Sus manos se deslizaron por la espalda de ella hasta su trasero.

—¿Cómo te hice sentir?

—Segura.

Entre otras cosas. Él había inundado sus sentidos casi hasta el punto de ahogarla, pero aquella noche estaba firmemente convencida de que William siempre estaría ahí para ella.

—Siento no haber estado a la altura, pero ahora estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte sin ti. Este no es exactamente un jardín romántico, pero esta vez te mantendré a salvo —le besó la frente—. Te lo prometo.

—Sé que lo harás —dijo Arabella, sintiéndose nerviosa y febril a la vez, como si alguien hubiera soltado un tarro de abejas en su vientre. Estaba a punto de ocurrir algo encantador y primitivo. Y ella quería que así fuera. Ella no lo detendría más de lo que detendría a la tierra de girar.

—No tengas miedo —dijo él mientras empezaba a separar la parte delantera de su bata.

—No lo tengo.

Cuando había comprado por primera vez este estilo de vestido con su larga hilera de botones de perlas desfilando por el corpiño, su principal ventaja era que podía meterse en él sola

sin la ayuda de una doncella. Esta era una consideración importante para una dama que no esperaba poder permitirse pronto una sirvienta. Ahora el principal deleite de la bata era la facilidad con la que William podía burlarse de la parte superior de sus pechos sin que la tela inflexible se lo impidiera.

—Sólo hay una cosa más —dijo.

—¿Qué es?

Pasó los pulgares por la parte superior de la chemise de encaje que acababa de dejar al descubierto, rozando sus pechos. Luego sus manos bajaron pasando por sus costillas y la curva de su cintura. Con evidente esfuerzo, interrumpió la exploración de su cuerpo para hurgar en su propio bolsillo.

—Necesitas tu anillo.

—¿Qué?

—No te preocupes. Nadie tiene por qué saber que es tu alianza. Ni siquiera tienes que decirle a nadie que es mío —dijo—. Pero yo sabré que lo llevas. Y aunque no signifique nada para ti, lo significa todo para mí.

También significaba todo para ella. Sólo que se resistía a admitirlo.

Sacó una pequeña bolsa de cuero de su bolsillo y se la entregó.

—Ábrela.

Arabella aflojó el cordón y volcó el contenido en la palma de su mano. Allí estaban los dos anillos de su ceremonia de boda, el de él y el de ella. Le arrancó de la mano la alianza de oro liso más grande y se la puso en el dedo anular izquierdo. Luego cogió el círculo de plata y oro delicadamente repujado que era de ella.

—Seguiré manteniendo nuestro matrimonio en secreto si insistes, pero quiero que lleves

esto por mí —dijo William mientras colocaba el anillo en el tercer dedo de la mano derecha de ella—. Cuando estés lista para reclamarme ante el mundo, puedes cambiarlo a tu otra mano.

—¿Cuándo? —dijo ella con una sonrisa.

—Suenas muy segura de ti misma —una esquina de su boca se curvó hacia arriba.

—¿No tengo motivos para estarlo?

—Tal vez.

Estaba haciendo todo lo posible por complacerla. Arabella razonó que debía devolverle el favor, sólo un poco. Le pasó la mano por el pecho hasta su vientre plano. Su aliento siseó por encima de sus dientes.

—Es usted un hombre muy testarudo, ¿sabe?

—Prefiero pensar que soy de una sola mente —admitió.

Ella se puso de puntillas y le pellizcó el lóbulo de la oreja.

—¿Y en qué está concentrada su mente única ahora mismo?

—¿No lo adivina?

—No sin una pista —Ella le pasó una mano por la ingle y lo encontró erecto y tenso contra la tela superfina —¡Ah! Buena indirecta.

—Eso es hacer trampa —dijo él —¿Quieres que pare?

—¡Señor misericordioso, no!

Su risa la calentó hasta los dedos de los pies. Se hundieron en la gruesa alfombra en una granizada de besos.

—¿Ahora, William?

Su voz sonaba tensa, como si hablara a través de dientes apretados. De hecho, cuando William volvió la cabeza para mirar por encima de las colinas y valles de la encantadora forma boca arriba de Arabella, vio que tenía la mandíbula apretada.

—Todavía no. —Volvió a acariciarla con el hocico, embriagado por su aroma, desesperado por sacar su amor, desesperado por hundirse en su dulce cuerpo y encontrar la liberación.

Ella soltó un pequeño sollozo y retorció los dedos en su pelo.

—Todavía no, Arabella.

—¿Cuándo? —volvió a preguntar ella, arqueándose en su boca. Él la devoró durante un momento, sólo haciendo una pausa cuando ella empezó a temblar de forma casi incontrolable.

Su cuerpo se tensó en respuesta a su necesidad.

Sin siquiera darse cuenta de que lo había hecho, se movió hasta cubrirla con su cuerpo y se encontró llamando a su puerta, preparado para deslizarse dentro de ella.

—Si yo... lo digo... lo harás... —gimoteó ella—, mi amo y señor.

¡Por fin! Él se precipitó con un largo golpe y ella se amoldó a su alrededor, con la respiración entrecortada. Él se mantuvo inmóvil, deseando que la urgencia remitiera para poder deleitarse un poco más en el gozo que era Arabella. Sólo un poco. No aguantaría mucho más con el corazón latiéndole en dos partes.

Cuando la miró, a la suave abertura de su boca y a la forma en que sus cejas se fruncían, supo que no podía mantenerla bailando al límite por más tiempo. Tenía que darle rienda suelta.

Cubrió su boca con la suya y la amó con la lengua. Ella se movió debajo de él, instándole a penetrar más profundamente con pequeños ruidos de desesperación que amenazaban con

destrozar su control.

Un poco más, por favor.

Ella apartó la cabeza.

—No puedo esperar más...

Sintió que empezaban las profundas contracciones. Ella era suya. Suya para siempre.

—Ahora, amor, ahora.

William arqueó la espalda, introduciéndose tan profundamente como pudo mientras su vida se disparaba dentro de ella en pulsaciones constantes. El placer, afilado como una cuchilla, le atravesó.

Todo su cuerpo se convulsionó bajo él. Ella era como un ser en llamas, palpitando tenue, brillante, tenue, brillante. Entonces, cuando por fin terminó, él apoyó la cabeza entre los pechos de ella y descansó en la tranquila alegría que se apoderó de ellos.

—Oh, Arabella mía —dijo William mientras aspiraba su aroma.

—Oh, mi amo y señor —le devolvió ella, pasándole los dedos por el pelo.

Él levantó la cabeza y le sonrió.

—Debes querer algo, mi amor.

—Nada. Sólo estoy descubriendo que me gusta llamarte así —dijo ella con un profundo suspiro—. Mientras te tenga a ti, tengo todo lo que podría desear.

—Bueno, tal vez una cama estaría bien —dijo él —¿Te gustaría?

—Qué ideas tan maravillosas tienes, marido.

—Una idea aún mejor sería anunciar nuestro matrimonio al mundo esta noche.

—Creo... no, espera —ella empujó contra sus hombros y él rodó sobre ella—. Clara. Me

olvidé completamente de ella. William, tenemos que encontrarla.

—Estoy seguro de que está bien.

—¿Y si está en algún armario con el Sr. Caldwell?

—¿Caldwell? Imposible. La última vez que le vi, yo... disuadí a ese canalla de que os abordara a ti y a tu protegida.

—Puede que no seas tan persuasivo como crees. —Se incorporó, sus dedos volaron para bajar sus faldas hasta cubrir sus tobillos y luego para abotonar la parte delantera de su bata—. El señor Caldwell parece estar bastante prendado de Clara. Incluso después de que le dieras aquel moratón, siguió persiguiéndola. Me prometió que le pegaría en las orejas si intentaba comprometerla, pero... bueno, yo sería la primera en entender cómo las mejores intenciones de una mujer pueden torcerse.

—Especialmente cuando está con un hombre con malas intenciones.

—¿Es eso una confesión, William?

—Una admisión —le cogió la mano y la ayudó a ponerse en pie—. Vine aquí con toda la intención de seducir a mi esposa esta noche. Si era malvado, no me importa.

—Un poco perverso quizás, pero no malvado —Arabella ahuecó sus mejillas y le dio un rápido picotazo—. Y espero darte otra oportunidad de seducirme de nuevo en un futuro muy próximo, pero por ahora, por favor, ayúdame a encontrar a Clara.

—Probablemente esté bailando y te habrás preocupado en vano.

William abrió la puerta, la condujo a través del guardarropa y comprobó si alguien miraba hacia ellos. El baile había progresado hasta convertirse en un estridente corro, así que metió la mano de Arabella en el pliegue de su codo y la acompañó de vuelta al luminoso salón de baile.

Pero, contrariamente a la predicción de William, la señorita Amburt no estaba

contoneándose entre las largas filas de bailarines.

Y tampoco estaba Daniel Caldwell.

Capítulo 27

El problema de ocultar mi intelecto tras el ingenio es que incluso cuando la situación es mortalmente seria, nadie me toma en serio.

Sr. Daniel Caldwell, que está mortalmente cansado de ser una fuente de diversión para las masas risueñas de la vacía Sociedad Cortés

El carrete llegó a su fin y los caballeros escoltaron a sus damas de vuelta a los bordes de la pista de baile. Arabella y William no se equivocaron. La señorita Amburt no estaba entre ellos.

—Quizá Violet la vio salir del salón de baile —sugirió William—. Normalmente, le encanta bailar, pero en su delicado estado, sólo se le permite mirar.

Arabella se puso de puntillas, intentando ver por encima de la multitud.

—¿Dónde está tu hermana?

El maestro de baile se dirigió al centro de la sala y convocó una cuadrilla. Los bailarines empezaron a reunirse en la pista en cuadros de cuatro parejas cada uno.

—Violet está allí por... no, también se ha ido —dijo William, llevándose las manos a la cintura, consternado. Las cuerdas empezaron a sonar de nuevo y la cuadrilla comenzó en un borrón de seda pálida y superfino oscuro mientras las bailarinas se movían a través de las figuras

prescritas.

—¿Ve a lord Lawson? Es lo bastante alto como para destacar entre la multitud —sugirió Arabella—. Es probable que tu hermana esté con su marido.

William negó con la cabeza. Entonces divisó a Daniel Caldwell entrando de nuevo en el salón de baile a través del amplio arco que cruzaba el extenso espacio frente a ellos.

—Ven.

Sin esperar respuesta, William cogió la mano de Arabella y se puso en marcha, atravesando la pista de baile, esquivando los cuadros de la cuadrilla, pasando por alto por poco a las parejas que se concentraban en la serie de intrincados pasos.

Antes de que llegaran a Caldwell, éste pareció espiarlos y, para sorpresa de William, el hombre se adentró en el abarrotado mar de bailarines para salir a su encuentro. De pie en medio de la pista de baile, sobre las ahora descoloridas iniciales del rey, William cruzó los brazos sobre el pecho.

—Señor Caldwell, ¿sabe dónde podríamos encontrar a la señorita Amburt? —preguntó Arabella. William deseó que no hubiera utilizado un tono tan cortés, pero ésa era su Arabella. Ella se remitiría al diablo si la cortesía lo exigía.

—Arriba, en uno de los dormitorios —dijo Caldwell. William le cogió por la solapa y le dio una sacudida—. No es lo que piensas —dijo Caldwell, agitando los brazos.

—Quizá sea exactamente lo que pienso.

—Incluso si lo fuera, milord, ¿realmente quiere abordarme de una manera tan pública? —susurró furiosamente—. Si hubiera comprometido a la señorita Amburt, y permítame apresurarme a asegurarle que no lo he hecho, golpearme de esta manera es la mejor forma de pregonar la noticia de la perdición de la dama.

La comadreja tenía razón. William le soltó.

—Explíquese.

—A lady Lawson le ha llegado su hora. Está a punto de dar a luz. Y Marth… quiero decir, la señorita Amburt está con ella.

—Ella no debería estar allí —dijo Arabella—. Una cámara de partos no es lugar para una chica soltera.

Caldwell se retorció las manos.

—Todo sucedió tan rápido. En un momento estaba enfriando mis talones al borde de la pista de baile, esperando a que lord Lawson soltara a la señorita Amburt para poder reclamar un baile, y lo siguiente que supe es que él y Clara estaban sacando a toda prisa a lady Lawson del salón de baile.

—Así que les siguió —dijo William.

—Tenía que ver qué era, ¿no? —dijo Caldwell a la defensiva—. Venid. Os llevaré hasta ellos.

William y Arabella siguieron a Caldwell a través del laberinto de movimientos de las bailarinas hasta que llegaron a la puerta arqueada y salieron en fila del salón de baile. Luego subieron las grandes escaleras que serpenteaban hasta el siguiente piso de Carlton House. Las escaleras parecían no tener fin.

—¿Cómo se las arreglaba una parturienta para subir todos estos peldaños? —se preguntó Arabella—. No lo hizo —dijo Caldwell—. Lord Lawson la llevó en brazos. Era irremediablemente romántico, la forma en que los brazos de ella le rodeaban el cuello y la cola de su vestido volaba detrás de ellos.

—Sólo me sorprende que Sinclair no intentara llevársela a casa —dijo William con brusquedad.

—Lady Lawson dijo que no había tiempo —explicó Caldwell cuando llegaron al siguiente

piso y se abrieron paso a través de un laberinto de habitaciones—. El bebé, al parecer, planea hacer su aparición con bastante rapidez.

—Eso está bien —dijo Arabella—. Me han dicho que un parto rápido suele ser señal de que todo va bien.

El largo gemido de una mujer con profundos dolores reverberó a través de la puerta de paneles ornamentados, poniendo en duda el esperanzador pronunciamiento de Arabella.

El blanco de los ojos de Caldwell mostró todo el contorno de sus iris.

—Lady Lawson está ahí dentro, milady. Esperaré aquí en la antesala, ¿de acuerdo? Por si me necesitan para traer algo.

—Hágalo —William llamó a la puerta. No hubo respuesta.

Volvió a llamar.

—Entra si es necesario —intentó llamar una voz enronquecida por los lamentos—. Pero por el amor de Dios, deja de aporrear la puerta.

Sin duda, la voz de mi hermana favorita.

William y Arabella entraron en la habitación para encontrar a Violet apoyada sobre montones de almohadas en el centro de una cama de cuatro postes. Un Sinclair que caminaba furiosamente estaba desgastando un pequeño óvalo en la alfombra cerca de la chimenea. La señorita Amburt, con el rostro pálido como el pergamino y los ojos muy abiertos, estaba encaramada al borde de la cama, cogiendo la mano de su hermana.

Un dolor de parto debió de sobrevenirle de nuevo a Violet, pues emitió un ruido en la parte posterior de la garganta que sonó como el de un animal atrapado. La señorita Amburt emitió su propio chillido ahogado mientras su hermana apretaba la mano de la niña con un apretón de hierro.

—Por favor, milady —dijo suavemente la señorita Amburt—. Toco el piano con esa mano.

Violet soltó los dedos y apretó en su lugar una almohada indefensa.

Una vez pasado el dolor, William decidió intentar mantener las cosas ligeras.

—Bueno, Violet, confía en ti para robarle la atención al rey en su propia fiesta.

—Ni siquiera había hecho acto de presencia cuando tuve que abandonar su miserable fiesta. Esto es culpa de Su Majestad, ¿sabes? —refunfuñó Violet—. Si el rey no hubiera insistido en que asistiéramos a esta... encantadora... fiesta, estaría en mi propia cama con mi propia comadrona asistiéndome.

Violet no dijo en realidad encantadora. Sus palabras fueron un poco confusas cuando le sobrevino otro dolor, pero William adivinó qué expresión vulgar podría haber utilizado su hermana allí donde su mente había sustituido encantadora.

—¿No hay criados disponibles para ayudar? —preguntó William.

—Hay criados en abundancia en el piso inferior, ofreciendo canapés y trotando de aquí para allá —dijo la señorita Amburt temblorosamente. Estaba claro que esta ojeada a una cámara de partos le había abierto los ojos a su alma de doncella—. Pero no encontramos a nadie en este nivel de la casa.

—Además, lady Lawson debería tener un médico que la atendiera, no una camarera —dijo Arabella, mientras se apresuraba hacia el otro lado de la cama desde el que estaba situada la señorita Amburt—. Seguro que esta noche hay al menos un médico que la atienda.

—Lo buscaré y lo traeré —dijo Sinclair, con el rostro preocupado y tan pálido como las cortinas de la cama, pero por la forma en que le brillaban los ojos, William no dudaba de que arrastraría corpóreamente a un médico hasta el lado de su esposa si el hombre no acudía de buena gana.

—No, déjame ir —se ofreció William, con la esperanza de poder escapar antes de que la

situación se volviera aún más incómoda.

—Por favor, necesito hacer algo —dijo Sinclair, con expresión tensa—. Ver sufrir a Violet y no poder ayudarla es peor que una paliza.

—Bueno, tampoco es un paseo por Vauxhall para mí, ¿sabes? —dijo Violet, jadeando suavemente.

Sinclair se inclinó para depositar un beso en su húmeda frente—. Volveré pronto, querida, con alguien que pueda ayudarte.

—No, Sinclair, iré yo —insistió William.

—Soy su marido, Blackburn.

—Pero...

—Oh, ¿por qué no vais los dos? —dijo Arabella, claramente exasperada con ellos—. Sinceramente, los hombres son más que inútiles a veces.

William nunca la había querido tanto.

—Si insiste, milady.

Él y Sinclair se retiraron apresuradamente mientras Violet lanzaba otro largo lamento.

Una vez fuera de la puerta, Sinclair echó a correr hacia la gran escalera y William le habría seguido, pero Caldwell le agarró del brazo.

—Una palabra al oído, milord.

—Ahora no, hombre. Mi hermana necesita un médico.

—Nuestro rey puede necesitar un médico también a menos que se haga algo —advirtió Caldwell—. He... escuchado ciertas conversaciones que me hacen sospechar que puede haber un complot para hacer daño a Su Majestad esta misma noche.

—¿Vienes, Blackburn? —llamó Sinclair desde la cabecera de la escalera.

—No. Adelántate —respondió William—. Divide y vencerás. Los dos buscaremos un médico, y seguro que uno de los dos tendrá éxito.

Sinclair bajó volando las escaleras. William esperaba que no diera una voltereta y se rompiera el cuello, pero si Sinclair se las había arreglado para subirlas mientras cargaba con una mujer embarazada quejumbrosa, probablemente lograría bajar él solo.

—Me está haciendo eludir mis deberes de hermano en un momento crítico, Caldwell —William le fulminó con la mirada—. Más vale que merezca la pena.

—Confíe en mí. Lo será, si entramos en acción.

—Déjeme a mí juzgar si hacemos algo o no con esta información —William sospechaba que Caldwell intentaba enviarle a una cacería de francotiradores —¿Cómo se le ocurrió escuchar esta conversación traicionera?

—Ya me conoce, siempre ando de chismoso. Llegué temprano a la fiesta y estuve deambulando dentro y fuera de algunas de las habitaciones aquí en Carlton House para pasar el rato…

—Buscando un lugar probable para escabullirse con la señorita Amburt más tarde, sin duda —terminó William por él.

—Sí, lo admitiré si quiere. Planeaba alejar a la señorita de los festejos para tenerla un rato para mí solo —dijo Caldwell—. Pero no para hacerle mal. La verdad es que amo a Clara, y ninguna paliza suya o amenaza de lady Milford cambiará mi devoción por ella.

—O a su dote —dijo William cínicamente.

—Su dinero no me importa una pizca —protestó Caldwell—. De hecho, no me importa que su padre la deje sin un penique. Puede que el duque no me haya dado su nombre, pero ha sido abundantemente generoso con sus fondos. Soy más que capaz de mantener a una esposa.

¿Una esposa? Las intenciones de Caldwell al menos parecían honorables.

—Podemos debatir su situación sentimental en otro momento, Caldwell. ¿Y el rey?

—¡Oh! Sí, creí haber descubierto el lugar perfecto para una cita, pero ¡ay! el espacio fue invadido por sir Brandon y lady Milford la Joven. Y no se preocupe, milord. Nunca usaría ese apelativo para la esposa de sir Brandon en compañía de su lady Milford. La implicación es que ella es lady Milford la Mayor, ya sabe.

Frustrado por la incapacidad del hombre para mantenerse en el tema, William tronó:

—Caldwell, por todos los santos, fuera con eso, hombre.

—No sabían que estaba en la habitación porque me agaché detrás de las cortinas y los oí hablar de... ¡oh! Le aliviará saber que he descubierto que sir Brandon y su esposa fueron quienes estuvieron detrás de la muerte de su padre. Resulta que lady Milford la Joven fue la mujer que compró estricnina en la botica unas semanas antes de la muerte de su suegro. Lady Milford la Mayor está libre de culpa. De nuevo, no pretendo dar motivos de ofensa. De hecho, su lady Milford no puede ser más que unos meses mayor que la esposa de su hijastro, ¿verdad?

—El rey, Caldwell —William se sintió aliviado por la noticia que probaba la inocencia de Arabella, pero Caldwell volvió a salirse del tema—. Dijo que representaban una amenaza para el rey.

—Le complacerá saber que los oí ensayar todo su plan.

—¿Qué plan?

—El de envenenar al rey, por supuesto.

Capítulo 28

En la cámara de partos, una mujer pasa cerca de las puertas de la Muerte, lo bastante cerca como para sentir su gélido aliento. Nuestros patios de iglesia están llenos de tumbas de jóvenes madres que se deslizaron a través de esa puerta, en lugar de arrastrarse silenciosamente por ella.

Del diario de lady Milford, de soltera Arabella Belhurst

Lady Lawson se mordió el labio inferior, intentando no gritar, pero perdió la batalla. El dolor era demasiado intenso.

—¿Qué vamos a hacer? —Clara se retorcía las manos angustiada.

Arabella estaba tan aterrada como Clara, pero alguien tenía que mantener la calma. Al menos exteriormente.

—Una vez que pase este dolor del parto, ayudaremos a lady Lawson a quitarse la bata y a meterse entre las sábanas.

—¿Cómo va a ayudar eso? —preguntó la embarazada una vez que la contracción remitió —. Y por piedad, Arabella, nos conocemos desde hace mucho tiempo y ahora estás a punto de verme dar a luz. Llámame Violet o te prometo que me pondré muy difícil.

—Dios nos libre de eso —dijo Arabella con una sonrisa forzada. Cogió la mano de Violet

—. Te ayudaremos a desvestirte porque estarás más cómoda sin esa bata. Además, es tan bonito que estoy segura de que no querrás estropearlo.

—Mucho me temo que ese barco ha zarpado —Violet sacudió la cabeza con pesar—. Ahí estaba yo, feliz viendo bailar a mi marido. Yo le enseñé a hacerlo, ¿sabe? —Sonrió ante el recuerdo y luego suspiró—. En cualquier caso, de repente descubrí que estaba sentada en un charco.

—Sus aguas de parto se han roto —le dijo Arabella—. Es perfectamente normal.

—Si tú lo dices —dijo Violet—. Si hubiera tenido el menor presentimiento de que algo tan embarazoso podía ocurrir, habría desafiado al rey y no habría salido de casa esta noche.

—Nadie puede predecir cuándo un niño decidirá venir —dijo Arabella en tono tranquilizador—. No podías saber que éste era tu momento y, en cualquier caso, dar a luz no siempre empieza con el estallido de las aguas.

—Ni siquiera sabía que fuera posible. Mi propia madre nunca mencionó tal cosa. Qué lástima que a las mujeres se nos mantenga en tal ignorancia sobre nuestros propios cuerpos —dijo Violet con un suspiro—. Es probable que mi vestido ya esté estropeado. Aun así, supongo que tiene razón. Esto será más fácil si estoy en chemise.

Violet se acercó al borde de la cama y se puso de pie temblorosamente.

—Espera un momento, por favor.

Unas gotas de sudor asomaron a su frente. Arabella sabía que otro dolor debía de haberla invadido. Se acercaban tanto. Seguramente eso era un buen presagio y todo esto acabaría pronto.

—Clara, mira a ver si hay agua fresca en la jarra de la cómoda —dijo Arabella con suavidad.

Clara cruzó la habitación, obviamente contenta de poner un poco de distancia entre ella y el drama que se estaba representando cerca de la cama.

—Hay agua de sobra.

—Vierte un poco en el aguamanil y tráemela. Si el ama de llaves aquí en Carlton House vale su salario, debería haber algunas sábanas en esos cajones. Trae también un paño o dos.

Al igual que los hombres, Clara parecía más firme ahora que tenía algo en qué ocupar sus manos en lugar de dejar que Violet se las estrujara hasta hacerlas pedazos. Consiguieron ayudar a Violet a quitarse el vestido de baile y las estancias, deteniéndose cuando le sobrevino otro dolor para que pudiera concentrarse en respirar. Después de que Arabella ayudara a Violet a quitarse los pantalones y las medias, se arrodilló para lavar la pegajosidad de las aguas del parto de las piernas de Violet.

—Siento que este paño no esté caliente —murmuró.

—Está bien —dijo Violet—. Qué amable eres, Arabella. Eres justo lo que Willy necesita.

—Lo dudo —dijo ella sacudiendo la cabeza. Ella aún podía resultar ser la perdición de Chambers—. Pero tu hermano es todo lo que necesito.

—Me alegra oírlo. ¡Oh! —Otro dolor repentino pareció apoderarse de Violet y agarró la mano de Arabella. Le dolieron los nudillos antes de que terminara, pero una vez que lo hizo, Violet la soltó. La embarazada cerró los ojos.

—Ya estoy tan cansada —dijo Violet mientras Arabella la ayudaba a meterse en la cama. Suspiró mientras Arabella le ponía la sábana limpia por encima—. Ojalá pudiera dormirme y no despertarme hasta que todo acabe.

—Dudo que puedas dormir, pero deberías cerrar los ojos e intentar descansar entre los dolores.

Los párpados de Violet se cerraron aleteando.

Una pequeña silla estaba situada junto a la fría chimenea. Arabella la acercó a la cama y se acomodó en ella para poder vigilar a la hermana de William.

Arabella había estado sola cuando perdió a Lily. Los fuertes calambres comenzaron una noche, justo después de que ella se hubiera retirado a descansar. Tendría que haber llamado a su doncella, pero no quería creer lo que estaba ocurriendo. Para cuando pidió ayuda, ya no había nada que hacer.

Y quizá nunca lo había habido. Justo cuando el amanecer había pintado el cielo de rosa grisáceo, Lily se deslizó fuera del cuerpo de Arabella, inimaginablemente diminuta y perfecta, con todos los dedos de manos y pies, pero sin latido. Era demasiado pronto. Lily no estaba preparada. No había tenido ninguna oportunidad.

Arabella había temido que Dios la castigara por haber tenido un hijo con William y luego intentar cubrir sus pecados casándose con sir Horace.

Un duro nudo le palpitó en el pecho.

Se le agolparon las lágrimas. Resopló y las disimuló. Lo último que Violet Sinclair necesitaba era que Arabella tuviera los ojos débiles a su alrededor. Lloraría por Lily mañana cuando volviera a visitar su tumba.

Y rezaría para que Dios fuera bondadoso. Que Él no fuera el tipo de deidad que visitaba los pecados de los padres sobre sus hijos. Que Lily estuviera a salvo bajo Su cuidado hasta que algún día Arabella pudiera reunirse de nuevo con ella.

De repente, parpadear y olisquear no fue suficiente. Se apresuró hacia la cómoda en busca de un cuadrado de lino con el que secarse los ojos. Clara estaba allí de pie. La muchacha había trasladado una pila de paños a la parte superior de la pequeña cómoda y estaba afanosamente doblándolos, desplegándolos y volviéndolos a doblar una y otra vez.

—Esto lo zanja todo, lady Milford —susurró—. Nunca me casaré.

—Tonterías.

—Lo digo en serio —insistió la muchacha—. Pienso cruzar las piernas y no descruzarlas

nunca por ningún hombre.

—No hables así. Las mujeres llevan trayendo bebés a este mundo desde el Jardín. Es tan natural como... como respirar.

—No me importa —siseó Clara—. Nunca voy a tener hijos. He visto cosas.

Oh, precioso corderito. Aún no has visto nada.



—¿Quién planea envenenar al rey? —Preguntó William.

Daniel Caldwell entrelazó los dedos y se crujió los nudillos.

—Sir Brandon y su esposa. La llamaré así, ¿de acuerdo? Nos evitará confundirla con su lady Milford.

—Caldwell, está poniendo a prueba mi paciencia. Y no es una cosa sabia. Limítese a los hechos. ¿Dice que sabe que mi lady Milford es inocente en la muerte de su marido? —William se resistía a caer en la forma de hablar del canalla, pero parecía la única manera, sin aporrearlo, de llegar a la verdad—. Estoy seguro de que es inocente, pero ¿por qué está usted seguro de que no asesinó a sir Horace?

—Cuando hablaban, verá, la esposa de sir Brandon dijo que era una suerte que aún les quedara estricnina de la muerte de su padre. Les ahorraba correr el riesgo de comprar más.

William se sintió aliviado al oír la reivindicación de Arabella, pero deseó que Caldwell fuera al grano.

—¿Cómo piensan entregar el veneno a Su Majestad?

—Ésa es la cuestión. No lo están haciendo —dijo Caldwell—. La prima de la esposa de sir Brandon... ¡oh, vaya! Eso es incómodo, ¿no? Tal vez sería más fácil para mí simplemente llamarla lady Milford…

—¡Caldwell!

—En cualquier caso, es su primo, el vizconde Everleigh, quien regalará una tabaquera al rey. Oh, ¡la traición!

Higgindorfer había dicho algo sobre una tabaquera que Everleigh pensaba regalar al rey. Se decía que estaba bastante adornada y llena de significado familiar.

—Así que Everleigh participa en este complot de asesinato.

—No, no. Aparentemente no sabe nada al respecto. Verá, puede que el vizconde se muestre sombrío y despreocupado. Después de todo, es alemán. Pero creo que realmente desea ver a las dos partes de los hannoverianos reunidas en paz —dijo Caldwell—. Lady Milford la Joven, sin embargo, parece guardar aún rencor por la muerte de su prima, la esposa del rey, que no se lamenta.

—Pero si Everleigh no sabe nada, ¿cómo lo utilizarán para envenenar al rey? —preguntó William.

—Oh, lo estaban preparando en ese mismo momento. Parece que Everleigh y su séquito no son tan diligentes a la hora de guardar sus efectos personales como deberían ser. Nuestros conspiradores se habían apoderado temporalmente de la caja y habían mezclado el rapé con estricnina.

—¿Mientras usted vigilaba a través de una rendija en las cortinas?

Al menos Caldwell tuvo la gracia de parecer contrariado mientras asentía.

—Siempre valiente, por lo que veo.

—¿Qué hubiera querido que hiciera? —dijo Caldwell a la defensiva —¿Saltar de mi lugar de ocultación y acusarles en el acto?

—Es lo que se esperaría que hiciera cualquier súbdito leal. Usted tenía a sir Brandon y a su esposa muertos de miedo.

Los labios de Caldwell se torcieron y ladeó la cabeza.

—Soy un súbdito tan leal como jamás encontrará, pero esta gente está planeando asesinar a un rey. No soy un hombre violento por naturaleza. No tengo afinidad ni por las armas de fuego ni por los puñetazos. Mi principal arma es mi ingenio. Pero una parodia cortante compuesta en el momento, por muy ingenioso que fuera el esquema de rima, no les habría detenido. ¿Cree sinceramente que habrían dudado un parpadeo en acabar conmigo?

—'Los cobardes mueren muchas veces antes de su muerte' —citó William.

—Con perdón de Shakespeare, si me hubiera opuesto a ellos entonces, sospecho mucho que habría muerto en vano —dijo Caldwell—. Ahora, como he compartido con usted mis conocimientos descubiertos clandestinamente, este cobarde ha utilizado su miedo para vivir y salvar a un rey.

William tuvo que reconocer la lógica de Caldwell, si no la fuerza de su columna vertebral.

—Ruega a Dios que no sea demasiado tarde —William se alejó con paso serpenteante a través de varias habitaciones hasta la cabecera de la gran escalera. Caldwell se puso firme como un spaniel amaestrado y le siguió de cerca —¿Qué más dijeron sir Brandon y lady Milford?

—Sólo que tenían que tener cuidado de devolver la tabaquera al bolsillo de Everleigh sin que éste se diera cuenta de que había desaparecido —dijo Caldwell—. Aparentemente, sir Brandon tiene dedos ágiles. No pareció pensar que fuera a suponer un problema.

—¿Mencionaron cuándo se presentaría el regalo?

—A medianoche, Su Majestad agasajará a unos pocos invitados elegidos en la Sala de

Terciopelo Azul antes de hacer su aparición ante la multitud general y conducirlos a la cena. Promete ser un gran acontecimiento —dijo Caldwell, besándose las yemas de los dedos al estilo francés—. Por casualidad paseé por la suite inferior de habitaciones donde se ha extendido la mesa desde la sala de proa, pasando por el antecomedor y el comedor principal y bajando por toda la longitud del invernadero gótico. El equipo de decoradores del rey ha concebido un arroyo artificial que borbotea de un extremo a otro por el centro de la larga mesa, con peces de verdad nadando en…

—Caldwell, si el rey es asesinado, apenas importará cómo esté puesta su mesa. Volviendo a su punto.

—Ah, sí, la audiencia de medianoche con unos pocos elegidos. ¿Conoce, por casualidad, la ubicación de la Sala Terciopelo Azul? Confieso que hay algunas zonas en Carlton House que están tan bien vigiladas que mis intentos de penetrar en ellas han sido infructuosos.

—He tenido ocasión de hablar con el rey en la Sala de Terciopelo Azul en dos ocasiones anteriores. —De hecho, William era uno de los invitados a asistir al rey en la sala de audiencias privada a medianoche, pero esperaba anular la amenaza contra el rey antes de esa hora.

—Bien. Es fácil desorientarse en Carlton House —dijo Caldwell mientras bajaban juntos la Gran Escalera—. En cualquier caso, según entiendo el programa del rey, los regalos a Su Majestad deben presentarse allí en ese momento.

—Yo envié el mío antes de esta noche. Ya debería estar esperando a Su Majestad —William no estaba seguro de lo que su hombre de negocios había decidido, pero si Higgindorfer había elegido el regalo, estaba seguro de que sería regio, apropiado y lo más rentable posible —¿Pero cree que Everleigh llevará la tabaquera con él?

—Según los conspiradores, sí —Caldwell asintió—. Everleigh le dará la caja de rapé a medianoche y le invitará a compartir un pellizco en el acto para sellar su reconciliación.

—No me extraña que no crea que el alemán esté al tanto del complot —dijo William—.

Tendremos dos hombres muertos si este plan sale según lo previsto.

—Y aunque sir Brandon y su esposa esperan estar allí en ese círculo íntimo, el hecho de que Everleigh estuviera aparentemente dispuesto a morir para acabar con el rey será patentemente obvio para todos los que estén allí —dijo Caldwell—. Se le culpará póstumamente de la muerte del rey.

William asintió. El baronet de Cornualles y su esposa habían cubierto limpiamente todas las contingencias. Desde algún lugar profundo de las entrañas de la enorme residencia, un prodigioso reloj empezó a dar las horas. Conteniendo la respiración, William contó cada campanada y sólo exhaló cuando el reloj se detuvo a las once.

—Tenemos tiempo suficiente —dijo Caldwell.

—Pero no estamos en el lugar adecuado. Vamos —dijo William—. Si podemos encontrar a Everleigh antes de medianoche, también podremos salvarlo.

—También vigilaré el tiempo en busca de un médico —prometió Caldwell—. No debemos olvidar a su hermana en su hora de necesidad.

En el fragor de descubrir un complot contra el rey y una forma de asegurarse de que Arabella no fuera acusada de la muerte de su primer marido, a William se le había olvidado por completo el apuro de Violet. Se avergonzaba de haberla olvidado mientras que Daniel Caldwell no lo había hecho. Tal vez había más sustancia en la mal parida de la tonelada de lo que él había sospechado. Así que William le dijo algo al hombre que nunca pensó que le diría.

—Gracias, Caldwell. Si puede traer un médico al lado de mi hermana, estaré en deuda con usted.

Capítulo 29

Probablemente fue un hombre quien primero amonestó a los ingleses a mantener la compostura en la adversidad. Claramente, no fue uno que hubiera pasado mucho tiempo en una sala de partos.

Violet Hadington Sinclair, lady Lawson

—Lord Lawson no ha vuelto con un médico —dijo Clara en voz baja durante una pausa en el parto de Violet.

Arabella se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—Tampoco lo ha hecho lord Chambers —susurró Clara.

—Carlton House es una gran residencia y hay cientos de personas aquí esta noche —susurró Arabella de vuelta, tratando de proyectar una fachada exterior de calma—. Llevará tiempo encontrar un médico entre esta multitud.

—Ni siquiera Daniel ha vuelto —dijo Clara apenada. Aunque había utilizado su nombre de pila, Arabella no tuvo valor para corregirla —¿Son todos los hombres cobardes?

—No supongas lo peor. Estoy segura de que lo intentan.

—Lo intentan mucho —murmuró Clara.

Arabella no discrepó. Su conversación susurrada fue interrumpida por el siguiente gemido de Violet. Volaron hasta su cabecera para sostenerle las manos y animarla a través de la profunda contracción. Cuando terminó, Violet se desplomó sobre las almohadas y volvió a cerrar los ojos.

—Creo que los dolores vienen con menos frecuencia —dijo Clara mientras enjugaba con ternura la frente de la embarazada—. Eso es una suerte.

Pero Arabella sabía que no lo era. Su experiencia con Lily le había enseñado que a medida que se acercaba el momento del parto propiamente dicho, los dolores debían venir con más frecuencia, no con menos. Esto no era una buena señal.

—Clara, como parece que los caballeros han fallado, creo que deberías ir a buscar ayuda —dijo Arabella—. Pregunta a un lacayo si es necesario. Él sabrá a quién llamar.

—¿Yo? —Clara se ruborizó hasta la raíz del pelo —¿Quiere que le diga a un lacayo que... bueno, no es bastante poco delicado por mi parte hablar con un hombre, aunque sea un criado, de esas cosas?

—No es momento para mojigaterías de señorita. Pero muy bien, entonces. Díselo a la primera mujer que veas —dijo Arabella con tono de protesta—. Díselo a lady Costwords. Ella sabrá quién está allí y dónde encontrar la mejor ayuda para lady Lawson.

—¿Pero entonces qué? —Las cejas de Clara casi se juntaron sobre su nariz en un ceño desesperado—. Yo... debo confesar que tengo un terrible sentido de la orientación. Carlton House me tiene completamente desorientada. Hay cientos de habitaciones y alcobas, giros y vueltas. Nunca podría guiar a nadie de vuelta a esta cámara en particular.

—Pero se las arregló para encontrar el camino hasta aquí, ¿verdad?

—Sí, pero entonces estaba con Reg... quiero decir, con el Sr. Caldwell. Y estábamos siguiendo a lord y lady Lawson en ese momento —dijo Clara—. Una vez que ponga un pie fuera de esa puerta, no tengo ni idea de qué dirección tomar para volver al salón de baile o cómo

mostrarle a alguien el camino de vuelta aquí una vez que encuentre ayuda.

Arabella suspiró.

—Entonces tendré que irme.

—¿Y dejarme aquí sola con ella?

—Tú eliges.

Claramente en conflicto, los labios de Clara se apretaron en una fina línea. En los tensos momentos que siguieron, Violet se movió en la cama y gimió suavemente, pero no gritó.

—Me quedaré —dijo finalmente la muchacha—. Pero, ¿qué debo hacer si viene el niño y aún no has vuelto?

Arabella le explicó lo poco que había aprendido sobre el parto y lo que Clara podría tener que hacer por el bebé y su madre. Clara se quedó boquiabierta, pero asintió con gravedad cuando Arabella le preguntó si estaba preparada para la tarea.

Violet volvió a gritar, su voz más débil ahora. Clara se apresuró a ir a su lado, pero llamó a Arabella por encima del hombro.

—Haz lo que debas, pero vuelve pronto.

Con un movimiento de cabeza, Arabella se alejó corriendo, cerrando la puerta suavemente tras de sí. En lugar de volver a bajar al calor y la luz y la presión de la gente en el salón de baile, Arabella empezó a buscar una de las puertas casi ocultas que escondían una escalera interior destinada únicamente al uso de los sirvientes. Si encontraba una y la seguía hacia abajo, seguro que abajo habría algunas matronas que habían visto llegar al mundo sanos y salvos a uno o dos bebés.

Finalmente, junto a una alcoba, prolijamente disimulada con arrimaderos hábilmente unidos y papel pintado plateado, Arabella descubrió una de esas puertas ocultas. La estrecha

escalera estaba tenuemente iluminada por ocasionales apliques de gas. Serpenteaba tanto hacia arriba como hacia abajo, de modo que Arabella no podía ver ni el piso superior ni el sótano, pues la escalera desaparecía en la sombra en ambas direcciones. Empezó a bajar, con la esperanza de encontrarse con algún criado al subir. En lugar de ello, oyó pasos que venían de más arriba, acelerando su paso a medida que se acercaban. Cuando llegó a un rellano, empezó a darse la vuelta para descubrir de quién se trataba, pero de repente un par de manos rodearon su cuello y empezaron a apretar.

No podía respirar. No podía gritar. Aunque no había visto a su atacante, supuso que debía de ser un hombre porque cuando arañó sus manos, una de sus uñas fue doblada hacia atrás por un pesado anillo de sello. Dio una patada hacia atrás con toda la fuerza que le permitía su estrecho vestido de columnas. Chilló cuando el tacón de ella conectó con su espinilla, pero su agarre alrededor de su garganta no disminuyó.

La oscuridad se acumuló en los bordes de la visión de Arabella. El largo túnel ante ella se hizo cada vez más tenue. Entonces, justo cuando reconoció el empalagoso aroma a lavanda que su atacante se había untado, la asfixiante negrura la reclamó y se desvaneció por completo.



Había llegado aún más gente para la fiesta del rey desde la última vez que William había visitado el salón de baile. Todas las grandes salas públicas estaban tan abarrotadas como una de las rutas de lady Costwords. Los violinistas tocaban a todo pulmón, pero era un milagro que los bailarines pudieran seguir el ritmo de la música. El zumbido constante de innumerables conversaciones, puntuado por estridentes risas, conspiraba para cubrir el conjunto de cámara con una cacofonía sin sentido.

—Esta fiesta ha degenerado considerablemente —observó Caldwell—. Sin duda, alguien ha echado un poco de ponche.

William le lanzó una mirada fulminante.

—No he sido yo —protestó Caldwell, con las manos levantadas en fingida rendición.

—Tenemos que separarnos. Ocúpese de esta habitación. Espere un momento —William le dio una palmada en el hombro para detenerle porque Caldwell había obedecido con inusitada presteza su primera orden—. Creo que es Sinclair dirigiéndose a la cámara contigua. Le seguiré. Quédese aquí e intente encontrar al vizconde Everleigh o a algún miembro de su séquito.

—O a un médico —añadió Caldwell—. Preferiblemente a ambos.

William empezó a abrirse paso a hombros entre la prensa hasta el lugar donde había visto por última vez a su amigo desaparecer en otra habitación. Lo encontró moviéndose a lo largo del perímetro del cavernoso espacio, tratando de zigzaguear entre los pesados nudos de invitados que estaban de pie parloteando como gansos.

William cogió a su amigo por el codo.

—Sinclair, ¿qué haces, tío? ¿Aún no has encontrado un médico?

—Uno de los lacayos cree que el Dr. Brimble ha sido arrastrado a una partida de cartas que se está jugando en una de las habitaciones reservadas a tal efecto.

—¿Qué habitación?

Sinclair resopló.

—El lacayo no lo sabía. Si a Brimble le gusta el whist, está en el pequeño estudio del tercer piso, esquina noreste. Si le apetece una partida de loo, se está jugando en una de las habitaciones del sótano, cerca de la biblioteca. El lacayo no pudo decir qué juego llamaba al doctor Brimble, y el hombre estaba tan aterrorizado de que le pillaran no atendiendo a los invitados aquí abajo, que

no quiso separarse de sus obligaciones para ayudarme —Sinclair respiró entrecortadamente—. Oh, Dios, Blackburn. Si le pasa algo a Violet, yo...

—Guarda esa podredumbre. Mi hermana puede capear cualquier temporal. Los Hadingtons estamos hechos de material duro —dijo William con más confianza de la que sentía—. Yo revisaré el tercer piso. Tú revisa el sótano.

Por el momento, la amenaza al rey pasó a un segundo plano mientras William se abría paso a través de las siguientes habitaciones, dirigiéndose una vez más hacia la Gran Escalera.



Fiel a las sospechas de Caldwell, un humo decididamente alcohólico emanaba de la ponchera. Resistió el impulso de probar un poco del mejunje y continuó su circuito por la sala. Como de costumbre, sonrió, asintió con la cabeza e hizo alguna que otra reverencia al pasar junto a los idiotas con título. Eran tan engreídos, tan arrogantes. Sin logros ni méritos personales, sino simplemente en virtud del accidente de sus nacimientos, estaban absolutamente seguros de su propia superioridad.

Cómo los detestaba.

Un hombre debe ser juzgado por sus actos. Preferiblemente por su intelecto y el fruto de su ingenio.

Cuidado, Caldwell. Tales ideas democráticas harán que le tachen de advenedizo político.

Entonces vio por casualidad a uno de los nobles visitantes menores que habían acompañado al vizconde Everleigh.

Es bastante fácil distinguir a los alemanes. Todos parecen perpetuamente estreñidos.

Los hombres de Brunswick parecían desesperadamente incómodos con sus ropas. Todos parecían llevar cuellos demasiado apretados que les empujaban la piel del cuello hacia arriba. Para Caldwell, parecían salchichas a las que les hubiera saltado una gotera.

Su sastre merecía ser fusilado.

Caldwell se apresuró a acercarse al alemán.

—Digo, mi buen amigo, que necesito hablar con usted sobre un asunto de cierta urgencia.

El alemán le fulminó con la mirada.

¿Por qué estos tipos teutones tienen que ser siempre tan condenadamente altos?

—*Was ist das?* —dijo el hombre, claramente aburrido de todo aquello.

—*Das ist...* —Caldwell había llegado al límite de su alemán—. Su señor está en grave peligro.

Cuando el hombre entrecerró los ojos y ladeó la cabeza inquisitivamente, Caldwell decidió que el inglés del tipo no era mejor que su alemán.

Lo intentó de nuevo.

—Vizconde Everleigh...*ist...ist...* —Desde lo más profundo de sus días de colegial, la palabra alemana para peligro salió a la superficie—. *die Gefahr*. Su señor *ist die Gefahr*.

El fornido alemán bajó las cejas. Agarró a Caldwell por el cogote de la chaqueta y lo sacó a marchas forzadas de la sala. Varias personas rieron y señalaron al pasar, sin duda pensando que se trataba de otra de las bromas autodespreciativas de Daniel Caldwell. Aunque suplicó en voz alta, nadie acudió en su ayuda. El alemán le arrastró por la Gran Escalera, sin detenerse en el nivel del sótano sino continuando el descenso hasta las entrañas de la gran casa.

—Pero sólo intentaba ayudar —protestó Daniel miserablemente.

Está claro que hacer el bien no es todo lo que parece.

Capítulo 30

Dicen que antes de morir, la vida pasa ante los ojos. Intentaré vivir de tal manera que, cuando llegue el momento, sea una agradable revancha con el menor número posible de arrepentimientos.

Lady Milford, escribiendo como la señora Beatrice Willwood

Arabella tenía la sensación de estar retenida bajo el agua. En otro momento, sus pulmones estallarían por falta de aire. Decidida a vivir, arañó hacia la superficie, pero el esquivo mundo de luz y aire permanecía justo fuera de su alcance. Finalmente, no pudo soportarlo más. Se rindió a su pecho ardiente e inhaló.

Esperaba plenamente una bocanada de líquido turbio, pero en su lugar un aire dulce inundó su ser. Sus párpados se abrieron y descubrió que, después de todo, no había sido sumergida y estaba perfectamente seca. Sin embargo, estaba atada, amordazada y tendida en un largo sofá de una antesala desconocida.

—¿Por qué la has traído aquí? —dijo una mujer en un medio susurro feroz.

Arabella volvió a cerrar los ojos de inmediato. El instinto le advirtió que fingir falta de sentido era la mejor manera de saber qué le había ocurrido. Y probablemente la más segura.

—¿Adónde más debo llevarla?

La segunda voz pertenecía a su hijastro, sir Brandon. La mujer debía de ser su esposa.

—¿Por qué no acabaste con ella en el hueco de la escalera y simplemente la dejaste allí? —exigió la actual lady Milford.

—Porque si lo hubiera hecho, tendríamos otra muerte sospechosa relacionada con nuestra familia —dijo Brandon—. De este modo, podemos forjar un desenlace que satisfaga al magistrado que está investigando la muerte de mi padre.

—¡Ah! Ya lo tengo. Sólo necesitamos que tu madrastra firme una confesión y luego arreglar su fallecimiento para que parezca un suicidio culpable.

El miedo se enroscó en la columna vertebral de Arabella e irradió por todo su cuerpo, pero se obligó a permanecer inmóvil.

—Qué inteligente por tu parte, querida —dijo Brandon— ¿Nos queda algo de estricnina de la tabaquera?

—Suficiente. No hará falta mucha. La viuda es del lado pequeño —hubo un breve período de silencio, mientras los conspiradores parecían sopesar los méritos de su plan. Finalmente, lady Milford la Joven volvió a hablar —¿Pero no parecerá sospechoso que tu madrastra muera envenenada la misma noche que mi primo y el rey?

—Tienes razón. Eso sería demasiado de lo bueno. ¿Y cómo demonios podemos persuadirla -Arabella supuso que Brandon había hecho un gesto en su dirección- de que escriba y firme una confesión falsa?

Arabella abrió los ojos lo justo para mirar por debajo de las pestañas. La esposa de su hijastro sacó una pequeña derringer de su retícula.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó Brandon.

—No te preocupes. La tengo desde hace mucho tiempo, por si te preocupa que alguien pueda relacionarla con una compra reciente. Y antes de que preguntes, sí, sé cómo usarla.

Descansa tranquilo, querido.

Arabella oyó que el reloj de caja larga marcaba la media hora.

—Es casi la hora de la audiencia privada —dijo Brandon —¿Deberíamos dejarla aquí y volver para ocuparnos de ella durante el pánico que seguramente asistirá a la muerte del rey?

—No, id vosotros delante mientras yo me ocupo de los asuntos de aquí.

—Pero el rey te estará esperando en la sala de audiencias. Tú eres la prima de la difunta princesa, después de todo.

—Dile a Su Majestad que estoy indispuesta. Los hombres nunca indagan demasiado en los males de una dama. Además, en su arrogancia, el rey cree que es con los parientes masculinos de su difunta esposa con quienes debe reconciliarse. Se equivoca al subestimar la determinación de la hembra de la especie. Teniendo en cuenta la mala manera en que trató a su esposa, ¿no es apropiado que el plan de una mujer ponga fin a su lamentable reinado?

—Con un poco de ayuda de su leal marido —le recordó Brandon.

—Sí, por supuesto. Si no hubieras accedido a dejarme cambiar a tu padre del arsénico a la estricnina, la dosis que decidí para Su Majestad habría sido mucho más arte que ciencia.

—Finalmente, la muerte de la princesa Carolina de Brunswick será vengada esta noche.

Lady Milford la Joven blandió amenazadoramente la pequeña arma.

—Entonces, en un arrebato de remordimiento por el asesinato de su marido, tu madrastra se meterá una bala en el cerebro.



William encontró por fin la sala de whist, pero allí no jugaba nadie llamado Dr. Brimble. Esperaba que Sinclair hubiera tenido más suerte en el sótano con los jugadores de loo.

O quizá Caldwell había sido útil por una vez y había localizado a un médico para Violet en el salón de baile. A William le reconfortó el hecho de que Arabella estuviera al lado de su querida hermana. Arabella era sensata en una crisis y no se amilanaba fácilmente. Además, ella misma había dado a luz, aunque demasiado pronto. Ella sabría lo que había que hacer por Violet.

La pequeña tumba del cementerio de St. Thomas pesaba sobre la conciencia de William. La culpa le roía las entrañas porque Arabella había pasado sola por la pérdida del niño. Nunca podría compensarla, pero eso no significaba que dejara de intentarlo.

—Señor misericordioso, que estés con ella ahora —murmuró en voz baja mientras dejaba a los jugadores de whist con sus partidas. Tenía la intención de volver a la cámara donde Violet luchaba por dar a luz, pero entonces oyó que el gran reloj daba las tres y cuarto de la hora. Carlton House era pesadamente grande, y dado que los salones de estado estaban abarrotados hasta los topes de invitados, William podría tardar unos quince minutos en llegar a la audiencia privada en el Salón de Terciopelo Azul.

Y, en cualquier caso, ¿qué bien podría hacer en una sala de descanso? Lo más probable es que Arabella le espantara.

—El rey y la patria ante todo —murmuró, y emprendió el regreso por la Gran Escalera.



Clara escurrió el paño que había estado utilizando para bañar la cara de lady Lawson entre contracción y contracción. Ahora no parecían venir con tanta frecuencia ni con tanta fuerza, pero lady Lawson se debilitaba con cada dolor. A Clara se le ocurrió que las cosas no debían ser así.

—Me pregunto —dijo tentativamente—, si tal vez podría presionar un poco con el próximo.

—¿Qué crees que he estado haciendo? —gimoteó lady Lawson.

—¡Oh! Bueno... entonces quizá debería intentar no empujar y ver si eso ayuda.

—No tiene ni idea de lo que me está pidiendo —dijo cansadamente lady Lawson—. Quiero empujar. Tengo que-¡oh!

El dolor pareció cogerla por sorpresa.

—Intente no empujar, milady —dijo Clara —¡Aquí! Aprieta mi-no, no mi mano-mi brazo, en vez de empujar.

Sorprendentemente, lady Lawson pareció escuchar e intentó hacer lo que le sugería. Juntas apretaron los dientes durante la contracción, lady Lawson, porque luchaba contra el impulso de empujar, y Clara, porque el apretón de la condesa le hacía sentir como si una boa constrictora estuviera enroscada alrededor de su antebrazo.

Sin duda, esto le dejaría una marca.

Cuando el dolor remitió, lady Lawson se quedó jadeando un momento. Luego puso ambas manos sobre su vientre distendido.

—Creo que acaba de ocurrir algo.

—¿Qué?

—Algo se siente diferente. El bebé se ha movido a una nueva posición. ¡Oh! Aquí viene otra.

Lady Lawson volvió a agarrarla del brazo.

—¿Tan pronto?

—Sí —dijo ella entre dientes apretados —¿Debo empujar esta vez o no?

—No lo sé. No lo sé —dijo Clara frenéticamente.

—Voy a empujar.

—¿Qué debo hacer? —se lamentó Clara.

—¡Prepárate para coger!



En lugar de quince minutos, pasaron cerca de veinte antes de que William pudiera abrirse paso a través de la hilera hasta la sección más tranquila de Carlton House, donde estaban los apartamentos privados del rey. Cuando consiguió entrar, la ceremonia ya había comenzado. El vizconde Everleigh estaba arrodillado, ofreciéndole al rey una magnífica tabaquera de oro acurrucada en una almohada de terciopelo.

—Levántate, primo —dijo el rey—. Sellemos nuestra recién descubierta amistad tomando juntos una pizca de rapé.

—¡No! —gritó William y se lanzó a por la caja de veneno. Consiguió tirarla al suelo junto con el vizconde Everleigh. La caja de rapé rebotó, enviando con cada rotación una lluvia de polvo blanco sobre la gruesa alfombra.

—¿Qué significa este atropello? —gritó el alemán.

William se puso en pie e hizo un gesto a los criados que se habían apresurado a limpiar el rapé derramado.

—Tened cuidado con cómo manejáis eso —ordenó, y luego se volvió hacia el vizconde Everleigh, que se ponía en pie tambaleándose—. Lord Everleigh, su regalo al rey ha sido manipulado por sir Brandon Milford y su esposa. Ese rapé está envenenado con estricnina.

—Ridículo —dijo Brandon en tono pellizcado.

—No, no lo es —llegó la voz de Daniel Caldwell desde detrás de William. El tipo se dirigió al centro de la sala, acompañado por varios criados de lord Everleigh—. Yo estaba presente cuando sir Brandon y lady Milford conspiraron para manchar el rapé con veneno.

—No, no estabas —dijo sir Brandon—. Esa habitación estaba vacía.

—¡Ajá! —le señaló Caldwell con aire dramático—. Entonces admite haber conspirado.

—No, no lo hice —dijo Brandon, dando un paso o dos hacia atrás—. Sólo dije que usted no estaba en la habitación cuando nosotros...

—¿Conspiramos?

—¡Maldita sea, hombre! Nadie estaba allí! —Sir Brandon no parecía consciente de que no estaba negando la acusación de Caldwell.

—Sólo porque usted no se percatara de mi presencia, no se deduce que yo no estuviera bien escondido detrás de las cortinas de damasco —Caldwell volvió su atención hacia el rey, haciendo una elegante reverencia a su soberano—. Majestad, soy testigo de las maquinaciones de sir Brandon y su esposa, y en su conversación también admitieron el asesinato de su propio padre por el mismo método. De hecho, creo que uno de los mejores magistrados de Su Majestad está investigando el prematuro fallecimiento de sir Horace mientras hablamos.

—Atadle. —El rey hizo un gesto hacia sir Brandon—. Y encuentren también a lady Milford de inmediato.

—Yo iré —se ofreció William.

Sonó el informe de fuego de armas pequeñas, pero los estallidos eran amortiguados y parecían provenir de encima de sus cabezas, en un piso superior de la gran casa. La sonrisa de sir Brandon era la maldad encarnada.

—Es probable que encuentren a la viuda lady Milford en una habitación que apesta a pólvora —dijo Brandon—. Mi esposa, sin embargo, es lo bastante lista como para no ser encontrada nunca.

—¿Dónde está ella? —preguntó William. Sir Brandon sacudió la cabeza.

—Majestad, deme cinco minutos con el canalla y le sacaré la localización del otro traidor.

El rey asintió.

—Nos parece que se ha ganado ese derecho, lord Chambers. Haga con él lo que quiera.

Con más violencia en el alma de la que había creído posible, William acechó a sir Brandon.

Capítulo 31

La voluntad de vivir contra viento y marea se confunde a veces con el valor. Es, en cambio, el profundo instinto animal de seguir moviéndose, de seguir respirando y de no rendirse sin luchar.

Lady Milford la Vieja

No tardó ni cinco minutos. En menos de uno, William había arrancado a sir Brandon la localización de su esposa. Tan pronto como Brandon abandonó la habitación donde había dejado a lady Milford, William huyó de la sala privada de audiencias del rey sin ni siquiera pedir permiso. Varios guardias del rey le pisaban los talones.

Subió las escaleras y voló por el laberinto de cámaras hasta que llegó a la pequeña antesala que Brandon le había descrito. William irrumpió por la puerta.

Una mujer yacía en el suelo con otra de rodillas a su lado.

La mujer arrodillada volvió la cara hacia él.

Era Arabella.

—¡Deprisa! —dijo, dirigiendo de nuevo su atención a la mujer tendida—. Han disparado a lady Milford.

—¡Maldita bruja! —chilló la esposa de Brandon mientras se agitaba de un lado a otro, agarrándose el hombro —¡Tú eres la que me disparó!

—Sí, lo soy. Pero para ser justos, usted también quería dispararme. De hecho, creo que el arma aún estaba en tu mano cuando se disparó —dijo Arabella con inquietante calma, mientras presionaba con un trozo de su enagua la herida de la esposa de su hijastro—. Y ahora debe quedarse quieta o morirá desangrado. William, querido, ¿has conseguido encontrar un médico para tu hermana?

Tenía la garganta tan contraída que no pudo responder. En cambio, mientras la guardia del rey se llevaba a la chillona lady Milford, William se limitó a acercarse a Arabella y abrazarla. Había tenido que luchar por su vida, pero sólo temblaba ligeramente.

—¿Qué ha pasado? —consiguió decir finalmente.

—Sir Brandon me había atado y amordazado —dijo Arabella—. Lady Milford cometió el error de desatarme.

—Eres una verdadera leona.

—Harías bien en no olvidarlo, esposo.

—¿Cómo podría hacerlo? —William se inclinó para besarla suavemente. Quería arrebatarla y llevársela a una torre. A algún lugar donde pudiera protegerla y mantenerla a salvo de los peligros y sinsabores de este mundo. Pero cuando ella le agarró de las solapas y profundizó su beso, él supo que nunca sería el tipo de mujer que quisiera estar a salvo. Arabella siempre se lanzaba a la vida con los dos pies.

Y en el fondo de su corazón, William sabía que no la querría de otra manera.

Pero sí deseaba que ella se desviara más fácilmente.

Ella fue la primera en apartarse de su beso.

—William, me has distraído. ¿Has encontrado o no un médico para Violet?

—Yo... creo que Sinclair lo consiguió. Vamos a ver.

Ella le lanzó una mirada de burla.

—Hagámoslo.

Sorteó el laberinto de habitaciones hasta llegar a la cámara donde estaba Violet sin darse la vuelta. Cuando llegaron a la habitación, descubrieron que, en efecto, Sinclair había sacado al Dr. Brimble de su juego de baño, pero los hombres habían llegado a la cámara de partos demasiado tarde para ser de ayuda. Cuando llegaron, el bebé ya había nacido y mamaba satisfecho. El médico había examinado tanto a la madre como a su nuevo bebé y los había declarado sanos y salvos.

—Como si hubiera movido siquiera un dedo para que estuvieran así —dijo Clara mientras cogía al recién nacido fuertemente envuelto por su madre y levantaba al niño hacia William—. Su sobrino, mi señor.

Éste cogió el pequeño bulto y lo sostuvo con cautela, como si temiera que pudiera desmoronarse en sus brazos. Cuando el bebé se retorció, Clara dijo:

—Sujételo más fuerte, mi señor. Eso le gusta.

William obedeció y el niño volvió a tranquilizarse, su dulce cuerpecito totalmente relajado.

—Notable —dijo William en voz baja para no despertarlo—. Es precioso. Debo felicitar a sus padres.

Le devolvió el bebé a Clara, que lo cogió con soltura, arrullando y acariciando su culito.

—Mira, Arabella —dijo Clara en voz baja—. Lady Lawson ha hecho una persona completamente nueva.

—Más bien creo que tuvo un poco de ayuda —dijo Arabella.

—Sí, sí —estuvo de acuerdo Clara—. Estoy segura de que lord Lawson tuvo algo que ver.

—Seguro que sí, pero yo estaba pensando en Dios —Arabella pasó el dedo por la suave

mejilla de la recién nacida—. Si el Señor no te hubiera enviado a ayudar a lady Lawson, ¿quién sabe lo que podría haber pasado? Pero estoy segura de que te habrás sentido angustiada. Por eso, lo siento.

—No lo siento. Fue... fue un milagro, de verdad —dijo Clara, mientras dejaba caer un beso sobre la frente del bebé dormido —¿Y sabe qué? Creo que tal vez me gustaría casarme algún día, después de todo.

Epílogo

"Tempus omnia monstrat". El tiempo lo muestra todo. Es el lema de la familia Hadington. Gracias a Dios, también es cierto.

Del diario de William Hadington, quien, por muchos honores que le colmen, sigue pensando en sí mismo por el nombre con el que creció- Lord Blackburn

El recién nombrado marqués de Rothberg regresó a la Casa Hadington tras una larga conferencia con su hombre de negocios. La reunión, necesaria por el nuevo título de William, sólo pudo celebrarse en el despacho del señor Higgindorfer, debido a la gran cantidad de libros de contabilidad y papeleo que implicaba.

A modo de recompensa por la decisiva acción de William al salvar al rey, e incidentalmente también al vizconde Everleigh, de inhalar rapé envenenado, Su Majestad le había conferido el caduco marquesado de Rothberg. El honor era considerable y hubo mucha pompa y circunstancia en torno a la elevación de William, especialmente después de que éste hubiera revelado su matrimonio secreto con Arabella mucho antes de la ceremonia. William nunca se había sentido más orgulloso que cuando la corona de marquesa fue colocada sobre la hermosa cabeza de Arabella.

Pero aparte del honor de ser nombrado marqués, la concesión de un nuevo estado podía resultar un arma de doble filo. Si Rothberg era tan ligero de bolsillos como Chambers, sus

problemas financieros se duplicarían.

Arabella se reunió con él en el vestíbulo.

—No podemos entrar ahora en el salón.

—¿Por qué?

—Lord Tintagel se está declarando a Clara allí dentro —dijo ella con una sonrisa socarrona. Al mismo tiempo que el rey había recompensado a William, había reconocido la contribución de Daniel Caldwell a frustrar el complot de asesinato. A sir Brandon se le retiró la baronetía y él y su infeliz esposa fueron juzgados, condenados y deportados sumariamente a Nueva Gales del Sur. El rey confirió la baronetía de Cornualles a Caldwell, pero no sin antes elevar el título y la propiedad a baronía. Daniel fue creado el primer barón Tintagel, el nombre de la nueva finca había sido tomado del pueblo más grande dentro de sus confines. Lord Tintagel podía ser aún un bastardo, pero también era ahora un par.

—Ella lo aceptará, ¿verdad? —preguntó William.

—En un santiamén. Sospecho que pronto haremos un viaje al campo. Sin duda los padres de Clara querrán que la boda se celebre en su parroquia natal.

—Hay mucho que decir de las uniones solemnizadas en St. Thomas.

Se inclinó para besar a su esposa, pero ella giró la cabeza en el último momento y sus labios sólo rozaron su mejilla.

—No me tengas en suspenso, William. ¿Qué ha dicho el Sr. Higgindorfer sobre Rothberg? ¿Revelar nuestro matrimonio ha empeorado las cosas para ti?

—Si así hubiera sido, seguiría sin importarme —la acercó y la besó profundamente. Cuando la soltó, sus preciosos ojos se habían vuelto suaves y angelicales. Se prometió a sí mismo que se beneficiaría de eso más tarde—. Aunque tuviera que hacer una petición a la Cámara de los Lores y vender cada centímetro cuadrado de tierra que poseo, seguiría

considerándome un hombre rico porque te tengo a mi lado.

—Vaya —la expresión soñadora de Arabella se desvaneció y sus cejas se fruncieron—. Debe ser peor de lo que pensaba.

—No, Arabella. Es mejor de lo que hubiera deseado. Rothberg es una rica finca en una zona bien regada cerca de Gales. Según cuentan, la mansión es un poco anticuada. Se remonta a la época de los Tudor, pero como la tierra es tan productiva, los alquileres son fastuosos. La finca también cuenta con una productiva mina de hierro y cobre. Sólo con los ingresos de las minas, Chambers está salvado. Y yo también.

Ella se hundió en él, apoyando la cabeza en su pecho.

—Oh, William.

—Me has salvado, Arabella. No te merezco, pero Dios me ha dado todo lo que podía desear. Nunca le pediré nada más.

—Oh, espero que quieras un poco más. Verás, querido —se puso de puntillas y le susurró al oído—, estoy embarazada.

Durante todo un segundo William se quedó paralizado, hasta que poco a poco una sonrisa empezó a formarse en la comisura de sus labios.

—No sé cómo consigues… sorprenderme cada día.

Él la abrazó con más fuerza mientras Arabella le miraba a los ojos y sonreía.

—Y espero seguir haciéndolo, el resto de nuestras vidas.

—Unas largas, tranquilas y felices vidas —pidió William.

Tras sus palabras se besaron apasionadamente. Tenían todo el tiempo del mundo para amarse, y aun así, no les sería suficiente.